

Pável Florenski

Cartas de la prisión y de los campos

(Pisma s Dalnego Vostoka i Solovkov)

Traducción e introducción de
Víctor Gallego

Prólogo de
P.V. Florenski

EUNSA

EDICIONES UNIVERSIDAD DE NAVARRA, S.A.
PAMPLONA

Colección CÁTEDRA FÉLIX HUARTE

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA**

Consejo Editorial

Director: Prof. Dr. Álvaro de la Rica

Vocales: Prof. Dra. Rosa Fernández Urtasun

Prof. Dr. Álvaro Ferrary

Prof. Dra. Paula Lizarraga

Secretaria: Prof. Dra. M.^a Antonia Frías

© 2005. Pável Florenski

De la traducción e introducción: Víctor Gallego

Ediciones Universidad de Navarra, S.A. (EUNSA)

Plaza de los Sauces, 1 y 2. 31010 Barañáin (Navarra) - España

Teléfono: +34 948 25 68 50 - Fax: +34 948 25 68 54

e-mail: eunsa@cin.es

Ilustración cubierta: Dibujo de Pável Florenski enviado en una carta a su familia desde las Solovki.

ISBN: 84-313-2292-6 • Depósito legal: NA 1.543-2005

Impreso en España por: Gráficas Alzate, S.L. Pol. Ipertegui II. Orcoyen (Navarra)

ÍNDICE

Prólogo	9
Introducción	17
CARTAS DE LA PRISIÓN Y DEL EXTREMO ORIENTE	63
CARTAS DE LAS SOLOVKI	103

PRÓLOGO: AL LECTOR

Al proponer al lector español la presente edición, me gustaría anticipar algunas conclusiones que sacó la conciencia rusa a finales del pasado milenio, tras vivir uno de los mayores dramas de su historia y encontrarse en una encrucijada, como los legendarios bogatires, héroes del folclore ruso.

En la historia de cada nación hay nombres que se alzan como símbolos de la conciencia nacional, como jalones de la cultura, que sirven de orientación al pueblo y marcan las horas de su desarrollo. Visto desde Rusia, en España esos excelsos nombres serían Cervantes, El Greco, García-Lorca. Cuando en Rusia se habla de la quintaesencia de la literatura, de la máxima plasmación del «espíritu ruso», se recurre a la expresión «Pushkin, nuestro todo». El conocido crítico literario ruso Piotr Palievski hasta llegó a definir el vector de desarrollo de la literatura rusa no desde Pushkin, sino hacia Pushkin, proponiendo parámetros no sólo formales, sino también morales, de la misma manera que la tradición antigua se inicia con la historia del siglo de oro, para dejar paso después al siglo de plata, y más tarde al siglo de bronce y de hierro... Sobre «nuestro todo» sabemos, si no todo, al menos muchas cosas. Al igual que las citas de sus obras, que forman parte de nuestra carne y de nuestra sangre, sabemos las circunstancias de su

vida día a día y casi hora a hora, recordamos a sus amigos y a sus enemigos. Ese aspecto es importante para nosotros no sólo para reconstruir el ambiente de la época pushkiniana, definida más tarde como «el siglo de oro» de la cultura rusa, sino también para conocer las bases que permiten establecer o, mejor dicho, restablecer nuestra cultura. Es algo que necesitamos para conocernos a nosotros mismos.

Por analogía con el «siglo de oro», hablamos también del «siglo de plata» —el brillante comienzo del siglo XX—, arrancado de cuajo por los vertiginosos bandazos de la historia rusa. Sólo ahora empezamos a descubrir en Rusia muchas estrellas cuya luz nos llega *post mortem*. No debemos olvidar que ese deslumbrante período fue una época de ilusiones, de errores espirituales y de extravíos trágicos de un gran pueblo, que creyó en la ilusión de fundar un reino de la libertad y de la igualdad en un solo país.

¿Hay una figura cuya obra refleje la diversidad y la trágica contradicción de esa época, una figura que pueda convertirse en símbolo de la misma y reafirme con su trágico destino tanto su trayectoria personal como la verdad del destino de su patria? Si la pregunta se plantea de ese modo, la búsqueda de un símbolo de la época nos lleva inevitablemente al nombre del padre Pável Florenski. No es fácil enumerar todos los campos del conocimiento a cuyo desarrollo contribuyó. Podrían citarse las matemáticas, la física, la filosofía, la teología, la biología, la geología, la crítica de arte, la electrónica, la estética, la arqueología, la etnografía, la filología, la hagiografía, la museística, por no hablar de la poesía y la prosa literaria. Ante todo, Florenski se esforzó por crear una visión global del mundo, utilizando como base esas ciencias. En esa dirección realizó tales descubrimientos y obtuvo tales resultados que sólo en época reciente han empezado a valorarse (por ejemplo, en el campo de la cibernética, la semiótica, la física de las antipartículas). Filósofo, teólogo, sacerdote y, en la época soviética, profesor, ingeniero, pedagogo, murió como un mártir; y su vida, obra y destino se alzan como un símbolo del siglo XX; se diría que Florenski encerraba en sí mismo todo lo que la civiliza-

ción humana ha ido acumulando a lo largo de la historia. Según profetizó él mismo, sus trabajos necesitarían medio siglo para ser apreciados, pero la historia del pensamiento se desarrolla o, seguramente, se desarrollará siguiendo el cauce de su obra, ya sea en el campo de la filosofía, la crítica de arte o la teología. Aleksander Solzhenitsin, hablando de nuestra historia, señaló que Florenski era la figura más grande de las engullidas por el Gulag. El padre Pável dio muestras de su lealtad a la Iglesia en el momento de su trágico fin, cuando el camarada Polikarpov, teniente del NKVD, lo mató de una bala en la nuca.

En la presente edición el lector conocerá una parte del patrimonio epistolar de Pável Florenski, las cartas que envió a su familia desde los campos de concentración. A nosotros –sus descendientes– nos ha correspondido conservar su vasta correspondencia, desde la infancia hasta los últimos días de su vida. Muchas cartas aún son desconocidas para el lector, pues todavía están en vías de publicación. Son interesantes no sólo porque revelan la personalidad del sacerdote y el filósofo, así como su ambiente, sino también porque conforman un retrato de una época, de un siglo tormentoso en la historia de Rusia.

El género epistolar es uno de los más antiguos: las cartas encontradas en las excavaciones arqueológicas constituyen un testimonio de civilizaciones desaparecidas, de las relaciones personales de la gente, mientras las epístolas de los apóstoles, dirigidas a personas cercanas o a comunidades cristianas, componen una parte de las Sagradas Escrituras. Las cartas son subjetivas por definición y conservan un diálogo concreto e inmediato, pero también son mitológicas, entendiendo el mito como una realidad que existe eternamente. El género epistolar es una conversación abreviada que conserva la dialéctica de la comunicación. Las cartas se distinguen claramente de las memorias que, en esencia, son conversaciones modeladas o condescendientes del autor consigo mismo en el pasado o, con un interlocutor interesado en el presente, o una justificación ante sus descendientes en el futuro. Por eso el género epistolar es más preciso que las memorias elabora-

das a lo largo del tiempo, aun cuando aspiran a una valoración objetiva del pasado.

El antiguo género epistolar es inherente a la obra de Florenski. En realidad, muchos de sus trabajos son conversaciones personales o cartas, llenas de una luz interior e íntima, que centellea en los límites de la composición, dirigidas a un lector-amigo. La célebre obra *La columna y el fundamento de la verdad* presenta en el subtítulo la siguiente precisión: «Ensayo de teodicea ortodoxa en doce cartas». A veces las cartas, reelaboradas por Pável Florenski, se convertían en capítulos de sus obras. Así, por ejemplo, el prefacio a la obra *En la línea divisoria del pensamiento* nació de una carta a V.V. Rozánov. Para Florenski la palabra es un símbolo, es decir, siempre encierra algo más. Ese «algo» debe descubrirlo quien, en uno u otro grado, comparte la concepción del mundo del autor: de ahí que éste se dirija a una persona, a un amigo, no a un público abstracto.

Las cartas que dirigió a su familia desde los campos en 1933-1937 constituyen la última etapa de la obra de Pável Florenski, que fue arrestado por el tristemente célebre NKVD en febrero de 1933 y condenado a diez años de campo. Al principio lo enviaron al Extremo Oriente, a un campo con un nombre oscuramente simbólico: «Libertad». Hasta allí, atravesando todo el vasto país, se desplazó su mujer Anna Mijaílovna, acompañada de los tres hijos menores, Olga, Mijaíl y María-Tinatin. En esa época los hijos mayores, Vasili y Kirill, estaban participando en una expedición geológica en Asia Central. Más tarde Florenski fue transferido bajo escolta a otro extremo del país, el campo de régimen especial de las Solovki, ubicado en unas islas del mar Blanco próximas al círculo polar. Tanto en el Extremo Oriente como en las Solovki, Florenski escribió cartas a su familia. En ellas, consciente de que no escaparía a la muerte, transmitió los conocimientos acumulados a sus hijos y, a través de ellos, a todo el mundo; por eso la dirección principal de sus pensamientos es la estirpe como portadora de lo eterno en el tiempo y la familia como unidad principal de la sociedad humana. Su idea fundamental es la unidad de la estirpe,

de la familia y de la personalidad, una personalidad definida e irrepetible, pero al mismo tiempo unida por miles de hilos a la estirpe y, a través de ella, a la Eternidad, ya que, según sus propias palabras, «el pasado no se pierde».

Es un milagro que, después del arresto y de la confiscación de la biblioteca del padre Pável Florenski, se hayan conservado sus cartas y manuscritos. Lo subrayo, un milagro. En las décadas de 1930, 1940 y 1950 las cartas, atadas en rimeros, se guardaban en su casa de Serguiev Posad. Conservar ese material no carecía de riesgos, como, por otro lado, la mera existencia en el país. Los legajos parecían abandonados a su propia suerte, pero en realidad se conservaban cuidadosamente en el desván, en la despensa, en estanterías. El mismo polvo que los cubría servía para protegerlos.

En los años sesenta empecé a copiar y después a pasar a máquina las cartas de mi abuelo. No tenía máquina propia, ya que en aquella época eran muy raras. Los que tenían máquina de escribir estaban obligados a registrarlas y presentar regularmente en el lugar correspondiente una muestra de los caracteres, y en los organismos oficiales, los días festivos y de descanso, había que entregarlas y sellarlas. Naturalmente, no había ninguna posibilidad de publicar las cartas, a no ser que se enviaran al extranjero. A partir de ese momento se inició la etapa póstuma de la vida creadora de Florenski. Para mí se convirtió en una especie de segunda vida, una vida secreta, en la que conté con la colaboración inestimable de mi abuela Anna Mijaílovna.

En 1967 mi gran amigo Alkaen Sánchez me ayudó a copiar las cartas de Pável Florenski. Su padre era el conocido pintor y escultor español Alberto Sánchez, amigo de Pablo Neruda, García Lorca y Pablo Picasso, cuyas esculturas adornan actualmente las calles de Madrid. Tras escapar de la sangrienta guerra civil y de la represión que se desató en su patria, Alberto, su mujer Clara y su hijo Alkaen encontraron refugio en Rusia. Nuestras vidas, de algún modo, siguieron trayectorias paralelas: en los años de la Segunda Guerra Mundial nuestras familias fueron evacuadas a la misma ciudad, Ufa. Mi amigo español y yo trabajábamos en si-

lencio y de forma «clandestina», unidos por un pacto de silencio, para no poner en peligro a nuestros seres queridos. En esa época se buscaba y se condenaba a los disidentes. Los días en que la joven esposa de Alkaen no estaba en casa, yo me presentaba en su apartamento de la avenida Lenin y nos poníamos manos a la obra. Yo desentrañaba la escritura bastante enmarañada de mi abuelo y dictaba, y él escribía en su máquina portátil. En los días afortunados conseguíamos mecanografiar hasta diez páginas. Hicimos cinco ejemplares, tantos como la máquina permitía. El segundo ejemplar se lo entregábamos a mi abuela Anna Mijašovna Florénskaia en Zagorsk (así se llamaba Serguiev Posad en tiempos soviéticos), los restantes me los quedaba yo. En el momento en que Alkaen dejó Rusia para volver a España, habíamos mecanografiado las cartas de juventud de Pável Florenski y la mayor parte de las enviadas desde los campos, desde Extremo Oriente y desde el campo de régimen especial de las Solovki. Así pues, el lector español puede conocer ahora las cartas del padre Pável Florenski, preparadas para la imprenta por su compatriota Alkaen Sánchez. Cuando en 2003, después de una separación de un cuarto de siglo, me encontré en Madrid con Alkaen, le pregunté: «¿No fueron tiempos terribles?». Tras una pausa, él respondió: «Pero también hubo buenos momentos: un ortodoxo y un católico trabajaban en secreto, mirando de reojo la puerta, en los manuscritos de un sacerdote ortodoxo asesinado por los bolcheviques».

Dicen que en Rusia un poeta es más que un poeta. Siguiendo con ese razonamiento, podría afirmarse que un filósofo también es más que un filósofo, sobre todo en una época de profunda crisis como la que vivió Rusia y el mundo entero. Crisis política, social, axiológica. Pável Florenski siempre estuvo «donde su pueblo, por desgracia, estaba». No abandonó Rusia en el barco «de los filósofos», sino que, como dijo su amigo filósofo y sacerdote Serguéi Bulgákov, «eligió quedarse... en su patria, aunque fuera en las Solovki, pues quería compartir hasta el final el destino de su pueblo... su persona y su destino son la gloria y la grandeza de Rusia, y al mismo tiempo el mayor de sus crímenes».

El 25 de noviembre de 1937 la troika especial del NKVD de la región de Leningrado condenó a Pável Florenski a la pena capital. En los documentos relativos al fusilamiento se dice lo más importante, la verdadera causa de su muerte: «es sacerdote y no reniega de su rango». Fue liquidado el 8 de diciembre de 1937 en Leningrado y enterrado en la fosa común de Toksovo, a unos treinta kilómetros de esa ciudad...

Me alegro de que el lector español conozca las cartas de mi abuelo, de que se editen en España, país tan próximo y querido para los rusos, que también ha vivido una terrible tragedia y ha sabido superar sus dramáticas consecuencias y elegir un camino digno para su futuro.

P.V. FLORENSKI Y T.A. SHUTOVA

INTRODUCCIÓN

A MODO DE PRESENTACIÓN

Pável Florenski es una de las figuras más asombrosas y fascinantes de la cultura rusa del siglo XX. La diversidad de sus saberes y conocimientos le ha merecido el sobrenombre de «Leonardo ruso», y la rara combinación de pensamiento filosófico y talento matemático el de «Pascal ruso». El ámbito de sus actividades e intereses es inmenso, casi inabarcable; la simple enumeración de sus obras y de los campos de los que se ocupó llenaría páginas enteras. No obstante, Florenski es ante todo filósofo de la ciencia, físico, matemático, ingeniero electrónico, epistemólogo, archivero, inventor, filósofo de la religión, teólogo, teórico del arte y de la filosofía del lenguaje, estudioso de la estética y de la semiótica, poeta, historiador del arte, escritor de talento, lingüista; cabe añadir, además, que dominaba el griego, el latín, diversas lenguas europeas y caucásicas, del Irán y de la India.

En una carta expedida desde el campo de concentración de las Solovki, el 13 de mayo de 1937, y dirigida a su hijo Kirill, Florenski desglosa del siguiente modo las distintas cuestiones y temas que le interesaron a lo largo de su vida (es una lista hecha a vuelapluma):

En *matemáticas*: 1) Los conceptos matemáticos como elementos constitutivos de la filosofía (discontinuidad, funciones, etc.). 2) La teoría de los conjuntos y la teoría de las funciones de las variables reales. 3) Los imaginarios geométricos. 4) La individualidad de los números (número-forma). 5) El estudio de las curvas *in concreto*. 6) Los métodos de análisis de la forma. En *filosofía e historia de la filosofía*: 1) Las raíces culturales de los orígenes de la filosofía. 2) La base cultural y artística de las categorías. 3) Las antinomias de la razón. 4) El estudio histórico-filológico-lingüístico de la terminología. 5) Las bases materiales de la antropodicea. 6) La realidad del espacio y del tiempo. En *crítica de arte*: 1) Los métodos de descripción y datación de los objetos del arte antiguo ruso (tallas, artículos de joyería, pintura). 2) La espacialidad en las obras de arte, principalmente en las artes figurativas. En *electrotécnica*: 1) El estudio de los campos eléctricos. 2) Los métodos del análisis de los materiales eléctricos: la base científica de los materiales eléctricos. 3) El significado de las estructuras de los materiales eléctricos. 4) La difusión y elaboración de los elementos de la depolarización aérea. 7) Las clasificaciones y la estandarización de materiales, elementos, etc. 8) El estudio de los minerales de carbono como grupo. 9) El estudio de una serie de rocas. 10) El estudio sistemático de la mica y el descubrimiento de su estructura. 11) El estudio de los suelos y de los terrenos. Etcétera. Además, hay que poner aparte la física del hielo y el empleo de las algas.

Pável Florenski nació el 9 de enero de 1882 cerca de Evlaj (Azerbaiyán). Su padre era un ingeniero civil de origen ruso; su madre procedía de una familia armenia de rancio abolengo. Florenski pasó su infancia y adolescencia en Tbilisi y Batumi (Georgia), lugares que dejarían una profunda huella en su recuerdo, como se refleja en algunas de las cartas que escribió desde el Gulag y sobre todo en el libro *A mis hijos. Memorias de los días pasados*. Como describe con espléndido detalle y extraordinaria penetración en esa última obra, su familia apenas mantenía contactos con el exterior y vivía en un mundo propio, independiente y autosuficiente. Ese alejamiento no sólo se debía al escaso aprecio de sus padres por la compañía humana y las convenciones sociales, sino también a las diferencias insalvables que se habían creado entre

la madre de Florenski y el padre de ésta por la decisión de la joven de contraer matrimonio con un ruso sin posición ni título ni medios. Esa ruptura dejaría en la madre de Florenski un poso de rencor y amargura que la llevaría a encerrarse cada vez más en sí misma y en su familia; además, su rechazo, su recelo y su despecho contribuyeron a reforzar la desconfianza innata del padre de Florenski por el ser humano, de tal manera que con el paso del tiempo esa actitud huraña y ese retraimiento, en los que se entremezclaban a partes iguales cierto orgullo desdeñoso y una vulnerabilidad exacerbada, acabaron convirtiéndose en una norma de vida de toda la familia.

En casa de los Florenski regían reglas y normas propias, así como una escala de valores particular, según la cual no sólo ciertas palabras e ideas –incluida la religión– se consideraban de mal gusto, sino hasta algunos colores, prendas de ropa, actitudes y conocimientos. En sus recuerdos de infancia Florenski comenta:

En la renuencia de mi madre a pronunciar una sola palabra en armenio o a hablar y leer sobre Armenia o sobre los armenios, así como a llevarnos a una iglesia armenia, aunque sólo fuera por curiosidad, siempre intuí algo más profundo que simple alejamiento o falta de interés. Mi madre temía todo lo que estaba ligado a Armenia; posteriormente, por irradiación, ese temor se propagó en primer lugar al Cáucaso y en segundo a la nación y al Estado; a continuación, a la religión y, en particular, a la familia.

En consecuencia, Florenski, de niño, no frecuentó la iglesia: «No me llevaban a la iglesia, no hablaba con nadie de argumentos religiosos; ni siquiera sabía hacer la señal de la cruz». Esa situación no obedecía a una especial intolerancia religiosa de los padres, sino que, más bien, era consecuencia del carácter mixto del matrimonio y de las renunciaciones y dolores que había comportado. Sobre este asunto escribe Florenski:

Si mi madre se situaba fuera de la Iglesia armenia y, por tanto, no deseaba afirmar la pertenencia a su pueblo –y mediante ella la

pertenencia a su familia-, mi padre se mantenía alejado de la Iglesia rusa no sólo de hecho, sino de modo más consciente, para evitar subrayar con ello su origen ruso. Mi madre tenía sus motivos para no ponernos en contacto con los usos religiosos armenios; mi padre no deseaba un contacto análogo con la religión ortodoxa por delicadeza hacia mi madre.

En definitiva, estimulado sobre todo por el padre, Florenski creció en un ambiente dominado por la ciencia y los experimentos científicos, rico en cultura, saberes y erudición y pobre en contactos humanos. Llega a confesar que:

Las personas no me gustaban; o mejor, no es que me fueran hostiles, sino que aceptaba cuanto tenían de bueno como una bocanada de aire fresco y no me dignaba a despreciar cuanto poseían de malo, relacionándome con ellos de modo más abstracto que real. Hasta con los animales, con los mamíferos, adoptaba una actitud bastante indiferente, pues intuía en ellos un parentesco demasiado estrecho con el hombre. En cambio, me gustaban el aire, el viento, las nubes; me resultaban cercanas las rocas, sentía espiritualmente afines los minerales, sobre todo los cristales, amaba las aves, pero por encima de todas las cosas las plantas y el mar.

Florenski cursó estudios secundarios en Tbilisi y más tarde se matriculó en el departamento de Física y Matemáticas de la Universidad de Moscú, donde se doctoró en 1904 con una tesis titulada *Sobre las características de las curvas planas como lugares en los que se incumple el principio de continuidad*.

Al acabar los estudios universitarios, renunció a una brillante carrera académica y se inscribió en la Academia Teológica de Moscú. Esa sorprendente decisión venía incubándose desde la adolescencia, con su anhelante búsqueda de la Verdad, que Florenski no encontraba en sus infinitas actividades científicas, en su acumulación insaciable de conocimientos. En *A mis hijos. Memorias de los días pasados* Florenski relata una extraña experiencia, una especie de conversión, aunque su aceptación de la religión no fue inmediata, sino gradual:

Dormía con un sueño profundísimo, semejante a un desfallecimiento, hasta el punto de que ni siquiera soñaba, o, al menos, me olvidaba de mis sueños al despertar. Igualmente fuerte era la sensación o, mejor dicho, la percepción mística de la oscuridad, del no ser, de la clausura... Era una sensación semejante a la del hombre que ha sido sepultado vivo y siente por encima de él verstras y verstras* de tierra impenetrable. Frente a esa oscuridad hasta la noche más negra parecía luminosa; era una oscuridad espesa y densa, una tiniebla absoluta que me envolvía y me sofocaba... Con una firmeza que no admitía dudas sentía la impotencia de cuanto me había interesado hasta aquel momento en la zona de oscuridad en la que había caído. Allí estaban *mis* necesidades, *mis* sufrimientos. Evidentemente también debían estar mis recursos y mis gozos. Los estaba buscando, pero no los encontraba; me lanzaba hacia la salida, pero chocaba con las paredes y me perdía entre subterráneos y pasadizos. Fui presa de una gran desesperación y tuve que admitir la imposibilidad de salir de allí, la evidencia de haber quedado separado definitivamente del mundo visible. En ese instante un rayo sutilísimo, que era o una luz invisible o un sonido imperceptible, me comunicó un nombre: *Dios*. No era todavía una iluminación ni un renacimiento, sino simplemente la noticia de una posible luz. No obstante, contenía la esperanza y al mismo tiempo la conciencia tumultuosa e imprevista de que la muerte o la salvación estaban en ese nombre y en ninguna otra parte. No sabía qué hacer para salvarme. No comprendía dónde había acabado y por qué en ese lugar las cosas de la tierra no tenían efecto. Pero me encontré cara a cara con un hecho nuevo, tan incomprensible como indiscutible: existía un reino de las tinieblas y de la muerte y de él venía la salvación. Fue una revelación imprevista, como en las montañas, cuando, en medio de un mar de niebla, se abre un resquicio y asoma de improviso un precipicio amenazante. Para mí fue una *revelación*, un descubrimiento, un *shock*, un golpe. Gracias a ese golpe me desperté de repente, como sacudido por una fuerza externa y sin saber por qué, pero, extrayendo las conclusiones de cuanto me había sucedido, grité por toda la habitación: «No, no se puede vivir sin Dios».

* Medida itineraria rusa, equivalente a 1.067 metros. (N. d. T.)

Florenski se refiere a su angustia y desconcierto de esos años con una fórmula concisa y lapidaria: «Era una oscilación extenuante entre el saber que existe, pero no sirve, y el saber necesario que no existe». En la Academia Teológica de Moscú entró en contacto con un hombre que iba a ejercer una notable influencia en su vida, el *starets* Isidoro, del que más tarde escribiría una breve biografía con el título de *La sal de la tierra*.

En 1905 participó, junto a Serguéi Bulgákov y otros, en la organización «Fraternidad por el combate cristiano» y al año siguiente pronunció el sermón «El grito de sangre», condenando la ejecución del teniente Schmidt, que le valió su ingreso en prisión, aunque fue liberado unos días más tarde.

En 1908 puso fin a sus estudios de teología con una tesis titulada *La verdad religiosa*, primera versión de su obra más importante en el campo del pensamiento, *La columna y el fundamento de la verdad* (tratado muy original, concebido en forma de doce cartas a un amigo, que resume sus conocimientos de teología, patrística, matemáticas, ciencias, medicina, historia, lingüística y arte), cuya versión definitiva vio la luz en 1914. Poco después, en septiembre, se le asignó la cátedra de Historia de la Filosofía en la Academia de Teología. En esos años frecuentó los círculos simbolistas y a algunos de sus representantes más sobresalientes, en especial el poeta y novelista Andréi Bieli, con quien mantuvo una estrecha amistad, aunque la evolución posterior de uno y otro acabó separándolos. El simbolismo dejaría una impronta indeleble en su concepción de la naturaleza y en sus ensayos sobre arte, como se refleja en *Los signos celestes (Reflexiones sobre el carácter simbólico de los colores)*. En esa época también mantuvo contactos con el círculo eslavófilo de Novosélov y sus ideas de entonces adquirieron cierto toque nacionalista.

En sus primeros años de actividad docente sufrió una profunda depresión, una dolorosa crisis: «Me dan náuseas la cultura y la sofisticación –llegó a escribir–. Anhele la simplicidad».

El 23 de agosto de 1910 se casó con Anna Mijáilovna Giatsintova (1889-1973), hermana de un compañero de seminario. Al año

siguiente nació su primogénito Vasili y en 1911 fue consagrado sacerdote.

En una época de especializaciones, de fragmentación de los saberes en compartimentos cada vez más angostos, Florenski trata de abarcar todas las disciplinas y ordenar la realidad en una visión de conjunto. En una carta enviada desde las Solovki y dirigida a su hijo Kirill escribe:

He indagado el mundo como un todo, como un solo cuadro y una sola realidad, pero en cada momento dado o, mejor dicho, en cada etapa de mi vida, desde un punto de vista determinado. Examinaba las relaciones del mundo seccionándolo en una dirección particular, en un plano particular, y trataba de comprender la estructura del mundo a partir de la característica que me ocupaba en esa etapa de mi vida. Los planos cambiaban, pero, en lugar de anularse, se enriquecían mutuamente, pues el cambio favorecía una continua dialéctica del pensamiento (el cambio de los planos en examen, mientras al mismo tiempo veía el mundo como un todo).

Entre 1912 y 1917 (año en que los bolcheviques la cerraron) fue director de la revista «Bogoslovski Vestnik» (*El Mensajero Teológico*), en la que escribió diversos artículos. En esa época también publicó tratados en el campo de las matemáticas, la lingüística y las ciencias aplicadas. De 1915 es uno de sus ensayos fundamentales, *El sentido del idealismo*.

En 1918 se convirtió en secretario científico de la Comisión de salvamento de los monumentos de arte antiguo del monasterio de la Trinidad-San Sergio. Desde su cargo defiende el carácter integral de la obra de arte, que no debe entenderse como una pieza autónoma, sino relacionada con un ámbito o marco concreto y que requiere, por tanto, unas condiciones específicas para revelar toda su belleza y significado. Esa interesante concepción se explicita sobre todo en el ensayo *La liturgia como síntesis de las artes*, en el que Florenski aclara:

La obra de arte vive y requiere condiciones particulares para poder manifestarse... La vida del arte depende del grado de fusión en-

tre las impresiones y los modos de expresión. El arte verdadero es la unidad de contenido y de los modos de expresión de ese contenido, pero esos modos de expresión pueden entenderse de una manera simplista, que pone de manifiesto *una sola* faceta de un todo, de un conjunto. Se toma un solo aspecto de ese todo, como si tuviera una vida independiente de las otras facetas del conjunto, cuando en realidad no es más que una ficción, pues *fuera* de un conjunto carece de realidad, como un color aislado de un cuadro o unos sonidos aislados de una sinfonía no constituyen una realidad estética. Y si el esteta se basa en esa percepción simplificada y trata de cortar los hilos, o más bien las arterias, los vasos sanguíneos que unen entre sí los diversos aspectos de una obra de arte, aspectos en los que él, el esteta, no ha reparado, destruye la unidad de contenido y de los medios de expresión, destruye el *estilo* de la obra de arte o lo desfigura; y, al despojar a la obra de su estilo, la priva de su autenticidad. La obra de arte, repitémoslo, sólo existe como tal en la plenitud de las condiciones indispensables para su existencia, que han presidido su nacimiento. Al suprimir una parte de esas condiciones, modificándolas, se priva a la obra de arte de su lugar en la vida, se la mutila, se la vuelve anti-artística. Los rasgos de un estilo heterogéneo, aportados en un estilo determinado, suelen resultar execrables si no se ha producido una *nueva* síntesis creadora. Una Afrodita con miriñaque sería tan insoportable como una marquesa del siglo XVIII en un aeroplano... Como todo el mundo sabe se necesita luz para el fenómeno estético de un cuadro o de una estatua, silencio para la música y espacio para la arquitectura, pero lo que ya no es tan evidente es que esas condiciones generales se acompañan de precisiones cualitativas, y que esas precisiones en absoluto son un mérito suplementario, una gentileza de quien las contempla, sino que constituyen parte integrante de la obra artística, que han sido previstas por su creador y que forman la prolongación de la obra... Por ejemplo, un cuadro debe estar alumbrado por luz muy precisa: difusa, blanca y no coloreada, de intensidad suficiente, homogénea y regular, etc.; sin esa luz, el cuadro, en tanto que objeto de arte y fenómeno estético, no vive. Alumbrar un cuadro con luz roja cuando ha sido creado para contemplarlo con luz blanca es matar el fenómeno estético propiamente dicho, pues el marco, la tela y los colores no forman la obra de arte. De la misma mane-

ra, admirar una obra arquitectónica en un espacio brumoso o escuchar un fragmento musical en una sala de acústica deplorable significa desfigurar o anular el fenómeno estético... Tomemos por ejemplo el icono. Evidentemente, el modo de iluminación está lejos de ser indiferente; para la existencia artística del icono, su iluminación debe ser aquella para la que ha sido pintado. No es por tanto la luz difusa del taller o de la sala del museo, sino la luz irregular, vacilante y hasta temblorosa de la lamparilla, creada por el movimiento de la llama inquieta, que oscila al menor soplo de viento y tiene en cuenta ante todo los reflejos, los haces de luz a través del vidrio coloreado o tallado. Así, el icono sólo puede contemplarse como tal cuando la luz se estremece, vibra, se fracciona, irregular como una pulsación, rica en cálidos rayos prismáticos; una luz que todos perciben como viva, que caldea el alma y parece exhalar un cálido perfume.

Tras el cierre de la Academia de Teología, Florenski trabajó en instituciones científicas oficiales y enseñó teoría de la perspectiva en los Talleres Superiores Artísticos y Técnicos. Esos cursos se prolongaron hasta 1924. Fruto de su interés por el arte, nacieron dos obras interesantísimas en ese ámbito, *La perspectiva invertida* (1919), una curiosa crítica de la perspectiva de matriz renacentista, e *Iconostasio* (1922), que incluye una singular teoría sobre la interpretación de los sueños. Además, en esos años realizó importantes descubrimientos, adelantó en un ensayo el desarrollo de la cibernética y redactó una obra, *Dieléctricos*, que se convirtió en libro de texto.

A pesar de trabajar en organismos científicos oficiales, como el Glavelektro, del Consejo Central de Economía, seguía llevando sotana, cruz pectoral y birrete. Su atuendo le valió el despectivo apodo de «monje académico» y propició no pocas anécdotas, como la que relata Vitali Chentalinski en *De los archivos literarios del KGB*:

Un día, mucho antes de su desgracia (y bastante antes del comienzo de las persecuciones contra la Trinidad-San Sergio), León Trotski vio con extrañeza la sotana blanca de Florenski.

—¿Quién es? —preguntó.

El guía de la revolución mundial, que pensaba que sabía más que el rey Salomón, desempeñaba por entonces un montón de cargos. Dirigía también el Glavelektro y visitaba por ello el Instituto en el que trabajaba el sacerdote.

—Es el profesor Florenski —le dijeron.

—¡Ah, sí! Ya sé...

Trotsky se acercó a él y lo invitó a participar en un congreso de ingenieros.

—Como es natural, no vendrá usted vestido así...

—No he abjurado de mis valores y no puedo vestir de otra manera —replicó Florenski.

—Ah, no puede... Entonces vaya con esa ropa...

Cuando a Florenski le llegó el turno de intervenir en el congreso, un murmullo de asombro recorrió la sala: ¡un pope en la tribuna!

En 1925 fue nombrado ingeniero del Laboratorio de ensayos de materiales y en 1927 corredactor de la *Enciclopedia Técnica*, a la que contribuyó con 127 entradas.

Florenski tenía la piel atezada y una nariz prominente; era bajo de estatura y de constitución frágil. Llevaba pelo largo, barba, bigote y hablaba con voz serena y reposada. En las fotografías de la década de 1910 luce una mirada vaga, soñadora y ensimismada, que impresiona por su pureza y diafanidad.

PRIMER ARRESTO

Las autoridades soviéticas detuvieron por primera vez a Pável Florenski el 21 de mayo de 1928, al amanecer. La orden de arresto estaba firmada por Guénrij Yagoda en persona. Se le requisó, como material comprometedor, una medalla de la Cruz Roja y una fotografía del zar. Le interrogaron una sola vez, el 25 de mayo. Se le preguntó por la medalla y por la foto del zar («un recuerdo del obispo Antoni», según dijo Florenski), pero no se le sacó ningún comentario contrario al poder soviético. En realidad,

Florenski no mantenía una actitud hostil hacia los bolcheviques, a pesar de la declarada inquina de éstos por la Iglesia y los valores del culto. Esa actitud hundía sus raíces en dos motivaciones; la primera, de índole más general, afectaba a la Iglesia ortodoxa en su conjunto, totalmente sometida a los dictados del poder desde tiempos de Pedro el Grande e incapaz de reaccionar (salvo unas cuantas excepciones aisladas) a los ataques y las amenazas que se cernían sobre ella, como se pondría de manifiesto después de la detención y la muerte del patriarca Tijon en 1925. La segunda, de índole más personal, hacía referencia al desinterés de Florenski por la política y la consideración de que su deber era colaborar con el poder de turno, fuera de la naturaleza que fuese. Como dice Vitali Chentalinski:

Florenski no era un adversario declarado de la Revolución. No luchó contra el régimen soviético. Consideraba que una y otro eran inevitables, pero, a la vez, circunstancias externas que no primaban sobre asuntos más trascendentales. Para él, la voz de la eternidad sonaba más fuerte que la de la actualidad.

Durante el interrogatorio confesó incluso que se ocupaba de investigaciones secretas de carácter militar y añadió: «he iniciado esas investigaciones por propia iniciativa». Un año antes, en su *Autobiografía* había escrito:

Prácticamente no tengo nada que decir acerca de las cuestiones políticas. Dado mi carácter, mis ocupaciones y mi convicción, fundada en las lecciones de la Historia, de que los acontecimientos se desarrollan según leyes de dinámica social todavía no aclaradas, y no según la voluntad de los participantes, he rehuido siempre la lucha política y he considerado perjudicial que los hombres de ciencia, llamados a ser expertos imparciales, intervengan en ella. No he sido nunca miembro de ningún partido.

En Florenski se advierte esa fatal indiferencia de otros intelectuales rusos de la época ante unos acontecimientos que más adelante tendrían una influencia catastrófica en sus vidas. Un caso

paradigmático es Anna Ajmátova. Pero además, en el caso de Florenski podría hablarse incluso de colaboración activa con el régimen y también de una falta de correspondencia entre sus convicciones más íntimas y sus actos. Para tratar de salvar esa contradicción Chentalinski recurre a una fórmula extravagante y poco convincente. Según él se trata de «la polifonía típica de las gentes armoniosas». No obstante, unas páginas más adelante Chentalinski relata una conversación con los nietos de Florenski, el superior Andronik, profesor del Seminario mayor, y Pável Vassílievich Florenski, doctor en ciencias geológicas, en el transcurso de la cual éste último comentó: «Mi abuela Anna Mijáilovna [la mujer de Florenski] me dijo un día: 'Me alegro de que Pavlusha ya no viva'. Yo me quedé muy impresionado y le pregunté por qué. 'Porque estaría fabricando una bomba atómica'».

Ese primer arresto no tuvo mayores consecuencias y Florenski fue puesto en libertad, aunque se le prohibió vivir en «Moscú, Leningrado, Járkov, Odessa, Rostov del Don, así como en las regiones y distritos dependientes de esas ciudades». Florenski eligió como lugar de destierro Nizhni Nóvgorod (en donde décadas más tarde sería confinado Andréi Sájarov); no obstante, gracias a la intervención de Yekaterina Peshkova, exmujer de Gorki y directora de la Cruz Roja política, la condena fue anulada y Florenski pudo regresar a Moscú, donde retomó sus actividades científicas y sus experimentos.

Pasarían unos años de relativa calma, pero Florenski sabía que la cuchilla que estaba suspendida sobre su cuello caería más tarde o más temprano. Ya preso en las Solovki, rodeado de confidentes y espías que relataban a los mandos sus conversaciones y sus comentarios (gracias a esos soplones algunas opiniones de Florenski han llegado hasta nosotros), concluyó:

En los tiempos que corren se está más tranquilo en un campo de concentración. Al menos, no hay que estar pendiente cada noche de que lo detengan a uno. Porque así es como se vive cuando se está en libertad: en cuanto anochece ya está uno esperando la visita de los que te van a detener y te van a llevar a la Lubianka.

La década de 1930 es uno de los periodos más negros de la historia de Rusia. Después del asesinato en Leningrado del carismático dirigente local del partido Serguéi Kírov —que nunca ha sido aclarado del todo, aunque algunos atribuyen su planificación al propio Stalin— se desata por todo el país una oleada de terror sin precedentes, arbitrario, azaroso, implacable, que sacudió los cimientos mismos de los órganos de seguridad del Estado y las estructuras del poder. Dirigentes del partido, intelectuales y escritores, chekistas y matarifes, campesinos y simples obreros son detenidos en plena noche, a la luz del día, en su lugar de trabajo, en medio de un paseo, conducidos a la prisión de turno, torturados minuciosamente y obligados a firmar declaraciones falsas y truculentas, las más de las veces absurdas, que los adscriban a ficticios movimientos terroristas y organizaciones contrarrevolucionarias, partidos políticos inventados —cuyos supuestos miembros ni siquiera se conocían de vista—, células de sabotaje al servicio del capitalismo, la burguesía y los enemigos de clase. La casuística es inconmensurable, pero adelanto algunos casos a modo de ejemplo:

A Prójorov le condenaron por participar, con un grupo de ingenieros soviéticos, en un viaje de instrucción a Estados Unidos; a Olga Adamova-Sliozberg porque su marido, que trabajaba en la universidad, había sido arrestado; a Liudmila Jachatrian por haberse casado con un extranjero; al electricista Aleksandr Favorski, por criticar en el trabajo que la imagen de Stalin apareciera tan repulida en las fotografías cuando en realidad tenía el rostro picado de viruelas; a Olga Lobanova, por haber recibido una carta de un excompañero de la escuela que se había trasladado a China con su familia; al campesino Serioguín porque, cuando le dijeron que habían asesinado a Kírov, respondió, pensando que se trataba de un campesino de una aldea vecina, muerto en una reyerta: «¡Me importa un bledo!»; a los menores de edad Konkov, Barjatov, Poletáiev y Scheglov, por la preparación de un atentado contra Sta-

lin («antes de ser arrestado conocía sólo a dos de mis cómplices, mientras al tercero sólo lo conocí durante el traslado al lugar de detención; a los demás miembros del «grupúsculo terrorista» no los vi jamás, ni antes ni después del arresto», declararía más tarde Scheglov); a Irina Levítskaia, de veinte años, por ser hija de uno de los supuestos «asesinos» de Kírov (también arrestaron a su madre y a su hermana); a Nina, trabajadora de una fábrica, por no haber denunciado a un joven borracho que en el transcurso de una fiesta había proferido unas palabras contra Stalin. ¡Hasta la mujer de Kalinín, jefe del Estado, fue detenida, torturada y enviada a un campo!

A modo de colofón cito un fragmento de las memorias de Yuri Chirkov, tituladas *Todo sucedió así*:

El quince de mayo de 1935, mientras volvía de la escuela, un hombre vestido de uniforme me paró y me invitó a acompañarlo «un instante» al puesto de policía. Me quedé sorprendido, pero le seguí, sin saber que estaba iniciando un viaje de diecinueve años entre campos de concentración y lugares de deportación. Estudiante de quince años, fui acusado de terrorismo según los artículos 58-8, 10, 11.

La segunda detención de Florenski se produjo el 26 de febrero de 1933. En esta ocasión se le acusaba de pertenecer a un grupo «nacionalista, fascista y contrarrevolucionario», llamado «Partido para el renacimiento de Rusia». No sólo la acusación era una pura fantasía, sino que la existencia de la organización misma no pasaba de ser una quimera. No obstante, tras meses de detención en la Lubianka, Florenski acabó confesando todos los cargos que se le imputaban, hasta los más peregrinos. Lo hizo para facilitar la liberación de sus compañeros de infortunio y probablemente también porque estaba convencido de que su suerte estaba echada y no había escapatoria posible. Por los testimonios de los soplonos de las Solovki sabemos cómo se desarrollaron los interrogatorios. En medio de una conversación mantenida el 10 de septiembre de 1935 y registrada por un confidente que emplea el nombre en clave de «Jopanin», Florenski comenta:

En la Lubianka querían que diera los nombres de la gente con la que había mantenido conversaciones contrarrevolucionarias. Después de que me negara obstinadamente, el oficial instructor acabó por decirme: «¡Sabemos perfectamente que usted no forma parte de ninguna organización y que no hace propaganda! Pero llegado el caso nuestros enemigos pueden fijarse en usted; y, si le proponen actuar contra el poder soviético, puede que usted no se resista...». Por eso se ponen penas tan largas. Es una política preventiva. El oficial me dijo lo siguiente: «No podemos actuar como el gobierno zarista, que perseguía por crímenes ya cometidos, sino que debemos prevenir esos crímenes. Si no, ¿qué pasaría? ¿Habíamos de esperar a que alguien cometiera un crimen para castigarlo? No, eso no sirve. Hay que ahogar el mal en el embrión. ¡Nuestra causa estará así más protegida!».

En ese sentido, en las indicaciones sobre el terror rojo, el chequista M. I. Lacis escribía:

En la instrucción del sumario no os propongáis buscar materiales o pruebas de que el acusado atentó de palabra o de obra contra el poder soviético. Vuestra primera pregunta será: ¿a qué clase pertenece, de dónde procede, qué estudios ha cursado, qué educación ha recibido? Ésas son las preguntas que deben determinar la suerte del acusado.

El 26 de julio de 1933 Florenski es condenado a diez años de trabajos forzados e inicia su peculiar peregrinación por varias islas del Archipiélago, cumpliendo una de las premisas que Aleksandr Solzhenitsin establece en *Archipiélago Gulag*, según la cual los presos rara vez cumplían su condena en un solo campo, sino que se veían inmersos en un continuo trasiego de un rincón a otro del inmenso territorio de la Unión. Antes de acabar en las Solovki, Florenski es enviado a la ciudad de Svobodni (que, por una cruel ironía, en ruso significa «libre»), en el extremo oriental de Siberia. Más adelante sería transferido a la ciudad de Skovorodínó, donde trabajaría en el Instituto Experimental de Estudios sobre el Hielo, realizando importantes experimentos y descubrimientos de líquidos anticongelantes.

En el verano de 1934 la dirección del campo le permitió recibir la visita de su mujer y de tres de sus hijos, Olga, Mijaíl y María-Tinatin. Olga redactó más tarde sus impresiones: «Partimos el 30 de junio. Viajamos durante dos semanas. Llegamos el día del santo de papá. Todo estaba lleno de flores... Papá fue a buscarnos. Había alquilado una habitación en una casa de campo. Nos quedamos en Skovorodinó hasta mediados de agosto». La víspera de la partida de su familia, Florenski fue metido en un vagón de ganado y trasladado a otro lugar. Jamás volvería a ver a los suyos.

Ese tipo de separaciones imprevistas e intempestivas no eran infrecuentes en el mundo descarnado de los campos. En las memorias del escritor Oleg Volkov se relata la dramática historia de Gueorgui Osorguin, encargado de la sección sanitaria de las Solovki (también Solzhenitsin ofrece una versión de ese suceso en *Archipiélago Gulag*):

Llegó de visita la mujer de Osorguin, con la que había vivido menos de dos años, pero a la que conocía de toda la vida. Sabía que se casaría con Lina Golítsina cuando ésta aún llevaba falda corta y trenzas. Él era diez años mayor... En el campo empezaron los arrestos antes de que todas las mujeres de visita abandonaran la isla. También Lina estaba en las Solovki. Difícilmente se sabrá nunca lo que sucedió después. Lo único cierto es que Gueorgui, ya detenido, fue liberado. Volvió junto a su mujer, que lo esperaba desde hacía rato con el ama en vilo; la tranquilizó, diciéndole que le había retenido un trabajo urgente y que todo iba bien. Pero añadió que ella debía marcharse, porque a partir de ese momento sólo se concederían visitas en el continente. Acompañó a Lina hasta la embarcación, le habló de un próximo encuentro y la saludó con la mano mientras se alejaba... Quizá dirigió una mirada a su alrededor, temiendo que lo detuviesen allí mismo, cuando ella aún podía verlo desde el puente... Dicen que Osorguin había dado su palabra al juez instructor de que, durante la despedida, no diría una palabra del arresto».

Osorguin sería fusilado sin más tardanza.

Se inicia para Florenski un viaje infernal por toda Siberia, hasta el «Punto de Tránsito y Distribución de Kem», en la orilla del

mar Blanco. Esos viajes en vagones de ganado constituían una tortura para los presos políticos, no sólo por la sed, el hambre y las incomodidades, sino también porque, siguiendo una iniciativa de las autoridades tendente a aterrorizar y arrancar de esos presos cualquier resto de autoestima y dignidad que pudiera quedarles, se mezclaba a intelectuales, profesores, sacerdotes y miembros del partido caídos en desgracia con criminales de la peor calaña, que los atacaban, intimidaban y despojaban de sus últimos objetos, dinero y prendas de ropa con la connivencia de los guardianes, con quienes repartían el botín. Lo mismo sucedía en las celdas y pabellones de los campos. En la primera carta que escribe desde el Punto de Tránsito y Distribución de Kem, Florenski informa de que de nuevo ha sido saqueado, en esta ocasión «por tres hombres armados con hachas».

Por lo demás el campo de Kem era un lugar inhóspito y desolado, unánimemente descrito por los supervivientes como un infierno en el que reinaban la arbitrariedad y la crueldad más inhumanas. Así lo presenta A. Klinger en sus memorias:

El campo se alza a la orilla del mar. Los edificios que lo componen, barracones de madera, fueron construidos en parte por el antiguo régimen zarista y en parte por los ingleses. Los barracones son una especie de cabañas-depósito, mal iluminados de día por unos estrechos ventanucos y de noche por una oscura lamparilla; las estufas de hierro han sido construidas en los últimos tiempos. Todos los barracones han sido levantados sobre un pantano; por eso se respira un aire malsano, cargado de humedad; en las paredes y en los techos aparecen manchas de humedad y de moho.

Curiosamente, según señalan Solzhenitsin y Lijachov, muchos guardias del campo (como sucedía también en las Solovki) eran antiguos oficiales blancos. Lijachov recuerda las palabras con las que se recibía a los presos:

¡En este lugar el poder no es de los soviets, sino de las Solovki!
¡Aquí la inspección no ha puesto nunca el pie! Hacemos lo que nos

da la gana. De modo que si digo: cuerpo a tierra, tú te tumbas. Y si digo: en pie, te levantas... En las cartas escribid sólo esto: 'Estoy vivo y sano, me encuentro bien'. Y todo esto sin darnos de comer hasta última hora de la tarde.

BREVE HISTORIA DE LAS SOLOVKI

Pável Florenski pisó por primera vez la orilla de la isla mayor de las Solovki en octubre de 1934. Nombre de ominosas resonancias para los habitantes de la Unión Soviética, su sola mención bastaba para causar estremecimientos y despertar toda suerte de temores, pues allí había surgido la primera isla del Archipiélago, el tristemente célebre SLON (*Solovietski Lager Osobogo Naznachenija*, Campo de Régimen Especial de las Solovki).

En realidad, el pasado de las islas era luminoso y su historia estaba llena de datos y hechos de importancia capital para el desarrollo espiritual y cultural del país.

Las islas Solovki se alzan en el mar Blanco a unos 160 kilómetros del círculo polar ártico. Allí las condiciones de vida son extremadamente duras: inviernos prolongados y fríos, meses enteros de oscuridad, tormentas de nieve y rachas de viento que imposibilitan las comunicaciones con el continente durante gran parte del año. No obstante, ya en el siglo XV llegaron a la isla en una baquichuela los monjes Savati y Germán, y al poco tiempo, en torno a la figura legendaria de Zosima, se organizó la primera comunidad monástica. Más adelante, bajo la supervisión de san Felipe Kolichev (1507-1569) se construyó el complejo arquitectónico central y se reestructuró la catedral de la Transfiguración, en aquella época la más alta de Rusia.

En ese rincón apartado e inhóspito los monjes desarrollaron una labor asombrosa: abrieron carreteras, comunicaron las islas mediante un sistema de diques, unieron los distintos lagos a través de numerosos canales y en el siglo XVI construyeron el primer puerto de piedra del país. Además, desarrollaron con impen-

nado éxito y desusada fortuna las artes de la pesca (el famoso «arenque de las Solovki» era un plato digno de la mesa de los zares), las labores agrícolas y la cría de animales.

Por otro lado, desde muy temprana época una ominosa sombra se proyecta sobre el archipiélago: entre las numerosas edificaciones y complejos arquitectónicos, los monjes levantaron una cárcel que, a lo largo de los siglos, sirvió de lugar de reclusión tanto de eclesiásticos como de presos laicos.

En el siglo XVII, durante el cisma que enfrentó a los partidarios del patriarca Nikon y a los defensores de la antigua fe, llamados «viejos creyentes», los monjes de las Solovki, fatalmente, tomaron partido por los segundos. Tropas moscovitas asediaron el monasterio durante ocho años. Cuando al final éste capituló, de los setenta defensores originarios sólo quedaban catorce con vida.

En 1920 en las Solovki se creó un campo de concentración para prisioneros de la guerra civil. En 1923 ese campo fue rebautizado con las siglas SLON, primer embrión del que después se desarrollaría el ambicioso cuerpo del Gulag. Aleksandr Solzhenitsin lo considera el tumor originario que, por metástasis, habría de propagar el cáncer del Archipiélago.

Como señala Yuri Brodski:

En el Gran Norte, lejos de ojos indiscretos, se elaboraba la organización de la vigilancia y la práctica sistemática de los fusilamientos, se definían las normas de alimentación y la técnica de enterramiento de los cadáveres, se estudiaban las posibilidades del empleo de mano de obra esclava. Los guardias de las Solovki, después de su experiencia en las islas, se convirtieron en dirigentes importantes del Gulag.

En definitiva, el Gulag nació en las Solovki. En principio Gulag es el acrónimo de *Glavnoie Upravlenie Lagueriei*, es decir, Dirección General de los Campos de Concentración, pero, como señala Anne Applebaum, con el tiempo ha pasado a designar:

No sólo la dirección de los campos de concentración, sino también el propio sistema soviético de trabajo esclavo en todas sus for-

mas y variedades: campos de trabajo, campos de castigo, campos para delinquentes comunes y para presos políticos, campos para mujeres, campos para niños, campos de tránsito. Aún con más amplitud, Gulag ha acabado por designar el propio sistema represivo soviético, el conjunto de procedimientos que los prisioneros solían llamar 'tritadora de carne': los arrestos, los interrogatorios, el traslado en vagones de ganado sin calefacción, el trabajo forzado, la destrucción de las familias, los años pasados en el destierro, las muertes prematuras e innecesarias.

Hasta su desmantelamiento en 1939, el campo de las Solovki pasó por diversas etapas, cada una con rasgos propios y diferenciados. En una primera época se concibió como un lugar de castigo y aislamiento, donde poder confinar a los enemigos reales y «potenciales» del régimen; en aquellos primeros años esa «potencialidad» se definía básicamente por el origen o bien por la profesión, y afectaba por igual a aristócratas y sacerdotes, burgueses y comerciantes, propietarios de pisos y de tierras, y en no menor medida a intelectuales, artistas, profesores y escritores, por los que Lenin sintió siempre un odio visceral; cuando hablaba de ellos su lenguaje se llenaba de exabruptos, amenazas e improprios. Cito, a modo de ejemplo, una carta de 1919 dirigida a Gorki, que se había quejado al líder máximo de la detención de algunos intelectuales:

La estancia provisional en prisión... de algunas decenas (¡y aunque fueran centenares!) de caballeritos «cadetes» y «pro-cadetes...» ¡Menuda desgracia! ¡Vaya una injusticia! Las fuerzas obreras y campesinas se amplían y se robustecen en la lucha por derribar a la burguesía y a sus cómplices: esos intelectualillos, larvas del capital, que se creen el cerebro de la nación. En realidad no son el cerebro, sino la mierda.

A ese respecto conviene recordar que ya en 1918 Lenin propugna en sus telegramas y comunicados no sólo el fusilamiento y el ahorcamiento de los enemigos del régimen (siempre definidos

en términos vagos, de manera que casi cualquier individuo molesto pudiera entrar en esa categoría), sino que ya en época tan temprana emplea el término «campos de concentración», como también Trotski.

En esa primera fase las Solovki fueron el reino de la arbitrariedad, de la sevicia, del desenfreno y del horror. En *Archipiélago Gulag* Solzhenitsin describe varios casos concretos de crímenes atroces. El rumor de esos excesos y crueldades fue el que cimentó la fama siniestra de que gozaba el campo en todo el país. Torturas y malos tratos, vejaciones y sufrimientos, ejecuciones y fusilamientos irregulares puntearon la vida de los prisioneros a lo largo de todos esos años. Borís Shiriáiev cuenta que, cuando llegó a las Solovki con un grupo de detenidos, un esbirro los iba llamando uno por uno. El preso tenía que acercarse a la ventana desde la que contemplaba la escena el jefe del campo Nogtev. Al hombre que nombraron antes de Shiriáiev, Nogtev lo mató de un disparo, sin que mediara una sola palabra. Cuenta Shiriáiev que:

Más tarde nos enteramos de que la misma escena se repetía poco más o menos con cada nuevo contingente. Nogtev mataba personalmente a uno o dos de los recién llegados, a los que elegía él mismo. No lo hacía por crueldad personal... Con esos disparos quería despertar un terror momentáneo en los recién llegados, inculcar en ellos la idea de que no tenían ningún derecho ni vía de salida, cortar de raíz cualquier posibilidad de protesta, anular la voluntad, instaurar un régimen de obediencia automática a la «ley de las Solovki». Solía matar oficiales, pero a veces disparaba también contra sacerdotes o delincuentes comunes que hubieran llamado su atención.

A algunos presos les ordenaban cavar su propia tumba y luego los despachaban con un disparo en la nuca; a otros los obligaban a enterrar decenas de cadáveres en fosas comunes. Vaclav Dvorzhetski relata cómo, una jornada de primavera, lo llevaron a los alrededores de un bosque en compañía de otros presos. De pronto vio una especie de protuberancias sobre la nieve:

¿Qué es eso? ¿Tocones ennegrecidos? ¡No, son hombres! Desnudos, muertos, congelados... Hombres por todas partes, a uno y otro lado, en las posturas más inverosímiles; bajo la nieve afloran rodillas, brazos, piernas, cabezas, espaldas. Seguimos avanzando por la nieve inmaculada... Los cadáveres se vuelven cada vez más numerosos bajo la nieve, bajo nuestros pies... uno sobre otro...

Los guardias de la escolta explican a los prisioneros que deben enterrar los cadáveres en una fosa y, para estimularlos, les prometen doble ración de comida y un premio.

Volvemos a la habitación. Nos distribuyen un kilo de pan y una torta rellena de col por cabeza. Pero no hemos podido lavarnos las manos... Nos espera una noche terrible... Y no nos hemos lavado las manos... Esta noche ni siquiera las chinces se mueven... No nos devoran... Poder dormir... ¡dormir! Pero tenemos siempre delante esas «sepulturas», el modo en que arrastrábamos los cuerpos retorcidos y desnudos por los pies y por los brazos; tirábamos de ellos con gran esfuerzo y los arrojábamos a la fosa, pero ellos «se agarraban», se oponían... ¡nos miraban! ¡Los ojos, sus ojos, se clavaban en los tuyos como si estuviesen vivos...! Son todo ojos... esos esqueletos revestidos de piel... ¡Hombres, ex hombres! ¿Por qué? ¿De dónde vienen? En el bosque disparaban a los «irreducibles», eso lo sabíamos todos. ¡Pero uno, dos, cinco! ¡Aquí hay muchísimos, centenares! ¿De dónde vienen? En el campo había unos 10.000 hombres. Además de nuestra cárcel de castigo, en la zona había otros dos barracones de gente «no destinada al trabajo»: la cárcel de aislamiento de los sifilíticos y de los enfermos contagiosos y el barracón de la Sección sanitaria. Sabíamos que los cadáveres procedentes de la cárcel de aislamiento eran incinerados, ¡de modo que la auténtica trituradora de carne era la Sección sanitaria! ¡Todos los agonizantes acaban allí! ¡Acaban allí quienes durante el recuento caen al suelo extenuados, quienes durante la inspección no consiguen levantarse de la tarima! Así pues, el barracón de la Sección sanitaria está hasta los topes, no cabe un alfiler. En ese lugar imponen su ley unos delincuentes sanos y robustos: los «enfermeros» y el «oficial sanitario». Son los amos absolutos. El oficial sanitario se abre paso entre las filas de esos pobres desahuciados

con su cortejo de enfermeros e indica en voz baja a quiénes «hay que dar de baja». Los enfermeros, entonces, arrastran a los «elegidos» a la cámara mortuoria.

—¡Pero aún estoy vivo!

—¿Acaso sabes más que el médico?

¡De ahí venían esos centenares de hombres! Los habían arrojado en la fosa, pero ellos se habían arrastrado fuera. Allí estaban, cientos, miles de ex hombres retorcidos, ennegrecidos, «polvo de Gulag»...

¡No consigo dormir...! ¡No consigo dormir de ninguna manera!

Los fusilamientos no sólo tenían por objeto acabar con la víctima, sino también aterrorizar al superviviente, que vivía con el alma en vilo, temiendo que fueran a buscarlo a su barracón, que lo incluyeran en alguna lista, que alguno de los guardianes pronunciara su nombre. Ese terror espantoso, esa torturadora angustia se hacían especialmente intolerables por la noche. Escribe Yemelián Soloviov:

Las noches son el momento más terrible para los detenidos. De noche suelen efectuarse inspecciones y registros generales en las compañías después de los cuales muchos pueden esperar la muerte. Los «traslados» de una compañía a otra, de un trabajo a otro, de un reparto a otro se hacen siempre de noche, de ese modo la jornada laboral no sufre mermas y se aumenta la impresión moral.

El siguiente testimonio es de Scheglov:

Podíamos saber cuándo tenían lugar los fusilamientos. Junto a la central eléctrica había un baño de vapor para los jefes. Funcionaba en días determinados, pero algunas veces nos ordenaban abrir el agua caliente en medio de la noche. Eran los asesinos que se lavaban después de los fusilamientos...

No obstante, a veces los fusilamientos tenían lugar de día, según cuenta Lijachov:

... para impresionar a la masa de detenidos. A la víctima elegida le ataban las manos a la espalda con una cuerda y a continuación la

arrastraban por el patio hasta la puerta del Campanario. En la Fortaleza se detenía todo movimiento. Dos «bombones», es decir, dos balas en la cabeza de cada condenado; luego llegaba el caballo con la caja (de ahí la expresión «bailar en la caja»), se cargaba a los muertos y se llamaba a las mujeres de la limpieza para que limpiaran de sangre el empedrado.

La situación de las mujeres requeriría un estudio aparte, pero para dar una idea general de su amargo destino cito el testimonio de Nikolái Zhilov, médico del campo, detenido en las Solovki entre 1929 y 1935:

En cuanto a las mujeres, su suerte era mucho más dura y amarga que la de los hombres. De hecho, para las mujeres ingresar en el campo equivalía a ser vendidas en un mercado de esclavas. La trata de mujeres se inicia con la llegada de algún contingente. En ese momento acuden los jefes y los funcionarios... Centenares de ojos ávidos y libidinosos sopesan a las mujeres, eligiéndolas y valorándolas. Después la Sección administrativa las separa, asignándoles trabajos según las peticiones de los adquirentes. Entonces se inicia el juego del gato y el ratón. Dada la situación en la que se encuentran las mujeres, el gato siempre acaba por atrapar al ratón, por mucho que éste trate de evitarlo. Es inevitable. La mujer pasa de mano en mano, cae cada vez más bajo, perdiendo su dignidad humana y transformándose gradualmente en una mercancía viva.

En las Solovki también había campos de menores.

A partir de 1929 Stalin decidió emplear el trabajo forzado en la industrialización y la explotación de los recursos naturales. El objetivo de los campos deja de ser punitivo y pasa a ser económico, o, más bien, trata de combinar ambas aspiraciones, preservando la vida del detenido y sometiéndolo a un trabajo brutal. Se trataba de exprimir al máximo la fuerza de unos trabajadores esclavos, y todo el funcionamiento de la maquinaria del Gulag se encaminó a ese objetivo. Dejó de regir una ración alimentaria equitativa y se instauró un nuevo sistema que se explicitaba en la

siguiente fórmula: «tanto trabajas tanto comes». Se establecieron unos parámetros de trabajo desmesurados, inasumibles (no sólo por la cantidad en sí, sino también por la falta de instrumentos y herramientas apropiados, las durísimas condiciones climáticas y la carencia de ropas y calzado adecuados) y aquél que no las cumplía recibía una ración paupérrima de comida, que le condenaba a una muerte lenta pero segura. Las jornadas laborables eran terribles, a veces de diez o doce horas, en condiciones inhumanas (hay ecos de esas agotadoras sesiones de trabajo en las cartas de Florenski). Los presos, hambrientos, exhaustos, atenazados de frío, se ocupaban de tareas durísimas como la tala de árboles, la construcción de carreteras y de vías férreas en terrenos pantanosos o en plena taiga; incluso llegaron a ser empleados como bestias de tiro y designados, con esa manía de los mandos por las siglas y los acrónimos, con el nombre de TEFD (Temporalmente en funciones de caballo). Uncían a los presos a trineos cargados hasta los topes de ladrillos, cinco hombres por cada trineo. Según el testimonio de Dmitri Lijachov: «Los ataban a los trineos y les hacían correr durante diez kilómetros por la nieve fresca». No en vano se había impuesto la norma del sádico Frenkel de sacar el máximo partido de los detenidos en los tres primeros meses, pues después se convertían en una mercancía devaluada y, o bien morían, o quedaban lisiados o enfermaban de forma irreparable por el hambre, las epidemias y el agotamiento.

En esa época grandes contingentes de presos pasaron al continente para trabajar en obras faraónicas y de escasa aplicación práctica, como la construcción del canal que comunicaría el mar Báltico con el mar Blanco (Belomorkanal), que Stalin ordenó construir en sólo veinte meses. Ese canal no sería de ninguna utilidad, pues con las prisas lo construyeron con un calado de apenas cuatro metros y, en consecuencia, la mayoría de las embarcaciones no pueden atravesarlo. El empleo masivo de mano de obra esclava, el desprecio por la vida individual, la crueldad y el tamaño desmesurado de la empresa hacen pensar en las pirámides, pero, como señala Aleksandr Solzhenitsin, «éstas se levantaron

de acuerdo con la técnica más avanzada del momento. ¡En cambio, nosotros retrocedimos cuarenta siglos!».

El 17 de agosto de 1933 Gorki comandó una comitiva de escritores (entre los que se encontraban Víktor Schklovski, Vsévolod Ivánov, Mijaíl Zóschenko o Alekséi Tolstoi) invitada a dar un alegre paseo en barco por el recién inaugurado canal, construido con el sudor, la sangre y la vida de cientos de presos, entre ellos no pocos intelectuales y artistas. Los escritores quedaron encantados y a la vuelta, por indicación de Gorki, escribieron un libro sobre el canal lleno de elogios y alabanzas a Stalin (colaboraron ochenta y cuatro de los ciento veinte que lo acompañaron), encabezado por un prólogo del propio Gorki, que a lo largo del viaje estuvo acompañado de los peores esbirros del GPU (Gosudarstvennoe Poticheskoe Upravleine)*. En el discurso que pronunció durante la visita Gorki exclamó:

¡Me siento lleno de alegría y asombro! Desde 1928 vengo observando cómo el GPU reeduca a los hombres y todo esto no puede dejar de conmoverme. ¡Verdaderamente habéis hecho una obra grande, grandísima...! Me congratulo con los agentes del GPU por su extraordinario trabajo. Me congratulo con nuestro sabio partido y su guía, ese hombre de hierro que es el camarada Stalin.

Solzhenitshin, en *Archipiélago Gulag*, incluye el testimonio directo del preso D.P. Vitkovski, que participó en «esa obra grande, grandísima»:

Al finalizar la jornada de trabajo, el lugar queda sembrado de cadáveres. Una fina capa de nieve va cubriendo lentamente sus rostros. Hay quien se acurruca bajo la carretilla volcada, mete las manos en las mangas y así se congela. Hay quien se queda helado con la cabeza escondida entre las rodillas. Allí hay dos, espalda contra espalda, que quedaron convertidos en un bloque de hielo. Son jóve-

* Policía de la antigua Unión Soviética entre 1922 y 1934, denominada Dirección Política del Estado (N. d. T.)

nes campesinos, los mejores trabajadores que uno pueda imaginar. Los mandan al canal a decenas, a miles, y tratan de que padres e hijos no estén nunca juntos en el campo: los separan. Y desde el primer momento les fijan una norma de producción tan exagerada que ni en verano se podría cumplir. No hay nadie que les enseñe, que los ponga sobre aviso; ellos siguen trabajando a su manera, a lo campesino, sin escatimar esfuerzos; así pronto se debilitan y terminan congelados, abrazados uno a otro. De noche pasan trineos para recogerlos. Los conductores arrojan los cadáveres en el trineo, con un sordo ruido de madera. En verano, de los cadáveres que no fueron recogidos a tiempo sólo quedan los huesos, que van a parar, junto con los cantos rodados, a la hormigonera. Ahí están ahora, mezclados con el hormigón de la última esclusa del Belomokanal.

Ya durante su ignominiosa visita a las Solovki en 1929 (en compañía de su hijo y de su nuera, ataviados con abrigo de cuero negro de chequistas) Gorki había elogiado a algunos de los más crueles verdugos del GPU, como Gleb Boki, inspector permanente del Campo de las Solovki, responsable directo de la muerte de un número incalculable de presos, sobre el que Gorki dijo en su discurso: «Junto a mí está sentado un hombre de la raza de los revolucionarios, de los bolcheviques de viejo cuño, indestructible. Conozco casi toda su vida, su trabajo y me gustaría expresar mi admiración y mi simpatía personal por los hombres como él». En cualquier caso, no se trataba de una reacción espontánea, en caliente, pues ya en frío, de vuelta en Moscú, Gorki escribió sus comentarios sobre la isla en la revista *Nuestros Chequistas*:

No logro expresar con palabras mis impresiones. Sería en verdad una vergüenza emplear alabanzas estereotipadas para ensalzar la energía asombrosa de unos hombres que, como centinelas vigilantes e incansables de la revolución, también saben ser excepcionales, intrépidos creadores de cultura. En la Unión de los Soviets Socialistas se reconoce que el «criminal» es una creación de la sociedad clasi-sista, que la «delincuencia» es una enfermedad social que nace del terreno corrupto de la propiedad privada... El trabajador no puede

tratar a los «transgresores de la ley» con la misma severidad y crueldad que está obligado a emplear con sus naturales enemigos de clase que, como bien sabe, son irrecuperables... Me parece que la conclusión es evidente: los campos como las Solovki son indispensables.

Tal vez no esté de más añadir que, cuando Gorki escribía esa diatriba contra la propiedad privada y los enemigos de clase, vivía como un auténtico señor en un país devastado por el hambre, las epidemias y las detenciones. Stalin había puesto a su disposición un palacete a dos pasos del Kremlin, una dacha en los alrededores de Moscú y otra en Crimea, lo había rodeado de criados y servidores y le había concedido toda suerte de privilegios y prebendas. (Chentalinski ha desenterrado papeles que demuestran que el secretario de Gorki recibía divisas directamente de Guénrij Yagoda. En 1932, por ejemplo, recibió cuatro mil dólares para que Gorki se comprara un coche en el extranjero). Y todo eso cuando la mayoría de la población no tenía un pedazo de pan que llevarse a la boca.

Según documentos de la propia administración de los campos, en noviembre de 1928 había en el SLON 20.244 presos, en abril de 1930, 57.323 y en mayo de 1931, 71.957. Soloviov calcula que hasta 1932 murieron en las Solovki entre cuarenta y cincuenta mil personas. En 1933, cuando Florenski llegó a las Solovki, la isla grande se había transformado en un centro de aislamiento para criminales políticos. Tal como revelan los datos oficiales, ese año el número de detenidos ascendía a 19.287. En ese momento las islas Solovki se habían convertido en un enclave privilegiado, pues en ellas se había concentrado una pléyade de hombres excepcionales: médicos, ingenieros, profesores, literatos, científicos, obispos, actores de renombre, historiadores y lingüistas.

En 1937, tras el entronizamiento de Yezhov como Comisario del Pueblo para Asuntos Internos, se produjeron una serie de fusilamientos masivos (de los que nos ocuparemos más adelante, pues Florenski fue uno de los numerosos detenidos que perdieron la vida en esas trágicas jornadas).

Después de esos tristes sucesos la Fortaleza se transformó en «prisión de destino especial». Para dejar sitio a los nuevos destinatarios de las instalaciones, se evacuó a los antiguos presos al continente. Chirkov cuenta cómo llegaron a la isla nuevos oficiales y mandos y cómo se realizaron a marchas forzadas los preparativos y transformaciones necesarios para albergar a los nuevos prisioneros: se pusieron rejas en las ventanas, se habilitaron celdas con tarimas, se talaron todos los árboles del patio y se construyeron torres de vigilancia.

El régimen de la cárcel era tan estricto como el que describe Yevguenia Guínzburg en *El vértigo*. Los presos sólo salían una vez al día para pasear, durante quince minutos, y otra para ir al servicio. Olga Adamova-Sliozberg pasó dos años en esa prisión de aislamiento: «No sé qué aspecto tienen las Solovki —escribió—. Llegamos de noche. De la celda sólo salíamos para pasear por el patio durante el cuarto de hora preceptivo y para ir al baño, pero siempre de noche». Según el escritor Anatoli Gorélov, en esa época había en la prisión de las Solovki:

... combatientes de las Brigadas Internacionales que habían luchado en España; allí se habían embarcado en nuestros navíos, que los habían llevado a la URSS... y a las Solovki. Había muchos comunistas alemanes que habían huido de Alemania para escapar de los nazis. Pero, ay, en la Unión Soviética les esperaban las Solovki; además, al cabo de un tiempo, Stalin restituyó algunos de esos comunistas a Hitler.

El reglamento de la cárcel de aislamiento era rígido y severo hasta límites insospechados. Durante el paseo estaba prohibido mirar el cielo (en la cárcel de Yaroslav en la que estuvo presa Yevguenia Guínzburg regía idéntica norma) e incluso toser, pues los vigilantes temían que los presos utilizasen esa estratagema para transmitirse mensajes. A los detenidos no se les llamaba por el nombre y el apellido, sino que cada uno tenía asignado un número. Borís Oliker (1910-1978), cirujano y vicecomisario de Sanidad

de Bielorrusia, que pasó veinte años entre centros de reclusión y lugares de deportación, escribe en sus memorias:

Poco a poco iba olvidando que existía también otro mundo, que era un médico especialista. Casi me había olvidado de mi apellido, pues en prisión nos llamaban por un número. Sabía mi número y cuando lo oía me presentaba corriendo... Lo que vi por causalidad en un espejo, al cabo de tres años, apenas guardaba semejanzas con la imagen de mí mismo que conservaba en el recuerdo.

En 1939 las autoridades decidieron dismantelar la prisión. La orden llevaba la firma de Lavrenti Beria y en ella se pedía que los detenidos fueran trasladados al continente (a las prisiones de Vladímir y Oriol) y que se cedieran todas las instalaciones, la central eléctrica, los aviones, las naves y la estación de radio al Comisariado del Pueblo de la Marina Militar.

En la actualidad las islas Solovki son un paraje tranquilo y apacible, en el que de vez en cuando despuntan, como miembros de un cadáver semienterrado, fragmentos e indicios de los antiguos campos: trazas de desmoronados recintos, restos herrumbrosos de alambre de espino, esqueletos podridos de torres de vigilancia, modestas cruces conmemorativas... En verano, algunos barcos de turistas se acercan a sus silenciosas costas para visitar la Fortaleza y el monasterio.

EL FINAL DE PÁVEL FLORENSKI

Durante decenios las circunstancias de la muerte de Pável Florenski han estado envueltas en el misterio. La fecha oficial de su fallecimiento era 1943, pero corrían al respecto diversos rumores e hipótesis. Solzhenitsin adelanta la siguiente versión en *Archipiélago Gulag*:

Después de la liquidación del campo de las Solovki, pasó al Gran Norte, según ciertos informes a Kolimá. Incluso allí estudiaba la flora y los minerales (además de su trabajo de pico y pala). No se conoce el

lugar ni la fecha de su muerte en el campo. Según ciertos rumores, fue fusilado durante la guerra. Otros rumores hablaban de que había fallecido cerca de Moscú, aplastado por un tronco; fusilado en Vorkutá.

El ensayo de Solzhenitsin vio la luz en 1973, más de treinta años después de la muerte de Florenski, de modo que los familiares vivieron no sólo años, sino décadas enteras atormentados por la angustia de la incertidumbre. En realidad, no recibieron noticias fidedignas sobre la suerte de Florenski hasta el 11 de enero de 1990, por medio de una carta del KGB de Moscú.

No hay nada sorprendente en esa demora. Los procesos de rehabilitación de las víctimas y la atención a los familiares se acompañan de rasgos y detalles casi tan vergonzosos y crueles como la propia historia de los campos: retrasos y posposiciones dignos de una obra de Kafka, malos modos, medias palabras, promesas incumplidas, compensaciones económicas irrisorias. Y todo ello al tiempo que buena parte de los antiguos verdugos gozaba de pensiones opulentas, ventajas y privilegios. A modo de ejemplo cito dos testimonios: Grigori Marchenko, internado en el campo de las Solovki en 1929, fue fusilado en 1937. Pero la hermana no se enteró de la noticia (por medio de una carta de la madre) hasta dos años después, mientras ella misma cumplía condena en los terribles campos de Kolimá. No obstante, en esa carta no se daban detalles del fallecimiento, ni de las circunstancias que lo acompañaron, ni se precisaba el lugar en que lo habían enterrado. Zoia Marchenko, esa mujer, narra lo siguiente:

En 1971 yo y mi hermana, fingiéndonos turistas, fuimos a las Solovki, esperando recabar alguna noticia sobre nuestro hermano, pero en las islas estaba prohibido interesarse por el campo... A nuestro alrededor todo estaba mudo. Mudos los muros, mudos los canales, mudas las torres. En Muksalma estaba muda la zahurda en la que había trabajado Grisha...

El segundo testimonio está tomado de las memorias de Olga Adamova-Sliozberg, que en 1954 había solicitado su rehabilita-

ción y la de su esposo. Al cabo de dos años de espera recibió un certificado en el que se afirmaba que su caso se había cerrado por falta de pruebas —escribe Adamova-Sliozberg—. «Había sido arrestada el 27 de abril de 1936 de modo que había pagado ese error con veinte años y cuarenta y un días de mi vida». En ese certificado se aclaraba que Adamova-Sliozberg tenía derecho al pago de dos mensualidades por ella y por su esposo fallecido, así como a una cantidad suplementaria de 11 rublos y 50 kopeks, para compensar el dinero que su esposo llevaba en el bolsillo cuando lo mataron. Adamova-Sliozberg regresó a su apartamento, donde pudo llorar a solas su desgracia:

Llorar por mi esposo, que había fallecido en los sótanos de la Lubianka cuando tenía 37 años, en la flor de su capacidad y de su talento; por mis hijos, que crecieron huérfanos, estigmatizados, como hijos de enemigos del pueblo; por mis padres, que murieron de pena; por Nikolái, que fue torturado en los campos, y por todos mis amigos que no vivieron para ser rehabilitados y yacen bajo la tierra helada de Kolimá.

La suerte de Florenski y de otro millar de presos de las Solovki se decidió en el verano de 1937. Yezhov, que había reemplazado a Yagoda como Comisario del Pueblo para Asunto Internos, ordenó que se redujera la población de los campos y, con una sangre fría estremecedora, envió notificación a las distintas islas del Archipiélago con cifras concretas de las personas que debían ser aniquiladas. En el caso de las Solovki esa cantidad ascendía a 1.200 detenidos. Para el cumplimiento de la orden se concedía un plazo de dos meses, a contar desde el 25 de agosto. El objetivo de la «operación» era:

Represaliar al mayor número de elementos contrarrevolucionarios activos que viven en las cárceles del GUGB [Dirección Central de Seguridad], acusados de espionaje, diversificación, terrorismo, insurrección y bandidaje, así como a los condenados por pertenecer a partidos antisoviéticos y otros contrarrevolucionarios que llevan a cabo actividades antisoviéticas en las cárceles del GUGB.

Según los propios archivos del NKVD (Narodni Komissarat Vnutrennykh del) *, en 1937 y 1938 1.444.923 personas habían sido declaradas culpables de crímenes contrarrevolucionarios. 681.692 fueron fusiladas.

En octubre de 1937 numerosos detenidos de las Solovki fueron trasladados al continente para cumplir la orden de exterminio. Yuri Chirkov, entonces preso en las Solovki, cuenta cómo les reunieron y les ordenaron que se prepararan para el viaje:

A finales de octubre sacaron a todos los ocupantes de las celdas abiertas de la Fortaleza para un recuento general, durante el cual dieron lectura a una larguísima lista (varios centenares de nombres) de prisioneros destinados al traslado. Tiempo concedido para los preparativos: dos horas. El lugar de reunión sería esa misma plaza. Se produjo un desconcierto tremendo. Algunos corrían por sus cosas; otros se despedían de sus amigos. Al cabo de dos horas los presos estaban ya listos con su ropa. En ese momento salieron de las celdas de aislamiento columnas de detenidos con maletas y sacas, y, en lugar de encaminarse a la puerta de San Nicolás, donde estaba el puesto de guardia, se dirigieron a la puerta Sagrada, que daba directamente a la orilla del golfo de la Fortuna. Corrí hasta el extremo de la calle antes de que llegara la columna y vi a todos los que pasaban, fila tras fila, cuatro cada vez. Ante mis ojos surgían fugazmente muchos rostros conocidos y desconocidos. Todos tenían una expresión semejante, absorta y al mismo tiempo preocupada. Entre las personas que desfilaban distinguí al profesor Florenski, luego al profesor Litvinov, con la barba blanca y la cabeza alta. Aparecieron Kotliarevski (con un gorro nuevo de piel) y Vanguengueim (con un abrigo nuevo y una gorra de piel de reno). Me vieron. Me hicieron una señal con la cabeza, pues las manos las tenían ocupadas con las maletas. Las filas seguían pasando, una tras otra. Más de mil detenidos salieron de las Solovki esa brumosa tarde de octubre. Era ya el segundo contingente importante que partía.

* Comisionado de Asuntos internos de los Soviets, predecesor de la KGB, la organización soviética de seguridad interna. (N. d. T.)

El 25 de noviembre de 1937 la troika especial del NKVD de la región de Leningrado ordenó que se procediera al fusilamiento. (Una troika era un conjunto de tres personas capacitadas para dictar sentencia, incluida la pena capital. Así se ahorra tiempo y dinero, y se suprimían de un plumazo todos esos preceptos vacíos de la justicia burguesa: la celebración de un juicio, el concurso de un abogado, la participación de un jurado, el derecho del acusado a defenderse, pues la troika juzgaba *in absentia*; además, esas troikas no eran precisamente un modelo de imparcialidad o ecuanimidad, pues estaban compuestas por un dirigente regional del partido, un representante de la fiscalía y un miembro del NKVD).

Florenski fue fusilado, junto con otros quinientos detenidos, la noche del 8 de diciembre de 1937, en los alrededores de Leningrado, como informaba en la siguiente nota el comandante del NKVD de la región de Leningrado: «La sentencia de la troika del NKVD, según el protocolo n.º 199 del 25 de noviembre de 1937, que solicitaba la pena capital para el detenido Florenski, Pável Aleksándrovich, ha sido ejecutada el 8 de diciembre de 1937, como el presente auto certifica».

Para entender un crimen tan atroz y tan absurdo acaso sólo sirvan de apoyo las escalofrantes palabras pronunciadas por Bertolt Brecht para referirse a la suerte de Kámenev y Zinóviev: «Cuanto más inocentes sean, más merecen morir».

Sigue sin conocerse el paradero exacto de los restos de Pável Florenski, aunque es probable que descansen en el bosque de Sandormoj, donde en julio de 1997 se descubrieron unas fosas comunes en las que están enterrados presos procedentes de las Solovki. Anne Applebaum ofrece la siguiente descripción de ese desdichado lugar:

Como no hay documentos que declaren dónde fue enterrada cada persona, cada familia ha escogido al azar un determinado montón de huesos para venerarlos. Los parientes de las víctimas, hace tiempo fallecidas, han pegado las fotografías de éstas en estacas de madera y algunos han grabado epitafios en los laterales. La-

zos, flores y otros arreglos fúnebres están diseminados por el pinar que ha crecido sobre ese campo de ejecución.

LAS CARTAS

Al enterarse de la muerte de Pável Florenski, el importante teólogo y pensador Serguéi Bulgákov, que entonces vivía en el exilio, trazó una semblanza de Florenski en la que afirmaba que «de todos los contemporáneos con los que he coincidido en el curso de mi larga vida, es el más grande... El padre Pável no sólo era para mí una manifestación del genio, sino también una obra de arte, hasta tal punto su persona era armonía y belleza». Más adelante, añade: «La verdadera obra del padre Pável no está en sus libros ni en sus pensamientos y palabras, sino en él mismo».

Por eso, a más de sesenta años de su muerte, los escritos de Pável Florenski que más interés y atención suscitan son aquéllos de carácter autobiográfico, en concreto las cartas del Gulag y los recuerdos de su infancia en el Cáucaso. En ambas obras se revela en toda su impresionante amplitud y desbordante riqueza la personalidad deslumbrante y los conocimientos asombrosos de Pável Florenski, en verdad una obra de arte en sí mismo.

Nikolái Berdiáiev, que no tenía en alta estima a Florenski, nos da otra clave para entender la especial fascinación de sus obras autobiográficas, en comparación con sus otros ensayos y tratados:

En La columna y el fundamento de la verdad no hay nada sencillo, espontáneo, ni una palabra que salga directamente de las profundidades del alma... Por todas partes se percibe la estética y el esteticismo... El padre Pável Florenski –brillante, dotado, extraordinariamente inteligente y erudito, estilista de la ortodoxia– es incapaz de concebir un solo pensamiento, una sola palabra que no haya pasado por el filtro de la estilización.

Ahora bien, las cartas que Florenski envió desde el Gulag carecen de esa posible dosis de estilización, de la excesiva elabora-

ción y complejidad que adornan y a veces lastran algunas de sus otras obras, sin por ello perder un ápice de profundidad, interés y atractivo.

Al redactar esas cartas Florenski no disponía de tiempo ni de espacio para el perfeccionamiento estilístico, para el refinamiento irreprochable, para la sutilización extrema. No obstante, la inmediatez y frescura de las cartas, lejos de perjudicar la exposición de sus pensamientos, le comunican un carácter alado, una bocanada de aire fresco y, por extraño que parezca, una coherencia y una concatenación imprevistas. Acaso ello se deba no sólo a la ausencia de una minuciosidad y complicación excesivas, sino también y principalmente a la necesidad y la perentoriedad de comunicar, de influir, de convencer, de ser comprendido, pues las cartas constituyen una especie de testamento espiritual en el que Florenski combina el consejo con la amonestación, la persuasión con la autoridad, el precepto con la alusión, la ternura con la firmeza, con la intención de transmitir a sus hijos no ya una serie de conocimientos, sino más bien unas reglas de vida, una postura moral, una actitud ante el destino y la realidad que les permita aprovechar mejor el tiempo y ahorrar tribulaciones y sufrimientos innecesarios, siempre partiendo de la premisa, explicitada por Florenski en una de las cartas, de que «el dolor es un componente inevitable de la vida». En ese sentido, en la entrada del 23 de julio de 1925 de *A mis hijos. Memorias de los días pasados*, comenta: «El placer desaparece sin dejar huella en el recuerdo; las alegrías quedan impresas, pero como sombras pálidas y exangües; sólo los dolores más profundos forman nuestra personalidad y le imponen cambios sustanciales».

Es difícil definir el carácter de esas cartas pues, aparte de las indicaciones individualizadas para cada uno de sus hijos y también para su esposa, en ellas se entremezclan consideraciones agudísimas sobre arte y música, enjundiosas exposiciones sobre literatura rusa y mundial, máximas filosóficas, razonamientos matemáticos, diagramas, complejas fórmulas químicas, dibujos de la aurora boreal y de secciones de algas vistas al microscopio,

y a veces una conmovedora ternura y un atisbo más o menos velado de desesperación.

En cualquier caso, conviene aclarar algunas peculiaridades y limitaciones inevitables de las cartas. Como recuerda Andronik Trubachov, nieto de Florenski y coeditor de sus *Obras Completas*:

El lector debe comprender que el padre Pável no podía escribir desde el campo todo lo que quería; al contrario, no podía hablar a la familia de lo más importante... La respuesta del padre Pável a las preguntas eternas, para qué vivir y cómo vivir, no se encuentran tanto en el contenido como en el tono.

A ese respecto, Iván Zaitsev cuenta que aquellos presos que revelaban aspectos desagradables del campo o detalles comprometedores para las autoridades se arriesgaban a recibir algún tipo de castigo, incluida una prolongación de la condena de uno o dos años.

Además, todas las cartas expedidas desde los campos estaban sometidas a una estricta censura. En una de sus cartas Florenski llega a compadecerse, uno no sabe si con un punto de ironía o de angelical despreocupación, de la titánica labor de los censores, sobrecargados de trabajo, aplastados casi bajo el peso de montañas de cartas. «No es raro que uno de los censores haya sufrido desarreglos nerviosos», comenta Florenski.

También los familiares debían tener cuidado con el contenido de las cartas y sólo podían hablar a medias de las novedades, a menudo dolorosas (pues como parientes de «enemigos del pueblo» eran una especie de apestados y no podían esperar nada bueno), de la vida cotidiana. No obstante, los presos habían aprendido a leer entre líneas, como informa Francisk Olejnovich en sus memorias:

Cuando estaba escrito: «Tu hermana ha enfermado y se encuentra en el hospital», quería decir: «arrestada». Si se decía: «Tu hermano se recupera en un sanatorio», significaba: «ha acabado en un campo». Si en la carta se comentaba: «El médico considera que el cli-

ma local le sienta mal a tu padre», había que entender: «Papá ha sido deportado a la región de Narim o a la taiga de Pecherskoie».

Gracias a esa especie de correspondencia cifrada, Yevguenia Guínzburg pudo comunicar muchas cosas de importancia a su madre y a su vez recibir información de sus seres queridos:

Tenía que lograr comunicar a mi madre todo lo posible y saber por ella otro tanto sobre mi marido, sobre los niños, sobre todos los parientes y los amigos. Pero ¿cómo hacerlo? Elegimos escribirnos en tercera persona. Nos preparamos con tiempo. En primer lugar teníamos que inventarnos un segundo nombre. ¿Qué derivado existe de Yevguenia salvo Zenia? Bien: Zenia. La pequeña Zenia, la hermanita de Natasia. Mandé a mi madre una carta con esta frase enigmática: «No te aflijas tanto por los niños. Yo considero que nuestra pequeña Zenia, por quien te preocupas, no está tan mal. Ten en cuenta que ella ahora no está sola, sino con una tía que, estoy convencida, la quiere bien». Mi madre comprendió. De acuerdo, respondió: estaba dispuesta a creer que a nuestra Zenia le iría todo bien. Pero ¿acaso la tía no tenía un carácter un poco sombrío? ¿Permite a la niña pasear, encontrarse con las amigas? Mamá quería saber si yo estaba incomunicada. El sistema funcionó perfectamente. Escribiendo de todos como si fuesen niños, nos comunicábamos las informaciones más inadmisibles para el carcelero sin suscitar sospechas de ninguna clase. En la misma forma me informaba de la detención de Shura Koroliova, hermana de mi marido. Primero mi madre me había comunicado: «Shura ha cambiado de oficio. Ahora trabaja en un garaje». Teniendo en cuenta que Shura era profesora de historia rusa, semejante «cambio de oficio» sólo podía significar la expulsión del partido. Y en la carta siguiente había escrito: «Shura ha ido a reunirse con Pavel». Por tanto, no había duda sobre su suerte. Continuamos esa correspondencia durante dos años. Mamá me daba solícitamente noticias de mis hijos y yo la creía.

Como se desprende de la propia correspondencia de Florenski, las cartas desempeñaban un papel fundamental en la vida de los detenidos; de hecho, uno de los castigos más temidos era la privación de recibir correspondencia. Además del componente emotivo y de la carga desbordante de sentimientos, las cartas

constituían el único vínculo de los presos con el mundo de los vivos. Exclama en sus memorias Olejnovich:

¡Las cartas! ¡Qué felicidad inefable, qué alegría inmensa recibir en invierno, en esta isla maldita separada del resto del mundo, una carta de un ser querido que siente nostalgia de ti, que se preocupa de tu destino, que trata de ayudarte a sobrevivir... ¡Las cartas! Y qué amarga desilusión para quien no las recibe.

Para una mejor comprensión de la correspondencia de Florenski conviene señalar dos peculiaridades de la censura. La primera era la imposibilidad de citar el nombre de Dios; por ello en las cartas de Florenski apenas hay alusiones a la divinidad ni a la religión. La segunda consistía en la prohibición de referirse a otros detenidos por su nombre y apellido; de ahí que Florenski recurra a menudo a fórmulas del tipo «un químico», «un armenio», «un hombre joven».

Florenski concedía un valor enorme a estas cartas, pues era el único medio que le quedaba de influir en sus hijos, de supervisar su educación, de transmitirles su experiencia y, en el caso de los hijos mayores, sus conocimientos especializados de ciencia, técnica e ingeniería. Desde 1917 era consciente de que se había iniciado una nueva época en Rusia en la que «nadie puede estar seguro de lo que le sucederá mañana». Esa preocupación y ese temor le habían llevado a la redacción de los recuerdos de infancia, dedicados a sus hijos, así como a la elaboración de un *Testamento* para los mismos destinatarios, iniciado el 11 de abril de 1917 y concluido el 19 de marzo de 1923. Son unas pocas páginas, llenas de preceptos, de sentencias, de consejos y de ruegos de un padre temeroso y atribulado, sabedor de que le espera un destino incierto y una probable separación. En ellas vibra el cariño, la preocupación angustiosa y la obsesión acuciante por inculcar los valores de la familia, del pasado, de la estirpe: «Tratad de fijar por escrito todo lo que podáis sobre el pasado de nuestra estirpe, de la familia, de la casa, de los muebles, de las cosas, de los libros, etc. Tratad de reunir retratos,

escritos autógrafos, cartas, obras impresas y manuscritos de quienes hayan tenido relación con nuestra familia y nuestra estirpe, de conocidos, parientes y amigos».

La familia, la estirpe, el pasado son de importancia capital para Florenski, que en una ocasión ruega a su madre que redacte para él todos los recuerdos de su vida, todas las semblanzas y retratos de familiares que su memoria haya podido preservar, y en otra carta a su tía Z.I. Florénskaia-Strukovskaia le solicita cualquier documento, testimonio, perfil o remembranza, por insignificante que sea: «Me interesa cada fragmento, cada línea, pues hasta lo más pequeño arroja a veces una luz inesperada sobre lo más importante; en definitiva, cualquier menudencia me resulta preciosa y querida». La idea de pensar que un solo documento, un solo destello de vida pueda perderse por su propia desatención, por descuido, por simple dejadez, le aterra y le angustia: «En cuanto esa idea me viene a la cabeza, no puedo dominarme: que tales documentos desaparezcan es como pensar en la muerte de los seres queridos».

Según Florenski, «la estirpe es una sola cosa y no la suma de las generaciones sucesivas». Es decir, cada miembro de una genealogía constituye una parte de un organismo superior, supraindividual, al que cada representante sirve y cuyos objetivos —históricos, vitales, sociales— contribuye a cumplir. En definitiva, cada persona se convierte en custodio no sólo de sus propios recuerdos, sino de la memoria de sus padres, de sus abuelos, de sus antepasados. «Para encontrar el lugar propio en la historia —escribe Florenski— es necesario registrarse históricamente, encontrar las coordenadas propias en la historia, la propia longitud y latitud genealógicas».

El tiempo es otra de las ideas que aparece una y otra vez en las cartas. La permanencia del tiempo, su eternidad. Según Florenski «el pasado no se pierde, se conserva eternamente en alguna parte y de algún modo, sigue siendo real y actuando». La humanidad vive en el presente: «Cualquier tiempo nos es dado en un cierto ahora... Cualquier hecho se produce *in actu*, ahora, en un momento dado». Pero el pasado no desaparece, sigue vivo, en

espera de que alguien lo convoque o lo despierte: «Las rocas sedimentadas me parecen una prueba directa de la realidad eterna del pasado —escribe—; aquí están los sedimentos del tiempo, durmiendo uno sobre otro..., pero si hago un esfuerzo estoy seguro de que hablarán conmigo; fluirán con el ritmo del tiempo, resonarán con las olas de las edades».

En las cartas del Gulag, Florenski confiesa que siente más cerca el pasado lejano que el inmediato o el presente. Por eso, a medida que la correspondencia avanza, van adquiriendo más consistencia y relieve las figuras de sus padres, de sus hermanos y de su tía Yulla, así como los recuerdos de infancia en el Cáucaso, velados de esa bruma nostálgica de lo irrecuperable, de lo inevitablemente perdido; de esa profunda y serena desolación que envuelve la rememoración de las personas fallecidas, los lugares desaparecidos, los objetos olvidados, la vida ajena y propia barrida por el oleaje inasaciable del tiempo. Pero Florenski aclara, a modo de consuelo o acaso con secreta pesadumbre: «Todo pasa, pero todo queda».

Ahora bien, el tiempo que se ha concedido al hombre es breve, limitado, angustiosamente concreto. Por tanto, hay que aprovecharlo del mejor modo para adquirir el mayor número posible de saberes. Para Florenski la acumulación de conocimientos es como la ascensión a una montaña que no termina nunca: «Casi cada año nos trae nuevas dificultades; de la misma manera, un vagabundo encuentra en su ascensión a las montañas una elevación tras otra, aunque siempre piensa que esa elevación es la última, y que va a alcanzar la verdadera cumbre». En cualquier caso, esa aspiración al conocimiento debe ser desinteresada. En una carta a su mujer habla incluso del «don de la gratuidad» y en el *Testamento* aconseja a los hijos que el único objetivo de sus estudios sea el propio saber, que no busquen como recompensa de sus afanes «el poder, la riqueza o el prestigio», y a la vez les previene especialmente contra la envidia: «la mezquindad, la bajeza, las murmuraciones insolentes, la maldad, las intrigas: todo proviene de la envidia».

Igual que en los recuerdos de infancia, en las cartas el estudio y la observación de la naturaleza ocupan un lugar preeminente. En

particular, Florenski trata de transmitir a los hijos el gusto por lo concreto, por lo tangible, por lo real. El estudio de la naturaleza debe basarse en un conocimiento directo, no en esquemas o abstracciones. Esas impresiones primarias deben constituir una especie de esqueleto o armazón sobre el que se apoyen todas las investigaciones posteriores. Antes de buscar informaciones en los libros, hay que establecer una serie de referentes reales, concretos: una hoja, una flor, un tronco, un simple color, el resplandor de la luna.

La naturaleza no sólo tiene valor como objeto de estudio, sino también como consuelo, como remedio que cura los sinsabores y los reveses de la vida: «Observad más a menudo las estrellas —escribe Florenski a sus hijos en su *Testamento*—. Cuando tengáis un peso en el corazón, contemplad las estrellas o el cielo azul. Cuando os sintáis tristes, cuando os ofendan, cuando algo no salga bien, cuando la tempestad se desencadene en vuestro ánimo, salid al aire libre y demoraos a solas con el cielo. Entonces vuestra alma encontrará la quietud».

Las cartas del Gulag, como el *Testamento*, constituyen una suerte de legado espiritual, aunque su carácter y su concepción son muy distintos, por razones no sólo personales (habían pasado diez años, estaba recluido en un campo de concentración, sus palabras eran sometidas al control implacable de la censura) sino meramente materiales.

En primer lugar, Florenski podía escribir un número restringido de cartas, a menudo sólo dos o tres al mes. Únicamente los trabajadores «ejemplares» (categoría que a veces mereció Florenski) recibían como prebenda el derecho a mantener una correspondencia más copiosa. Ese hecho le obligaba a pasar por alto muchas preocupaciones, a dejar de lado cuestiones accesorias y secundarias.

También había que contar con la dificultad de procurarse papel y lápiz. En concreto, para ahorrar papel Florenski empleaba una escritura muy menuda y en lugar de puntos y aparte utilizaba guiones. A todo eso hay que añadir que la redacción de las cartas requería tiempo libre y unas condiciones propicias que permi-

tieran una mínima concentración y un resquicio de intimidad, aspiración casi imposible en la vida masificada de los campos.

Las cartas se dividen en diversas secciones, cada una con un destinatario distinto. Son, pues, cartas plurales, en las que Florenski se dirige por separado a cada miembro de la familia, hablándole con la voz que mejor se adapta a su carácter y a su edad, y ocupándose de los temas que más pueden interesarle o sobre los cuales Florenski quiere apuntalar algunos conceptos o principios. En consecuencia, el tono también varía de un corresponsal a otro: más íntimo con la mujer, más respetuoso con la madre, más delicado –a veces tierno– con los hijos pequeños, más varonil con los mayores.

En la presente selección se han privilegiado las cartas destinadas a la mujer y a la hija Olga y se han incluido pocas de las dedicadas a los hijos Vasili y Kirill, más especializadas, llenas de arduos conceptos científicos, fórmulas y explicaciones técnicas, así como de razonamientos sobre cuestiones químicas y físicas de no fácil comprensión.

En particular las cartas a la hija Olga componen un curso de literatura y también de estética; en ellas Florenski expresa sus opiniones –de una deslumbrante hondura y originalidad– sobre la naturaleza del discurso poético, sobre la concepción del mundo de Tiútchev, sobre la precisión y la musicalidad de Pushkin, sobre el arte de Balzac o de Shakespeare, sobre la maestría de Goethe. De especial interés son las dedicadas a los principales representantes del movimiento simbolista –Balmont, Briúsov, Bieli– a los que conoció y trató personalmente. En las cartas a Olga también se pone de manifiesto su pasión por la música y su especial predilección por Mozart, que le retrotrae al mundo mágico de la infancia: «Cada vez que oigo a Mozart vuelvo a reconocer con estupor esa claridad, ese paraíso dorado que la humanidad ha perdido». Curiosamente también en Cernuda la música de Mozart despierta «sueños idos del ser que fuimos y al vivir matamos».

En su conjunto las cartas producen asombro, pasmo, admiración, no sólo por el alcance y la profundidad de los conociemien-

tos, por la facilidad expositiva, por la claridad de las reflexiones, sino también por la serenidad apabullante, por el equilibrio asombroso y el ansia de comprender y compartir, en medio de un ambiente deshumanizado y groseramente cruel, sembrado de muerte y de horror. Florenski rara vez se deja ganar por la desesperación o al menos no se abandona hasta el punto de comunicarla a sus deudos. Sólo en algunos pasajes resuena la amargura extrema, la vaciedad infinita del alma, la herida inconsolable de una ruina total, como en el siguiente comentario de una de las últimas cartas, escrita en una nave destartada (las autoridades del campo le habían obligado a trabajar de vigilante nocturno) en la que aúlla el viento y se condensan la soledad y la desesperanza: «Son ya las seis de la mañana. La nieve descende por el arroyo y un viento enfurecido hace girar los remolinos de nieve. En las naves vacías golpean las ventanas con sus cristales rotos, el viento sopla e irrumpe en la habitación. Hasta mí llegan los gritos angustiados de las gaviotas. Y siento con todo mi ser la insignificancia del hombre, de sus obras, de sus afanes...».

En *El vértigo* Yevguenia Guínzburg cuenta el caso de una mujer llamada Nina Gviniasvili, «artista refinada e inteligente», con unos espléndidos ojos verdes, admirados por todas sus compañeras de infortunio. Un día, trabajando en uno de los campos de Kolimá, una de las máquinas empleadas para cargar los silos se estropeó y de sus entrañas salió volando una rama dura que fue a clavarse en el ojo derecho de Nina Gviniasvili. Yevguenia Guínzburg logró entrar en el hospital del campo en compañía de una joven llamada Pava Samoliova. Le llevaban un poco de azúcar a la amiga malherida, con intención de reconfortarla, pero cuando contemplaron su rostro, privado de uno de aquellos magníficos ojos, se quedaron «abrumadas y en silencio junto a su lecho». Entonces Nina acarició la mano de Pava y le dijo:

—No te preocupes, muchacha. Para ver una vida como ésta basta con un solo ojo».

BIBLIOGRAFIA

- Adamova-Sliozberg, Olga, *Put*, Moscú, 1993.
- Applebaum, Anne, *Gulag. Historia de los campos de concentración soviéticos*, Barcelona, 2004 (traducción de Magdalena Chocano).
- Brodski, Yuri, *Solovki. Le isole del martirio*, 1998.
- Bulgakov, Serguéi, *Otets Pavel Florenski*, en Pável Florenski, *Sobranie sochineni, I, Stati po iskusstvu*, París, 1985.
- Chentalinski, Vitali, *De los archivos literarios del KGB*, Madrid, 1994 (traducción de Vicente Cazcarra y Helena S. Kriúkova).
- Chirkov, Yuri, *A bilo vsio tak*, Moscú, 1991.
- Florenski, Pável, *Sochinenia v chetirej tomaj*, Moscú, 1998.
- —, *Detiam moim. Vospominania proshlij dnei. Genealogicheskie issledovania. Iz solovetskij pisem. Zaveschanie*, Moscú, 1992.
- Guínzburg, Yevguenia, *El vértigo*, Barcelona, 1974 (traducción de Fernando Gutiérrez).
- Hosking, Geoffrey, *Russia. People and Empire, 1552-1917*, Londres, 1997.
- Lijachov, Dmitri, *Vospominania*, San Petersburgo, 1995.
- Rayfield, Donald, *Stalin y los verdugos*, Madrid, 2003 (traducción de Amado Diéguez Rodríguez y Miguel Martínez-Lage).
- Razgon, Lev, *Nepridumannoie*, Moscú, 1989.
- Solzhenitsin, Aleksandr, *Archipiélago Gulag*, 2 tomos, Barcelona, 1974-1976 [traducción de L. R. Martínez (tomo I) y Lucía Gabriel (tomo II)].
- Valentini, Natalio, *Geometrie dell'anima, tra fiaba e scienza*, en Pável Florenski, *Ai miei figli. Memorie de giorni passati*, Milán, 2003.
- —, *L'arte della gratuità*, en Pável Florenski, *Non dimenticatemi*, Milán, 2000.

CARTAS DE LA PRISIÓN
Y DEL EXTREMO ORIENTE

23 de mayo de 1933

Querida Anna¹,

en estos momentos me encuentro en la Lubianka² (calle Lubianka, 14). Te ruego que me envíes ropa interior y también una toalla. Tengo pañuelos, pero en cualquier caso mándame uno. En cuanto a los víveres, haz como quieras, pues en la Lubianka la comida no es mala. Si te dan permiso, envíame dos o tres cebollas, ya que la falta de verduras puede ser perjudicial.

11 de julio de 1933

Querida Anna,

te escribo algunas cosas sin importancia. Me encuentro bien, sólo me preocupo por ti y por mamá³. Tengo bastante ropa blanca, así que te ruego que no me envíes más. En lo que respecta a los alimentos, sé más moderada o no me envíes nada, pues aquí la comida es aceptable. Trata de obtener dinero de la Enciclopedia Técnica⁴, y en caso de que allí no te lo den, vende lo que quieras. Un beso para todos.

Nº 3. 18 de agosto de 1933

Querida Anna,

te escribo desde Sverdlovsk. Nuestro grupo de presos se ha detenido en la cárcel local, donde nos han acogido bien: nos han lavado, cortado el pelo, alimentado y alojado en condiciones relativamente buenas. Llegar a Sverdlovsk no ha sido fácil, sobre todo porque nuestro vagón estaba lleno de maleantes, es decir, de ladronzuelos. Me acompañan P.N. Kápterev⁵ y algunos otros como él. A todos nos han robado bastantes cosas y es muy probable que en el siguiente tramo nos desplumen del todo; luchar contra ese mal es casi imposible, pues durante los desplazamientos el hurto no es perseguible.

Estoy bien. Pienso en todos vosotros. Di a los niños que les mando un beso y que espero que saquen el mayor partido a su viaje. Di a Kira⁶ que salude a su jefe de mi parte. Viajan con nosotros muchachos de unos veinte años. Un beso fuerte para Olia⁷ y Tika⁸, un saludo para tu madre⁹ y Ania¹⁰.

Te ruego que no hagas gestiones en mi favor: siento tal repugnancia por la gente y he visto tales componendas que en estos momentos no quiero tener nada que ver con nadie. Basta. Si el doctor Nik. Nik. Pechkin pasa a veros, recibidlo con afecto. En general, evitad a la gente, pues temo que hablen de mí personas con las que no merece la pena tratar. En particular, Igor Petróvich y Nik. Nik. Komsha.

Debemos seguir viaje hasta la ciudad de Svobodni¹¹, en el Extremo Oriente, pero no sé cuándo. Haremos otra parada en Irkutsk y quizás otra en Novosibirsk. No tengo ningún libro y casi he olvidado cómo se lee: tendrá que enseñarme Tika. Te mando un fuerte beso, querida. No estés triste.

Nº 8. 9 de septiembre de 1933

Querida Tika,

te escribo nada más salir de la ciudad de Tulún. Nos hemos detenido una jornada y media en Krasnoiarsk. Viajamos despa-

cio; el tren se para cada diez o quince minutos, pues transporta tanto pasajeros como mercancías. En la región de Krasnoiarsk el paisaje es muy hermoso, primero muy ondulado y después montañoso y muy irregular. Hay bellos bosques y bosquecillos de abedules, de abetos blancos, de alerces, de cedros y de álamos, algunos ya rojos. Ahora el terreno se ha vuelto casi regular, aunque en la lejanía se vislumbran algunas montañas. Los abetos blancos son muy bonitos, puntiagudos como los cipreses. Por la noche hace frío, pero tampoco de día hace calor, a pesar de que luce el sol; ayer cayó una pequeña nevada. Hay muy pocas aldeas y casi no se ve a nadie. Parece que los bosques no reciben ningún cuidado, pues hay muchos árboles secos y los demás crecen a su aire; el lugar parece una auténtica taiga. Durante el camino pienso en todos vosotros y me pregunto si estáis bien y gozáis de buena salud. ¿Pasas todo el tiempo con Ania? ¿Ayudas a mamá? Nosotros hemos atravesado muchos ríos caudalosos. Consulta el mapa con Olia y sabrás cuáles son. Pronto llegaremos a una ciudad que se llama Zimá¹², y hace poco dejamos atrás la estación de Koitun, que en lengua buriata quiere decir «Hielo». Te mando un fuerte beso, querida Tika. Da un beso de mi parte a mamá y a Olia, saluda a la abuela y a Ania. Di a mamá que no se entristezca y que esté alegre. Cuida de tu salud, no te olvides de estudiar alemán y música. ¿Vas a recoger setas?

Otro fuerte beso. Di a mamá que estoy bien. Cuando tengas ocasión, di a la abuela Ania y a la abuela Sonia que les mando un fuerte beso.

Nº 9. Chitá. 23 de septiembre de 1933

Querida Annulia,

hasta el 16 de septiembre no partimos de Irkutsk y esta noche hemos llegado a Chitá. Mañana por la mañana proseguiremos la marcha. Vamos en un vagón de mercancías, reina la oscuridad, el viaje es duro. Di a los niños que sigan en el mapa mi itinerario. En la estantería encontrarás la Geografía de Semiónov, que incluye

diversas informaciones de los lugares que estoy atravesando y que, por desgracia, casi no consigo ver. Por lo demás, en Irkutsk he visto el Angara¹³, que tiene el mismo color que el collar de Tika, es muy caudaloso y veloz. El Baikal tiene idéntico color, es muy hermoso y borrascoso, ruge como el mar. Los montes son muy interesantes y están cubiertos de bosques de cedros. En general, la región de Zabaikal es mucho más bella que Siberia Occidental. Se suceden las crestas, aunque no son muy altas. Como ya te he escrito, mis ropas puedes adaptarlas para los hijos o venderlas. Me preocupa vuestra situación. Dirígete en mi nombre a Nik. Petr. Rakitski, de la Enciclopedia Técnica, y pídele que la redacción te pague lo que me debe. Un beso para todos vosotros. Escribe a los niños que les mando un beso. Me viene a la memoria aquel viaje de Vasia¹⁴ en que¹⁵...

Un beso fuerte para ti, cuida de tu salud.

Nº 12. 3 de octubre de 1933

Querida Anna,

el primero de octubre, por fin, llegué a mi destino, aunque desconozco si será el definitivo. Entre sierras no muy altas fluye un río de montaña. Las cumbres son rocosas y están cubiertas de alerces que muestran ya un color amarillo canario. El lugar es bello. Todo está inundado de sol, que luce de la mañana a la noche. Por la noche hace frío y hiela, pero por el día el ambiente es tibio; ayer tomé un baño de sol. Por la noche refulge una brillante luna. La mayor parte del tiempo el cielo está despejado. Después del hambre que he pasado por el camino, empiezo a recuperar el peso perdido; en particular, aquí se come mucho salmón salado. Se dice que el lugar es rico en bayas: arándanos, frutos de espino blanco, moras, cerezas, pero la estación ya ha terminado. Estoy ocupado el día entero, pero por ahora mis tareas no tienen nada que ver con mi formación. La falta de gafas me crea dificultades. Os echo de menos, queridos míos, y me preocupa cómo vais a po-

der vivir solos. Espero que Vasia y Kira¹⁶ ya hayan regresado. Di a Mij. Vladímirovich que acabe solo, como pueda, el diccionario de nombres de materiales aislantes y que lo publique sin mí; quizá más tarde me una yo. Tal vez Vasia y Kira puedan tomar parte. Lo mismo vale para los artículos sobre la vida de las plantas y demás. Un fuerte beso para todos. Cuando me escribas, infórmame de todos los hijos, de cómo están y qué hacen. Te he escrito que te deshagas de mis ropas, que las adaptes para los niños o las vendas.

Querido Mik¹⁷, probablemente ya estás en casa con mamá. ¿Has pasado bien el verano? Ocupate de que Tika estudie alemán: me daría mucha pena que olvidara todo lo que ha aprendido. Si estuvieras aquí, seguro que irías a pescar, pues el río que contemplo a menudo es bastante grande.

Querida Tika, ¿cuidas de mamá? Dale un beso de mi parte. Saluda a la abuela Nadia. ¿Cómo va tu aritmética?

Querida Olechka, con la ayuda de mamá busca en la estantería (arriba, a la derecha) la Geografía de Semiónov y lee lo que se dice de la región de Zabaikal. Da un beso de mi parte a Kira y a Vasia.

Escribidme a la siguiente dirección: Estación Ksenievskaja del ferrocarril Zabaikal, punto 5, buzón N^o 1, Pável Aleksándrovich Florenski.

Un beso fuerte para todos vosotros, no os olvidéis de vuestro padre. No perdáis la alegría ni os desaniméis. Dadle un beso a la abuela Olia de mi parte. Informadme de cómo van las cosas en el apartamento del VEI¹⁸ y de cómo se han instalado los muchachos.

13-14 de octubre de 1933

Querida Olechka,

siempre tengo intención de escribirte, pero estoy tan ocupado, desde primera hora de la mañana (desde las seis) hasta bien entrada la noche (hasta las doce, la una o incluso más tarde) que no me queda un solo instante de tiempo libre y, además, no dispon-

go de tarjetas postales. Di a mamá que no es necesario que me envíe nada; espero procurarme de algún modo todo lo necesario. Podéis escribirme cuanto queráis, pero probablemente yo no podré escribiros a menudo, de modo que no os preocupéis si pasan largos periodos sin que recibáis ninguna carta. Lee autores rusos, Ostrovski, Leskov, Turguéniev; lee sobre todo y con particular atención las obras de Pushkin, Zhukovski, Lérmontov, Baratinski, y, cuando tengas más edad, a Tiútchev y a Fet. De los escritores extranjeros lee a Schiller, a V. Hugo y a Hoffmann. A Pushkin es mejor que lo leas en la edición de Polivánov, prestando atención a los comentarios. Ha caído en mis manos el primer tomo de esa edición y después de la comida, durante un cuarto de hora, leo la lírica de Pushkin. Te mando un fuerte beso, querida hija. Un beso a mamá, a Vasia, a Kira, a Mik y a Tika. Saluda a la abuela de mi parte.

Nº 16. 12 de noviembre de 1933

Querida Annulia,

por fin he recibido una carta vuestra o, mejor dicho, varias cartas en dos sobres. Una lleva el Nº 6; la otra, la de Olia, está fechada un día después, de modo que debe de ser la Nº 7. En todo este tiempo no ha llegado nada más de vosotros; seguramente se habrá perdido por el camino. Vuestras cartas me han alegrado y al mismo tiempo me han llenado de preocupación.

Empezaré por los chicos. En la carpeta con mis documentos de trabajo (certificados, etc.) hay un sobre con una carta del subdirector del VEI en la que me promete, como contrapartida por dejar mi alojamiento en el VEI, proporcionarme un apartamento en Moscú. Hay que encontrar esa carta y, basándome en ella, solicitar un alojamiento para los chicos.

En lo que respecta a los estudios de Olia, lo más cómodo sería que siguiera el programa del octavo curso de la escuela. Pero acaso no sea mala idea que estudie en casa, en particular lenguas, especialmente cuando los hermanos mayores pueden ayudarla con

las matemáticas, la física y otras materias. Después de todo, lo más importante es adquirir conocimientos y el hábito de trabajar. No estaría mal que se ejercitara un poco en el dibujo técnico, una actividad indispensable para cualquier trabajo posterior.

En cuanto a tu deseo de verme, te pido encarecidamente que por el momento abandones esa idea. Venir aquí resulta muy caro, existe el riesgo de contraer diversas infecciones, no hay lugar donde alojarse, yo tengo que trabajar todo el día y, por último, en estos momentos podrían denegar la visita. Dejar la casa y a los niños solos... Sólo el pensamiento de que te decidas a dar semejante paso me aterroriza. Recuerda que mis hijos y yo somos una misma cosa y que contemplándolos a ellos estás conmigo. Además, probablemente dentro de uno o dos días me enviarán aún más a Oriente, a la ciudad de Svobodni, donde mi trabajo podrá resultar más útil al Estado. Espera al verano; quizá entonces pueda hacerse algo, si mi trabajo se desarrolla según mis deseos y puedo organizarlo según mis conocimientos. Trata de acomodarte a la situación presente, sin plantearte objetivos difíciles y complicados, que en su momento se verán cumplidos.

En cuanto a los paquetes que tienes intención de mandarme, no olvides que ya he recibido unas botas de fieltro, un chaquetón acolchado y unos pantalones forrados de guata. Espero ir recibiendo poco a poco todo lo necesario. Además, me han entregado cierta suma de dinero, no muy grande la verdad, pero suficiente para comprar los artículos de primera necesidad y para pagar el comedor de ingenieros y técnicos. Así pues, como ves, no vivo mal. Comparto la habitación con varios ingenieros, personas tranquilas y pacíficas. La comida en el comedor de ingenieros y técnicos es de todo punto satisfactoria; en cualquier caso, mucho mejor que la de Moscú, de mayor calidad, más sabrosa y abundante; ni siquiera como el pan. Cuando llegué aquí estaba hambriento, pero también antes comía bastante; ahora las raciones son hasta excesivas para mí. Lo único que me desagrada es la carne. Al principio la comía con gusto, pero cada vez me causa mayor repugnancia. Me apena pensar que me alimento mucho me-

jor que vosotros y que me sobra lo que tanta falta les haría a nuestros hijos.

Para no olvidar: no me has escrito si has recibido mis cartas y, lo más importante, las autorizaciones, expedidas ya desde el lugar de destino, para recibir mi ropa, los libros y el dinero.

Me preguntas por mis actividades. En un principio, en otro lugar, me ocupaba de proyectos, diagramas y de la correspondencia. Ahora elaboro cálculos económicos y estadísticos. Ciertamente no son tareas para mí, sobre todo porque no tengo gafas, pero espero que en el futuro me asignen ocupaciones de carácter científico en las que mi concurso pueda resultar de mayor utilidad.

Apenas puedo leer, pues no tengo libros ni tiempo ni gafas. Pero estoy meditando sobre ciertas cuestiones matemáticas, aunque muy lentamente, y cuando tenga la oportunidad y los pronuntarios adecuados trataré de escribir lo que poco a poco va tomando forma en mi cabeza. En general, en los últimos tiempos estaba tan cansado de Moscú y el trabajo avanzaba de forma tan espasmódica que, si no fuera por la constante inquietud que siento por vosotros, no tendría ninguna objeción que poner a mi estancia en este lugar.

12 de noviembre de 1933

Querida Olechka,

he recibido tu carta y me dispongo a responderte. Ante todo, no te preocupes por tus fracasos en la escuela: todo saldrá bien e irá mejorando. Estudia con tranquilidad, paso a paso, lo que te resulte comprensible, crece, completa tu desarrollo y no tengas dudas de que todo el trabajo que realices ahora que eres joven, dará sus frutos un día; es más, esos saberes que ahora te parecen casuales son precisamente los que más te servirán. Te lo digo basándome en una larga experiencia en la vida. ¿Qué debes hacer? En primer lugar adquirir ciertos saberes que te serán indispensables hagas lo que hagas en el futuro: lenguas, literatura, matemáticas, física, ciencias naturales, dibujo técnico (al menos un poco), pin-

tura y música. Esos conocimientos son indispensables en cualquier situación vital y en cualquier actividad. Aprende a exponer los pensamientos, los propios y los ajenos; aprende a describir; adquiere la costumbre de prestar atención a la palabra, al estilo, a la construcción. Me alegro de que hayas empezado a estudiar alemán en serio, pero no te olvides del francés; para ello lee al menos una página al día, siempre en voz alta, y busca en el diccionario las palabras desconocidas. Tampoco es mala idea leer en francés con una traducción rusa al lado, cotejando cómo y qué se ha traducido y percibiendo los defectos de la traducción. En general trata de que las lenguas, tanto la rusa como las extranjeras, sean para ti un sonido vivo y no sólo signos en un papel. Por esa razón trata de leer también en voz alta las obras rusas, si no en su totalidad, al menos en parte, captando la perfección del sonido, el ritmo de la construcción, tanto desde el punto de vista de la sonoridad como del contenido y la forma. No dejes de leer en voz alta hermosas poesías, en especial de Pushkin y de Tiútchev, y que los demás escuchen, para aprender y reposar. Aquí ha caído en mis manos un volumen de Pushkin de la edición de Polivánov, ¡Qué alegría me ha proporcionado leer en voz alta versos de Pushkin después de la comida, a orillas de río Urium, meditando en la suprema perfección de cada palabra, de cada giro, por no hablar de la construcción del conjunto!

En lo que respecta a las matemáticas, trata no sólo de recordar el qué y el cómo de las operaciones, sino de comprenderlas y aprenderlas como se aprende un fragmento musical. Las matemáticas no deben constituir un peso en la mente llegado del exterior, sino una costumbre del pensamiento: hay que aprender a ver las relaciones geométricas en toda la realidad y a determinar las fórmulas de todos los acontecimientos. Quien es capaz de responder al examen y resolver los problemas, pero olvida el pensamiento matemático cuando no se habla de matemáticas, no ha aprendido matemáticas.

Me preguntas si debes estudiar botánica. En verdad, si el tiempo y las fuerzas te lo permiten, trata, si no de estudiar, al menos de

prepararte para esos estudios: contempla más a menudo las ilustraciones en los libros de botánica, comparando las plantas reales con las dibujadas, trata de comprender el estilo de la especie, es decir, la unidad artística y biológica que constituye su base. Por último, debes ir aprendiendo cada vez más nombres de plantas y de tal manera que no sean nombres vacíos, sino huchas en las que se atesoren las informaciones sobre la vida, las propiedades y las utilidades de las plantas designadas con esos nombres. Cuanto más ricos sean tus conocimientos, aunque desordenados, sobre cada una de las plantas, más fáciles e interesantes serán en el futuro tus estudios de botánica. Debes comprender que no es recomendable acceder a ninguna ciencia sin un bagaje previo, pues eso constituye un lastre muerto y perjudicial, y los estudiantes, al no poder digerirlo rápidamente, se quedan para siempre con la cabeza obstruida. Cuando paseaba contigo, trataba de que prestaras atención a las semejanzas entre las plantas y te comunicaba el nombre de algunas de ellas. Ahora a todo eso hay que añadir las características técnicas de las plantas. En particular, lee la *Vida de las plantas* de Kerner von Marilaun, donde encontrarás muchos datos interesantes; no tengas prisa, lee poco a poco y con detenimiento, asimilando y reflexionando. Es muy útil mirar las ilustraciones de una misma planta en diversos libros y, en general, volver varias veces a la misma planta para familiarizarse con ella.

Te mando un fuerte beso, querida Olechka. Un beso para mamá. No pierdas la alegría ni te desanimes, trabaja y cuida de tu salud. Tu papá. Dile a mamá que no se preocupe por mí, pues siempre acabo conociendo a alguien que me toma bajo su protección y me ayuda a resolver la cuestión de la comida y los demás aspectos de la vida.

15-16 de noviembre de 1933

Mi querida y estimada Tika,

gracias por tu carta que me ha dado tanta alegría. Lo mismo que tú, me ocupo de cálculos, sumo y divido números, pero segu-

ro que tú ya lo haces mejor que yo. Además, trazo planos y diagramas; probablemente también tú has aprendido a hacer ambas cosas. ¿Vas bien en tus clases de música? Harías muy feliz a tu padre si aprendieras a tocar de tal modo que comprendieras las obras bellas. Te felicito, querida, por el cumpleaños que acabas de celebrar. Di a mamá que te enseñe mis libros y elige el más bonito, el que más te guste. Será el regalo de tu padre. Además, coge alguna moneda griega o romana, para ponerle una hebilla y llevarla como un broche. Tu papá no se olvida de su pequeña y le pide que viva alegre y cuide de su mamá. ¿Se encuentran bien tus muñecas? Salúdalas de mi parte y diles que no hagan travesuras y obedezcan a su madre. ¿Has aprendido ya la tabla de multiplicar? ¿Sabes que la inventó el filósofo y matemático griego Pitágoras? De modo que debes conocerla bien. ¿Está viva tu gallina Jonetta? Dile que ponga más huevos y dale cortezas. Cómo me apena tener aquí tanto pan con el que podrías alimentar a tus gallinas. Dile a mamá que tengo cuanto necesito, de manera que no debe enviarme ningún paquete, sólo escribirme cartas. Te mando un beso y deseo que estés sana, que duermas más y que estés alegre. Hace poco oí decir a un gorrión que te levantas muy temprano. ¿Es verdad? Otro beso.

23 de noviembre de 1933

Mi querido Vasenka,

por fin puedo escribirte. Sólo he recibido una carta tuya. Por mamá he sabido que en verano emprendiste una expedición, por eso no te he escrito y después no he dispuesto del tiempo necesario. Estoy muy contento de que Kira y tú hayáis conocido lugares nuevos, sobre todo porque durante todo el verano, es decir, hasta el 13 de agosto, estaba convencido de que tu viaje se había frustrado. Espero que hayas adquirido nuevas impresiones y conocimientos y que tu horizonte se haya ensanchado. En el estudio de la naturaleza lo más importante es recibir impresiones inmediatas que, si son examinadas de manera imparcial y exenta de prejuicio

cios, van conformando poco a poco un cuadro general, a partir del cual surge la intuición de los tipos de estructura de la naturaleza, que proporciona la base para extraer conclusiones profundas. Sin esa intuición, las conclusiones no pasan de esquemas elementales que pueden tomar direcciones arbitrarias y que, por tanto, son convencionales e incluso perjudiciales, pues impiden la observación y la consideración de los aspectos verdaderamente importantes.

En el campo del que te ocupas es imprescindible desarrollar el sentimiento del paisaje; entonces, muchas cosas que sin ese sentimiento se obtienen por medio de esfuerzos meticulosos y que fácilmente conducen al error, vienen por sí mismas. Por eso sería muy útil que trataras de formular los rasgos que caracterizan el estilo del paisaje que has visto: primero, cada una de las líneas, con una serie no sistemática de elementos que surgen en la conciencia; después, ensamblando gradualmente esos elementos en una descripción unitaria del tipo. Goethe poseía en grado sumo esa capacidad de ver el tipo observado; hay que aprender en Goethe el conocimiento de la naturaleza. Si tienes ocasión, lee al menos el libro de Lichtenstadt, que encontrarás en la estantería de los libros de filosofía. Lee también el libro de Metner sobre Goethe; pero Lichtenstadt te será más útil, pues incluye largos fragmentos de las obras de Goethe bastante bien traducidos, si no recuerdo mal.

Me preocupa pensar cómo os habéis instalado Kira y tú: dónde vivís y qué coméis. Espero que con el tiempo os las arregléis más o menos bien, pero por el momento la situación es bastante difícil. Le he escrito a vuestra madre que entre mis papeles (una cartera con certificados y otros documentos) hay una carta del subdirector del VEI en la que prometía proporcionarme un alojamiento en caso de que dejara mi trabajo en el VEI. Es evidente que no puede esperarse mucho de tales promesas, pero no pierdes nada por buscar la carta y, fundándote en ella, pedir que te concedan un alojamiento a cambio del que yo ocupaba en su momento en el Instituto. Lo principal es que cuides de tu salud. Te

encuentras en una edad en que esa preocupación es especialmente importante; dentro de unos cinco años tu organismo se fortalecerá y será más sólido, pero por ahora requiere un cuidado especial. Por tanto, es indispensable que Kira y tú os alimentéis como es debido. Tratad de vender ropa para poder proveeros de comida. Además, usa prendas de abrigo y, cuando haga frío, no salgas de casa vestido de cualquier manera: me dan mucho miedo los resfriados, sobre todo en estados de agotamiento general y fatiga.

Una cosa más sobre tus estudios: coge todos los materiales míos que puedan servirte, pero trata de conservar el orden y de no desperdigarlos, pues de otro modo se volverán completamente inservibles. En realidad, mis materiales han sido reunidos con miras distintas a las que tú persigues, pero a pesar de ello probablemente encuentres alguna cosa que pueda serte útil. Además, en general te conviene familiarizarte con un campo afín a la actividad práctica, pues podría conducirte a nuevos objetivos y conclusiones.

De mí ya he escrito tantas veces que me aburre ocuparme de ese tema. No obstante, por si las cartas no hubieran llegado, os informo una vez más de que no vivo mal: la comida es abundante y mucho mejor que en Moscú, pero me desagrada tener que comer carne. Comparto la habitación con algunos ingenieros; aunque no tengo nada en común con ellos, son personas tranquilas y pacíficas, de modo que no experimento ninguna incomodidad. Duermo en una litera de madera, en la cama de arriba, y para llegar a ella tengo que trepar como en un vagón de tren. He recibido prendas de abrigo, un chaquetón acolchado, un pantalón, unas botas de fieltro y un capote corto que aquí recibe el nombre de *bushlat*. Todas esas cosas (menos las botas, evidentemente) están forradas de guata. En la habitación hace calor, a veces incluso demasiado, cuando, reunidos para la noche, encendemos una estufa de hierro. En cualquier caso, la calidad de la habitación tiene poca importancia para mí, ya que me paso todo el tiempo fuera, trabajando, y sólo vuelvo a mi alojamiento por una hora o una hora y media durante el día y ya bien entrada la noche.

Mi jefe inmediato, el director de sección, es uno de esos alemanes rusificados, ha estudiado en el extranjero y durante un tiempo fue profesor en Leipzig. Es un hombre culto y benévolo. Me trata con consideración, de modo que me resulta cómodo trabajar con él. Lo único que lamento es que sea economista y agrónomo, pues la economía está bastante alejada de mis intereses. Ayer hablé con él de la eventual fecha de mi partida. Probablemente será a principios de diciembre, ya que hay que terminar algunos trabajos aquí.

El 23 de noviembre recibí una carta de mamá fechada el 8 de noviembre. Por esa carta he sabido que Mik y tú estáis nerviosos e inquietos. Esa noticia me ha entristecido mucho, en primer lugar por tu estado de salud, y en segundo porque tu actitud es equivocada. Es hora de que comprendas que todos los acontecimientos tienen un sentido y están encadenados de tal manera que, en última instancia, siempre conducen a lo mejor. Es imposible evitar los sinsabores en la vida, pero esos sinsabores, cuando se soportan conscientemente y a la luz de los acontecimientos generales, nos educan y nos enriquecen, y con el tiempo rinden frutos positivos.

Por tanto, mi querido hijo, conserva la calma, confía en un futuro mejor, no te preocupes y trata de aprovechar siempre lo que tienes y de hacer todo lo que puedas en cada momento. Estoy siempre con vosotros en espíritu, os tengo muchísimo cariño a todos y pienso siempre en vosotros. Prosigue tu formación, ocúpate de mamá y de los niños, cuida de tu salud y trata de mostrarte satisfecho con tu suerte. Es indispensable que respires aire fresco más a menudo. Puedes coger todos los libros míos que necesites. Utiliza también los preparados químicos para los análisis. Estoy seguro de que encontrarás sustancias que te servirán y que son químicamente puras. Te mando un fuerte beso, querido hijo. Besa a mamá, a los niños y a la abuela y saluda de mi parte a la otra abuela. Temo que no consigas entender mi letra: el lápiz apenas tiene punta y sin gafas me resulta difícil escribir.

6-9 de diciembre de 1933. Ciudad de Sbovodni

Querido Kirill,

Otra vez te escribo desde un nuevo lugar, la ciudad de Sbovodni, a orillas del río Zeia. Empecé a instalarme nada más llegar, el 2 de diciembre por la mañana temprano, pero sólo hoy, 9 de diciembre, fecha en que retomo esta carta, puedo dar por concluido ese proceso. Voy a iniciar un gran estudio sobre el hielo y en estos momentos estoy preparando un programa de trabajo y leyendo la literatura que existe sobre ese tema. Probablemente dentro de dos meses me enviarán al Instituto de Estudios sobre el Hielo, donde podré realizar experimentos. Esos trabajos están íntimamente relacionados con algunos de los que me ocupaban en Moscú. Espero poder hacer algo útil para el desarrollo económico de estas regiones, cuyos territorios están siempre helados, y en particular para el Extremo Oriente ruso. Muchos fenómenos característicos y peculiares de la naturaleza local están ligados a los hielos perpetuos. A propósito, el paisaje de Sbovodni no es nada interesante. El vasto valle del río Zeia es extremadamente anodino y triste; sólo se ven dunas arenosas en las que crecen robles de Manchuria, que tienen porte arbustivo (por lo que me han dicho, pues sólo los he visto de lejos y no lo sé con seguridad). El lugar es relativamente bajo y el aire es muy diferente del de Ksenievskaja, el cielo es mucho más opaco y el sol despidе unos rayos pálidos que apenas calientan. La ciudad está formada por casas bajas de madera, bastante alejadas unas de otras, con calles muy largas y anchas. El terreno es arenoso y la capa de nieve es tan tenue que a menudo se interrumpe y los caminos están cubiertos de una mezcla de arena y nieve. En definitiva, el lugar carece de encanto y atractivo.

Los paisajes de las partes montañosas en las que he estado son bastante singulares, aunque están despoblados y tienen cierto aire lunar, de creer en la fantasía de los pintores que ilustran los libros populares de astronomía. Por otro lado, es posible que en verano adquieran algo más de vida. En lo que respecta a la

baja densidad de la población local, baste decir que incluso aquí, es decir, en la zona que se considera relativamente más poblada, a lo largo de uno de los ríos, el Nora, en una extensión de cien kilómetros cuadrados, viven como mucho cinco habitantes permanentes. Por otro lado, la región tiene muchas riquezas naturales, está llena de posibilidades para el desarrollo de la agricultura y la explotación de los recursos, por no hablar de la minería... Pero basta de hablar de la naturaleza. No vivo mal, pero me preocupo por vosotros en todos los sentidos. En particular no sé cómo os las habéis arreglado Vasia y tú con el alojamiento, cómo os alimentáis, si gozáis de buena salud, si os fatigáis en exceso. Escríbeme en detalle sobre todas esas cuestiones. Un fuerte beso, querido hijo. Infórmame de tus ocupaciones y de tus estudios.

27 de diciembre de 1933

Querida Olia,

Mamá me escribe que estás triste por la escuela. Haces mal. En primer lugar, esas cosas se arreglarán con el tiempo y, en segundo, te resultará bastante más útil estudiar sola alemán y música, ocuparte un poco de matemáticas y de física y leer literatura. De otro modo corres el riesgo de terminar la escuela y carecer de la preparación general necesaria, pues después tendrás que hacer frente a otras preocupaciones y no tendrás tiempo. De mí puedo decirte que todos los conocimientos que he adquirido y que posteriormente se han demostrado verdaderamente firmes y útiles los he ido acumulando gracias al esfuerzo personal, no en la escuela. Es verdad que esos esfuerzos requieren mucho esfuerzo, pero en cambio proporcionan mayores satisfacciones y mejores resultados. En ese caso no existen conocimientos parciales: lo que has aprendido, lo has aprendido para siempre. Por tanto, querida hija, no te entristezcas, y considera la situación presente como una ventaja.

Escríbeme qué estás leyendo. Si tienes ocasión lee a Leskov, pues también a los otros les resultará útil e interesante. Lee tam-

bién a Leóniev, me refiero ahora a sus relatos y novelas breves. Pero cuando lees obras literarias no te contentes sólo con la trama, trata también de prestar atención a la construcción de la obra y la peculiaridad de la lengua, reflexiona sobre los tipos. Hay que comprender cómo está hecha una obra, en su conjunto y en sus elementos independientes, por qué razón está construida precisamente así y no de otra manera. Entonces verás que diversas peculiaridades de la obra, incluso aquellas que en un principio pueden parecer defectos, imperfecciones o caprichos del autor, en realidad tienen una finalidad que afecta al conjunto, pues permiten obtener la mayor impresión en un sentido dado, conferir unidad y cohesión orgánica a cada una de las partes. Algunos detalles a primera vista parecen casuales, pero, al reflexionar, se da uno cuenta de su inevitabilidad y comprende que cualquier otra solución habría sido peor. Evidentemente todo lo que digo se refiere sólo a obras de alto nivel. Las de baja calidad, por el contrario, están llenas de arbitrariedad, de inoportunidad, de incoherencias internas. En ese sentido resulta muy útil analizar una obra en sus redacciones consecutivas. De ese modo puede apreciarse cómo un artista elimina despiadadamente partes enteras, frases, capítulos, etc., en sí mismos muy significativos y poderosos, pero que destruyen la unidad y la totalidad de la obra. Pushkin mostraba una especial atención por esos detalles. Reescribía el mismo texto muchas veces y efectuaba incontables correcciones, dejando el manuscrito tan lleno de tachaduras y enmiendas que no había manera de entender nada. Ahora se reconstruyen las versiones iniciales, que resultan de gran valor artístico tomadas por separado, pero que han sido eliminadas porque destruían la impresión de conjunto.

29 de diciembre de 1933

Querida Olia,

no consigo terminar esta carta, pues las tareas me obligan a interrumpirla a cada momento y a última hora de la tarde no tengo

ningún lugar donde escribir. Sigo sin recibir cartas vuestras y me preocupa a qué puede deberse. Di a Vasia y a Kira que tengo muchas ganas de escribirles también a ellos, pero hace tanto tiempo que empecé a redactar esta carta que ya no puedo alargarla más. Les escribiré en cuanto tenga oportunidad; entretanto, les mando un beso y otro para todos vosotros. Un beso para ti, querida Olia. No te olvides de tu padre, conserva la alegría y la tranquilidad.

Aquí hoy hace calor, cae una nieve tenue o más bien un atisbo de nieve, pero aun así resulta agradable que todo se haya cubierto un poco de blanco.

Te beso una vez más.

Di a mamá que aquí gano algo de dinero, mucho más del que necesito, pues recibo todo gratis, y que no se preocupe por mí.

17 de enero de 1934

Querida Olechka,

cómo me apena, pobrecilla, que estés triste por no haber recibido la carta de tu papá. Yo que había puesto todo mi empeño y había escrito una carta tan larga. Se ve que sobrepasé los límites, por eso no ha llegado. Debes tener en cuenta, de ahora en adelante, que no me olvido de nadie, que os quiero a todos por igual y que pienso siempre en todos. Os escribo siempre a todos y si, por alguna razón, no tengo tiempo de escribir a alguno de vosotros, os lo hago saber. ¡Qué le vamos a hacer! Es imposible recuperar lo que se ha perdido.

Acabo de regresar del trabajo, antes le he dado clase por primera vez a una niña de tu edad, hija de un ingeniero. Se llama Vera. Hasta mi partida para Skovorodinó le enseñaré trigonometría y, si tengo tiempo, otras cuestiones matemáticas, pues se ha trasladado aquí desde Jabarovsk y está retrasada con respecto a sus amigas. Si gano algo de dinero con esas clases, te lo enviaré, así que no te sorprendas si te llega un giro.

Aquí he enseñado latín durante un mes a los ayudantes médicos y a los técnicos en medicina. Ahora esas clases han termina-

do, ya que se trata de cursos acelerados. Los técnicos en medicina carecen de cualquier preparación, desconocen por completo la gramática rusa y algunos de ellos ni siquiera hablan correctamente. El nivel de los ayudantes médicos es un poco más alto, de modo que he podido enseñarles algo más, a pesar del poco tiempo del que he dispuesto, del reducido número de clases y de la ausencia de libros de texto.

Mamá me habla de tu trabajo. En líneas generales estoy en contra de que trabajes, pues debes estudiar. Pero si crees que tienes algo de tiempo para ocuparte de labores de horticultura, no estaría mal que adquirieras algo de experiencia para el futuro, que aprendieras el nombre de las plantas, que te habituaras a examinar su composición y a conocer su vida. Si llegas a la conclusión de que tienes tiempo para dedicarte a ese trabajo y que puedes organizarlo de modo que no sea demasiado pesado y no interfiera en tus otras actividades, no pondría ninguna objeción. En lo que respecta al museo del juguete, no merece la pena que te ocupes de él, pues te apartaría de los objetivos que te has fijado y se convertiría en una fuente de confusión y en una pérdida de tiempo.

Comunícame si has recibido la carta en la que te decía qué obras literarias debías leer y cómo. Me daría mucha pena que no te hubieran llegado esas reflexiones, porque no me considero capaz de formularlas por escrito una segunda vez, aparte de que me aburre escribir dos veces las mismas cosas.

Me gustaría saber qué tal vas con la música. Estaría bien que leyeras alguna obra de historia de la música, en primer lugar la biografía de los compositores y a continuación la historia misma (está en mi estantería). Trata de reflexionar sobre lo que escuchas cuando asistas a conciertos o cuando estudies algo, tanto en lo que respecta a los detalles de la forma y la construcción musical como al estilo. Más tarde, cuando adquieras cierta experiencia y, sobre todo, un material concreto, tendrás que leer libros de estética. El más sencillo de todos es *¿Qué es la belleza?*, de Milthaler. Si no lo encuentras, en mis cuadernos hay un resumen detallado de ese libro y también del de Gross sobre el mismo tema. Puedes uti-

lizarlos. Son unos cuadernos sin tapa, con cubiertas que dibujé cuando tenía tu edad.

Lo más importante, querida hija, es que no te desanimes, que trabajes, crezcas y acumules conocimientos y experiencias.

Si cuando leas esos libros no entiendes algo, no te desanimes: ya lo entenderás a su debido tiempo. La belleza no es una cosa que pueda penetrarse de inmediato. O, mejor dicho, se puede penetrar también de inmediato, pero después de haber permanecido a su lado durante un tiempo y una vez que se ha desencadenado en el alma cierto proceso que ensambla de manera orgánica los elementos asimilados progresivamente.

Me he enterado por los periódicos de la muerte de Andréi Bieli. La noticia me ha entristecido. En otro tiempo tuvimos una relación muy estrecha, aunque más tarde nos distanciamos. No obstante, la imagen de Andréi Bieli en el apogeo de su actividad creadora sigue viva en mi memoria, a pesar de que el propio Andréi Bieli se cubrió de cenizas en vida y se volvió gris. Vasia y Kira quizá se acuerden vagamente de cuando nos visitaba, pero tú seguro que no te acuerdas de nada.

Un fuerte beso.

18 de enero de 1934

Querido Kirill,

hace tiempo que no me escribes. Ya sé que trabajas mucho y que en los días libres vas al bosque. Pero de todos modos no te olvides de tu padre. (...)

Acabo de regresar de una sesión de un grupo de física y química en la que se ha tratado un informe sobre las más novedosas corrientes en el campo del sistema periódico de los elementos químicos. Un joven ha expuesto su propia teoría sobre esas corrientes. Sostiene que hay que volver a la variante original de Mendeléiev, según la cual el número de los periodos se consideraba equivalente a seis y no a siete. Con esa periodicidad se elimina una serie de incoherencias del sistema y se obtiene, después de las

correcciones de la composición electrónica de los átomos, un cuadro bastante más completo y consecuente. Evidentemente, todavía queda mucho por hacer, pero la idea promete ciertas ventajas.

Trato de mantenerme activo, participo en todas las reuniones de carácter científico, estudio mucho para olvidarme un poco de lo que me rodea, pero en cualquier caso, pienso y me preocupo constantemente por vosotros, de modo que no puedo hacer todo aquello de lo que sería capaz. Una y otra vez me venís a la memoria Vasia y tú, Mik y Tika, y, separadamente, Olia. A Mik y a Tika los recuerdo abrazados, en la otomana que hay junto a la estufa, apenados y silenciosos: así estaban cuando enfermó mamá. En esa época los pobres estaban tan asustados que se portaban bien. Así me los represento siempre.

El paisaje de Svobodni es bastante feo, pero el cielo es de una gran belleza: estrellas luminosas, una luna resplandeciente, rodeada con frecuencia de un halo. Los amaneceres son extraordinariamente luminosos, con unos colores fantásticos. Lo más hermoso aquí es el segmento crepuscular, que se eleva mucho, bañado de un color gris azulado y orlado de un luminoso arco purpúreo. En ningún lugar he visto un segmento y unos amaneceres así. De las plantas locales sólo conozco una: el roble de Manchuria, cuyos retoños cubren las dunas y los desniveles de las riberas. No sé si alcanzará un porte arbóreo, pero los ejemplares que he visto son arbustivos o tienen un tamaño intermedio entre un arbusto y un árbol. Las hojas están tan firmemente unidas a las ramas que incluso en esta época resulta difícil arrancarlas. Esos retoños tienen una tonalidad bronceína y cuando al atardecer o al alba los ilumina un rayo brillante parecen de oro viejo fundido. Junto a nuestro retrete, en la ladera de una duna, crece uno de esos arbustos bronceíneos; yo lo contemplo a menudo y a veces, a pesar del frío, salgo al exterior sólo para verlo.

Aquí la nieve apenas alcanza a cubrir la tierra, pero de todos modos reconforta verla. La tierra está llena de hendiduras, profundas y bastante anchas. También las costras de hielo se agrietan, como si fueran carámbanos, pero por otra razón. Hace poco

oí hablar de un fenómeno muy interesante: en un tramo concreto y muy reducido del río Lena la aguja de la brújula gira como si estuviera loca; no oscila, sino que gira, y siempre en la misma dirección. Trata de dilucidar con Vasia cómo es posible que suceda algo así y a qué se debe. Yo estoy pensando ahora en esa cuestión y creo haber encontrado una explicación; tal vez haga algún experimento para verificarla.

Te mando un beso, querido hijo. No te olvides de escribirme. Un beso para la abuela. Saluda de mi parte a la abuela de Zagorsk.

Querida Annulia,

el 11 de enero recibí tu carta del 27 de diciembre. Respecto a las cartas, te ruego que me las envíes a Svobodni, buzón N° 25, como antes. Por el momento sigo aquí y no sé cuándo partiré, como tampoco por cuánto tiempo, tal vez por un mes, tal vez por un periodo más largo. En cualquier caso, le pediré a alguien que me envíe las cartas. P.N. probablemente vendrá conmigo; al menos, así se ha decidido por ahora. Te envié un giro de sesenta rublos (...). Hazme saber si has recibido el dinero. Os enviaré alguna pequeña suma de vez en cuando.

La vida sigue su curso habitual. Me paso casi todo el día trabajando, leyendo o escribiendo. A veces participo en alguna reunión, por lo general de carácter científico, sobre todo los días festivos. Como bastante, más que en casa, y por supuesto mejor que vosotros. Por la mañana tomo té y algo de comer (un bollo, unas gachas, arenques o algo parecido); a eso de las doce compramos un bocadillo o alguna otra cosa en la cantina; a las cuatro o las cinco se sirve la comida, compuesta de tres platos; y, más o menos a las once, cenamos y tomamos té. Como ves, la comida es abundante. Además, en los últimos tiempos ha mejorado. Nos dan una ración de azúcar, jabón y hasta galletas y algún caramelo. Recibimos más pan del que necesitamos. Me siento abrumado cuando pienso (y lo hago continuamente) que vosotros soportáis privaciones. Me preguntas si sería buena idea enviarme una manta,

una almohada y unas sábanas, pero tengo de todo y no necesito nada; y cada cosa de más es un estorbo que no sé dónde meter, que no puedo vigilar y que me será imposible llevar conmigo. Y es casi seguro que tendré que partir.

No tengo novedades que comunicar, a no ser la adquisición de una estupenda cartera de piel: mis papeles se desgastaban y se estropeaban, me resultaba difícil llevar los libros en la mano con este frío; por eso me he procurado esta cartera, que más tarde pienso regalarte. Otra novedad: alguien ha sustraído mi abrigo de piel de la habitación mientras estaba trabajando. Cuando hacía mucho frío no me lo ponía porque no abrigaba lo bastante y ahora me lo han robado. Eso te demuestra que aquí lo mejor es tener el menor número posible de cosas, pues no hay manera de custodiarlas. Ese mismo día a P. N. le robaron una manta que pertenecía al Estado. En general, las cosas desaparecen con bastante frecuencia. Otra novedad: por alguna razón hoy nos han dado en la comida cuatro platos; como ves, no puede decirse que pasemos hambre.

P. N. y yo no nos separamos casi nunca, sólo esas pocas horas en que uno u otro está ocupado dando clases. El resto del tiempo lo pasamos juntos: trabajamos en la misma mesa, nos sentamos juntos en el comedor, tenemos lechos contiguos y vamos al trabajo juntos. Ha recuperado por completo la salud y las pústulas han desaparecido, de modo que su familia puede estar tranquila.

Aunque en el lugar las heladas son intensas, se soportan bien gracias a la ausencia de viento. En cambio, cuando hace viento la sensación de frío aumenta muy deprisa y las manos, la cara, las orejas y después los pies se hielan. En cualquier caso, es algo que apenas nos afecta, pues para ir desde el barracón al lugar de trabajo sólo tenemos que caminar doce minutos, de modo que el frío apenas tiene tiempo de atormentarnos.

Un día (el 16 de enero) recibí dos cartas tuyas, una del 30 de diciembre y otra antigua, enviada a Ksenievskaja. Me ha apenado lo que me cuentas del frío que pasan los niños en el apartamento. ¿Cómo vais a vivir hasta la primavera en esas condiciones? El

único consuelo es que no quedan muchos meses fríos. Aquí la primavera llega más tarde que en Moscú, sobre todo por el alto grado de congelación del suelo, pero aún así el sol ya calienta y sus rayos se sienten no sólo en la cara, sino también en la espalda, a través de la ropa..

En lo que respecta al trabajo de Olia, ya le he escrito a ella y no voy a repetirme. Pero me daría mucha pena que trabajara por dinero y no con el objetivo de adquirir cierta experiencia. Que estudie. Espero poder ayudaros un poco, en verdad muy poco, pero a Olia no le pagarían más de lo que yo pueda enviaros. En cualquier caso, hazme saber si has recibido el dinero que te he mandado desde Ksenievskaja y desde aquí. Temo que en el banco se demoren mucho con el giro.

No me has escrito nada de tu salud y esa cuestión me preocupa. ¿Tienes ya bien el brazo? Puedes aliviar el dolor con un ungüento de alcanfor. Después es bastante efectiva la aspirina; lo sé por experiencia, pues durante mucho tiempo tuve dolores en los brazos y en las piernas, aunque ahora han remitido.

(...) Te mando un fuerte beso, querida mía. Debes saber que pienso siempre en ti y que sufro horribilmente por ti y por todos vosotros. Saluda a mamá de mi parte.

Te he escrito por lo menos veinte veces que no debes enviarme nada, pero sigues sin hacerme caso. Te pido por última vez que no me mandes nada; tengo de todo. Pensar en paquetes y hablar de ese tema sólo me causa inquietud e irritación. Otro fuerte beso.

16 de febrero de 1934. Ciudad de Svobodni

Querida Annulia,

de nuevo me trasladan. Hemos recogido nuestros bártulos y hoy mismo, dentro de una hora, marcharemos a la estación de Mijaíl Cheshnokov para coger el tren. En cualquier caso, a pesar de que tenemos prioridad, es muy difícil conseguir sitio y no sabemos si podremos partir. Voy a Skovorodinó con P.N. (...) Nos

dirigimos hacia el oeste, pero, como bromean algunos, aquí el oriente es tan vasto que no se puede ir en otra dirección. En realidad, visto desde Moscú, Skovorodinó queda al este y a una gran distancia, pero está 500 kilómetros más cerca que el lugar en el que me encuentro ahora (...)

En lo que respecta al trabajo que desempeño aquí, realizo mis investigaciones en una habitación grande en la que hay mucha gente y donde me distraen continuamente; no obstante, a pesar de esas dificultades, he hecho bastantes cosas: he recogido materiales y he planteado una serie de cuestiones relativas al hielo. Ahora hay que llevar a la práctica esos planteamientos, verificarlos experimentalmente y componer un cuadro unitario. Pienso escribir un libro sobre el hielo de forma sucinta, sin detalles ni pormenores innecesarios, analizando todas las cuestiones fundamentales de manera muy clara, de modo que el libro pueda servir de guía para el estudio del hielo, sobre todo para los estudiantes y para las personas que trabajen en lugares con hielo, que está presente en casi todas partes, si no de forma perpetua, al menos estacional; pero también el estacional es un factor muy importante y plantea serias dificultades en la construcción, por ejemplo en los alrededores de Moscú. Creo que ese libro también será de utilidad para los geólogos, ya que, en lo que respecta a la comprensión de los esquemas físicos de los fenómenos, no suelen ser muy competentes, pues trabajan con conceptos demasiado simples.

Tratas de tranquilizarme escribiéndome que no pasáis grandes apuros. Sin embargo, ¿cómo puedo creerte cuando sé las muchas necesidades que os agobiaban incluso en el pasado, cuando disponíais de mi sueldo? Ahora carecéis de esa fuente de ingresos y es evidente que las ganancias de los chicos no bastan, por muy modestos que sean los gastos. Por eso no puedo dejar de preocuparme. Os enviaré una pequeña ayuda, pues, como recibo todo gratis, no tengo necesidad de dinero. Ya sé que lo que pueda enviaros no es más que una gota en el mar, al ser tantas las personas que tienen necesidad de esa ayuda. Precisamente ahora tengo en el bolsillo la llamada «gratificación», que recibí ayer antes de la

partida. En cuanto me sea posible os enviaré esa suma. Por desgracia, sigo sin saber si os ha llegado lo que os he enviado antes. Si no lo habéis recibido, hacédmelo saber para que pueda presentar una reclamación y aclarar por qué el dinero aún no ha sido transferido. Aún conservo el justificante. Te mando un fuerte beso, querida mía. Trata de no desanimarte y de conservar la serenidad. Cuida de tu salud por mí y por nuestros hijos. Recuerda que sois el único vínculo que me queda con el mundo.

18 de febrero de 1934

Querida Annulia,

tras largos y enojosos preparativos, P. N. y yo hemos llegado definitivamente a Skovorodinó. La dirección es: estación de Skovorodinó, ferrocarril de Ussurisk, Instituto Experimental de Estudios sobre el Hielo (me equivoqué cuando escribí línea férrea de Zabaikal). En contra de lo que temíamos y esperábamos, hemos viajado bastante bien, como auténticos señores: en un vagón especial, vacío, sin riesgo de robos; en una palabra, como ya no se viaja. Estamos muy satisfechos de nuestro traslado (que ya no es transitorio, sino definitivo). Aquí el paisaje es hermoso: horizonte ondulado, colinas por doquier y, según parece, también un río. Skovorodinó es una pequeña ciudad de provincias de unos diez mil habitantes. El Instituto de Estudios sobre el Hielo es una institución confortable y tranquila, que permite concentrarse en la labor científica. Hay poca gente; en total, contando a los obreros, 25 personas. Los jefes son personas cultas, correctas y bondadosas con las que será fácil trabajar. El Instituto se encuentra en un lugar apartado y detrás de él se extiende el campo, de modo que uno tiene la impresión de estar en una pequeña aldea o en una dacha. Cuatro personas ocupamos la habitación, que está separada del laboratorio sólo por un tabique. El laboratorio aún no está terminado. En el Instituto hay una sección experimental; en una palabra, disponemos de toda clase de comodidades. Aún no conozco a los compañeros de trabajo, pero parece que en su mayo-

ría son jóvenes. Me encuentro bien. A partir de ahora mandadme las cartas a la nueva dirección. Hace tiempo que no recibo nada de vosotros y estoy preocupado, sobre todo ahora que vivo en tan buenas condiciones. Cuando vengáis a verme, podremos visitar numerosos lugares de los alrededores. No hay muchos libros, pero algunos son buenos y difíciles de conseguir. Espero que podamos arreglárnoslas con ellos. Aquí luce más el sol que en Svobodni, el lugar es más alto y el aire más puro. El cielo está despejado y el sol, cuando da en la cara, calienta. En estos momentos estoy en la habitación y siento los rayos del sol calentándome el rostro. Parece que aquí no hace mucho viento, de manera que, a pesar de que estamos más al norte (53° 58' de latitud norte y 123° 57' de longitud este), se está mejor que en Svobodni. Sigo sin saber si os ha llegado el dinero que os envié desde Ksenievskaja y desde Svobodni, este último a través del banco. Infórmame al respecto. Mañana enviaré algo más, esta vez mediante un giro. Espero que llegue antes.

Te mando un fuerte beso, querida, y otro para todos los hijos; saludos a la abuela. He recibido una carta de Al. Iv. que ha enfadado mucho a mi compañero de viaje.

No olvidéis a vuestro padre y enfrentad con buen ánimo la vida. Que Olechka, en lugar de desanimarse por sus fracasos, aproveche este tiempo para trabajar de forma autónoma en el libro.

[finales de febrero de 1934]

Al jefe de los trabajos de construcción del BAMLAG¹⁹ OGPU

He dedicado toda mi vida al estudio de la ciencia y de la filosofía, sin disfrutar nunca de reposo, entretenimientos o placeres. Ese servicio a la humanidad consumía no sólo todo mi tiempo y todas mis fuerzas, sino la mayor parte de mi modesto sueldo, que dedicada a la adquisición de libros, tomas fotográficas, correspondencia, etc. Como resultado, al alcanzar la edad de cincuenta

y dos años, he reunido materiales que hay que organizar y que debían rendir valiosos resultados, ya que mi biblioteca no era una mera colección de libros, sino una selección hecha en función de proyectos inminentes, ya meditados. Puede decirse que los trabajos estaban ya a medio hacer, pero conservados en forma de resúmenes de libros, cuya clave sólo yo conozco. Además, yo mismo había seleccionado ilustraciones, fotografías y una gran cantidad de extractos de libros.

Y ahora el trabajo de toda mi vida se ha perdido, ya que todos mis libros, materiales, borradores y manuscritos más o menos elaborados han sido confiscados por orden del OGPU. Además, se han requisado no sólo mis libros, sino también los de mis hijos, que estudian en instituciones científicas, e incluso libros infantiles, sin excluir manuales escolares.

En el momento de mi condena, leída el 26 de junio de 1933, en la orden del OGPU de la región de Moscú no figuraba la confiscación de los bienes, por lo que el secuestro de mis libros y de los resultados de mis estudios científicos y filosóficos, realizado hace más o menos un mes, ha sido un duro golpe que me priva de cualquier esperanza en el futuro y me lleva a concebir una total indiferencia por el trabajo. En ese estado de ánimo me resulta imposible comportarme como un trabajador entusiasta, ni siquiera enérgico, porque la aniquilación de los resultados del trabajo de toda mi vida es mucho peor para mí que la muerte física. A todo eso hay que añadir la angustiosa conciencia de los padecimientos de mi familia.

La pena que se me ha impuesto castiga a mi familia; en lo que a mí respecta, no puede favorecer mi labor en el sector de la construcción y anula la aportación que habría podido hacer a la cultura. Le pido que apoye mi petición de restitución a mi mujer, Anna Mijáilovna Florénskaia (Zagorsk, región de Moscú, calle Pionérskaia 19) de los libros, materiales manuscritos y demás objetos sustraídos del apartamento de Zagorsk y del apartamento provisional del Instituto Nacional de Electrotécnica (Moscú, Lefortovo, pasaje Prolomni, c. 43, pabe. III, apar. 12).

2 de marzo de 1934. Skovorodinó

Querida Annulia,

¿cuándo recibiré noticias vuestras? ¿Cómo estáis? ¿Va todo bien? Desde mi traslado a Skovorodinó se ha interrumpido el vínculo entre nosotros, pero espero que no tarde en restablecerse de forma más segura. Por la carta que mandé a Kira ya sabes cómo es mi vida aquí. Sólo añadiré que nos ceban: en los últimos tiempos he engordado tanto que me repugna mi aspecto. Aunque el trabajo es muy intenso, llevamos una vida serena y pacífica. Por el momento paso casi todo el tiempo en el laboratorio, hago experimentos, dibujo como puedo los resultados obtenidos en los distintos procesos de congelación, escribo, hago cálculos, converso a menudo sobre diversas cuestiones científicas con N.I. Bikov²⁰ y otras personas, discuto la organización de los experimentos con P.N., participo en reuniones científicas, técnicas («de producción») y demás, doy instrucciones a nuestro ayudante [...].

Al llegar a Skovorodinó te envié algo de dinero; hazme saber si lo has recibido. Esta vez lo he mandado mediante un giro; espero que este sistema sea más rápido y seguro. Sería una pena que no os llegara la pequeña cantidad con la que puedo ayudaros.

Tampoco sé nada del destino de las autorizaciones que mandé hace tiempo desde Nanagra. Por tu carta deduzco que por fin las has recibido, pero desconozco si has podido hacerlas efectivas.

Si no fuera por la constante preocupación que siento por vosotros y por la tristeza de la separación, podría decir que me alegro mucho de haberme alejado de Moscú y que estoy satisfecho de la vida que llevo aquí. Ciertamente que trabajar sin los libros y los instrumentos necesarios no puede rendir grandes resultados, pero prefiero una menor eficacia en el trabajo que soportar el ajetreo y las molestias de Moscú, que en los últimos tiempos no me daban tregua.

En este lugar, además de moscovitas, encuentro bastantes caucasianos o personas que han vivido en el Cáucaso, y con ellos recuerdo enclaves conocidos. Con uno que es medio georgiano

pienso refrescar lo que aprendí en el pasado de la lengua georgiana, que he olvidado por completo. Entretanto, me preocupo por mi ruso. Aquí se oye por todas partes tan pronto ucraniano, como medio ucraniano o medio bielorruso, de manera que los giros equivocados y la pronunciación no rusa dejan de chirriar al oído.

El objeto de mis investigaciones y de mis intereses es el efecto del hielo en el suelo y en el agua. Como resultado de la congelación se obtienen hermosos cristales y singulares construcciones de hielo; me alegra observar esos delicados fenómenos y pensar que nadie los entiende. Me gustaría mostraros todo esto tanto a ti como a nuestros hijos (aunque ya tenéis suficiente frío), para que pudierais hacer los mismos experimentos. Mis viejos trabajos sobre temas afines me han resultado útiles; no obstante, es una pena que no haya materiales ya preparados, para poder desarrollarlos y completarlos.

Te echo mucho de menos, querida, sobre todo por la noche, cuando termino de trabajar y me quedo solo en el laboratorio, a eso de las doce. Aparte de todo lo demás, me angustia pensar en lo difícil que debe resultarte atender a tantas obligaciones y personas. Es cierto que nunca te he ayudado demasiado en las tareas de la casa y en la gestión de los asuntos domésticos, pero al menos alguna vez conseguía distraerte un tanto de esas preocupaciones. Por eso te pido que trates de ser fuerte, recuerdes que sigo estando contigo y cuides de tu salud.

Entre los aspectos positivos de Skovorodinó tengo que mencionar también los baños de vapor. En Svobodni, debido a la abundancia de gente y la escasez de agua, tomar un baño de vapor era tan difícil como ganar a la lotería. Aquí podemos bañarnos cada siete días; además, hay una agradable sauna de campo, con capacidad para dos o tres personas. El lugar me recuerda una aldea del tipo de Tolpiguino o Kultovi Borki.

Te mando un fuerte beso, querida.

18 de marzo de 1934. Las dos de la madrugada.
Skovorodinó, OMS²¹

Querida Annulia,

si pudieseis percibir y comprender cuánto cariño os tengo y cómo sufro por vosotros, os sentiríais más aliviados. Pero no sé cómo ayudaros, ni siquiera cómo expresar mi amor. Sabed al menos que os quiero más que a la vida y que estaría dispuesto a sacrificarlo todo por vosotros, con tal de que vuestra situación fuera más llevadera y agradable. Pero no sé cómo hacerlo y no estoy acostumbrado a hablar de estas cosas, de modo que no consigo encontrar las palabras adecuadas para expresar mis sentimientos. Varias veces al día pienso en vosotros, os acaricio con la imaginación, y mi corazón sufre por cada uno de modo particular. Díselo a los niños de la mejor manera que sepas. Yo no puedo escribirles, pues aún son pequeños (todos, hasta Vasiushka) y no comprenderían mis palabras; quizá un día, cuando crezcan, las comprendan. Os mando un beso muy fuerte a cada uno de vosotros. No sé lo que podría alegraros.

Por otro lado, no tengo nada que contar, pues mi vida transcurre sin acontecimientos dignos de mención, a no ser que consideremos como tales los fenómenos de los cristales y los distintos procesos novedosos que acompañan la congelación del agua y de los suelos. Me angustia vivir con tranquilidad y serenidad, mientras vosotros sufrís, queridos míos. Durante todo este tiempo he soportado los golpes por vosotros; así lo quería y así se lo rogaba a la Providencia. Pero ahora de nuevo tenéis dificultades y yo no puedo aliviar vuestra situación. Esas sumas insignificantes que os envío apenas os serán de utilidad, pero quiero que sepáis que me ocupo de vosotros en la medida de lo posible. Aquí no tengo lugar donde guardar el dinero ni nada en que gastarlo, pues como no sólo suficiente, sino hasta demasiado, de manera que todos los días le doy una parte de mi ración a alguien. También en la Lubianka compartía mi comida. Me agradaba especialmente dársela a los muchachos hambrientos, que me recordaban a mis propios

hijos. En lo que respecta a ahorrar para el verano, no vale la pena pensar en ahorros y privaciones. No escatiméis el dinero, por favor: gastadlo y, en la medida de lo posible, no paséis hambre. Cuando llegue el verano el problema económico se resolverá, sin necesidad de ahorrar lo que recibís ahora.

En relación a los libros, he tomado algunas disposiciones; veremos si surten efecto. En cualquier caso, no os desaniméis. Di a los niños que nuestros asuntos se resolverán de uno u otro modo, que afronten el presente con alegría y buen ánimo.

23-24 de marzo de 1934. Noche

Querida Annulia,

(...) Di a los niños y a mi madre que les tengo muchísimo cariño, aunque no sé cómo expresárselo. Siempre he estado dispuesto a darlo todo por vosotros, tanto antes como ahora, pero me doy cuenta de que vivir conmigo no os ha deparado alegrías ni felicidad. Ahora que sólo estoy con vosotros en espíritu, me gustaría que vuestra existencia fuera más agradable y luminosa. Pero no puedo hacer nada. Todo este tiempo he sufrido por vosotros, deseando y pidiendo que todos los golpes recayeran sobre mí, con tal de privaros de los sinsabores; que la vida se ensañara conmigo y no con vosotros. Lo que más me angustia es tener de todo cuando vosotros pasáis necesidades; la verdad es que no me creo tus palabras cuando me aseguras que vivís medianamente bien. Si pudierais percibir cuánto os quiero, os sentiríais mejor (...)

Cuídate, ocúpate de nuestros hijos y de ti misma; hazlo por mí, es lo único que te pido. Trata de no fatigarte demasiado y de seguir el tratamiento. Cada uno tiene su propia pena y su propia cruz, de modo que no murmures contra la tuya. En los últimos tiempos he visto a mi alrededor tantas desgracias, de tan diversa índole y motivadas por causas tan dispares, que a su lado la mía se desvanece (...)

8 de abril de 1934. Noche. Skovorodinó, OMS

Querida Annulia,

hoy me llegado la carta de Olia con tu posdata. Espero que ya hayas recibido mi carta con la solicitud a la cooperativa para que transfieran mi cuota de participación a Kira y la noticia de que han autorizado vuestra venida²². Ahora espero un documento oficial que me permita procurarte un salvoconducto, pues sin él podrías encontrar algunos obstáculos por el camino. Probablemente cuando recibas esta carta ya conocerás mejor que yo todos los detalles del viaje, pero en cualquier caso te escribo lo que sé. Aquí es difícil procurarse alimentos, porque en las ciudades todavía no se vende nada. Dicen que pronto se autorizará la venta libre. La verdad es que han prometido entregarme, durante vuestra estancia, una ración seca²³, de modo que tendremos una ayuda y hasta una base; pero dudo que sea suficiente. No obstante, nos las arreglaremos; Mik puede pescar y recoger setas y bayas, si las hay en la época de vuestra estancia.

Hace unos días me he enterado de que «muchas» de vuestras cartas se encuentran en la estación de Tojtamigda, adonde han sido enviadas desde Svobodni. Probablemente mañana mi alumno Igor irá a buscarlas, pero yo no las veré durante una semana, pues mañana por la mañana P.N., yo y otros dos trabajadores haremos una expedición a caballo y pasaremos siete u ocho días en las montañas, examinando los lugares en los que se manifiestan con especial vistosidad los fenómenos del hielo: costras, *bulguniaji*, es decir, montículos prominentes; «sepulcros», es decir, piedras que sobresalen de la tierra en hileras regulares y otros fenómenos semejantes. Debemos recorrer unos cien kilómetros, es decir, llegar hasta el paso de montaña, y luego otros tantos para regresar.

Aquí trabajamos bastante: hacemos experimentos, esbozos, dibujos; observamos, rompemos el hielo, copiamos los cortes, escribimos. En estos dos meses, además de una serie de pequeños trabajos, hemos escrito dos obras bastante amplias que hemos enviado a la Academia de Ciencias para la Asamblea sobre el hielo,

pero tememos que el segundo no llegue a tiempo. Aunque hemos trabajado a toda prisa, no hemos podido expedirlo hasta hoy a la hora de la comida, y hemos estado dándole los últimos retoques casi hasta el momento de cerrar el sobre. El primer trabajo, enviado con anterioridad, se ocupa de la congelación del agua, basándose en los experimentos de laboratorio, mientras el segundo se titula *Observaciones sobre la congelación del agua en condiciones naturales*.

Las sesiones del centro para el estudio del hielo se celebran con bastante asiduidad; en ellas ya he presentado cuatro informes; también escribimos en cada número de nuestro periódico mural «Vencer el Hielo». Estamos haciendo ambiciosos planes para la ampliación del OMS y de sus actividades. Nos proponemos publicar (por el momento, en verdad, por medio de una multicopista) un «Boletín del OMS», crear distintos cursos, organizar un museo. Si este último proyecto cristalizara, podríamos implicar a todos, incluidos Mik y Tika, en la formación de las colecciones. En general, esto es un hervidero de actividad y aún lo será más en el futuro. Los fenómenos de los que nos ocupamos han sido tan poco estudiados que cada día se descubre algo nuevo, desconocido a la literatura científica, que contribuye a explicar los fenómenos de la naturaleza. Hace poco, el 31 de marzo, hubo una reunión general, en la que se propuso concedernos a P.N. y a mí una cartilla de *udarnik*²⁴. Según las reglas del campo, significa un gran reconocimiento, sobre todo si se tiene en cuenta la rapidez con que se ha hecho la propuesta (esta información no la escribo para ti, sino para Mik, que es a quien le interesan estas cosas).

Por lo demás, a excepción del trabajo, la vida transcurre como antes; es decir, pasa sin que apenas nos demos cuenta. Desayuno, comida, cena, té: así se divide el día que, al menos para mí, está saturado de trabajo. Doy clases de matemáticas y física a Igor, el hijo de nuestro director. Tiene diecisiete años y me recuerda algo a nuestro Kirill. Es un muchacho listo y durante las clases no me aburro. Pienso en vosotros en todo momento, especialmente hoy,

a pesar de que es un día tremendo: tengo una enorme cantidad de trabajo, dos reuniones, una clase y, además, debo ocuparme de los preparativos de nuestro viaje.

Te mando un fuerte beso, querida Annulia. No pierdas la alegría ni te desanimes, cuídate y cuida de mis hijos. Saluda a la abuela y a todos.

8 de abril de 1934. Noche. Skovorodinó, OMS

Querida Olia,

hoy he recibido tu carta y me dispongo a escribirte, pues debo partir dentro de poco y durante unos ocho días no me será posible atender a la correspondencia. En lo que respecta a tu aprendizaje musical, no debes ponerte nerviosa ni inquietarte. Tienes que seguir tranquilamente tu camino y aprender lo que puedas y como puedas: el resto no depende de ti. Comprendo perfectamente la reacción de tu profesora M.A. cuando le preguntas por los posibles resultados de tu aprendizaje musical. Personalmente considero que no se debe esperar nada extraordinario cuando se estudia música. Es un elemento bastante importante de la educación y de la instrucción, que te ofrecerá a ti misma y a los demás muchas recompensas, pero a condición de que no te pongas como orgullosa meta convertirte en músico y tocar a la perfección. Cuando se enseña a leer y escribir, nadie se preocupa de que el alumno se convierta en escritor; no, la alfabetización, que permite leer libros y exponer los pensamientos propios, es obligatoria; si, además de eso, el alumno manifiesta un talento literario, es una especie de añadido gratuito, un premio del destino. También en la música es necesaria la alfabetización, la capacidad de aprovechar las riquezas de la cultura musical. Si adquieres esa capacidad como resultado de tus estudios, creo que habrás alcanzado el objetivo. Si en el futuro, por encima de todos los cálculos, se manifiesta también el talento, será un regalo inesperado, pero es injusto exigirlo de uno mismo o para uno mismo. Crece, estudia, desarróllate, aprende a disfrutar de lo mejor que ha dado la hu-

manidad: ése es el objetivo. Es posible que M.A. no espere más de ti. ¿Y qué? ¿No vale la pena esforzarse para alcanzar el objetivo del que yo te hablo? Pero con tus preguntas estabas obligando a M.A. a que te dijera que no esperaba nada más de ti y ella no quería decirlo, pues ni ella ni nadie puede afirmar con rotundidad cuáles serán los resultados finales de tus estudios. No pocas veces sucede que grandes capacidades, que en un principio se manifiestan con brillantez, luego se marchitan; y al contrario: en ocasiones se produce un repentino despertar de las capacidades después de un comienzo deslucido y opaco. Pero ni una ni otra situación se pueden prever con seguridad de antemano, y en ninguna de las dos se debe renunciar al trabajo. Lo que no está bien es que el móvil, en lugar del interés por la obra, sean la vanidad y el amor propio, que sustituyen la realidad por la propia persona. De eso es de lo que quiero prevenirte. Entierra la planta, riégala, cuidala y el resto confíalo a una fuerza organizadora para que produzca lo que puede producir. No la obstaculices ni la importunes, déjala tranquila. Nada se pierde en el mundo y el trabajo siempre da sus frutos, aunque a menudo sean bastante distintos de los que se esperaban.

Pasemos a ocuparnos ahora de tus actividades en la escuela. No me habíais informado de que habías empezado a ir a la escuela, de modo que ha sido para mí una novedad. Evidentemente, si no es posible que te examines de todas las asignaturas de una vez, no te obsesiones, examínate de las que puedas; ya prepararás las demás en verano. En particular, te ocuparás de la física y de las otras materias de las que ahora no puedes examinar-te. Estoy dando clases de física y matemáticas al hijo de nuestro director. Mi alumno tiene diecisiete años, pero, debido a los traslados de su familia de un lugar a otro, no ha pasado del séptimo curso y ahora que no va a la escuela quiere recuperar el tiempo perdido.

Cuida de mamá, trata de que no se desanime y esté más alegre. No te enfades con Tika. Pobre niña, ha pasado toda su breve vida en medio de tribulaciones y bajo el efecto de impresiones pe-

nosas; a menudo está enferma. Es bastante comprensible que en estos momentos se manifiesten con bastante intensidad las irregularidades de su carácter; no obstante, es probable que se trate de una simple crisis del crecimiento. Todo eso pasará y Tika no tardará en mejorar. Si prestáis demasiada atención a su estado actual, sólo conseguiréis que empeore y se agudice.

Te mando un beso, querida hija.

CARTAS DE LAS SOLOVKI

[Nº 0º] 13 de octubre de 1934. Kem²⁵

Querida Annulia,

estoy muy preocupado por vosotros, pues hace ya dos meses que no sé nada, precisamente cuando tenías que afrontar el viaje. En un principio no se me había permitido escribir y además no tenía nada que decir porque no sabía nada de cierto. El 16 de agosto partí de Rujlovo, del 17 al 1 de septiembre estuve recluido en una cárcel de aislamiento de Svobodni, del 1 al 12, me enviaron con una escolta especial a Medvezhia Gorá, del 12 de septiembre al 12 de octubre estuve recluido en una cárcel de aislamiento de Medvezhia Gorá y el 13 llegué a Kem, donde me encuentro en estos momentos.

Una vez en el campo de trabajos forzados, fui saqueado por tres hombres armados con hachas; como ves, me he salvado, aunque me he quedado sin ropa y sin dinero; en cualquier caso, se han encontrado algunas prendas. Durante todo este tiempo he pasado mucha hambre y frío. En general, mi situación era bastante más difícil y penosa de lo que había imaginado cuando partí de la estación de Skovorodinó. Tendría que haber ido a las Solovki, lo que no hubiera estado mal, pero me han retenido en Kem y me han empleado en la copia de documentos y la redacción de las cé-

dulas de registro. La situación se ha vuelto insoportablemente dura, pero no vale la pena hablar de ello. No había ninguna razón especial para que me trasladaran, y ahora parece que a muchos de nosotros los van a transferir al norte.

Un fuerte beso para todos vosotros, especialmente para los chicos a los que no he podido ver. Di a Pável Nik que te mande mi ropa –la blanca y demás– a ti y no a mí, pues yo no puedo ocuparme de ella. Ahora vivo en un barracón colosal, en una habitación enorme con personas pertenecientes a diversas minorías étnicas, de modo que oigo conversaciones en todas las lenguas orientales. No puedo enviar un telegrama, pues carezco de dinero; por suerte, me han vendido dos tarjetas postales. Estoy bien, pero muy enflaquecido y débil. Kem es una ciudad repugnante, llena de barro, gris, deslucida y sin encanto; es imposible pensar en algo peor. En un lugar como éste no tiene ningún sentido pensar en una actividad científica, no sólo sería, sino de cualquier tipo. Tengo continuamente ante mí la imagen de todos vosotros, a pesar de la intensa debilidad de la memoria y del embotamiento general.

Escribidme a la siguiente dirección: ciudad de Kem, primer punto de la novena sección del Canal mar Blanco-mar Báltico. Espero carta vuestra. Escribidme lo antes posible. Un fuerte beso.

[Nº 1] 24 de octubre de 1934

Querida Annulia,

esta es la historia de mi viaje: del 17 de agosto al 1 de septiembre he estado en Svobodni, del 1 al 12 de septiembre de viaje a Medvezhia Gorá, del 12 de septiembre al 12 de octubre en Medvezhia Gorá; el 12 de octubre fui transferido a Kem, en donde he permanecido del 12 al 20 de ese mismo mes y del 20 al 23 en Morspav (antes Popova Gorá); el 23, después de atravesar el mar Blanco, llegué a las Solovki. Durante la travesía, a pesar de la brevedad del trayecto, sufrí un fuerte mareo. Hoy, después de diversas demoras, he llegado finalmente a la Fortaleza de las Solovki. No sé qué escribirte. Mis primeras impresiones son muy penosas,

debido, probablemente, el cansancio del viaje, el cabeceo de la nave, la incertidumbre y las incomodidades. La naturaleza local es bastante hermosa, pero probablemente no la veré. La Fortaleza está construida con enormes bloques de mampostería, de modo que desde el exterior resulta pintoresca. El cielo es gris; el aire, húmedo y relativamente tibio, sobre todo cuando sopla el viento del norte. Aquí hay 243 estanques o, mejor dicho, lagos, pero yo sólo he visto uno. Pienso continuamente en vosotros, me preocupa no saber nada del viaje de regreso, de vuestra situación y de vuestra salud, sobre todo de la de mamá. Tengo que escribir esta carta muy deprisa, pues de otro modo llegaré tarde a la entrega de la correspondencia y no podré expedirla; debo entregarla ahora mismo. No te olvides de que aquí sólo está permitido escribir una vez al mes; por tanto, no te preocupes si no recibes cartas mías. Mi dirección es: Ferrocarril de Múrmansk, estación de Kem, estafeta de correos de la isla Popov, sección 8 de las Solovki del BBK^{2a}, y a continuación mi nombre.

Lamento mucho haber interrumpido mis actividades en el BAM; allí podría haber hecho algo útil. También echo de menos el cielo azul y el aire seco del Extremo Oriente. Se ha truncado toda actividad útil y es necesario empezar todo desde el principio. ¿Seré capaz? No me enviéis nada porque no tengo ningún lugar donde poner las cosas; podéis mandarme dinero, aunque no más de diez rublos. Pero debéis escribirme lo antes posible porque cuando se interrumpa la navegación (algo que probablemente sucederá a principios o mediados de diciembre) las cartas llegarán con gran retraso. ¿Cómo está mi Tikulka? ¿Y Mik? ¿Qué hace Olia? ¿Han llegado ya los chicos? ¿Cómo se encuentran? Mi único deseo es que gocéis de cierta alegría y felicidad. Ahora no tengo tiempo de escribiros uno por uno, pero di a todos cuánto les quiero y cuánto me angustia no poder ayudarlos de ninguna manera en la vida. Da un beso de mi parte a mamá e infórmame sin falta de su salud. Saluda a tu madre. ¿Qué tal está?

Durante el trayecto mi memoria se ha debilitado tanto que hasta escribir esta carta me resulta difícil y escribo lo primero que

se me pasa por la cabeza. Mándame la ropa a través de P.N., la blanca y las otras prendas de uso doméstico; de otro modo temo que se pierda.

Desde diciembre hasta mediados de mayo la navegación a las Solovki quedará interrumpida, y no hay otro vínculo, salvo el postal, en el que no puede confiarse mucho. ¿Han conservado los chicos alguna impresión de Skovorodinó y del viaje? ¿Habéis conseguido llevar intactas las raíces de la *kniazhenika*²⁷? ¿Han hecho algo los chicos durante el verano? Estaría bien que Kira estudiara los minerales de los que te hablé; tal vez encuentre algo que le interese. ¿Cómo está Vasia? Me gustaría que al menos los chicos pudieran trabajar y hacer algo útil e interesante. ¿Olechka sigue tocando? Dile que si ve a Igor, lo salude de mi parte.

En cuanto a mí, en todo este tiempo no he hecho nada y apenas he leído, aparte de tres o cuatro novelas; no había nada que leer y nuestras condiciones hacían imposible ocuparse de ninguna actividad. No obstante, en Morsplav pude leer una tragedia de Racine; es la única impresión positiva que he recibido en dos meses. Por encima de todo pienso en ti, querida mía; temo que te desanimes y me preocupa tu salud. No pierdas la alegría ni la serenidad, cuida de nuestros hijos. Tratad de alimentaros mejor, vended lo que podáis. Un fuerte beso para ti y para todos vosotros. No os olvidéis de vuestro padre.

24 de octubre de 1934. Solovki

[Nº 2] 5 de noviembre de 1934

Mi querida Annulia,

ayer recibí tu telegrama, que me ha entristecido mucho. No te das cuenta de lo que dices. Las Solovki no son el BAM; ni siquiera me he atrevido a responderte con un telegrama porque temo perder el derecho a escribir una carta. Las condiciones climáticas son completamente opuestas a las del Extremo Oriente: el tiempo es húmedo, relativamente templado (hoy es el primer día que se ve hielo en los charcos), sopla un viento cortante que comunica

una sensación de frío más intensa que las fuertes heladas, el cielo casi siempre está gris, nublado, cubierto; la naturaleza es bastante triste. Lo cierto es que el bosque no está mal, pero hasta ahora sólo lo he visto una vez, durante unos trabajos de desmonte, y me causó una gran alegría. Por todas partes hay diseminados bloques de granito y otras formaciones cristalinas que se remontan a la época glacial; no he visto rocas, el suelo es arenoso. En la habitación mi toalla no se seca nunca y las prendas que lavé hace unos días aún no se han secado. En general, aquí todo es triste, melancólico, monótono, especialmente después del Extremo Oriente. El mar Blanco es de un color gris sucio y apenas parece un mar. Hay mucho lagos, creo que 450. Tal vez en verano tengan un aspecto agradable, pero ahora son todos grises y no proporcionan ninguna alegría.

En lo que respecta a una visita tuya, quítatelo de la cabeza, es absolutamente imposible; y, aunque no fuera así, yo sería el primero en oponerme por diversas razones: sólo la travesía del mar Blanco sería terrible para ti; es posible que no la soportaras, ya que te mareas hasta en el tranvía.

Ocupémonos ahora de los aspectos prácticos. NO ME ENVIÉIS objetos ni dinero, sólo lo que yo os pida. Mandadme:

1. Unas gafas con una graduación de 6,0 OD y OS, mejor ovales (las de repuesto me las han robado y las que tengo están medio rotas y muy estropeadas). Tal vez entre mis cosas, si las habéis recibido, encontréis unas que puedan valer.
2. Unos guantes o manoplas, pero mejor guantes. Tres cinturones de cuero, dos estrechos y uno más ancho; este último no es indispensable.
3. Una boquilla, la más barata que encontréis, no demasiado corta.
4. Cigarrillos baratos y picadura, un poco de papel de fumar.
5. Papel blanco de carta y dos o tres cuadernos.
6. Algunas plumas.
7. Sucedáneo de café de distintas clases.
8. Cebollas.

9. Aceite de cualquier tipo, por ejemplo de girasol o de cualquier otra clase, ya que aquí es bastante escaso.

10. Unas botas o botines, pero mejor botines, no demasiado nuevos y muy sencillos, pero robustos. No importa que me queden un poco grandes, pues puedo enrollarme cualquier cosa en los pies.

7 de noviembre de 1934

Ahora me encuentro en la oficina, ocupado de la centralita telefónica. Te comunico que ayer me han trasladado a una nueva habitación, bastante más pequeña, pero más caldeada y cómoda que la que tenía antes.

Con motivo de las fiestas de octubre²⁸ se ha organizado aquí una pequeña exposición de productos locales, sobre todo verduras y hortalizas. A pesar de la latitud, aquí se cultivan tubérculos de enormes dimensiones: patatas, nabones, nabos forrajeros y nabos blancos; las zanahorias y las remolachas son mas pequeñas y peores. Las coles –hasta la coliflor– son muy buenas. En cuanto a los cereales, se cultivan avena, centeno y trigo. Precisamente ayer estuve ocupado en un trabajo de mejora del suelo: la turbera de un bosque pantanoso ha sido transformada en tierra de labor y había que quitar las raíces y los troncos y disponerlos en montones. Ayer cayó la primera nevada y el paisaje adquirió un aspecto algo más agradable, aunque el cielo sigue siendo irremediablemente gris.

Hace tiempo que he llegado a la conclusión de que a lo largo de la vida nuestros deseos acaban cumpliéndose, pero con un gran retraso y en una forma irreconocible y caricaturesca. En los últimos años tenía ganas de vivir entre las paredes de un laboratorio, y lo he conseguido, pero en Skovorodinó. Quería ocuparme de los problemas del suelo y también lo he logrado, pero aquí. En el pasado soñaba con vivir en un monasterio, y ahora habito en uno, pero en las Solovki. En la infancia tenía la aspiración de trasladarme a una isla, de observar la pleamar y la bajamar, de ocuparme de las algas. Ahora estoy en una isla, puedo contemplar la

pleamar y la bajar, y es posible que pronto me ocupe de las algas. Los deseos se cumplen, pero sólo cuando ya se han desvanecido y de forma apenas reconocible.

Te mando un fuerte beso, mi querida Annulia. No te desanimes y trata de mantenerte alegre.

Querida Olechka,

ayer, mientras trabajaba en la biblioteca en la confección del cuadro de honor²⁹, estaba sentado junto a un altavoz y escuchaba música. En verdad, la transmisión se interrumpía de vez en cuando, pero de todos modos el concierto de Mozart y la *Appassionata* de Beethoven me produjeron un enorme placer. Aunque conoces la belleza de esa música, no puedes dejar de sorprenderte cada vez que la escuchas: es una belleza extrema, más allá de la cual ni se puede ir. ¡Qué transparencia, qué claridad, qué pureza! Al escucharla, me acordé de ti y me pregunté si seguirías ejercitándote y si habrías hecho algún progreso. No consigo escribir poesía, en todo este tiempo sólo he compuesto un fragmento. Las condiciones para escribir, tanto interiores como exteriores, son demasiado desfavorables. En general, aquí me encuentro bastante mal desde todos los puntos de vista. Ocupate de mamá: que no se desanime ni pierda la alegría. ¿Qué tal te ha ido con tus amigas? En la biblioteca local he descubierto algunos libros extranjeros, aunque en verdad se trata de una colección azarosa, compuesta de ejemplares descabalados. Pero, en cualquier caso, tengo algo para leer; en cuanto termine el trabajo de catalogación de los libros, me ocuparé de la lectura de los clásicos, sobre todo franceses. En Morsplav tuve ocasión de leer la tragedia *Alejandro Magno* de Racine, una de sus primeras obras, que se considera relativamente floja. A mí, en cambio me sorprendió su hermosura y diafanidad.

Te mando un fuerte beso, querida Olechka, no te olvides de tu padre.

7 de noviembre de 1934.

Querida Tikochka,

aquí las noticias no las traen los mosquitos, sino el éider, y me ha contado que ya has aprendido a contar y a hacer operaciones con los números. ¿Es verdad? Como el éider da las mejores plumas, hay que pensar que dice la verdad. Aquí también hay cisnes, pero todavía no me han comunicado nada. En el lugar crecen muchos arándanos, mundillos y grosellas. Los bosques locales están llenos de arbustos de arándanos y mundillos, mucho más frondosos que en Skovorodinó. En las islas Solovki hay muchos lagos, unos 450, es decir, casi medio millar. En el mar crecen algas, algunas rosadas y muy bellas, como pétalos de rosa. Otras son enormes, casi tan grandes como la mesa de nuestro comedor, y se parecen a matas de bardana. De algunas de las algas se extrae yodo. Otras son comestibles y reciben el nombre de coles de mar, pero yo todavía no las he probado. ¿Cómo ha llegado mi nietecita a Zagoorsk? Te mando un fuerte beso, querida Tika. No te olvides de tu padre y sé buena con mamá.

5 de noviembre de 1934

Querida mamá,

por fin he recibido noticias vuestras: una tarjeta postal tuya, una carta de Anna, un telegrama de Anna llegado con retraso y un paquete tuyo enviado por Anna. Naturalmente he disfrutado mucho con vuestras cartas: son la única nota de alegría que recibo en este lugar. Pero no acabo de creerme vuestras seguridades de que estáis bien.

Mi vida sigue siendo más o menos igual que cuando llegué, es decir, extremadamente incómoda, desagradable y difícil. En general, mi opinión de las islas Solovki no se ha atenuado un ápice, sino que más bien se ha reforzado. Es imposible ocuparse de ninguna actividad importante. Por el momento estoy aprendiendo los llamados trabajos comunes, que cambian cada día o como mucho cada dos o tres días. En orden cronológico, me he ocupado de las siguientes tareas: escoger patatas, limpiarlas y mondarlas; atender el teléfono, tamizar el forraje «combinado» (una espe-

cie de salvado para el ganado), cavar la tierra, ayudar a cargar sacos con nabos blancos y nabos de forraje, apilar los nabos blancos. Todo eso, debido a las estrictas normas de trabajo y a mis escasas fuerzas, me resulta bastante duro, por no hablar de la terrible pérdida de tiempo. No obstante, quizá pueda recibir dentro de poco un trabajo en «un laboratorio», es decir, no en un laboratorio de verdad, sino en un pequeño lugar de producción; en cualquier caso, aunque no se realice ninguna investigación científica, siempre será mejor que las patatas.

Te doy las gracias por el paquete, que me ha sido de gran ayuda. Pero trata de no mandarme nada, pues es una inútil pérdida de dinero; además, cuando recibáis esta carta, ya no nos permitirán recibirlos. No me enviéis dinero, pues no me lo entregarán y aquí no hay nada que comprar. Aparte de las cosas que yo os pida, NO ME ENVIÉIS NADA, pues podéis estar seguras de que todo lo que me llega desaparece al cabo de unos días. Ahora estoy en la biblioteca; en mi tiempo libre elaboro un catálogo de los libros extranjeros; más adelante me pondré a leer los clásicos franceses, por los que siento una profunda atracción; naturalmente, sólo podré leerlos si encuentro un lugar apropiado, del que ahora carezco. Vivo en una habitación en la que hay alojadas cincuenta personas con las que no tengo nada en común, lo que resulta muy incómodo.

Escribidme más a menudo, pues las cartas me proporcionan una gran alegría; pero no esperéis cartas mías, ya que sólo puedo escribir una al mes y por tanto no puedo responderos. Te mando un fuerte beso, querida mamá. Gracias por acordarte de mí. Un beso para Liusia³⁰, saludos para los hermanos, para Lilia³¹ y para la tía. Infórmame de la salud de Sasha³². Otro fuerte beso.

7 de noviembre de 1934

Querido Vasiushka,

espero que ya hayas regresado de tu viaje. ¡Cómo me gustaría que este invierno tu salud no se resintiera! Pienso continuamente

en ti y en todos vosotros. Aquí hay personas interesantes, aunque sería más correcto decir que antes eran interesantes, porque ahora se han vuelto tan grises y anodinas que cuesta trabajo creer que en otro tiempo fueran personalidades relevantes. Sólo cuando conversas con ellos, brilla a veces una suerte de pálido resplandor. Es probable, por no decir seguro, que lo mismo suceda conmigo. Por lo general, nuestras conversaciones versan sobre el trabajo de cada día y el porcentaje de producción; la segunda cuestión interesa siempre a todos, ya que de ella depende la ración de pan y la calidad de la comida. El monasterio-fortaleza es un lugar desolado, muy desagradable, a pesar de su valor histórico y arqueológico. Ni siquiera tengo ganas de verlo. Probablemente mamá te ha contado lo del mineral: ¿lo has clasificado con Kira? Si es así, escríbeme tu opinión al respecto. Te mando un beso, querido hijo. Cuida de tu salud y escríbeme.

[Nº 3] 3 de diciembre de 1934

Querida Annulia,

(...) El taller en el que trabajo se encuentra en la orilla de la ensenada llamada del Bienestar. Este pequeño y miserable taller tiene una orgullosa inscripción encima de la puerta: «LABORATORIO». En cualquier caso, aunque no es más que una inscripción, resulta agradable contemplarla cuando atraviesas el umbral. A veces también visito un laboratorio de verdad, pequeño, pero, para los parámetros de las Solovki, decente. Se encuentra a dos kilómetros de la Fortaleza, en el bosque, a la orilla de un lago (por lo demás, las Solovki son como un lago continuo y todo está cerca de algún lago). Para llegar hasta allí tengo que ir por un camino cubierto de nieve; en el bosque el silencio es absoluto, la nieve profunda, blanda, inmaculada; sólo alguna vez se distingue una especie de sendero trazado por las huellas de un armiño. Mientras camino, pienso en vosotros. En invierno el paisaje local se asemeja al de Serguiev Posad. Queridos míos, qué pena siento por vosotros, cómo querría procuraros alguna alegría. Pienso que

si algún día vuelvo a veros, me dedicaré a vosotros por entero. A lo largo de mi vida he trabajado mucho, tratando de cumplir con mi deber. Pero todo se ha desmoronado; ahora ya no puedo —y lo que es más importante, no quiero— iniciar un trabajo científico de gran calado; viviré sólo para vosotros, considerando que, en la medida de mis fuerzas, he cumplido con mi deber.

Aquí el sol sale muy tarde y durante todo el breve día apenas abandona la línea del horizonte. Hoy hasta las once no se iluminaron los edificios y las copas de los árboles. Ya sé que es muy bonito, pero mi alma es casi sorda a esa belleza. El agua del mar y de los lagos es negra o de un negro plumizo, la nieve es blanquísimas, el cielo está cubierto de nubes de un gris oscuro o negras, que el sol bajo tiñe de rosa en algunos puntos. Desde la ventana del laboratorio-taller se ve el mar Blanco, que se vuelve negro en invierno, orlado de blancas masas de hielo; en la segunda mitad del día sobre su superficie se extienden las abigarradas nubes del atardecer, y el ocaso se prolonga una eternidad, algo a lo que no estamos acostumbrados.

[Nº 4] 15 de diciembre de 1934

Querida Annulia,

te escribo sólo unas letras, pues quiero enviar la carta mañana sin falta; de otro modo podría llegar con gran retraso. Trataré de volver a escribir en unos días. He recibido los paquetes, pero me apena pensar que para reunir esas cosas los niños y tú habéis tenido que privaros de lo necesario.

Por favor, no me mandes alimentos caros. Mamá me escribe de unos caquis que ella (¿o tú) iba a enviarme, pero no los he recibido. Probablemente se trata de otro paquete. Espero el periodo invernal y en parte me alegro de no poder recibir más paquetes. Sobreviviré de algún modo; además, mi situación va mejorando poco a poco. Entre otras cosas, nos han dado arenques, muy distintos de los de Moscú, probablemente de Múrmansk, de una calidad excelente: nunca los he comido tan sabrosos.

Trata de conservar la entereza y la alegría. Os quiero muchísimo a todos, estoy siempre con vosotros y vivo con vosotros en espíritu. No respondo a los chicos, pues no tengo tiempo ni espacio para ello, pero diles que les escribiré en la próxima carta. Por supuesto que Olechka puede utilizar mis apuntes sobre teoría del arte; me alegro de que puedan serle útiles. Di a Mik y a Tika que busquen en el mapa todos los lugares por los que he pasado y aquel en el que me encuentro ahora y que traten de aprender alguna cosa de la geografía de esas localidades. Introduzco a propósito en mis cartas diversos detalles sobre la naturaleza para que se familiaricen poco a poco con la geografía, a ser posible de un modo claro y vivo; me gustaría llenar los nombres geográficos de contenido real, para que puedan hacerse una idea de cómo es nuestro Norte, el mar Blanco y otros lugares. Tal vez mi reclusión sea de cierta utilidad para los niños, pues al menos pueden obtener algunas informaciones e impresiones de su patria. Cuida de tu salud por mí y por los niños. Saluda a S.I. y dile que la recuerdo siempre con afecto, pero que no puedo escribirle porque el número de cartas que puedo enviar es limitado. Te mando un fuerte beso, querida Annulia. Cuida de tu salud y no pierdas la alegría. Espero que con la llegada de Vasia podáis vivir un poco mejor.

14 de diciembre de 1934

Querido Vasenka,

probablemente habrás recibido mis viejas cartas, excepto una, bastante extensa, que por lo visto no te ha llegado. Me han concedido permiso para escribir más a menudo que antes, de modo que recibiréis noticias mías varias veces al mes. No obstante, es posible que en las próximas fechas se produzca una interrupción, ya que la navegación será suspendida y no se organizará ninguna comunicación aérea. Me alegro mucho de que por fin hayas vuelto a casa y, además, en condiciones de salud relativamente buenas. Infórmame de lo que has hecho en verano y de lo que te ha parecido más interesante. Ahora trato de dilucidar (a título priva-

do, no tiene ninguna relación con mis obligaciones) cómo se podría organizar aquí una producción integral, todo un complejo industrial para la extracción de bromo de las aguas marinas, utilizando la energía del viento y de la marea alta en un ciclo cerrado de diversos procesos y productos. Se va perfilando un esquema atractivo, pero para transformarlo en un proyecto se requiere un gran esfuerzo y, por desgracia, ciertos libros de los que carezco. En cualquier caso, seguiré reflexionando sobre esa cuestión junto con algunos especialistas. También estoy analizando poco a poco diversas variantes para la obtención de yodo y otras sustancias de las algas marinas. En esencia, en la cuestión de las algas y del bromo hay muchos aspectos importantes e interesantes, que además guardan una estrecha relación con mis trabajos sobre los materiales eléctricos. No obstante, me resulta difícil olvidar las investigaciones y las reflexiones sobre el hielo y la congelación, pues es un campo en el que podría haberse avanzado mucho. Además, la naturaleza local, a pesar de que su aspecto no deja de ser bello y singular, me produce repulsión: el mar no es un mar, sino una masa de un blanco sucio o de un gris negruzco; las piedras son arrastradas por los hielos; los pequeños montes, o más propiamente colinas, son sedimentarios y están formados por la escoria de los hielos; en general, no hay nada propio del lugar, todo ha venido de fuera, incluso la gente. Cuando reparas en ese carácter casual del paisaje, te deprimas, como si estuvieras en una habitación sucia. Lo mismo pasa con la gente: todos los contactos son causales, superficiales y no están motivados por profundos motivos interiores. Igual que las vetas cristalinas de las rocas son interesantes en sí mismas, pero pierden su interés una vez separadas del yacimiento originario, así la gente del lugar, importante en sí misma y en general bastante más importante que la que vive en libertad, carece de interés precisamente porque viene de fuera: hoy está aquí y mañana se encontrará en otro lugar. Y hay algo más: no sé por qué, pero desde la infancia he sentido una repulsión inconsciente por el monasterio de las Solovki; no quería leer nada sobre él, me parecía privado de profundidad e importancia,

a pesar de su gran significado histórico. Y ahora que he llegado aquí, siento una enorme indiferencia por esos muros antiguos y esas construcciones, no les presto atención; ni siquiera he visitado la catedral, que frecuentan grupos organizados y está considerada una curiosidad local. Es una actitud injusta, me doy cuenta, pero de todos modos se confirma y se refuerza cada día que pasa. Es la primera vez en mi vida que un monumento antiguo no despierta en mí ninguna emoción ni atracción. Creo que lo que más me importa de las Solovki son las algas y el yodo.

¿Has conseguido descansar después de la expedición? Estaría bien que pudieras pasar algún tiempo con mamá. Para no olvidar: trata de anotar cada día tus pensamientos e impresiones, sin confiar su redacción al futuro, pues éstos se olvidan enseguida y, aunque se conserven en la memoria, se vuelven imprecisos e informes. En tales notas, si las compones, se acumularán los materiales para las grandes obras; además, ese modo de trabajar proporciona a la actividad viveza y sustancia. Lo mejor es que lleves siempre encima un cuaderno en el que puedas tomar apuntes sobre la marcha y en cualquier situación. Un fuerte beso para ti, querido Vasia. Escíbeme y no te olvides de tu padre.

[Nº 5] 16 de diciembre de 1934

Querida Olechka,

me pides citas sobre arte y estética. Naturalmente que puedes utilizarlas; me alegraré mucho si te resultan útiles. El autor más interesante y sólido es Gross, sobre todo para una primera aproximación a la estética. Claro que he leído a Chernishevski, pero en sus páginas no he encontrado nada útil. En particular, su tesis sobre la superioridad de la vida respecto al arte es ambigua, ya que no se especifica en qué sentido el arte se compara con la vida. El arte es una manifestación de la vida y por tanto una parte de ella en su conjunto. ¿Cómo se puede comparar una parte con el todo? En lo que respecta a la manifestación de la belleza, o de la expresión estética, el arte es superior a la vida porque ha sido cre-

ado por la vida precisamente con ese fin concreto y específico. Es la conciencia estética de la vida. ¿Acaso puede decirse que la planta es superior a la flor? La flor es una parte de la planta, un órgano de ésta, pero la belleza de la planta encuentra precisamente en la flor su más alta expresión; por ello juzgamos una planta, la valoramos y la reconocemos principalmente por la flor. Es posible que el significado secreto de la tesis de Chernishevski pueda entenderse como una invitación a vivir, en lugar de ocuparse del arte. Pero en ese caso, ¿en qué consiste la vida, si la privamos de una de sus mejores funciones y, a continuación, con el mismo motivo, de cada una de las otras? Es lícito afirmar que la vida es superior a cada una de sus manifestaciones, pero si se arrancan todas las hojas y las flores de la vida, de ésta no queda nada. Por eso puede decirse que la vida es superior al arte, pero ese postulado o no anuncia nada especial o puede resultar, desde otro punto de vista, hostil a la vida. Estableces comparaciones personales. Desde la infancia hasta el día de hoy me resultan especialmente queridos dos personajes de la historia moderna, de los tiempos próximos a nosotros: Goethe y Faraday. A pesar de que parecen diferentes, en lo fundamental tienen muchas cosas en común. Lo principal es que no piensan con esquemas abstractos, con signos, sino con imágenes absolutamente concretas; piensan con representaciones típicas (el *Urphänomenon* de Goethe), y no con conceptos abstractos. Los conceptos no pueden amarse o admirarse, pero Goethe y Faraday amaban las imágenes artísticas con las que pensaban, disfrutaban de ellas. Por eso no concebían su actividad como un trabajo, como un medio de promoción, gloria o bienestar, sino como una manifestación de la vida misma, una percepción desinteresada de la realidad. De ahí su penetración de la realidad, su capacidad para ver lo que los demás no ven y para adelantarse en muchos decenios a su propia época. Pasan los años, los decenios, ha pasado casi un siglo entero, pero su comprensión de la realidad (me refiero a la naturaleza) no sólo no se ha desteñido ni desgastado, sino que, por el contrario, se ha vuelto cada vez más próxima y valiosa. No hay palabras vacías ni

afirmaciones formales: todo está lleno de profundo sentido, todo es sólido y compacto, y alcanza su plenitud a medida que las generaciones sucesivas adquieren conciencia y experiencia. Su profundidad se conjuga con la claridad: claridad de pensamiento y transparencia de las actitudes. La vida consiste en el trabajo tenaz e integral. Ésas son las personas que me resultan cercanas.

Sobre tus escritos: naturalmente, querida, escribe lo que se te pase por la cabeza. En cualquier caso, eso te enseñará a ver los méritos y los defectos de la literatura, a penetrar la construcción y el estilo de las obras, a captar el ritmo del sonido y de la imagen. Sería estupendo que consiguieras leer en alemán, aunque tales lecturas no fueran sistemáticas; en cualquier caso, asimilarías algo, te acostumbrarías a los sonidos y a los giros y recordarías algunas palabras.

Querida Annulia,

después de haber escrito una carta, me apresuro a redactar otra, la última de diciembre, pues temo que, si queda bloqueada, tardará mucho tiempo en llegar a Zagorsk³³. Me entristece sobremanera que te sientas tan intranquila, y no veo el modo de ayudarte. Trata de recuperar el equilibrio, piensa en nuestros hijos. Pues tu estado no puede dejar de tener en ellos un efecto perjudicial, ya que a su edad las impresiones que reciben en casa determinan su vida espiritual, no sólo en un momento dado, sino para toda la vida. Procura que en su alma haya calma y serenidad. Estoy siempre con vosotros, en cualquier lugar en el que me encuentre y haga lo que haga. Que el pensamiento de que estamos juntos te dé fuerzas para conservar la entereza y la serenidad.

La cantidad y variedad de mi trabajo, como siempre, no deja de crecer. Por ejemplo hoy el círculo de ingenieros y técnicos me ha confiado la presidencia de la sección de «ciencia y técnica», es decir, la organización de todo tipo de propaganda técnica –clases, informes, cursos, etc.– que debe desarrollar el círculo. También aumentan las preocupaciones con el taller de extracción del yodo, ya que hay que analizar y poner a punto muchos procesos con-

cretos de la producción, aun careciendo de las condiciones indispensables para la elaboración de literatura científica y de laboratorio. En consecuencia, hay que redescubrir América y además idear soluciones para sustituir los métodos tradicionales de investigación, partiendo de las condiciones de que disponemos en estos momentos. Por eso estoy ocupado el día entero, de la mañana a última hora de la noche, pero los resultados positivos que se obtienen son incomparablemente inferiores a los que se lograrían en condiciones normales.

No voy a escribirte nada de mi vida; puedes informarte de ella por la carta que he enviado a mamá y a los niños. En general, discurre con monotonía, todos los días se parecen y pasan sin que uno se dé cuenta; las condiciones mejoran poco a poco. Aunque ya lo he escrito antes, lo repetiré una vez más: NO DEBÉIS enviarme zapatos, pues he adquirido unas botas; he cambiado mi abrigo por un chaquetón y unas botas para sustituir a las que me habían robado. Además, para el periodo invernal, en el trabajo me han procurado unas botas de fieltro, que son las que suelo llevar. Di a los chicos que no les escribo porque no tengo tiempo, ni espacio en la carta, pero que los quiero mucho y pienso siempre en ellos. Les he escrito hace poco; probablemente mamá ya les habrá entregado la carta. No debes fiarte mucho de los distintos rumores que corren sobre las Solovki, pues a la gente le gusta decir toda clase de cosas. Mi intención, cuando te escribo, es proporcionarte una imagen de mi vida. Ocupate de que los chicos coman bien en Moscú, pues de otro modo no se cuidarán y acabarán agotando todas sus fuerzas. Sería una buena idea que prepararas un guiso en casa y se lo dieras: de ese modo dispondrían de una reserva al menos unos días. Saluda a mamá; no me olvido de ella, pero tengo mucha prisa por terminar esta carta. Te mando un fuerte beso, querida Annulia, no te olvides de mí ni desatiendas mi ruego de conservar la entereza y la alegría.

19 de diciembre de 1934. Solovki

[N° 6] 2 de enero de 1935. Solovki

Querida Olechka,

probablemente mi carta llegará tarde y no te será útil, pero por si acaso te escribo sobre el tema del que te ocupas ahora en la escuela, es decir, de Tiútchev, de los motivos filosóficos de su poesía. ¿De qué debes hablar en tu trabajo? Ante todo de los efectos que ejerció en Tiútchev el ambiente que le rodeaba. En primer lugar, se trata de la tradición poética de Derzhavin, a la que Tiútchev se adhiere directamente, tanto por su tipo de poesía como por su posición social. Aquí puede señalarse el dualismo de las obligaciones profesionales y la inclinación poética. Las primeras requieren un contacto con la gente, y además oficial, convencional, a menudo insincero, y al mismo tiempo que se mantenga a la altura de los grandes asuntos de Estado, totalmente impersonales (eso es el día). El don poético, por su parte, busca la soledad, una sinceridad profunda ante sí mismo, la autenticidad del discurso, el contacto personal con la realidad, que sólo en la naturaleza no ha sido deformada por la oficialidad (eso es la noche). Luego, está el derrumbe del sistema napoleónico: de ahí la conciencia de la vanidad y la fugacidad de los esfuerzos humanos individuales y de la potencia inalterable de la naturaleza. Por último, la influencia poética y filosófica de Goethe: de nuevo la potencia eterna y la belleza de la naturaleza, que no se cuida de los proyectos humanos, sino que evoluciona por sí misma hacia un fin prefijado y genera todo lo que existe.

6 de enero de 1935

Es de noche. Hoy pienso en vosotros y os recuerdo de manera especial. No he conseguido terminar la carta, pero no tengo prisa, pues sé que de todos modos no será expedida en mucho tiempo. Vuelvo a ocuparme de Tiútchev. (A propósito, para no olvidarme de responder a tu pregunta: naturalmente que quiero conocer todas las minucias de vuestra vida; así podré hacerme una idea más clara de vosotros. Por tanto, querida hija, escríbeme también

lo que te parezca insignificante). La naturaleza vive su propia vida, grandiosa e integral en sus contradicciones: ésa es la principal concepción del mundo de Goethe. No obstante, sus profundidades secretas nos son accesibles; podemos llegar a conocerlas, pero no de modo fragmentario a través de la mente, sino captándolas en su conjunto. Esa manifestación del secreto de la naturaleza no se plasma en conceptos abstractos, sino en las imágenes concretas, sensibles y evidentes que Goethe llamaba «fenómenos primarios». Tiútchev también sufrió la influencia de Schelling, cuya filosofía en muchos aspectos está próxima a la visión del mundo de Goethe. La idea del desarrollo, de la dinámica, de la dialéctica, del vínculo interno entre fenómenos separados, del sentido de los fenómenos; por otro lado, la idea de la base primigenia de la existencia, de la base oscura, pero oscura no en el sentido de oposición al bien, sino en el sentido de una profundidad mayor del contraste entre el bien y el mal, entre el sí y el no, y que genera ese contraste: esos son los puntos fundamentales de la filosofía de Schelling.

También los eslavófilos ejercieron una fuerte influencia en Tiútchev: de ahí provienen sus ideas sobre la grandeza interior y la miseria exterior, sobre el gran futuro del pueblo ruso, sobre las peculiaridades del alma eslava, que está llamada a situarse por encima de la oposición entre Oriente y Occidente, a subir un nuevo peldaño de la historia.

Podrían escribirse muchas cosas más sobre Tiútchev, pero no tengo espacio, y además esta carta te llegará con retraso, de modo que tendrás que escribir tu trabajo antes de haberla recibido. Por tanto, voy a terminarla. Un fuerte beso, querida Olechka. Recuerdos a tus compañeros de mi parte. Saluda a la abuela.

[Nº 8] 24-25 de enero de 1935

Querida Annulia,

te había escrito ya una carta, pero la he dejado en algún sitio y no logro encontrarla. Por tanto, me apresto a escribirte otra, ya

que mañana por la mañana (o mejor dicho hoy) acaba el plazo para enviar las cartas de enero. También había una carta para Olechka y el principio de otra para los chicos. Las mandaré más adelante. La verdad es que no tengo nada nuevo que contar: la vida sigue su curso habitual y el trabajo también. Me ocupo de ciertas actividades en el laboratorio, pero no se trata de nada serio, porque no hay libros ni se dan las condiciones apropiadas para un trabajo de investigación. Estoy bien. En general, creo que mi cansancio, como el de todos, se debe a la imposibilidad de quedarme a solas conmigo mismo al menos un instante, a la ausencia de un trabajo de gran calado, a la rapidez y monotonía con que pasa el tiempo, que parece fragmentado.

Hace tiempo que no recibo noticias vuestras y estoy preocupado por vuestra situación. Pienso constantemente en vosotros. ¡Cómo me gustaría ayudaros! Mis hijos están abandonados a su propia suerte, precisamente en el momento en el que necesitan ayuda. Seguramente no tardarán en olvidarme, si es que no me han olvidado ya, pues la vida sigue su curso y los arrastra de un día a otro. Sufro por ti, querida mía: conmigo te ha correspondido un duro destino y ninguna alegría, ni en el pasado ni el presente. No cuidas de tu salud y te desanimas: eso es lo que más me preocupa. Pero ¿qué puedo hacer desde mi isla separada del resto del mundo?

Estoy ocupado todo el día, desde la mañana hasta bien entrada la noche, pero no sé si servirá de mucho. Ahora pruebas analíticas, ahora conferencias, ahora lecciones, ahora artículos para periódicos murales, ahora trabajo en la biblioteca, ahora reuniones y sesiones sin sentido, ahora caminatas para ir a comer u ocuparse de alguna otra tarea. Pero aquí todo parece vacío, como si sucediera en sueños; de hecho, no estoy completamente seguro de que todo esto esté sucediendo en realidad y no sea una especie de visión. Anteayer cumplí cincuenta y cuatro años. Evidentemente, no lo he celebrado de ninguna manera. ¿Por qué iba a celebrarlo sin vosotros? Es hora de hacer balance de mi vida. No sé cuál será el juicio, si se reconocerá que he hecho algo bueno; lo único que

puedo decir es que he tratado de no causar ningún mal o perjuicio, y conscientemente no lo he hecho. Examinando mi corazón, puedo decir que no guardo ira ni rabia; que cada uno se regocije como pueda. Antes de terminar esta carta, pues es ya muy tarde, te mando un fuerte beso, mi querida y amada Annulia.

Da un beso a todos nuestros hijos de mi parte (...).

Querido Kirill,

te recuerdo a menudo, sobre todo cuando me voy a la cama, ya bien avanzada la noche. Recuerdo con dolor haberte apesadumbrado sin tener en cuenta tu edad y exigiéndote cosas que no comprendías. Querido hijo, cómo me gustaría, no corregir el pasado, que es ya pasado y no se puede corregir, sino compensarte en alguna medida. Querría dejaros en herencia un nombre respetable y la conciencia de que vuestro padre trabajó toda su vida desinteresadamente, sin pensar en el beneficio personal de su trabajo. Pero, precisamente por ese desinterés, he tenido que privaros de las comodidades de las que disfrutaban otros, de las diversiones propias de vuestra edad y hasta de una relación estrecha. Ahora me entristece que de todo mi esfuerzo no obtengáis ningún beneficio, ni siquiera el que reciben la mayoría de los hijos, a pesar de que sus padres sólo han vivido para sí mismos. Mi única esperanza es que todo lo que se hace permanece: espero que algún día, aunque no sé de qué modo, recibáis una compensación por todo lo que os he quitado, queridos hijos. Si no fuera por vosotros, guardaría silencio: lo más terrible de mi situación es la interrupción del trabajo y la destrucción definitiva de la experiencia de toda mi vida, que sólo ahora ha madurado y podría rendir auténticos frutos. No me quejaría de todo esto si no fuera por vosotros. Si la sociedad no necesita los frutos del trabajo de toda una vida, que se quede sin ellos; aún resta por ver quién recibirá más daño, si la sociedad o yo, por el hecho de no poder dar lo que podría haber dado. Pero me apena no poder transmitir mi experiencia y, lo que es más importante, no poder acariciaros, como me gustaría hacer y como hago siempre con el pensamiento.

Te escribí en enero, pero no sé si te ha llegado la carta. Puedes informarte de mis condiciones de vida por la carta que le envié a la abuela. Te mando un fuerte beso, hijo mío. Tengo que terminar ya, pues es muy tarde y me caigo de sueño.

Nº 8 [a] 22 de enero de 1935. Solovki

Querida Olechka,

¿has recibido la carta en la que te hablaba de Tiútchev? Ahora estoy leyendo a Racine, que me gusta mucho. Hoy, después de leer *Ifigenia en Áulide*, fascinado por esa tragedia, he hojeado, en espera de la llamada, de nuestra cotidiana llamada vespertina, el *Fausto* de Goethe y me he quedado sorprendido de lo grosero y tosco que resulta en comparación con Racine. Hay que decir, para ser sinceros, que a Racine lo he leído en el original y a Goethe en una traducción que destruye y borra el delicado ritmo del verdadero Goethe. Te diré algunas palabras sobre Racine que quizá te resulten de interés. Ante todo, sus tragedias tienen una construcción maravillosa; evidentemente no se trata de la construcción antigua, pero a su modo es perfecta. Toda la tragedia es monolítica, no hay añadidos ni pegotes. La acción avanza inexorablemente, sin desviarse por culpa de detalles arqueológicos ni escenografías ni pensamientos, sentimientos o palabras secundarias. Por tanto, no hay pausas ni narraciones innecesarias; todo se dirige hacia un objetivo. Es una dinámica pura, sin detalles muertos e inmóviles. El segundo rasgo que llama la atención podría definirse, por extraño que parezca en un poeta de corte, como una original ausencia de clasicismo, o al menos por la sensación de una ausencia de clasicismo, lo que se explica por el hecho de que actúan exclusivamente el rey y los héroes, mientras los simples mortales apenas se mencionan y sólo sirven de pálido fondo. De ese modo, todos los personajes son iguales entre sí, no tienen ningún contacto con el resto del mundo y en consecuencia no muestran su relación con él. El tercer punto sobre el que quería llamar tu atención es la extraordinaria valentía del poeta. Sus

dedicatorias a personas coronadas están llenas de dignidad interior, y sus obras, escritas para el teatro de corte, debían servir de lección, amonestación y condena para la corte misma. Es sorprendente que le permitiesen representar semejantes tragedias. Otra de sus características es la limpieza y la transparencia, que en parte recuerdan a la música de Mozart, aunque sin el componente lúdico y la claridad infantil de este último. No hay nada vulgar, pesado o sucio. La construcción se eleva, como los cristales. Por último, la rítmica del verso, aunque monótona, es sonora y aguda, y se acompaña de un lenguaje preciso, matemáticamente preciso, en el que no hay una sola palabra superflua, aproximativa, debida al azar.

Bueno, querida, he ocupado toda la carta con Racine. Por lo demás, no sé qué escribir; mi vida es monótona, los días discurren idénticos, no tengo tiempo ni lugar para hacer nada, ni siquiera para pensar.

30-31 de enero de 1935

Querido Mik,

son las dos de la madrugada. Estoy en el laboratorio, porque hoy hemos probado por primera vez el aparato que he inventado para el precipitado y el filtrado del yodo. Es una gran tina con dos filtros, un mezclador eléctrico y un tubo provisto de un ventilador, más algunos otros dispositivos. Hasta ahora el precipitado tenía que hacerse a mano, en botellones. Era difícil para los trabajadores y sobre todo muy dañino, pues se liberan abundantes vapores de bromo, óxido de azote, vapores ácidos y vapores de yodo; se hacía imposible respirar y la salud quedaba gravemente dañada. Además, el proceso de precipitación y filtración, hecho a mano, no daba resultados satisfactorios. El aparato que han construido los trabajadores siguiendo mis indicaciones funciona muy bien: casi no hay olor, no se requieren esfuerzos, pues el mecanismo funciona automáticamente y sólo se necesita vigilancia. Me apenaba ver cómo se quebrantaba la salud de los trabajadores y se despilfarra-

ba el yodo, de modo que me puse manos a la obra. Espero que a partir de ahora las cosas vayan mejor. (...)

Nº 8 [b] 8 de febrero de 1935. Solovki (...)

17 de febrero de 1935

Querida Annulia,

por fin, el día de tu santo, he llevado las cosas a mi nuevo alojamiento en el laboratorio central; me he trasladado esta tarde y lo he celebrado con el turrón que me enviaste. El laboratorio se encuentra a dos kilómetros de la Fortaleza, en el bosque, en un lugar tranquilo y solitario, de manera que podré trabajar sin impedimentos. Mi habitación sólo está separada por un pasillo del laboratorio, que ocupa dos habitaciones, en consecuencia, puedo estar en el laboratorio todo el tiempo que quiero y realizar experimentos de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. La cuestión de la que debo ocuparme es el estudio de las algas. Hay mucho que hacer, pero es una tarea importante y útil³⁴. Probablemente este lugar es muy bello en verano, pues está en medio de la naturaleza; ahora todo está cubierto de nieve, lo cual también tiene su encanto.

Querida Olechka,

me pides que te escriba sobre Tiútchev y Dostoievski, a los que unes erróneamente, como si hubieran expresado las mismas ideas. En realidad, entre ellos hay una profunda diferencia, no sólo en el plano personal, sino también en las características principales de su percepción y su concepción del mundo. Lo que ha atraído tu atención es el caos. Pero para Tiútchev el caos, la noche, es la raíz de todo ser, es decir, el bien primario, en cuanto todo ser es un bien. El caos de Tiútchev yace a mayor profundidad que la distinción humana y, en general, individual entre el bien y el mal. Pero precisamente por eso puede entenderse como el mal. Genera el ser individual y al mismo tiempo lo destruye. Para el individuo la destrucción significa sufrimiento y mal. Pero en la estructura ge-

neral del mundo, es decir, fuera de la valoración humana, no es ni un mal ni un bien, sino algo positivo, ya que tal es la ley de la vida. Para Tiútchev, como para los antiguos griegos, el caos es la ley suprema del mundo que mueve la vida. Sin destrucción no habría vida, como tampoco sin generación. La humanidad, con todas sus instituciones y conceptos, no es más que una (aunque importantísima) criatura del caos. Y, cuando el caos no tiene en cuenta los conceptos humanos, no significa que los transgreda «por despecho», que los combata y contraponga a ellos su negación, sino que, por decirlo de alguna manera, no los tiene en cuenta. Tiútchev no dice y no piensa que el caos pretenda instaurar, en lugar de las normas y los conceptos humanos sobre el bien, sus contrarios; simplemente el caos los pisotea, sometiendo al hombre a otra ley, suprema, aunque a menudo dolorosa para nosotros. Esa ley suprema somos capaces de percibirla como la belleza del mundo, como un «velo entretejido de oro³⁵»; y la alegría de la vida, la plenitud de la vida y la justificación de la vida consisten en la participación en esa belleza, en su continua percepción y conciencia.

En Dostoievski, que en parte ha comprendido esa percepción del mundo, aunque sólo de modo parcial (o, por mejor decir, sólo de vez en cuando se ha elevado hasta ella), todo es absolutamente distinto. Dostoievski no va más allá de las valoraciones humanas y percibe e interpreta la actividad destructiva del caos como una lucha con el bien, como un afán de causar sufrimiento por el mero hecho de causarlo, como una acción humana, aunque perversa, encaminada al mal. Dostoievski, aunque no siempre ni en todas sus obras, ve en el caos no la raíz de la vida, sino una deformación de la vida, la inversión del bien y del mal, es decir, la moral humana, pero al revés. Es un deseo maligno por destruir el bien, por causar sufrimientos y por aniquilar, con la única intención de que el bien sufra y sea destruido. Y Dostoievski revela en un hombre enfermo y perverso, sobre todo en sí mismo, ya que era un hombre enfermo y atormentado, esa perversidad, ese deseo del mal por el mal. Lo importante en este caso no es si Dostoievski tenía o no razón, sino que Tiútchev y él dicen cosas dis-

tintas: mientras Tiútchev sale fuera de los límites de la humanidad, a la naturaleza, Dostoievski permanece dentro de los límites de la primera y no habla del fundamento de la naturaleza, sino del fundamento del hombre. Cuando se eleva la concepción del mundo de Tiútchev, llama Tierra al fundamento de la naturaleza, un concepto muy próximo a la Noche de Tiútchev: «Amar la vida antes que su sentido» es una idea que está muy próxima a Tiútchev. Presta atención: en Tiútchev hay mucho sufrimiento, pero no a la manera de *Los hermanos Karamázov*, mientras que en Dostoievski no sólo hay sufrimiento, sino el tormento premeditado e intencional de sí mismo y de todos los que le rodean: así era Dostoievski, no sólo en sus sentimientos, en sus pensamientos y en sus obras literarias, sino también en la vida³⁶.

De nuevo me preguntas por el hielo. Pero te he escrito al respecto en la carta para Tika; espero que ya hayas recibido mi respuesta, de modo que no hay necesidad de volver a escribirla. Te sorprendes de que tu composición no avance, pero ¿qué tiene de extraño? Hay que trabajar mucho, estudiar, reelaborar lo escrito, volverlo a pensar, escribirlo de nuevo, y aún así rara vez queda uno plenamente satisfecho. El escritor percibe múltiples defectos que quizá no adviertan los demás, pero de los que él se da perfecta cuenta. «Tú mismo eres tu juez supremo³⁷». Como ves, hasta Pushkin rehacía diez veces sus escritos, sopesando cada palabra, introduciendo enmiendas, buscando una plena exactitud del pensamiento y una plena perfección del sentido. Escribir es una tarea difícil.

Nº 15. 6-7 de abril de 1935. Solovki

Querida mamá,

(...) me preocupan las condiciones en las que vives y tu estado de salud. Hoy nos hemos intoxicado, me duele la cabeza y recuerdo la infancia (cuando vivíamos en Batumi siempre me dolía la cabeza y no sabía qué hacer para curarme). Luego esos trastornos desaparecieron por completo y dejó de dolerme la cabeza, excepto

en los casos de intoxicación. Si tienes ocasión, pídele a Olia la página que escribí en el BAM con la descripción de Batumi: en ella representaba las impresiones de la infancia, que se han fijado para siempre en mi memoria. Ningún otro lugar ha dejado en mi recuerdo imágenes tan cálidas como Batumi, el viejo Batumi de los años ochenta, cuando aún era una ciudad mal organizada y desolada. El Batumi actual, un remedo de Niza, ha perdido su aroma y originalidad; además, el mar está lejos del bulevar. Recuerdo perfectamente cómo atravesaba el río con el viejo Ahmed y cómo cogía bayas de zarzaparrilla. Recuerdo claramente, hasta en sus menores detalles, como papá plantó el jardín en Adzharisjali, junto a la cabaña de los ingenieros. Recuerdo alfombras de violetas y ciclámenes, que yo recogía hasta no poder más. Recuerdo la fragancia de los helechos, que siempre me gustaron mucho. Recuerdo los enormes ramos de azaleas y rododendros que poníamos en lugar de faroles en el coche. Recuerdo los nomeolvides de los pantanos, que cogíamos con las raíces y llevábamos a casa en recipientes con agua. Hace unos seis años estuve en Adzharisjali y casi no lo reconocí. Es un poblado bien construido en el que hay muy poca poesía. De la cabaña no quedaban más que las ruinas. El jardín ha desaparecido, invadido por las malas hierbas. A los niños, por lo visto, Adzharisjali no les causó la menor impresión, y apenas pude convencer a Vasiushka para que se fotografiara en los peldaños de la cabaña que antaño fue objeto de mis sueños. Todo pasa, pero todo queda. Tal es mi más profunda convicción, que nada desaparece del todo, nada se desvanece, sino que de alguna manera se conserva en algún lugar. Lo que tiene valor permanece, aunque nosotros dejemos de percibirlo. Así también los hechos señalados, aunque todos los olviden, se conservan de alguna manera y rinden sus frutos. Por eso, a pesar de la pena que nos inspira el pasado, tenemos un sentimiento vivo de su eternidad. No nos despedimos de él para siempre, sino sólo de forma temporal. Me parece que todos los hombres, cualesquiera que sean sus creencias, guardan en lo más profundo del alma esa misma convicción. Sin ella, la vida carecería de valor y sentido.

Tbilisi no me ha dejado ninguna impresión alegre. Después de la naturaleza de Batumi, me parecía exento de vida, el calor me sofocaba y me quitaba las fuerzas. Hace unos años, cuando visité de nuevo Tbilisi, y además en el periodo más caluroso, me sorprendió bastante encontrarlo mucho más agradable de lo que me había parecido en la infancia, y los cuadros de la naturaleza, por ejemplo en dirección al lago de Cherepashe, se me antojaron grandiosos y muy pintorescos. En aquel entonces íbamos al lago Cherepashe con Georgui. A propósito, escíbeme qué tal está Lilia y toda su descendencia y qué hace Georgui. El jardín botánico, que a decir verdad ha sido totalmente reconstruido, agrandado y ampliado, se ha vuelto muy interesante y pintoresco.

Pero el recuerdo más intenso que conservo es el de nuestra vivienda en la ladera del monte Dávidov. Veo con absoluta claridad las columnas de madera comidas por la carcoma; recuerdo el afilador de cuchillos, que tanto miedo me daba; recuerdo cuando nos pusieron, a Liusia y a mí, la vacuna contra la viruela, cuando operaron de la pierna a la tía Sonia y sacaron una palangana con agua ensangrentada. Por lo demás, en aquel tiempo ponían con gran cuidado la vacuna de la viruela, pues todavía conservo la marca en el brazo izquierdo. Recuerdo también cuando nació Liusia y cuando papá me la enseñó por primera vez. El instituto, en su conjunto, no ha dejado en mí ningún recuerdo alegre; me parecía un lugar elemental y aburrido, en el que se perdía un tiempo precioso, aunque, naturalmente, le debo mucho³⁸. No obstante, al echar la vista atrás, debo decir que no me gustaría volver al instituto: los únicos momentos llenos de contenido de esa época eran aquellos en que me quedaba a solas con la naturaleza o con los instrumentos de física.

Te mando un fuerte beso, mi querida mamá. Cuidate y conserva la salud.

Querido Vasiushka,

9 de abril

Está llegando la primavera, la nieve se funde; probablemente dentro de unos días se interrumpirá la comunicación aérea con el

continente y la naval tal vez no se reanude hasta dentro de un mes. Por eso, pasaréis algún tiempo sin recibir cartas mías, díselo a mamá. En parte por eso quiero escribirte una cosa que no debes olvidar: estoy siempre contigo en espíritu y te considero una parte de mí mismo; por tanto, hagas lo que hagas, no te consideres culpable ante mí y recuerda que no te abandonaré nunca, bajo ningún concepto, aunque hayas tenido la impresión contraria. Al menos en ese sentido puedes estar tranquilo, querido hijo. A menudo me tortura el pensamiento de que cuando eras pequeño te incomodaba y te causaba sufrimientos, aunque quería lo mejor para ti. Recuerdo la época en que vivíamos en el apartamento de los Ózerov en Zagorsk. Entrabas en mi estudio, sacabas de la estantería todos los libros que podías y construías con ellos una casa; yo quería enseñarte a respetar los libros y me enfadaba contigo. ¿Te acuerdas de aquel grueso diccionario de griego con las tapas rojas? El lomo estaba arrancado de un lado y tú, cada vez que venías, te ponías a sacudir ese lomo, que por alguna razón te interesaba mucho. Yo temía que acabaras de romperlo, pues era un libro del Estado, y te prohibí que lo cogieras. Ahora lamento no haberte dejado usar esas pocas cosas que te eran accesibles. Ahora me gustaría darte todo lo que tenía y lo que tengo, con tal de procurarte un poco de alegría, pero el tiempo ha pasado y ya no es posible.

Nº 15. 12 de abril de 1935

Querida Annulia,

hace tiempo que no recibo noticias tuyas. Probablemente dentro de unos días se interrumpirá el contacto con el exterior y no sé cuándo se restablecerá. Estoy muy preocupado, tengo tremendas pesadillas que me predisponen aún más a la tristeza. Aquí la primavera avanza a tirones; hoy, por ejemplo, ha vuelto a nevar, pero en general el ambiente es tibio y la nieve pronto se derretirá. A veces llueve. Me han dicho que han vuelto a aparecer gaviotas en la Fortaleza; hace dos o tres días llegaron quince (...).

Me parece que ya te he escrito a propósito de Tikulka, pero lo hago una vez más. Procura que la cuestión de los estudios no la inquiete demasiado. En primer lugar, está haciendo progresos indudables en la escritura, como se ve por sus cartas. En segundo, no tengo ninguna duda de que mejorará a su debido tiempo. En tercero, y es lo más importante, trata de que su infancia sea alegre y luminosa. Me doy cuenta de que conseguirlo es muy difícil, pero de todos modos inténtalo, para que tenga buenos recuerdos de esos años. Cuéntale alguna cosa. Eso le ayudará a desarrollarse y despertará su interés. La alegría de la vida no la proporcionan las grandes obras, es decir, las que parecen grandes a los mayores, sino las fruslerías que un destino dichoso nos depara: a menudo un pedazo de papel es fuente de mayor felicidad que las joyas y una incomodidad de carácter poético tiene más valor que las mayores comodidades. Que la niña disfrute todo lo que pueda. Dile que su papá la quiere mucho, que piensa siempre en ella y que le apena mucho ver su impotencia y su incapacidad para procurarle una pequeña alegría.

13 de abril de 1935

Esperaba recibir carta tuya hoy, después del día festivo, pero no me ha llegado nada. Hoy, como ayer, ha nevado por la mañana. En estos momentos me encuentro con un dibujante al que le explico cómo debe colorear los diagramas, y me acuerdo de Anna Semiónovna Golubkina³⁹. ¡A cuántas personas he perdido ya en la vida: parientes, amigos, conocidos! Me apena (me apenaba antes y me apena ahora) que nuestros hijos no hayan comprendido la importancia de las grandes personalidades con las que mantenía contactos y de las que podrían haber aprendido cosas que los habrían enriquecido más que los libros. Por eso escribí a Vasia y Kira que trataran de aprender algo de Vl. Iv⁴⁰., ya que difícilmente se repetirá en su vida una experiencia semejante. Pero hay que saber tomar de las personas lo que tienen y lo que pueden dar, aprender a no exigir de ellas lo que no tienen y lo que no pueden dar. Temo que a menudo nuestros hijos se aproximen a la gente

precisamente del modo opuesto: por eso obtienen muy poco o incluso nada de esas relaciones. Lo que digo es especialmente válido en el caso de Vasiushka.

Si tienes ocasión, trata de saber si se ha publicado la traducción del libro sobre materiales aislantes⁴¹ que revisé en su momento. No he recibido cartas de P.N., aunque le escribí una vez, hace ya tiempo. Si tienes oportunidad, infórmate de su situación y de su trabajo. Ansío saber algo de vosotros, espero noticias todos los días, aunque soy consciente de que tienen poco valor, pues llegan con mucho retraso. Di a Olia, a Mik y a Tika que les escribiré la próxima vez. En realidad, ni siquiera sé si les interesa lo que les escribo; mientras lo realmente interesante no puedo escribirlo. ¿Llegáis a comprender todo lo que digo en las cartas? Tengo la impresión, queridos míos, de que sólo vosotros estáis cerca de aquí; todo lo demás se me antoja infinitamente lejano y, a decir verdad, totalmente muerto, casi inútil. En particular, el VEI lo recuerdo de modo tan vago como si lo hubiera visto en sueños; además, su imagen no tiene nada de alegre. Con no poca sorpresa me estoy dando cuenta de que ni siquiera consigo recordar los apellidos de la mayoría de mis colegas, y de muchos de ellos he olvidado por completo su existencia.

Un fuerte beso para ti, querida, y para todos vosotros. Saluda a la abuela y a todos. Escribidme en cuanto tengáis la menor oportunidad. Otro fuerte beso. Besa a Tika, a Mik y a Olia. Se marchan, así que tengo que entregar la carta; además, ya no queda espacio.

Nº 17. 27-28 de abril de 1935. Solovki

2 de mayo

Querida Annulia,

hemos pasado las fiestas de mayo⁴² en casa, en el Biosad, en completa soledad, ya que se han suspendido las actividades. He aprovechado estos días para estudiar y dormir, y también para leer el sexto tomo de las *Obras* de Stendh, que incluye las páginas autobiográficas. Hay en ellas una previsión sorprendente: Stend-

hal escribe varias veces (en 1835 y en otras fechas) que sus escritos están destinados al año 1935. Y en verdad da la impresión de que se hubieran escrito ayer; no se percibe en absoluto que haya todo un siglo de distancia. Pero a ti no te gustaban esos recuerdos. Son raras las personas sobre las que Stendhal escribe sin causticidad ni ánimo denigratorio, incluso las personalidades más relevantes y destacadas de su tiempo. Resulta difícil juzgar hasta qué punto es justo o injusto en sus juicios o, mejor dicho, en sus condenas de orden moral. Pero llamar estúpidos, nulidades, charlatanes y demás a importantes científicos, pensadores y escritores es una clara injusticia y no se corresponde con lo que aquéllos demostraron con sus obras. Por otra parte, un contemporáneo, por lo que parece, no valora nunca adecuadamente a sus contemporáneos: las menudencias de la vida, la casualidad de nuestras impresiones y, finalmente, los enfrentamientos e intereses personales esconden de la mirada de los contemporáneos los aspectos más importantes y dignos de consideración, que se vuelven evidentes al cabo de unos decenios.

¿Te acuerdas del *Viaje alrededor de la Luna* de Julio Verne? Pues así me siento yo, sobre todo estos últimos días: como si volara en el interior de un proyectil por espacios sin aire, separado de todas las criaturas vivas; lo único que hago es pensar continuamente en vosotros. De las demás personas, en general, o he perdido el recuerdo o se me aparecen como imágenes de la mente, como hombres de los que he leído en los libros, pero que no existen en la realidad. Por eso no siento ira ni enfado por esas pálidas imágenes ocultas de la memoria, de las que a menudo no logro recordar los nombres ni los apellidos. (...)

4-5 de mayo

Mis cartas resultan muy deslavazadas, ya que las escribo a ratos. Pero en parte lo hago a propósito, para que veáis que mi pensamiento se ocupa constantemente de vosotros. Ahora son las dos y cuarto de la madrugada, pero sólo según la hora oficial; según la solar es poco más de la una. En el exterior hay ya cierta claridad.

Han empezado las noches blancas. Pero estoy acostumbrado a las noches blancas tibias, mientras que aquí hay luz nocturna, pero al mismo tiempo aún se ve nieve y hace frío: es un contraste extraño.

Quiero contarte un sueño que me atormentaba todas las noches cuando era niño, hasta el punto de que me daba miedo irme a la cama. Iba a pie o en coche por un camino. A la izquierda había escarpadas rocas calentadas por el sol, por las que se movía una multitud de arañas rojas que acababan de salir de sus huevos. A la derecha se abría un barranco que terminaba en un río caudaloso y veloz, de donde me llegaban los gritos de mi madre y de tía Yulia, gritos de terror. Yo temblaba, pues comprendía que había sucedido algo, pero no podía acudir en su ayuda, no podía moverme, ni siquiera apartarme unos pasos de aquel lugar, como si estuviera clavado al suelo. Me aterrorizaba tanto ese sueño que no me atrevía a contárselo a nadie, pero lo veía cada noche, e incluso más de una vez. Pienso que ese sueño era un reflejo de algo que sucedió en una ocasión cuando mi madre y la tía Yulia se bañaban en el Kurá y yo, aún con pañales (tendría dos o tres meses), estaba en lo alto de la pendiente; de pronto empecé a rodar y caí por el desnivel. Mamá y tía Yulia, según me contaron más tarde, se pusieron a dar fuertes gritos y me cogieron cuando ya había llegado al agua. Probablemente también es un reflejo de los dolores de cabeza que padecía en la infancia, una introspección del cerebro (las pequeñas arañas son los vasos sanguíneos).

8 de mayo

Me rodean las imágenes de personas ya fallecidas: Gosia⁴³, Valia, papá, la tía Oliá, la tía Liza, David, Margarita, la tía Varia y otros; a unos los veo de cerca, con nitidez; a otros de lejos, como envueltos en niebla. Pero sobre todo pienso en vosotros, mi pobre y querida familia.

13 de mayo

Hoy he recibido por fin la carta de mamá (del 14 de abril) y las tuyas, la N° 14 del 26 de abril y la N° 12 del 18 de abril. No me

han aliviado; siento pena por vosotros y temor por Olia. Dentro de unos días volveré a escribir. Mientras tanto, os mando un fuerte beso.

8 de mayo

Querido Kira,

Hoy ha hecho bastante calor durante el día, pero por la tarde la nieve y el barro se han helado.

Me escribes sobre la coincidencia del objeto de nuestras investigaciones. Esa coincidencia me resulta especialmente dolorosa, ya que no puedo transmitirtte ni la experiencia y los conocimientos acumulados, ni los materiales, ni puedo ayudarte con algún consejo. Esa imposibilidad de ayudar me angustia más que cualquier otra cosa, pues todo lo que he adquirido a lo largo de mi vida lo he adquirido para vosotros, para que pudierais avanzar por un camino ya trazado, que yo había conseguido allanar. Pero resulta que lo he allanado para nada, pues no lo recorrerán aquellos para quienes en un principio estaba destinado. (...)

Nº 19. 25 de mayo de 1935

Querida Annulia,

Escribir y hablar del tiempo es de mala educación. Pero, dadas mis condiciones, me veo obligado a llenar las cartas de boletines meteorológicos. La verdad es que no se me ocurre ningún otro tema. Además, aquí el tiempo es tan repugnante que determina por completo el estado de ánimo. Es gris, nuboso; el sol apenas luce, y cuando lo hace, despidе unos rayos pálidos y mortecinos. En las horas y días sombríos, como por ejemplo ayer, el ambiente es tan oscuro que resulta difícil trabajar en la habitación. Ayer, por ejemplo, hubo que encender la luz eléctrica. ¡Y estamos en mayo, a finales de mayo! Por la noche hay una semiclaridad y por el día una semipenumbra. Qué diferencia con la desbordante luminosidad del Extremo Oriente, donde la luz es abundante y leve, donde todo está inundado de luz, en verano y

en invierno. Entiendo que la gente se establezca aquí, pero no logro comprender qué atrajo a la gente a este lugar en el pasado. Todo el monasterio carece de espíritu; es algo que ya percibía antes, no sólo ahora. No en vano las Solovki nunca me inspiraron confianza. Aquí había un gran complejo agrícola, gestionado con gran habilidad y destreza administrativa, pero no se aprecia ningún fin ni sentido. Los viajeros antiguos hablan con admiración del trabajo de la comunidad monástica, de la extraordinaria organización de las labores, de los avanzados métodos de producción. Pero en mi opinión nada de eso habla de personas profundas, de una elevada cultura, de sentimientos puros. Parece acertado concluir que no había nada de eso, y si lo había, quedaba anulado por las labores del campo. He hecho una visita superficial al museo, pero no he encontrado nada que me haya conmovido. Todavía no he estado en la catedral; no tengo ganas. Sólo puedo pensar en vosotros. (...)

Parece que llegan todas vuestras cartas, aunque con gran retraso. Me sorprende y me preocupa que no recibáis las mías; las escribo puntualmente, tres al mes. Tal vez queden retenidas por el camino. Sólo vivo de vuestras cartas; cuando no recibo nada, me siento muy abatido; por desgracia vuestras últimas cartas, que hablan de la enfermedad de Oliá, de la enfermedad de Mík, de tu agotamiento, de que Kira se ha quedado sin trabajo, de las preocupaciones de Tika y demás, no pueden tranquilizarme.

Me preguntas por las fiestas. En realidad, aquí pasamos todos los días, ya sean festivos o laborables, de la misma manera, es decir, trabajando. En cualquier caso, las grandes fiestas han alterado un tanto ese ritmo. Acudo a la Fortaleza principalmente para dar conferencias y visitar la biblioteca. Hasta ahora no he asistido al teatro ni a los conciertos. En el Biosad no tenemos radio, de modo que si alguna vez oigo algo por la radio, es de modo fragmentario y casual, cuando voy a la Fortaleza.

Sólo una cosa me gusta de este lugar: el trino de las aves. Te hace sentir que estás en Europa, pues en Asia los bosques son silenciosos y carecen de vida. En el silencio hay más grandeza y so-

lemnidad. No obstante, cuando en Medvezhia Gorá escuché el trino de un ave posada en un pino, mi corazón latió con fuerza y me dije: «Estoy en Europa».

Un fuerte beso para ti, mi querida Annulia. Sé fuerte, no te desanimes, busca la alegría en los niños. Saluda a mamá y a S.I.

Nº 20. 27 de mayo de 1935. Solovki

Querida Annulia,

hace unos días os envié una carta. Ahora empiezo otra. No he tenido noticias vuestras y estoy muy preocupado. Aquí la primavera ha llegado de repente. Hoy los lagos han aparecido sin hielo, aunque todavía ayer tenían una capa de hielo negro y de un verde oscuro casi negro. Sólo quedan unas pequeñas manchas de nieve en el bosque. Los canalillos que comunican los lagos están llenos de agua, a la que la turba comunica un color marrón oscuro. Desde ayer pían los cuclillos. Hoy he visto la primera rana. Las hormigas forman largas filas: cada una lleva algo, una ramita, una astilla, una brizna de hierba, una acícula. La hierba despunta; hoy he comido algunas hojas de una planta local. Cerca del laboratorio han brotado algunas margaritas. Los caminos de pronto se han secado casi por entero; aquí son de turba o de arena, pero están bien contruidos. Hay luz las veinticuatro horas del día y no hay modo de saber si ya ha salido el sol o todavía no se ha puesto. Si no me equivoco, a las diez y media o más tarde he visto el disco del sol poniente. Pienso continuamente en vosotros, queridos míos.

30 de mayo

El tiempo es de lo más inestable. Ayer estuvo todo el día nevando, hacía frío; hoy también ha nevado por la mañana. De vez en cuando luce el sol, luego el cielo vuelve a cubrirse. De la mañana a la noche (que no existe) y de la noche (que no existe) a la mañana pía el cuclillo, al lado mismo del laboratorio. Hay montones de nieve que todavía no se han derretido. (...) El sol aún está alto, a pesar de que son las diez menos cuarto. Hace fresco. Los

cuculillos no dejan de piar. Pienso continuamente en vosotros, queridos míos; y cuanto más lo hago, más triste me siento.

1 de junio

Los días son grises y las noches también; de día hay una luz crepuscular y de noche la oscuridad no es mayor. Ayer, a las once de la noche, el sol poniente aún asomaba entre las hendiduras de las oscuras nubes. En realidad, aquí el sol no se pone, no descien- de poco a poco, sino que se mueve de forma casi horizontal. Ahora son las siete de la mañana, está nublado, nieva abundantemen- te, hace frío.

Por la tarde. Ha estado nevando todo el día, hace mucho frío, se ha desatado una auténtica ventisca. Por la tarde todo se ha cu- bierto de nieve; la hierba y las casas tienen un manto de nieve; por todas las hendiduras penetran corrientes de aire frío y copos de nieve: el viento está soplando del nordeste. Por otro lado, son más de las dos de la madrugada, pero fuera aún hay luz y se ve enseguida que ya no estamos en invierno. Es como si estuviéramos en el polo sur y no en el polo norte. En realidad, en el polo sur ahora es invierno, y aquí parece que estemos en diciembre. La tempestad es tan intensa que se hace difícil salir a la calle.

2 de junio

Hoy el panorama es el mismo: tormenta, ventisca, nieve; el paisaje es completamente invernal. Sólo por la tarde ha dejado de nevar y en la calle la nieve se ha derretido un poco, convirtiéndose en fango. Acabo de regresar de la Fortaleza, adonde he ido para recoger tu paquete postal con los cigarrillos. Precisamente se me habían acabado tanto los cigarrillos como las reservas de pica- dura. Nada más regresar, ha empezado a nevar de nuevo.

No hago más que hablaros del tiempo, aunque sólo pienso en vosotros, pero eso no soy capaz de escribirlo. Recuerdo los meno- res detalles del pasado y a cada uno de vosotros personalmente. Recuerdo cómo esperaba a Vasiushka tres años antes de que na- ciera, cómo sentía que ya existía en alguna parte, aunque yo mis-

mo no sabía dónde y cómo. En cuanto nació, se me quedó mirando: era evidente que me había reconocido. Pero fue sólo cuestión de un instante, luego la conciencia de esa mirada desapareció. Me vienen a la memoria todos sus primeros movimientos y travesuras. ¿Recuerdas cómo metió en una hendidura del suelo toda una caja de tarjetas de visita, una tras otra, y qué empeño puso en esa empresa? ¡Al final estaba exultante por haberlo conseguido! Recuerdo cómo sentí a Kirill, en el tren, mientras regresaba a casa y conversaba con un joven de Riazán. A ti te sentí en el verano de 1905, mientras regresaba de Tbilisi; me había equivocado de tren y estaba viajando en otra dirección, de modo que tuve que apearme en una pequeña estación y esperar durante un día entero la llegada del tren correcto, en medio de campos y prados. Era el quince de agosto. A Olechka la sentí como una persona que venía a sustituir a Valia⁴⁴; a Mik como alguien que venía a sustituir a Misha⁴⁵, mientras Tikulka, por su parte, era mi consuelo. ¿Recuerdas cuánto le gustaban a Kirill los gatos, cómo los vestía y cómo lloraba porque no tenían cola? Aquí hay un gato enorme y cada vez que lo veo me acuerdo de esa pasión de Kira. ¿Recuerdas cómo Olia se ofendía conmigo cuando pronunciaba la palabra «ámbar» y me decía *tintar*⁴⁶? ¿Recuerdas cómo Kirill se ocupaba de Olia y afirmaba que era su propia hermana? A Mik lo recuerdo de manera especial, quizá porque escribo para él. No obstante, cuando escribo os tengo presentes a todos, y las imágenes y los rasgos de todos se funden, incluyendo los míos de cuando era niño, que también son los de Vasia, los de Kira, los de Mik.

Recuerdo que una noche fui a dar un paseo con Vasia. Caminábamos a lo largo de la cerca en dirección a Betania cuando de pronto tuve la siguiente sensación: yo no era yo, sino mi padre, mientras Vasia era yo, y aquel paseo era una repetición de los que yo daba con mi padre. Os siento a todos dentro de mí, como una parte de mí mismo, y no puedo contemplaros desde fuera. ¿Recuerdas cuando se declaró un incendio en el Monasterio y Vasiushka se puso muy nervioso y dijo que dejaría de coleccionar sellos (su pasión de aquel entonces) si el incendio cesaba? Seguramente

tenía entonces menos de siete años. Querida Annulia, el pasado no desaparece: se conserva y vive eternamente, sólo que nosotros lo olvidamos y nos alejamos de él, aunque después, en determinadas circunstancias, se revela de nuevo como eterno presente. Como escribió un poeta del siglo XVII:

Die Rose, den dein auber Auge Sieht
Sie ist von Ewigkeit in Gott geblüht⁴⁷.

La rosa que tu ojo exterior ve
ha florecido en Dios desde la eternidad.

4-5 de junio

Te mando un fuerte beso, querida mía. Hoy, por fin, luce el sol.

Nº 21. 13-14 de junio de 1935. Solovki

Querida Annulia,

el 12 de junio he recibido tu carta Nº 16 del 4 de junio. Me apena muchísimo darme cuenta de que no tengo suerte ni siquiera con la única cosa que puedo hacer por vosotros: las cartas; es evidente que no os llega casi ninguna, aunque yo recibo las vuestras, si no todas, la mayoría. ¿Con qué ánimo voy a seguir escribiéndolas cuando sé que no las recibís? ¿Los chicos han recibido mis cartas? Me alegro mucho de que encuentres consuelo en el jardín y las flores. Di a Mik que te traiga del bosque algunas plantas interesantes. ¿Crecen bien los helechos y las orquídeas? No entiendo a qué planta con espinas te refieres. Me alegra que estés satisfecha de los hijos, de todos nuestros hijos. No te preocupes por Mik. Le vendrá bien pasar un tiempo al aire libre, pero dile de mi parte que sea más cuidadoso y que no se entusiasme demasiado. Encárgale también que pinte plantas, nidos, árboles, etc. De ese modo aprenderá a dibujar y desarrollará el espíritu de observación y el interés por la naturaleza. En lo que respecta a los intereses teóricos, es necesario que los adquiera poco a poco, sobre todo a partir de conversaciones y observaciones aisladas. Hay que obligarle sin

falta a que estudie música, de otro modo en el futuro se arrepentirá de haberla descuidado. Llegará un momento en que echará de menos la música, pero entonces será demasiado tarde, si el terreno no ha sido abonado desde la primera infancia.

Aquí estamos todo el tiempo desconcertados por las noches blancas. Algunos días vuelvo a casa después de las once de la noche y el sol aún no se ha puesto. O salgo a las doce menos cuarto. En el cielo el sol acaba de ocultarse y aún no se ha apagado el brillante crepúsculo, los cuclillos pían, los pajarillos trinan. Nunca hay oscuridad. De modo que no sabe uno cuándo dormir. Por lo general trabajamos hasta las seis, a las siete comemos, y luego, si podemos, dormimos hasta las dos o las tres; luego nos levantamos y pasamos trabajando la mayor parte de la noche, es decir, del tiempo que corresponde a la noche. Tiene uno la impresión de haberse levantado por la mañana: tal es la percepción de la noche. Tras levantarme, doy una vuelta por las colinas, que conforman una especie de sierra o cadena montañosa que se extiende de un lago a otro, medito sobre el trabajo, a veces escribo dos o tres versos y me pongo a trabajar. Hace frío. Sólo al sol, las raras veces en que luce, puede uno calentarse un poco. Llevo siempre el chaquetón de guata y las botas de fieltro; cuando duermo, me tapo con una manta y una zamarra; cuando voy a la Fortaleza, llevo siempre la zamarra. El sol aquí es tenue, débil, «más que un sol, un remedo de sol». La luz es perlada, los colores muy delicados, un gran hallazgo para un pintor.

16-17 de junio

Hoy he recibido el libro que me has enviado y la lista de las obras; perdona las molestias, querida. El libro aún no lo he abierto, pues estoy muy ocupado con los experimentos y su elaboración; además, me alegra tanto ver el sol que salgo de vez en cuando a ver cómo despuntan las plantas y a meditar sobre cuestiones matemáticas. Tengo que hacer alguna cosa en ese campo, ya sea en la elaboración de los datos experimentales, ya en la preparación de conferencias sobre cuestiones matemáticas, que siguen celebrán-

dose. En estos momentos me ocupo del cálculo vectorial. Y como he olvidado muchas cosas, tengo que repasarlas. En este lugar los paisajes son muy bellos, cuando se contemplan con ánimo sereno, dignos de aparecer en los cuadros de Néstеров, aunque son más delicados y suaves que los suyos. No obstante, mi ánimo no está sereno, por eso sólo el ojo repara en esas bellezas, no yo. Además, los paisajes locales son precisamente como los que a ti te gustan: sin colores fuertes ni líneas netas, serenos y tristes, como pintados a la acuarela. Hace tiempo que quiero pedir a un trabajador, con cierta habilidad para la pintura, que haga dibujos para ti. Pero está todo el día ocupado, y en la segunda mitad del día ya no se encuentra en el laboratorio, de modo que tengo que posponer mi empeño. ¡Si supieras, mi querida Annulia, cuánto me gustaría procurarte alguna alegría! Pero no sé cómo. Sería una pena que no te llegara mi retrato. La verdad es que, según dicen, el parecido no es muy grande, pero lo ha hecho un pintor de cierto talento, al que he regalado como remuneración una cajetilla de cigarrillos de calidad que casualmente tenía intacta. Me preguntas qué puedes enviarme. De momento no necesito nada; te pido encarecidamente que emplees el dinero en los niños y en ti. No obstante, si quieres mandarme alguna cosa, envíame cuadernos, como ya te he escrito.

Un fuerte beso, querida mía. Cuida de tu salud y conserva la serenidad. No estés triste.

Querida Olen⁴⁸,

por fin has empezado a restablecerte. Ten cuidado no vuelvas a recaer. Aprovecha el sol todo lo que puedas: es el mejor remedio contra las infecciones. Estudia lo menos posible; lo más importante es que descanses, comas bien y respire aire fresco. Estaría bien que aprovecharais el verano y comierais más verduras, pero mejor cocinadas. Para no olvidar: no es necesario copiar *Oro*⁴⁹ entero, ya que lo he reescrito, aunque con poca fortuna. No hace falta que me lo enviéis. Sólo me han llegado dos fragmentos, sobre Batumi y sobre los incendios forestales, y no necesito nada más. Esos fragmentos no puedo rehacerlos.

En lo que respecta a la Sección de Historia de la música (¿de qué Instituto?, no lo recuerdo), en mi opinión es demasiado pronto para tomar una decisión. Para ocuparse de la historia de la música se necesita una buena preparación en el campo de la historia universal y de la estética, conocimientos de lenguas antiguas y, por supuesto, una sólida formación musical. Es decir, además de la comprensión de la armonía, del contrapunto y de la instrumentación, hay que saber ejecutar las obras con bastante destreza y, por añadidura, saber tocar, aunque sólo sea un poco, diversos instrumentos. De otro modo estarás leyendo y hablando de cosas que no logras percibir, es decir, dando palos de ciego. Por eso pienso que hay que tomarse un tiempo antes de decidirse por la Sección de Historia de la música; probablemente a lo largo del próximo año se definirán tus habilidades y aptitudes musicales; entonces será el momento de decidir si debes hacer de la música no sólo una ocupación útil para ti y los tuyos, sino también una profesión. En ese sentido, sería una buena idea que solicitaras el consejo de M.V., pero no ahora, cuando los datos para tomar una decisión no son suficientes, sino después del invierno. En realidad, la música como oficio sólo puede dar satisfacción cuando se tienen fuerzas suficientes, de otro modo resulta fatigosa. Muy distinto es el caso de la música para uso personal, en el tiempo libre: en ese caso hasta las habilidades musicales más discretas constituyen un gran apoyo para el alma. En cualquier caso, todo eso no significa que no se deba conocer la historia y la teoría de la música: esos conocimientos serán muy útiles, tanto para la propia música como para la cultura general. No obstante, te advierto una vez más, como ya he hecho varias veces en el pasado: no esperes que «tus esfuerzos te hagan crecer un codo de estatura⁵⁰».

Tienes un carácter premioso e impaciente, quieres adquirir de manera impetuosa lo que sólo puede obtenerse con el crecimiento orgánico y que llega a su debido tiempo, liberándose del envoltorio que escondía de la mirada el crecimiento interior. No tengas prisa, no anticipes lo que no se te ha dado en el presente, vive con lo que tienes ahora, ten paciencia y confía en el futuro. Ahora

te ocupas de un montón de actividades a la vez y el resultado puede ser que no asimiles nada y la cabeza no lo resista. No te acalores ni seas ávida, todo lo necesario llegará. Trabaja con medida y guarda energías y tiempo para la asimilación, pues atiborrarse la cabeza sin asimilar no sólo es inútil, sino perjudicial. La asimilación se produce durante el reposo, en el silencio de los sentimientos, incluso en un estado de cierto aburrimiento. «Fastidium est quies». «El aburrimiento es el reposo del alma».

Trata de reflexionar en lo que haces y en lo que asimilas, trata de mostrarte agradecida por lo que tienes y no murmurar por lo que no tienes, y eso vale tanto para las cosas como para las personas que te rodean. Temo que no valores en su justa medida a vuestra querida madre, a tus hermanos, a tu hermana y a los demás. Toma de ellos lo que no recibirás nunca en el futuro, pues probablemente no podrás obtener nada mejor de la vida, ya que todas las demás cosas no son más que un aderezo de las relaciones con tus seres queridos; cuando esas relaciones no existen o son insuficientes, ningún aderezo, por refinado que sea, podrá llenar tu alma y te parecerá superfluo.

Me preguntas por las líneas de crecimiento de la literatura rusa. Te escribiré de esa cuestión en otro momento, pues ahora mi cabeza está tan ocupada con el trabajo y diversas preocupaciones que me resulta difícil concentrarme. Sólo quiero señalarte una idea expresada por Prosper Mérimée en su correspondencia con Sobolevski, y es que toda la literatura del siglo XIX (tanto la rusa como la europea) tiene dos puntos de partida: V. Hugo y Pushkin, que son como dos antípodas. Mérimée considera que de Pushkin partiría una corriente sana, mientras Hugo daría lugar a una tendencia antinatural, enfermiza y retórica. La última línea, siempre según Mérimée, sería la seguida por Dostoievski. Me parece que sería difícil llevar la idea de Mérimée hasta sus últimas consecuencias, pero contiene un núcleo valioso sobre el que merece la pena reflexionar.

Respecto a la genealogía de los escritores, presta atención al hecho de que los eslavófilos tuvieron relaciones de parentesco,

como también los revolucionarios; estos últimos tienen su origen principalmente en los decembristas⁵¹ (me refiero a personas que actuaron en el siglo XIX, y no precisamente en su último tramo).

Un fuerte beso para ti, querida. Restablécete lo antes posible, aprovecha el verano para descansar y reponer fuerzas para el invierno. El verano es breve y hay que aprovechar el sol.

Nº 22. 21 de junio de 1935. Solovki

Querida Olen,

me alegro mucho de que empieces a reponerte, pero me apena que te niegues a ser prudente y no pienses seriamente en el futuro. Es necesario que te restablezcas del todo y adquieras fuerzas, y para ello hay que dar descanso a la cabeza, no fatigarla demasiado ni cansar la vista, leer lo menos posible y pasar el mayor tiempo posible al aire libre y al sol. Cuando alguna enfermedad afecta al sistema nervioso lo deja completamente debilitado, de modo que la recuperación avanza muy despacio y exige una gran atención. En caso contrario no sólo puede producirse una rápida recaída por razones insignificantes, sino que pueden quedar marcas indelebles de la enfermedad. Te lo repito una vez más: obedece a mamá, no leas demasiado y haz acopio de energías durante el verano, que en nuestras latitudes es muy breve.

Te mando algunos líquenes de los ciervos, pensando en tu nombre.

Hoy he hablado, como sucede a veces entre nosotros, de la poesía rusa, y en particular de Fet, con un empleado del laboratorio. Te comunico algunas de mis reflexiones, pues tal vez te resulte interesante escucharlas. La palabra es la encarnación del significado (de la acepción fundamental, formada con los sufijos y las flexiones en una categoría lógica, y de las acepciones secundarias que se depositan sobre ese núcleo, el llamado semema) en la esfera corporal (compuesta de sonidos, en general muy complejos, y de sensaciones de articulación, es decir, de esos procesos necesarios para pronunciar una palabra). De un modo general, se pue-

den definir esos dos aspectos de la palabra como su elemento significador y su elemento musical. Gracias a la presencia de esos dos elementos, unidos armónicamente, la palabra constituye la cumbre de las manifestaciones humanas: el hombre es una criatura verbal. Pero a semejante altura es difícil mantenerse en perfecto equilibrio, de manera que los escritores mediocres se deslizan continuamente hacia la preeminencia del significado sobre la música de la palabra o bien hacia la preeminencia de la música sobre el sentido. En el primer caso, la palabra se convierte en un mero signo convencional, cuyo sonido no encarna el significado de la palabra, sino que está unido a él mediante un vínculo arbitrario, de modo convencional y artificioso; en el segundo caso, la palabra adquiere un carácter mágico y actúa no sobre el hombre en su conjunto, es decir, sobre la razón, sino en un plano psico-fisiológico, sensorial. En caso de una mayor desviación en una de esas dos direcciones, se obtiene o un código convencional o una música detestable, es decir, ya no se tiene ni valor racional ni musical. ¿Por qué? Porque el significado tiene necesidad del cuerpo, es decir, para alcanzar una manifestación plena debe afectar no sólo al intelecto; la música, por su parte, requiere mayores potencialidades físicas de las que, en esas condiciones, le concede el discurso; además, la música no puede estar privada de sentido y contenido, aunque sean específicamente propios.

En consecuencia, algunos escritores arruinan el valioso instrumento de la palabra, convirtiéndola en un material que, así empleado, carece de su plenitud musical, mientras otros lo arruinan obligándola a imitar manifestaciones inferiores, como el canto y los instrumentos musicales. En uno y otro caso no se aprovecha la valiosa naturaleza de la palabra: su dualidad. La primera tendencia conduce a un excesivo racionalismo; la segunda, al naturalismo o naturalismo mágico, que actúa sobre el hombre no a través de la plenitud de la percepción, es decir, no a través de la razón, desde el interior y libremente, sino desde el exterior, de modo coercitivo e inoportuno. En Pushkin se produce una armonía perfecta de significado y sonido. En Lérmontov ya se advierte

una tendencia hacia una mala musicalidad. Fet también siguió la senda del naturalismo y la magia. Bálmont⁵² continuó por ese camino. El mismo defecto se aprecia en Blok. A veces, a modo de alabanza, se dice de un poeta que sus versos cantan. (Los de Pus-hkin no cantan, ni tampoco los de Goethe ni los de los poetas de la antigüedad clásica). En realidad no se trata de una alabanza, sino de una reprensión. Es cierto que algunas poesías cantan y lo hacen de un modo forzado. Pero escucha lo que cantan: una melodía barata, una romanza exenta de contenido. Si esa melodía fuese ejecutada por instrumentos musicales, todos dirían: «¡Qué vulgaridad!». Y sin embargo todos se sorprenden. ¿De qué? De un truco de prestidigitación: son palabras, pero suenan como un concierto; es un cuadro, pero compuesto de sellos. Pero es un cuadro burdo, chabacano. No quisiera que dieras a mis palabras una importancia exagerada. Valoro a Fet, lo respeto, lo aprecio, ejerce un fuerte efecto sobre mí, pero su defecto consiste en que se permitía cantar cuando debería haber hablado. Además, canta de cosas causales, que actúan por asociaciones, y no por medio del sentido y el contenido (aunque no siempre, me estoy refiriendo a sus defectos). No están presentes las fórmulas eternas del ser, sino recuerdos subjetivos (impresionismo).

En la otra desviación, la del racionalismo excesivo, aún más tosca, cayeron la mayoría de los poetas de los años cincuenta-noventa, es decir, toda la escuela de Nekrásov⁵³ y compañía, con la importante excepción de Tiútchev, en quien se produce una armonía de significado y sonido.

Me he quedado sin espacio. Te mando un fuerte beso, querida Olen. No te olvides de tu padre y cuida de tu salud. Otro beso.

Nº 23. 29 de junio de 1935. Solovki

6 de julio

Querida mamá,

por lo visto cada estirpe tiene su propia ley, de la que no es posible escapar. He reflexionado muchas veces sobre esa cues-

tión, pero siempre que mi experiencia personal me confirma esa regla, involuntariamente me pongo a pensar de nuevo en ella. Mi bisabuelo se vio separado de su familia y no tenía lazos de parentesco. Murió joven y mi abuelo creció sin padre. También mi padre se quedó huérfano a una tierna edad y apenas tenía parientes, a excepción de la tía Yulia. Yo traté muy poco a mi padre, ya que siempre estaba de viaje. Mis hijos han crecido sin mí, pues antes pasaba poco tiempo en casa y ahora estoy completamente apartado de ellos. He ahí, pues, cinco generaciones y un mismo destino. Lo mismo pasa con los libros. A todas las generaciones de nuestra familia les han gustado los libros, han gastado en ellos hasta el último céntimo, privándose de todo lo demás, pero por una u otra razón han perdido todo lo que habían podido reunir. Y aún más. A todas las generaciones les gustaba el mundo de las plantas; todos soñaban con poder cultivar un jardincito, al menos en la vejez, pero ninguno lo consiguió.

La estirpe es una sola cosa y no la suma de las generaciones sucesivas. He reflexionado en las características comunes de los miembros de nuestra familia, incluso de sus ramas más lejanas. El exceso de iniciativa y el carácter poco sistemático de los estudios, común a todos ellos, les condujo a un escaso coeficiente de resultados útiles, a una desproporción entre las fuerzas empleadas y los resultados obtenidos. Abrieron nuevos caminos en todos los campos, pero no obtuvieron ninguna ventaja de sus descubrimientos, ya que no los llevaron a término. Probablemente sea una consecuencia de la ausencia de una dirección firme en la familia. Un fuerte beso para ti, querida mamá, para Liusia y para Lilia y mi felicitación para todos vosotros.

Querida Olia,

me pides que te escriba algún comentario sobre literatura. Te diré algo sobre los simbolistas. En nuestro país aparecieron a finales del siglo XIX y desarrollaron su actividad sobre todo en el primer decenio del XX. Su significado en la historia ha sido muy grande, bastante más de lo que suele pensarse, y además de ca-

rácter triple, pues han influido en el campo social, en el lingüístico y en el puramente poético.

En el campo social los simbolistas derribaron del pedestal a autoridades contra las cuales nadie se atrevía a decir una palabra; aquéllos que trataban de seguir su propio camino lo hacían como pidiendo excusas y de todos modos eran expulsados de las filas de la *intelligentsia* que dominaba la opinión pública. Hablando en sentido figurado, en aquella época reinaban Mijailovski⁵⁴ y compañía, y los demás se adaptaban a ellos como podían. Mijailovski era el árbitro de la opinión pública y determinaba qué cosas eran admisibles y cuáles no, de modo que muchas acababan en el segundo grupo. Llegaron los simbolistas y en lugar de pedir perdón o tratar de demostrar su derecho a existir, dejaron de prestar atención a esa autoridad suprema, como si no existiera. Llegaron y escupieron. Sus actitudes eran provocativas, a veces no exentas de gamberrismo (para los parámetros de la época), pero era una táctica correcta. La hipnosis desapareció de repente y la mayoría de la gente vio con toda claridad que aquellos ídolos estaban vacíos y no eran sagrados. Los hombres empezaron a respirar con mayor libertad y ligereza, como si se hubiera abierto una ventana.

En el campo lingüístico: a pesar de la doble estructura de la lengua, esclarecida desde hace tiempo, es decir, a pesar del hecho que es al mismo tiempo actividad viva del hablante y un objeto preparado, proporcionado por la sociedad y por la historia, para nosotros la lengua se ha convertido en una sola cosa, en un sistema de signos convencionales, expresados de una vez para siempre en formas constituidas, muertas y privadas de vida propia, de movimiento, fuerza y valor propios. En consecuencia, el lenguaje se ha vuelto formal, estereotipado, exánime, falto de creatividad, aburrido. Los simbolistas, con un gesto exagerado, mostraron el elemento creativo del lenguaje, la recreación de la palabra en cada acto del habla, la legitimidad de la creación de nuevas palabras, siempre que se adecúen al estilo general y a la naturaleza de una lengua dada. Sin entrar en consideraciones teóricas, los simbolistas llevaron a la lengua el principio de la crea-

ción, sin pedir autorización, aunque no sin escándalo. A muchos se les reveló entonces la vida de la palabra, su belleza, su valor. La palabra dejó de ser un mero signo exterior de comunicación, una señal, y adquirió el carácter de una obra de arte («cada palabra es una obra de arte», decía Potebnia⁵⁵).

Por último, en el campo puramente poético, los simbolistas mostraron a la sociedad rusa la poesía como tal. Eso no significa que en nuestra historia no haya habido poesía. Había grandes obras de creación poética, pero a mediados del siglo XIX se produjo una interrupción de la tradición poética y en los años setenta la poesía se agotó. Las obras empezaron a valorarse por su utilidad para tales o cuales objetivos externos, no como creaciones poéticas. Los simbolistas descubrieron la poesía como tal y obligaron a la gente a considerar la poesía rusa y mundial con un interés puramente poético. Familiarizaron al lector con la literatura propia y la extranjera. Introdujeron la cultura de la lengua, de la imagen y del verso. Restablecieron la técnica del lenguaje poético, antaño espléndida, pero luego completamente perdida. Todas las corrientes surgidas después de los simbolistas provienen directa o indirectamente de ellos, aun cuando los rechacen. Las corrientes posteriores no son más que extremos unilaterales de uno u otro aspecto del simbolismo: egofuturismo, futurismo, centrifugación, imaginismo, acmeísmo, etc. Insistiendo unilateralmente en uno u otro aspecto concreto del simbolismo, esas corrientes llevaron ciertas características al extremo e incluso al absurdo, pero todas ellas tenían su origen en el simbolismo, mientras este último era un fenómeno nuevo, completamente integrado en el impulso general que se verificó en todos los ámbitos de la cultura a comienzos del siglo XX y que aún no ha dicho su última palabra.

Quizá sólo Fet, precursor solitario del simbolismo, puede considerarse su fundador, pero ni siquiera él ha sido su fuente en el sentido histórico de la palabra, ya que los simbolistas no han surgido de él, sino que lo han descubierto. El futurismo y sus ramificaciones, al incidir sobre el elemento creativo de la palabra, han roto el equilibrio entre el momento lógico, universal y válido

para todos y el momento creativo e individual, a favor de este último. La palabra, inmóvil y al mismo tiempo dinámica, inmutable y viva, se volvió en sus manos sólo dinámica, sólo viva, pero también inestable e informe. De ahí surgió el subjetivismo: la palabra, como centro de sentimientos, estados de ánimo y asociaciones vagos, indistintos e inestables, empezó a perder su valor social y, pasando al estadio de «lenguaje abstruso», se apartó de los criterios con cuyo concurso se puede distinguir lo que es profundo, sincero y valioso de lo que es vacío, falso, fútil e incluso pura charlatanería. Como contrapeso a todo eso empezó a desarrollarse otra corriente extrema: la palabra como un signo totalmente privado de movimiento creativo, como una jerga convencional, origen de la «logística» (una rama particular de la lógica matemática) y finalmente de la «lengua filosófica» de Linzbach⁵⁶.

Te mando un fuerte beso, querida Olia. Descansa, come, pasea, lee lo menos posible, recupérate. Debes saber que tus dolores de cabeza también me hacen sufrir a mí. Un fuerte beso.

Nº 25. 24-25 de julio de 1935. Solovki

Querida Annulia,
23 de julio

Te escribo rodeado de recuerdos turbios que se agitan en mi alma debido al prolongado tañido de la campana. Hay niebla y, según las costumbres antiguas, de vez en cuando suena la campana (23, 24, 25 veces) para prevenir a los barcos. El triste tañido se difunde solitario por la nebulosa isla, haciéndola aún más fantasmal. Una luz opaca y perlada, incluso cuando luce el sol; un cielo vagamente plateado por los vapores del agua, «más que un sol, un remedo de sol». Hace ya tres meses que no veo las estrellas y la luna sólo la he visto dos veces, pálida y espectral. De vez en cuando llega del mar el silbido de un vapor o el sonido de una sirena. Si se acerca uno al lago, puede oír los gritos de alarma de las gaviotas de la Fortaleza, que se encuentra a dos kilómetros de distancia; más que gritos emitidos por aves, parecen una mezcla de

sonidos extraños e inquietos. Los colores, el paisaje: todo aquí es tan espectral que en ocasiones me asalta la sospecha de que cuanto veo no es más que un sueño. A veces, cuando leo los periódicos y veo citado en alguna parte el VEL, esa cita se me antoja pálida y lejana, como si no existiera ni hubiese existido nunca ningún VEL.

He recibido el paquete con la lista de mis trabajos. Gracias. Mándame sin falta el libro de Shteger *Materiales aislantes*, debo concederme el placer de ver el resultado de los trabajos de todo un año. En cuanto tenga oportunidad, trataré de satisfacer tu deseo de recibir un retrato. Ahora no puedo porque para ello debería ir a la Fortaleza y posar delante del pintor, y no tengo tiempo. Pero lo intentaré más adelante. He enviado a Vasia como regalo, a la dirección de mamá, un paisaje y una vista del laboratorio y de mí. En el mismo sobre iban las cartas para los chicos.

Un persa me ha contado que en su tierra suelen predecir el futuro según Hafiz, uno de los líricos más grandes del mundo (soy yo quien lo dice). Le pedí que me llevara una edición persa de Hafiz y la abrí al azar pensando en ti; y esto es lo que me encontré (en una traducción literal): «Nunca se borrará mi amor por ti de las tablas de mi alma y de mi corazón, / nunca saldrá de la memoria este ciprés ambulante. / Tan fuertes raíces ha echado en el corazón y en el alma mi amor por ti / que no desaparecerá aunque yo pierda la cabeza. / Y mi mente distraída no dejará de pensar en ti. / Bajo el yugo del destino y del dolor impuestos por el afanoso mundo. / El corazón puede abandonarme, pero no lo abandonará el peso de la nostalgia de ti. / Desde el principio mi corazón está unido por un pelo de tu cabeza. / Y hasta el final se mantendrá fiel a su voto».

Nº 26. 2 de agosto de 1935. Solovki

Querida Olen,

¿va mejor tu cabeza? Escribeme pronto sobre esa cuestión, ya que estoy constantemente preocupado por tu salud. Lo más importante es que trates de estar más animada y alegre, que te dis-

traigas y que pases menos tiempo en tu habitación. Tal vez te ayude el medicamento del que le hablé a mamá.

Sigo escribiéndote sobre el desarrollo de la literatura rusa a finales del siglo XIX y principios del XX. El más antiguo del grupo de los simbolistas es Konstantín Balmont (en el manuscrito de la primera sinfonía de Andréi Bieli, llamada *Moscovita*, lo presenta como Balstantín Kalmont, mientras Valeri Briúsov⁵⁷ aparece bajo el nombre de Bromeni Fliúsov. Pero ambos se ofendieron y pidieron a Andréi Bieli que los llamara por sus verdaderos nombres, y Bieli tuvo que aceptar esa modificación). Balmont era un poeta muy dotado, con energías auténticas, pero extraordinariamente desordenado en su interior. Era muy impresionable y cultivaba la impresionabilidad y la agudeza de las sensaciones subjetivas. Por cierto, te contaré una anécdota insignificante, aunque auténtica (en realidad, se trata de una tontería). Un día alguien va a ver a Balmont. En el apartamento reina cierta oscuridad y el aire está muy cargado. Arden muchas lámparas de queroseno de gran calibre (en aquel entonces en las casas las lámparas eran todavía de queroseno). Las lámparas despiden una enorme cantidad de humo y expulsan torrentes de hollín, que llena el aire y se deposita en el suelo y en todos los objetos. Balmont está tumbado y comenta complacido: «¡Estoy admirando la nieve negra! ¡La nieve negra...!».

Un día iba yo por la calle B. Nikítskaia (en aquella época era estudiante). Helaba. A mi encuentro venía Balmont, tan arrebuja-do que apenas se le veía la nariz, con el cuello levantado; no reparaba en nadie, o así lo pretendía, y declamaba a voz en cuello la oda de Horacio *Odi profanum vulgus et arceo* («Odio al vulgo profano y me aparto de él»). Te he contado esto de pasada, para hacerte reír; naturalmente tales hechos no constituyen ninguna base para emitir un juicio valorativo sobre la poesía de Balmont. Pero siempre hubo en él una tendencia al exhibicionismo y a las poses; más tarde esa tendencia se desarrolló desmesuradamente y arruinó su talento, llevándole a divagar irresponsablemente sobre lo primero que se le ocurría.

Querida Annulia,

con ocasión del vigésimo cuarto aniversario de nuestra boda, te mando un retrato. Lo ha hecho un buen pintor; todos dicen que el parecido es grande, aunque a mí me resulta difícil juzgarlo. En cualquier caso, aquí no se puede encontrar nada mejor. En el fondo hay unas algas, para recordarte el trabajo del que me ocupo en estos momentos. ¿Habéis recibido las plantas secas que incluí en las últimas cartas? Me alegro de que Mik se haya decidido a tomar un poco el aire y a refrescar sus ideas. Por lo visto, aún no has recibido mis autorizaciones, aunque una de ellas probablemente ya no sea necesaria. Tampoco sé si has recibido las autorizaciones del año anterior que envié en verano.

A menudo me acuerdo de Andréi, Gosia y Valia cuando eran pequeños, y también de Shura y Liusia, pero sobre todo de los primeros. Todos mis recuerdos hacen referencia a hechos acaecidos hace treinta, cuarenta, cuarenta y cinco años, o incluso más, pero se perfilan con tanta nitidez ante mis ojos como si hubieran sucedido hoy mismo. A Gosia y a Andréi los llevé muchas veces en brazos, los saqué de paseo y les conté muchas fábulas. Con Andréi recogía arándanos en Surami, escalando por escarpadas pendientes; en un brazo lo llevaba a él y en el otro una gran cesta, la misma que se usaba para hacer la compra en el mercado. Probablemente Andréi se ha olvidado ya de todo eso, pues era pequeño: tendría entre dos y cuatro años. Recuerdo que cuando nació, yo estaba terminando mis estudios en el instituto. De pequeño se parecía mucho al abuelo Iván Andréievich; por ese motivo hice un dibujo del recién nacido, pero después esa semejanza desapareció del todo. En nuestra casa, cuando se producía un alumbramiento, a los niños nos reunían en una habitación, donde dormíamos en colchones dispuestos en el suelo, de manera que teníamos la sensación de estar en un picnic. Y por la mañana nos enseñaban al nuevo hermano o hermana; nosotros lo rodeábamos durante los primeros baños, pero nos daba miedo tocarlo. Los años universitarios han dejado en mi me-

moria trazos mucho más débiles, como también los posteriores, excepto todo lo que hace referencia a ti y a los niños. Es como si en ese periodo, aparte de vosotros, no hubiese existido nada ni nadie.

Te mando un fuerte beso, querida. Espero que ya no estés triste, una vez que nuestros hijos han regresado a casa.

Querida Olia,

sigo escribiéndote algunas notas sobre el desarrollo de nuestra poesía. En este caso me ocuparé de Val. Yak. Briúsov. Tuve ocasión de tratarlo bastante a menudo y todavía hoy su figura luminosa se alza ante mis ojos como si estuviera vivo. Alto, rígido y siempre con ropas oscuras, recordaba a un felino. Nosotros lo llamábamos Pantera, casi hasta en su presencia. Solía mantenerse erguido detrás de la silla y parecía como si se dispusiera a saltar sobre la mesa y los otros muebles. Siempre iba con una levita negra, abrochada hasta el último botón, tenso, concentrado. Por carácter, era el polo opuesto de Balmont. Muy reflexivo, no sólo por naturaleza, sino también por elección, era muy preciso y tenía una gran fuerza de voluntad. Me parece que, en cuanto a los dones de la naturaleza, es decir, creativos, era incomparablemente inferior a Balmont. Pero Briúsov no se dispersaba y, como un astuto mercader, sabía aprovechar todo lo que caía en sus manos, hasta la última gota. Ya desde su época de estudiante se había propuesto escribir el mejor poema, el mejor drama, la mejor novela, etc. Y durante toda su vida, sin concederse una sola tregua ni moderar su ímpetu, trabajando sin descanso sobre sí mismo, con obstinación y encarnizamiento, mantuvo viva su propia decisión. Llevaba la cuenta de cada uno de sus suspiros, todo lo hacía con la mayor meticulosidad, calculando y planificando cada cosa como un ingeniero. Adquirió una gran maestría, la maestría de la perfección formal. No obstante, en pocas de sus obras se percibe una auténtica creatividad. En su mayor parte recuerdan esas extraordinarias coronas de hierro forjado que cuelgan de las tumbas de los cementerios y sus flores de porcelana. Su sonido también es como un rechinamiento. No obstante, algunos pasajes concre-

tos son meritorios: «De los pinos el cuerpo llameante / belleza ardiente del verano». Cuando *El ángel de fuego* apareció en versión alemana, traducido del ruso, un crítico se negó a creer que se tratara de una traducción y afirmó que la novela se había escrito originalmente en alemán y que se remontaba al siglo XVI. Tan bien había estudiado Briúsov el estilo de aquella época.

Ya no me queda espacio, querida. Te mando un fuerte beso. ¿Estás tomando el *Allilasat*? ¿Te encuentras mejor? Un beso.

Nº 28. 21 de agosto de 1935. Solovki

Querida Olen,

me gustaría creer que tus dolores de cabeza han remitido. Le he escrito a mamá, o a ti, que debes tomar ALLILASAT (*Essentia Alliisativi*), es decir, un preparado especial a base de jugo de ajo, pero no sé si habéis recibido esa carta. Debes tomarlo sin falta, aunque los dolores hayan desaparecido.

En esta carta me ocuparé de Andréi Bieli. Su padre, mi maestro, era un hombre extraordinario, aunque nosotros no lo valorábamos lo suficiente; los peterburgueses lo ninguneaban y actualmente cubren su nombre de fango. Sin embargo, sé que matemáticos americanos han estudiado ruso solamente para leer los trabajos de N.V. Bugáiev⁵⁸. La madre de Andréi Bieli (conocía bien a Aleksandra Dmítrievna, como también la conocía S.I.) tenía una vena satírica y talento musical. La música desempeñó un papel fundamental en la educación de Andréi Bieli, aunque no sabía tocar ningún instrumento. (A propósito, ahora recuerdo que me escribiste algo sobre una «escuela de enfermería», pero no he entendido de qué se trata. Mamá no me ha informado de nada. Si eso conlleva atender enfermos, estoy totalmente en contra). De su padre heredó la inclinación por la filosofía y los esquemas, pero de modo muy desafortunado, casi caricaturesco, y esa inclinación sofocó en él al poeta. A su madre debe la musicalidad, que era un aspecto positivo, y la orientación satírica de la mente, que también le llevó por caminos equivocados.

En Andréi Bieli se advierten indudables chispas de genialidad (distingo rigurosamente la genialidad, en cuanto percepción y creación de cosas completamente nuevas de modo nuevo, del talento como capacidad de dar forma a lo que ya existe), pero no tenía suficiente talento. De ahí el drama interior de Andréi Bieli. Como ningún otro, veía el mundo bajo el aspecto del mito y creaba o recreaba mitos. Cuando lo hacía espontáneamente, su genialidad resplandecía con haces de rayos luminosos; yo percibía esos rayos hasta físicamente. Pero la inteligencia de Andréi Bieli no estaba a la altura de su genialidad; no tenía fuerzas para expresarla independientemente y, por tanto, durante toda su vida buscó formas y modos de expresión ajenos y extraños, tratando de encajar en esos esquemas, que le eran esencialmente hostiles, todo lo auténtico que había en él. Ahora era nietzschismo, ahora kantismo, ahora cohenismo, ahora sindicalismo, ahora antroposofía, etc. De modo que, tras mucho esforzarse y mucho trabajar, acabó por arruinar, oscurecer y deformar sus capacidades. En sus momentos mejores Andréi Bieli me parecía Ariel, el espíritu del aire surgido de los sonidos del arpa eolia; su percepción del mundo era de una insondable profundidad. Entre otras personas agudas y profundas a su modo, pasó veloz como el soplo de un viento de montaña, dándose a todos y no dejándose prender de nadie. Pero esas vibraciones se cubrían gradualmente de una costra de esquemas convencionales y torpes, bajo los cuales corría el riesgo de sofocarse, y de hecho se sofocó. No quería ser un niño, sino un adulto, y las máscaras de adulto que se ponía lo arruinaron.

Te mando un fuerte beso, querida.

Nº 29. 5-6 de septiembre de 1935. Solovki

Querido Vasiushka (...).

Entras en una nueva etapa de la vida⁵⁹. Me gustaría que encontraras en Natasha al menos una cuarta parte de lo que tu madre ha significado para mí en el transcurso de estos veinticinco años cumplidos ayer. En mi conciencia estos veinticinco años se

concentran en un foco y el pasado no parece más lejano que el presente o lo que ha sucedido hace poco. Más bien al contrario, el pasado lejano está más vivo que el reciente y estos veinticinco años se me presentan en conjunto como un único cuadro con un movimiento interno. El lugar más importante en ese cuadro lo ocupa Vasiushka, al que ahora veo recién nacido con tanta claridad como si hubiera sucedido hoy. Paso a paso y cuadro a cuadro tu vida entera pasa ante mis ojos. ¡Cuánto me apena que mis ocupaciones y el cumplimiento del deber, tal vez inútil, no me hayan dejado pasar contigo más tiempo y no me hayan permitido enseñarte cosas que podrían serte útiles! En cualquier caso, tal es el desdichado destino de todos o casi todos los padres: no tener ocasión de transmitir a los hijos su experiencia de la vida, sobre todo en el caso de los estudios científicos. Al mismo tiempo, es triste pensar que si uno pudiera volver a vivir, empezando desde la infancia, repetiría todos los aspectos negativos, pues éstos no son inventados, sino que derivan de la naturaleza de las cosas. No creo que hubiera sido capaz de sustraerme al deber, aunque a menudo pienso en las amargas consecuencias del mismo.

Te mando un fuerte beso, querido hijo. Para mí siempre serás el pequeño Vasiushka. Me gustaría regalarte algo. Si aún me queda alguna cosa, coge todo lo que quieras.

Querida Olen,

he recibido la carta que enviaste desde Zagorsk y por ella me he enterado de tu llegada. Me alegro mucho de que estés más tranquila; no obstante, hay que tomar las medidas apropiadas para un pronto restablecimiento. ¿Tomas el *Allilasat*? Un conocido de aquí me ha dicho que esa medicina le ha ayudado mucho y, por lo visto, padece la misma enfermedad que tú. No debes prestar atención a lo que dicen los médicos: en un año tu dolencia habrá desaparecido por completo; en cualquier caso, debes ser prudente, conservar el buen ánimo y la calma, no caer en la melancolía, no fatigar en exceso la cabeza y, lo más importante, no pensar en la enfermedad.

Me alegro de que te hayas puesto a leer a Andréi Bieli, pues te ayudará a comprender muchas cosas de la música, del mismo modo que la música te ayudará a comprender a Andréi Bieli. Pues el aspecto más importante de su obra es la música, no en el sentido de la sonoridad en cuanto tal, sino de una manera más profunda. Su lírica persigue una finalidad rítmica y melódica, pero sus grandes creaciones, las sinfonías y las novelas, en especial las sinfonías, tienen como objetivo el contrapunto y la instrumentación. La cuarta sinfonía⁶⁰, *La copa de las tormentas*, es la que ha sido concebida más conscientemente como contrapunto. En realidad, la variante impresa ha sido retocada y ha perdido la espontaneidad que tenía en su redacción original (yo la oí un par de veces, en dos variantes distintas), volviéndose más formalista. Pero para el estudio esa desnudez de la construcción de las sinfonías constituye una ventaja.

Petersburgo también es una obra muy elaborada. Recuerdo que A. Bieli me contó cómo nació. La imagen originaria, que constituyó la base de *Petersburgo*, era un cubo negro, acompañado de un sonido peculiar. Poco a poco alrededor de ese cubo empezaron a surgir imágenes accesorias y éste acabó convirtiéndose en una carroza negra que recorría la Perspectiva Nevski. Escuchando atentamente el sonido que acompañaba a la imagen, A. Bieli advirtió que se componía de otros dos sonidos o, más bien, que el tono principal se acompañaba de un sobretono, más débil que el principal y muy alto. El crecimiento posterior de la imagen principal y del sonido ligado internamente a ella se desarrolló del mismo modo en que se multiplican las células de un embrión, es decir, mediante divisiones y separaciones sucesivas. De ese modo surgieron los tejidos y los órganos de esa obra en su conjunto, los cuales, a pesar de su diversidad, estaban unidos de manera orgánica. Así se multiplican también los tipos: dentro del tipo originario surge otro, afín al primero, pero que revela la temática artística de la obra de una manera diferente.

Por otro lado, todo lo que digo de Bieli es una ley general de cualquier obra auténticamente creadora, tanto artística, como filo-

sófica, científica e incluso técnica. Esa ley es afín al crecimiento embriológico a través de la diferenciación y la especialización de los medios para la expresión de un único ímpetu creativo originario, que no puede expresarse con el concurso de un medio expresivo único y sencillo. Lo que nace en el alma como un punto sencillo e indivisible, como un centro de fuerzas, sólo puede realizarse en una serie de medios ligados entre sí y organizados, pero diferentes y opuestos.

Le mando un fuerte beso a mi querido ciervo y espero recibir noticias de su completo restablecimiento.

Nº 30. 16 de septiembre de 1935. Solovki

Querida Olia,

hace poco he leído *La épica serbia*, publicada por la editorial Akademia, y me ha procurado un verdadero placer, sobre todo los cantos más antiguos. La enorme belleza, el maravilloso estilo y la multitud de cosas infinitamente afines a mi alma, despiertan probablemente en mi interior ecos de lejanos antepasados procedentes de los Balcanes o, quizá, de otros más meridionales que desconozco. Al mismo tiempo, su tenebrosidad y su ausencia total de luz se oponen al zoroastrismo que seguramente he heredado de otros antepasados. ¡En el mundo eslavo no hay sol, transparencia, precisión! La claridad y la paz están ausentes. Abundan, en cambio, las complicaciones de la vida, insolubles y sin motivación interior. En esos cantos épicos serbios se ponen ya al desnudo las raíces de Dostoievski y queda claro que éste es la manifestación del alma eslava privada del espíritu caballeresco. Creo que es un fenómeno íntimamente ligado a una incorrecta asimilación de la aproximación simbólica, goethiana, a la vida, que consiste en saber ver y apreciar la profundidad de lo que nos rodea, saber encontrar lo trascendente en el «aquí» y el «ahora» y no aspirar a buscarlo únicamente en lo que no existe o está lejos.

Esa pasión es dañina precisamente porque, en nombre de lo que no existe, el hombre pasa delante de lo que existe, que en re-

alidad es mucho más valioso. Es una pasión que ciega. Tras fijar la mirada en un punto, el hombre se encarama a él, sin prestar atención a la belleza de las cosas más cercanas. «Quiero esto» y por tanto me desentiendo de todo lo demás. Y al cabo de algún tiempo, una vez olvidado ese objetivo, «quiero aquello», sin emplear lo que se quería antes y que ya he obtenido. La pasión, interpretada de ese modo, es una característica propia de los eslavos: se tiende siempre hacia lo que no existe o hacia lo que está vedado y se rechaza irreflexivamente todo lo demás: es la ausencia de una mirada exterior.

No obstante, sin darme cuenta, me he apartado del tema de mi carta, que era la belleza de la épica serbia, y ahora se me ha olvidado lo que quería escribir. Lo que más me gustaría es que cultivaras un espíritu atento y vital y aprendieras a percibir el aspecto simbólico de la realidad, es decir, que aprendieras ante todo a gozar y disfrutar de lo que tienes, en lugar de buscar lo que en el momento presente no es posible conseguir. Tengo la impresión de que no has aprendido a valorar a tu familia y a tus parientes, y no te das cuenta de que en el futuro no los tendrás a tu lado. Tu madre es mucho más valiosa y digna de cariño que todos los objetos y personas que parecen de valor, pero cuyo mundo espiritual es mucho menos rico. En lugar de quedarte prendada de la primera cosa que ves, dirige una mirada serena y lúcida a tu alrededor. Todo lo que te será útil vendrá a su debido tiempo, mientras lo que tienes hoy se perderá y no volverá nunca. Creo que ya has comprendido que en un juego se necesita ligereza, pero no has aprendido a ser ligera en la vida. Trata de no exigir nada de la vida, sino de dar. Mamá necesita que le presten ayuda, para no sentirse aplastada por el peso de la vida.

Me preguntas si aquí hay luna. No la he visto casi en medio año, pero ahora, en los últimos tiempos, el cielo está despejado bastante a menudo, aunque por poco tiempo, y la luna brilla con fuerza y se refleja en el lago, que reluce como la plata. En algunos puntos se ven columnas y manchas de oro procedentes de los faroles. En el otro lado del cielo refulge la aurora boreal. Aquí las

nubes son muy variopintas y originales. Pero han comenzado los vientos y varias veces al día se pone a llover. El lago se agita como un río caudaloso. Desde la escarpada orilla cojo con un cubo el agua para lavarme, para preparar el té y para cocinar, y contemplo cómo se desplaza por el lago un pato salvaje o un ganso. Ahora es de noche, al otro lado de la ventana aúlla el viento, las gotas de lluvia caen por todas partes; el viento penetra también en la habitación y yo me siento en el no ser.

Te mando un fuerte beso, querida. No te desanimes y no te olvides de mí.

Nº 32. 30 de septiembre de 1935. Solovki

Querida Annulia,

de nuevo he cambiado de alojamiento. Ahora vivo en la Fortaleza. En la habitación hay tanta gente que ni siquiera soy capaz de calcular su número. Naturalmente, en tales condiciones no sólo es imposible estudiar, sino incluso escribir una carta, tanto más cuanto que no hay lugar donde hacerlo; es decir, no tenemos mesa. Trabajo en la oficina de planificación, hacemos dos turnos al día y regreso después del turno de tarde, ya pasadas las once. Al menos los compañeros de habitación son amables; trabajan en la misma oficina.

1 de octubre

Mientras te escribo esta carta, ha llegado la noticia de que tenemos que cambiar nuevamente de alojamiento, probablemente mañana. Seremos cinco personas en la habitación, puede que cuatro.

Aquí ya se aprecia claramente la proximidad del invierno: aunque los árboles aún no han perdido sus atavíos de oro y de bronce, de vez en cuando caen algunos copos; no obstante, la nieve se funde enseguida. Alguna vez soplan vientos fríos y furiosos y luego de pronto se aquietan. Te interesas por mi alimentación: almuerzo y desayuno en el comedor de los ingenieros y técnicos, donde la comida es buena y, para mi fortuna, rara vez hay carne,

que tendría que dar a otra persona. Siempre me quedo satisfecho y me da mucha pena pensar que vosotros, en cambio, carecéis hasta de lo necesario. Para llegar a la oficina desde la Fortaleza tengo que caminar ocho minutos por una calle que discurre a lo largo de la orilla del Lago Sagrado, tras el cual se extiende un hermoso bosque dorado. El lago es profundo, pero el nivel del agua cambia continuamente, ya que unas veces la traen desde otros lagos a través de un sistema de esclusas y otras la cogen para emplearla en la central hidroeléctrica. Los días de viento se forman en el lago auténticas olas, que rompen en el muro de piedra del malecón.

Me entristece que los traslados me impidan terminar *Oro*, cuando ya he concluido casi por entero el primer canto. Se lo he leído, en una versión provisional, a un conocido, gran experto en el Extremo Oriente y la región de Zabaikal, y me ha dado su aprobación⁶¹. Me gustaría que lo leyerais vosotros, pues sólo para vosotros lo escribo.

Hace poco he podido comprobar lo elevada que era la técnica de las antiguas construcciones locales: las paredes de piedra, de un metro o un metro y medio de espesor, disponen de un aislante contra el frío y la humedad compuesto de una capa de carbón vegetal. Los edificios son del comienzo del siglo XVI.

3 de octubre

Hoy he recibido una carta de mamá, pero no sé si ella ha recibido la mía. Me informa de que Kira aún no ha llegado. Espero que tú me indiques pronto lo contrario. Ayer me trasladaron al nuevo alojamiento. Ahora somos cuatro, pero pronto llegará un quinto. Esta habitación, que mide [...] metros⁶², es bastante grande para cuatro personas. La mayor parte de los edificios locales son antiguos, con gruesos muros de piedra. Tenemos camas de madera, tomadas del desván; por las inscripciones talladas a cuchillo se ve que se remontan a los primeros años del siglo XX y han sido fabricadas en casa, de modo muy sencillo; son nominales, es decir, llevan los nombres de los antiguos propietarios. Sin

embargo, no sé por qué, en la Fortaleza y sus dependencias no se siente en absoluto la antigüedad, no hay ninguna poesía del pasado: todo parece carente de alma y muerto, cuando en principio tendría que ser al contrario. Pero esa impresión no sólo no se desvanece, sino que se intensifica cada vez más.

Te mando un fuerte beso, querida.

Nº 37. 15 de noviembre de 1935. Solovki

Querida mamá,

hace mucho tiempo que no recibo carta tuya y no sé si te encuentras bien. Es posible que Vasia pase de vez en cuando a verte, pero no me escribe. Anna no puede desplazarse con frecuencia a Moscú y Kira tampoco me escribe. Desde un punto de vista exterior, no vivo mal, pero interiormente siento una gran tristeza: no puedo quedarme a solas ni un instante. No tengo ocasión de ver la naturaleza y además, en esta época, la naturaleza tiene siempre un aspecto triste, gris y desolado. El trabajo se desarrolla en unas condiciones que no predisponen en absoluto al fervor y el entusiasmo. De modo que el tiempo pasa y yo no hago nada de provecho; es decir, puede que lo que hago sea útil para alguien, pero a mí personalmente no me proporciona ninguna satisfacción. (...)

Vivo en un estado de torpor espiritual, que es el único modo de sobrevivir; los días y las semanas se suceden indistintos. Si hay algo vivo en este duermevela, es el pensamiento y el recuerdo de vosotros; lo demás es ilusorio y pasa como envuelto en sombras. Así son las Solovki en general, así es su naturaleza, su clima y su gente. La realidad parece un sueño y a menudo me asalta la sospecha de que, si despertara, la visión se desvanecería. Aquí ni siquiera el invierno es un verdadero invierno, sino un barrizal, del mismo modo que el verano no es un verdadero verano, sino un barrizal, algo más cálido que el invernal.

Estoy en la habitación. Al otro lado de la puerta, en el pasillo, se ha dispuesto un rincón rojo⁶³. La radio está encendida, pero el

ruido no permite distinguir qué están transmitiendo. Habrá unas treinta personas, si no más. Unos juegan al ajedrez, otros charlan, tratando de que sus voces se impongan al ruido reinante; otros cantan, otros rasguean la guitarra o algún otro instrumento. Los muchachos riñen, disputan, saltan. En definitiva, un tremendo alboroto, pero de lo más inocente. Me da pena ver a los muchachos, me recuerdan involuntariamente a las aves de un parque zoológico, a pesar de sus esfuerzos por mostrarse alegres. También hay alguno que se afeita. Otros están aprendiendo el oficio de peluquero y le cortan el pelo al primero que se les pone por delante, al parecer con no poca pericia. A veces el barullo se interrumpe parcialmente: cantan todos a coro u organizan una orquesta improvisada de tres o cuatro instrumentos. La música fluye sin demasiados contratiempos. En cualquier caso, con contratiempos o sin ellos, estudiar resulta imposible, ni siquiera consigo concentrarme en la carta, que se interrumpe a cada frase.

Algunos días, desgraciadamente muy pocos, transmiten por radio las romanzas de Schubert: *Y mi canto...* y otras. En esos momentos me viene a la memoria con extraordinaria viveza cómo las cantabas tú, y esos recuerdos se entreveran con la imagen de Batumi. Es curioso que, de las impresiones de Batumi, las más nítidas sean las primeras, que se remontan a la época en que vivíamos junto a la vía del tren, cerca del paso a nivel, no lejos del generador. Veo ante mí con absoluta claridad el balcón, la caseta que papá había construido allí, la familia de actores que vivía en el patio, aquellos contrabandistas y falsificadores que huyeron de improviso. Con qué precisión recuerdo mi traje de «cazador», la tienda Triandopulo, el jabón Tridas, los abalorios venecianos, el muelle, etc. Los más pequeños detalles se alzan ante mis ojos como si todo hubiese sucedido hoy. Mi vida posterior en Batumi también la recuerdo bien, aunque no con tanta precisión.

Te mando un fuerte beso, querida mamá. Dale recuerdos a Liusia y a la tía.

Querida Annulia,

por fin he recibido tu carta Nº 37 del 5 de noviembre. Empezaré por responder a tus preguntas. No es necesario enviarme la revista: leer una sola revista es como no leer nada; además, no tengo dónde dejarla. En cualquier caso, no estoy en condiciones de seguir el avance de la ciencia, pues me he quedado atrasado de modo irremediable. Soy plenamente consciente de que mi trabajo científico ha terminado y nunca podré reanudarlo. Pues el pensamiento científico requiere un trabajo constante e ininterrumpido sobre uno mismo, y los frutos sólo llegan como resultado de las experiencias acumuladas a lo largo de toda la vida. En mi caso, todo lo que he acumulado se ha dispersado; además, considero indigno e inútil ocuparse de la ciencia sin la dedicación necesaria. (...)

22 de noviembre de 1935

Me alegro de que te ocupes de plantar nuevos ejemplares en el jardín y en el patio. Desde niño he sentido verdadera pasión por las plantas, hablaba y vivía con ellas como si fuesen amigos íntimos. Quizá por esa razón no he podido estudiarlas de modo especializado, pues me parecía demasiado frío. Pero siempre he albergado el pensamiento secreto de dedicarme a ellas en el futuro, una vez concluidas todas las actividades de las que debía ocuparme, y vivir con ellas en estrecho contacto, como cuando era niño. El mismo sueño tenía mi padre. Pero ninguno ha podido cumplir ese deseo. Por eso estoy contento de que lo estés cumpliendo tú, aunque sea parcialmente. Lo único que lamento es que la mayor parte de las plantas interesantes o bien no se adaptan al clima de Moscú o requieren, para adaptarse, grandes conocimientos y esfuerzos aún mayores. (...)

23 de noviembre

Querida Annulia,

hoy te he enviado 60 rublos que había acumulado de los llamados premios. Naturalmente me doy cuenta de que es una suma insignificante, dada la dificultad de vuestra situación, pero quería enviaros al menos algo, más que como ayuda, como testimonio de que pienso continuamente en vosotros.

24 de noviembre

Hoy he recibido un paquete: caquis, granadas, aceite, rosquillas y alguna cosa más en saquitos que aún no he tenido tiempo de abrir. Todo ha llegado en buenas condiciones; la fruta ni siquiera ha tenido tiempo de madurar.

Te mando un fuerte beso, querida Annulia. Sé fuerte. Escríbeme cómo va tu brazo y en general tu salud. Otro beso.

Querida Tika,

en esta carta quiero hablarte de un circo especial que existe en Suecia. Se llama «Hombre-Circo». El espectáculo tiene lugar en una sala relativamente pequeña, con capacidad para unos ochenta espectadores. La sala está acondicionada como un circo normal: las localidades para el público, los palcos, el lugar para la orquesta, la pista e incluso el palco del gobernador. En la entrada del circo está la taquilla. Al entrar, te sientas en tu localidad. En el foso donde está instalada la orquesta despuntan los instrumentos, trompetas y demás. Suena la campana y empieza la música. Los instrumentos oscilan, de vez en cuando surge la batuta del director. Pero sólo toca una trompeta: en la orquesta sólo hay una persona, que es músico, pero también payaso, jinete, prestidigitador y, por último, director del circo.

Cuando termina la música, irrumpe en la pista un pequeño caballo con un jinete. Ese caballo es de cartón piedra y el jinete está embutido entre el vientre y el lomo del animal, sus piernas están cubiertas por una gualdrapa. Corre por la pista con su caballo, ejecutando toda clase de ejercicios. Luego el caballo sale de la

pista y al poco rato aparece un payaso, que es el mismo hombre, pero con otro traje. Realiza numerosos números cómicos. Luego viene el mago y así sucesivamente. En definitiva, todo el programa corre a cargo de un solo actor que cambia continuamente de traje y probablemente de peluca y de aspecto. Al final del espectáculo, en el palco del gobernador aparece el «gobernador» en persona, con uniforme militar y sus correspondientes charreteras. Aplaude y arroja sobre la pista un ramo de flores. Ese gobernador es el mismo actor de todo el espectáculo, y el ramo de flores su último número.

19 de noviembre de 1935

Hoy he recibido una carta de mi querida hija y veo que empieza a escribir mucho mejor que antes: la escritura es más firme y hay muchos menos errores. Le pido encarecidamente a mi hijita que no se desanime si cosecha algún fracaso en la escuela: esos fracasos pasarán sin dejar huella y mi hijita aprenderá a escribir y a contar perfectamente.

¿Lees de vez en cuando mis cartas? Para aprender a escribir sin errores, cuando leas un libro, trata de prestar atención a cómo está escrita cada palabra y dónde están puestos los signos de puntuación. Así aprenderás muy deprisa. También tienes que escribir dictados más a menudo, aunque sean de pocas líneas, pero tienes que hacerlos cada día y con mucha atención.

Te confío otra tarea más: obedece a mamá, abrígate bien y haz todo lo que ella te diga; mamá ya tiene bastantes problemas y preocupaciones como para añadir encima tu desobediencia.

Cuida de mamá por mí y trata de que esté más alegre. (...)

Nº 39. 29 de noviembre de 1935. Solovki

Querida Annulia,

he recibido tu carta Nº 37 del 5 de noviembre. Dentro de poco se interrumpirán las comunicaciones navales y por tanto se producirá una pausa en la correspondencia. Te lo digo para que no te

preocupes si no recibes cartas mías. El Lago Sagrado ya se ha helado, al menos desde hace una semana, y, según las costumbres locales, la navegación se interrumpe entre dos y cuatro semanas después de que el lago se hiele.

Me preocupa que no hayáis hecho provisión de verduras para el invierno: cuando en una casa hay patatas, se puede estar tranquilo, porque son la base de todo. Me gustaría que acumulasen más impresiones del arte, de la naturaleza, al menos a través de relatos ajenos, y gastaras menos fuerzas en las tareas domésticas. Trata de disfrutar todo lo que puedas. Por esa razón en mis cartas a los niños les hablo de todas las cosas que he oído de testigos directos, pues soy de la opinión de que las impresiones de los testigos directos son más vívidas y poderosas que las informaciones de los libros; además, de los libros no se pueden extraer muchos detalles pequeños pero característicos. Sin embargo, no sé si las limitaciones de espacio me permiten ofrecer un relato estimulante y que llegue a la conciencia de las muchas cosas que oigo. En cualquier caso, debéis saber que con esos relatos pretendo que estéis cerca de mí y yo de vosotros, aun cuando no consiga escribir de manera interesante.

A veces se oyen historias tenebrosas, como las que aparecen en las novelas de Stevenson. Os contaré una. Durante el asedio de Sebastopol, en el mar Negro se hundió un barco inglés, el «Príncipe Negro», que transportaba oro para pagar a las tropas aliadas. El barco no fue recuperado. Ya en tiempos más recientes, un militar obtuvo informaciones sobre el caso, se trasladó de San Petersburgo a Sebastopol e ingresó en un equipo de hombres rana con el objetivo de encontrar el «Príncipe Negro». Tomó como ayudante a un marinero y, una vez localizado el barco, recuperaron el oro y lo escondieron en una gruta a la orilla del mar. Llegó el momento del reparto del botín. El buscador de oro no quería dar su parte al marinero, de modo que le dijo que en el barco aún quedaban brillantes; le hizo bajar con el traje de inmersión (escafandra) y a continuación cortó el tubo del aire. Naturalmente, el marinero murió. Pero en Sebastopol había unos contrabandistas griegos

que dijeron: «Puedes esconderte de todos, pero no de nosotros». Y, en efecto, encontraron al buscador de oro, le mataron y se quedaron con el oro. Lo cargaron en un falucho y zarparon rumbo a Trebisonda. No obstante, se levantó una tormenta, la faluca se hundió y el oro volvió al fondo del mar. Ésa es la historia que me han contado. No me corresponde a mí juzgar qué parte de verdad hay en ella. (...)

Me vienen continuamente a la memoria Gosia, Misha y los demás, y siento su cercanía. Un recuerdo se encadena con otro: la tía Remso, la tía Liza, Margarita... Es probable que pensar en los muertos y representárselos con inusitada viveza sea un signo de la edad. Pero, naturalmente, pienso mucho más en vosotros. (...)

Querida Olen,

la pasada noche he estado reflexionando sobre la naturaleza del discurso poético y más en concreto he analizado por qué una misma afirmación, expresada con palabras casi idénticas, puede ser más o menos poética dependiendo de una variación fraseológica poco significativa. La poesía es un pensar en imágenes concretas, las cuales, no obstante, no dependen de la ley lógica de la proporcionalidad inversa del volumen y del contenido, sino de la ley dialéctica de la proporcionalidad directa del volumen y del contenido, es decir, son ideas. El significado semántico de una imagen es mayor que su contenido concreto y sensible. Eso significa que la imagen de la poesía es, por su propia naturaleza, un símbolo (cualquier realidad que trasciende a sí misma). La poesía confiere un significado simbólico a las imágenes concretas y, cuanto más concreta es la imagen, más válida es la creación poética. Dicho con otras palabras, una afirmación es tanto más poética cuanto menos se aleja de la imagen concreta, revelando de ese modo su significado semántico de la manera más plena. El grado más alto de poeticidad es una contemplación directa de la imagen en su plenitud, por ejemplo, la meditación sobre una rosa cuando la imagen se da con toda la fuerza sensible. Pero eso es poesía «por sí». La poesía literaria puede existir también cuando la ima-

gen se reconstruye mediante la palabra. Por eso el segundo grado de poeticidad consiste en la descripción pintoresca de hechos y cosas, pero de tal modo que su contenido sensible hable por sí mismo del significado del fenómeno. Eso último se consigue resaltando y subrayando algunas características concretas, confiriendo un sello emocional a las imágenes, organizando el discurso de tal manera que el lector tenga que prestar atención a las palabras que suelen pasar desapercibidas, valiéndose de la rítmica y la instrumentación sonora, que comunica a la imagen uno u otro matiz particular, emocional y sensorial, etc. Si no se hace todo eso, la imagen no trasciende, es decir, sigue siendo una mera representación, una fotografía o un esquema, y la afirmación es naturalística. El tercer grado de poeticidad es la explicación de una imagen mediante imágenes auxiliares que se insertan en la principal y ayudan a percibir su significado semántico. Esa inserción sigue un camino concreto, procesos claramente visibles, mientras las imágenes se conjugan y se suceden, produciéndose así una suerte de injerto. Aquí no existen instancias intermedias, puentes mediadores del pensamiento abstracto: se trata de la identidad de las imágenes y no de su igualdad o de su nivelación por medio de una característica abstracta. En el cuarto grado de poeticidad, la explicación de una imagen mediante otra no se realiza a través de su identificación-conjunción, sino recurriendo a una nivelación, es decir, por medio de un pensamiento abstracto que encuentra en una y en otra imagen una característica común. Desde el punto de vista de la formulación verbal, la nivelación se consigue mediante expresiones del tipo «semejante a», «como», etc. Advierte cuánto más rica, vital, concreta y ardiente es la simple y directa conjugación-identificación de imágenes que la comparación de esas mismas imágenes mediante fórmulas como «semejante a» y otras parecidas. Esas fórmulas suenan frías, abstractas y sólo son tolerables cuando se acompañan de un desarrollo fastuoso de imágenes, cuando su masa psicológica es tan grande que se olvida ese «como» que las une. Compara, por ejemplo, estas dos expresiones. «¡Ha muerto, se ha oscurecido

nuestro sol!» y «ha muerto como se pone el sol!». Con la conjunción de dos imágenes, ambas siguen siendo plenamente válidas y concretas, mientras que al nivelarlas, al menos una de ellas (si no las dos) pierde su concreción y se convierte en una sombra de sí misma: no «en realidad», sino sólo «como si»; y «como si» quiere decir que en realidad no es. De ese modo, en el «como» o «semejante a» hay ya una fuerza ralentizadora, una resistencia interna a la acción deseada, así como una invitación al oyente a no creer en la comparación. La imagen se une y al poco tiempo se separa. El siguiente grado, el quinto, ya no es nada poético: en ese grado ya no se toma una imagen con una característica según la cual se establece una comparación, sino una característica INDEPENDIENTE, contrapuesta a la imagen de la que la característica se libera. Dicho de otra manera, se explica una imagen sólo de modo abstracto, mediante un sistema de características abstractas y, por tanto, la propia imagen pierde su identidad y se convierte en un mero concepto abstracto que no tiene un núcleo vivo directamente apreciable: no tiene sustancia.

Me escribes que «sería interesante acudir a la escuela si allí fuera posible estudiar en profundidad». No es una concepción correcta de la escuela: ésta debe darte las líneas fundamentales y los objetivos del saber, pero no un conocimiento profundo, que se adquiere posteriormente, mediante el trabajo autónomo. No obstante, es necesario asimilar las líneas fundamentales, de otro modo la profundización seguirá sendas causales, azarosas; además, si no se conocen las regiones limítrofes y el mapa completo del saber moderno, pueden crearse ilusiones y vanas esperanzas. Te lo he escrito antes y vuelvo a escribírtelo: no tengas prisa, todo vendrá a su tiempo, crece tranquilamente, orgánicamente; esa actitud es mucho más natural que realizar esfuerzos espasmódicos, sobre todo cuando se tiene una salud débil. Trata de disfrutar de lo que tienes, para no lamentar después haberlo dejado escapar. Creo recordar que Chéjov dice en alguna parte que el ruso o suspira por el pasado o sueña con el futuro, en lugar de aprovechar y disfrutar el presente. No caigas en esa debilidad común a todos

nuestros compatriotas. Cada momento y cada edad no son sólo un puente hacia una etapa posterior, un mero trámite, sino algo que tiene valor por sí mismo.

La grandeza, en el futuro,
no sustituirá a lo que tenemos
ahora, ya, cada día.

Sólo la sombra ilusoria
crece y se vuelve más larga
hacia el final, en el ocaso de nuestros días.

Un retoño, una yema, una flor y un fruto:
todo vive con su propia alegría,
es bello y da placer a la vista.
No esperes, pues, y goza ahora⁶⁴.

Un fuerte beso, querida.

Nº 40. 5 de diciembre de 1935. Solovki

Querida Annulia,

las ligeras heladas de los días anteriores han dado paso al deshielo. Hay nieve, aunque sólo una capa muy fina. A menudo sopla el viento. En general, se tiene la impresión de estar varios grados al sur de Moscú. Hace unos días (el 2 de diciembre) vi en sueños a mi padre. Alguien había entrado en nuestro apartamento y constituía una amenaza, pero mi padre dormía y no era posible despertarlo. No había ninguna señal de que fuera a levantarse, pero era evidente que estaba vivo. Me he despertado angustiado y he comprendido que lo recuerdo demasiado poco. En cuanto a vosotros, seguramente ya lo habéis olvidado del todo.

8 de diciembre

Hoy he recibido tu carta Nº 37 del 19 de noviembre, en la que te lamentas de no tener noticias mías. Pero te escribo con regularidad e incluso con mayor frecuencia que antes: cuatro cartas al

mes. Me ha dejado muy preocupado la enfermedad de Mik. ¿Cómo está Kira? Lamento mucho que no tenga trabajo; no sólo por el hecho en sí, sino también por su desánimo. Pienso sin cesar en vosotros y vivo sólo para vosotros, pero no puedo servirlos de ninguna ayuda.

Es una pena que no me hayas informado de las cartas mías que has recibido. ¿Te han llegado las plantas secas? Lamento mucho que tus penas, preocupaciones y trabajos no se acaben nunca. Espero que al menos Vasiushka esté satisfecho con su vida. Por la carta de Tika me doy cuenta de que su escritura mejora, comete pocos errores y emplea correctamente los signos de puntuación. En un principio ni siquiera me di cuenta de que la carta era suya, hasta tal punto era mejor que las anteriores. No entiendo por qué dices que no es capaz de escribir los dictados. En cualquier caso, no tardará en ponerse al nivel de sus compañeras.

Supongo que te interesará saber algunas cosas de la flora de Australia. En Sidney hay un magnífico jardín botánico, en el que se cultivan ejemplares de todo el mundo, hasta nuestros abedules. Hay enormes magnolios en flor. Los filodendros se enroscan en los árboles y de su tronco, que llega a alcanzar un espesor de unos dieciséis centímetros, cuelgan largas raíces aéreas. Hay muchos alcornoques. En Australia crece la caña de azúcar; su cultivo es una de las principales actividades económicas (junto con la cría de ovejas). Se me olvidaba decir que en Sidney hay muchísimos colibríes, unas aves tan pequeñas que cuando vuelan son casi invisibles y cuando planean sus pequeñas alas parecen de mica y su cuerpo resplandece («centellea») con todos los colores.

La mayor curiosidad botánica de Australia son los eucaliptos, los árboles más altos del mundo. Son tan altos (si no me equivoco, pueden llegar a alcanzar un cuarto de kilómetro), que su altitud no puede ser captada por el ojo humano. Sus hojas no se disponen en paralelo con la superficie de la tierra, sino perpendicularmente. Por esa razón en los bosques de eucaliptos sólo los troncos dan sombra. Bajo los árboles el terreno está des-

nudo, no crece la hierba y, en consecuencia, los bosques parecen muertos. La madera del eucalipto es muy dura y los clavos entran en ella con dificultad; por ello los australianos no la emplean en el interior de las viviendas y prefieren revestir las paredes con planchas de pino neozelandés, que tiene una madera más blanda.

De la fachada de las casas australianas suelen colgar cestas de alambre en las que crecen orquídeas, de modo que las calles están llenas de esas flores multicolores y de formas extravagantes.

¿Recuerdas que siempre quise vivir en una casa antigua de piedra en la que los bloques de mampostería estuvieran al descubierto? Me acuerdo de esa aspiración cuando voy al retrete, que está contiguo a una pared antigua, compuesta de bloques de un metro y medio de espesor, naturalmente sin desbatar. Esos bloques son mucho más grandes que los «lobos» que hay en la esquina de nuestra calle de Zagorsk. ¡Así es como se ha cumplido mi deseo!

11 de diciembre

Casi se me olvida escribir que he recibido de Vólogda un paquete con cigarrillos. Dale las gracias a S.A. por el detalle y por acordarse de mí.

En los últimos tiempos estoy muy ocupado con un trabajo experimental de carácter tecnológico. El objetivo de ese trabajo son las algas y el musgo, tanto por separado como en combinación, de modo que tienen que traerme cantidades considerables, casi industriales. Las algas llegan frescas, recién arrojadas a la orilla por las tormentas. Se trata de *Laminaria digitata* (es decir, «con dedos», porque su «hoja» se asemeja a una mano con muchos dedos), *Laminaria saccharina* (es decir, «azucarada», pues es dulce a causa de la mannita), *Anphelita* (un alga de la que se extrae el agar-agar y que recuerda una barba hirsuta) y otras. Entre las algas aparecen conchas y piedras, a las que se adhieren las algas.

Te mando un afectuoso beso, querida Annulia. Sé fuerte y no pierdas la alegría. Saluda a la abuela, a S.I. y a An. F.

30 de noviembre

Querido Kirill,

hoy he recibido la carta de Olia fechada el 25 de octubre. Incluye también una nota tuya. Me da mucha pena que estés tan desanimado; todo saldrá bien y se arreglará, pero me extraña que aún no se haya aclarado la situación relativa a los resultados de tu trabajo estival. No obstante, hay un aspecto positivo en el hecho de que no trabajes: tienes más tiempo para estudiar, que en estos momentos es lo más importante para ti. Por tanto, trata de aprovechar esas temporales circunstancias negativas para retomar los estudios abandonados y progresar todo lo que puedas.

Me hablas de Oro y cometes algunos errores. En primer lugar, sólo conoces algunos fragmentos, pero desconoces no sólo el plan general, sino también el primer canto, que ya he terminado. En segundo lugar, cometes el mismo error que muchos lectores, que se apresuran a identificar a uno de los personajes de la obra con el autor. Pero, si una obra no es naturalística, sino verdaderamente artística, el autor refleja su mundo interior no sólo en un personaje, sino en todos, ya que en caso contrario algunos personajes, al no estar ligados a la intención fundamental de la obra, resultarían un lastre inútil. Por otra parte, ninguno de los personajes refleja al autor en su conjunto, sino que todos ellos, con su viva interacción, restituyen el mundo interior del autor en su evolución y, por tanto, en su realidad.

¿Quién es Oro⁶⁵? Soy yo, Vasia, tú, Mik, M. Faraday y muchos otros. ¿Quién es el peregrino? Es posible que en parte sea yo, pero sólo en una medida muy pequeña; fundamentalmente es un conocido mío. ¿Quién es el padre de Oro? En parte yo, pero en mayor medida otras personas que conozco y especialmente mi padre. ¿Quién es la madre de Oro? En parte mamá, en parte mi tía Yulia y otras personas. Y, en tercer y último lugar, no has reparado (supongo que la culpa la tiene el autor) en el vigoroso tono debido al metro y al ritmo, y en la vigorosa ideología, que se mani-

fiesta en la superación de la percepción visual del mundo y no en una simple desatención de todo lo que puede debilitar el espíritu y conducir al desánimo.

Se trata de la concepción de la vida de la antigua Grecia, de un optimismo trágico. La vida no es una fiesta y una diversión continua; hay en ella muchos aspectos monstruosos, perversos, tristes y sucios. Pero, una vez comprendido todo eso, hay que tener delante de la mirada interior la armonía y tratar de hacerla realidad. Oro atraviesa una serie de pruebas y de circunstancias difíciles, que le sirven para fortalecerse, para formarse su propia visión del mundo, para realizar una proeza en el campo de la ciencia: ofrecer una nueva aproximación a la naturaleza, una nueva comprensión concreta y real del mundo como contrapeso a lo que carece de vida y es ilusorio y abstracto.

Te mando un fuerte beso, querido hijo. Escríbeme.

Querido Vasiushka,

he recibido tu carta. Me preguntas por la carta de Natasha. El caso es que sólo he recibido una carta y me resulta difícil decir qué opinión me he formado a partir de una única impresión; además, considero que no está bien hacer un análisis literario de un texto que no ha sido escrito con esa intención. No me gusta anatomizar las cosas, de la misma manera que me desagrada analizar un rostro a partir de sus rasgos aislados: prefiero esperar a que las impresiones configuren por sí mismas una imagen completa. Por ahora sólo te diré una cosa: una vez que Natasha ha entrado en nuestra familia, mi relación con ella, aunque a distancia, será idéntica a la que tengo con mis hijos y por tanto me gustaría, y lo consideraría una buena señal, que me escribiese cuando tenga tiempo y ganas. A propósito, antes de recibir su carta, ya le había escrito una, aunque no sé si la habéis recibido. Házme lo saber. (...)

Querida Annulia,

el 14 de diciembre he recibido tu carta Nº 38 del primero de diciembre, el 8 de diciembre la Nº 37 del 19 de noviembre y ayer, 15 de diciembre, el telegrama. La última carta y el telegrama me han entristecido mucho. Ahora te escribo cuatro veces al mes y expido puntualmente las cartas, pero éstas se demoran por el camino o no llegan; lo más probable es lo primero. ¿Qué puedo hacer? No soy el único que se encuentra en esa situación. La comunicación postal desde este lugar está ligada a diversas circunstancias que motivan probablemente esas dilaciones.

Durante todo el día de hoy me he sentido dominado por un sentimiento de malestar. ¿Qué debo hacer con tu telegrama? He pedido consejo a mi alrededor. Todos me dicen que un telegrama tardará aún más en llegar que una carta, de modo que no tiene ningún sentido enviarlo; mejor escribir una carta.

Tus impresiones de Skovorodinó te engañan y te impiden comprender mis condiciones de vida. ¿Por qué te inquietas y te preocupas? Sabes perfectamente que, mientras esté vivo, seguiré escribiendo, si tengo la posibilidad. Y si esa posibilidad llega a faltarme, un telegrama no arreglará nada; sólo será una fuente de turbación innecesaria para ti misma y para mí.

Pero, para que dejes de preocuparte, te comunico que estoy bien, no carezco de nada, trabajo en un laboratorio en el que me ocupo de las algas y del musgo, vivo en un alojamiento aceptable, doy clases de matemáticas, escribo diversos comentarios de carácter técnico y estoy ocupado todo el día, de la mañana a última hora de la noche; es algo no sólo necesario, sino también útil, ya que ahoga la melancolía. Casi nunca tengo ocasión de leer, sobre todo porque carezco de tiempo y de los libros adecuados, aunque en general disponemos de libros y revistas en cantidad suficiente. (...)

19-20 de diciembre

Hoy he recibido tu carta del 9 de diciembre, que has vuelto a numerar como N° 38. Y de nuevo he vuelto a entristecerme: sigues sin recibir noticias más y te preocupas. Pero ¿qué puedo hacer? Estás en un estado de abatimiento e inquietud y lo que escribes de nuestros hijos es poco tranquilizador y me ha apenado mucho.

En los tiempos que corren conocer lenguas extranjeras es absolutamente indispensable y saber tocar un instrumento musical es un gran consuelo en la vida. Si os tuviera menos cariño, estaría tranquilo, pero no puedo serenarme, tanto más cuanto que no tengo intereses personales y sólo pienso en vosotros.

Te había mandado algo de dinero, pero ayer me he enterado de que aún no ha sido expedido. Exteriormente no vivo mal, y en cualquier caso mucho mejor que vosotros.

En los próximos días se interrumpirá la navegación. Ha habido ya dos barcos que apenas han conseguido abrirse paso a través de los hielos cerca de Kem (los hielos los transportan los ríos) y no atracaron en el muelle, sino en el borde helado de la orilla, descargando los bultos directamente sobre el hielo. Se producirá, por tanto, una interrupción en las comunicaciones; en cambio, espero que en cuanto se organice el correo aéreo las cartas lleguen con mayor regularidad.

Comunícame si os interesa recibir en mis cartas diversas informaciones sobre la geografía y la vida de países lejanos. ¿O quizá os parece demasiado artificial?

22 de diciembre

Hace un mes (el 23 de noviembre) te envié algo de dinero; pero sólo ayer ha sido entregado al correo. De modo que no debe sorprenderte que las cartas tarden tanto en llegar. Y antes de enviarlo, tuve que esperar el permiso de expedición durante casi un mes.

23 de diciembre

Me he enterado de que para mañana se espera el último barco, siempre que no lo impida la tormenta que se ha desencadenado estos últimos días y que sigue soplando con fuerza. Eso significa que quedaremos incomunicados con el continente. No hace mucho frío, a menudo estamos al borde del deshielo, pero arrecia la tormenta y el viento sopla con fuerza. ¡Con un tiempo así debe de ser terrible atravesar el mar Blanco! Aún recuerdo mi travesía con espanto: las olas nos lanzaban de cabeza de una pared a otra, de modo que llegamos llenos de cardenales y moratones; el camarote se llenó de agua helada, en la que flotaban en desorden las maletas y los objetos; todos sucumbimos a las náuseas y a los vómitos, y a nuestro alrededor reinaba una oscuridad impenetrable y bramaban las olas.

¡Te mando un fuerte beso, querida! Pienso siempre en vosotros, sobre todo de noche, cuando los rumores se aquietan. Otro beso.

Querido Vasiushka,

como no recibo cartas tuyas, he llegado a la conclusión de que estás muy ocupado con el trabajo. Esa situación me apena, y por más de un motivo. Ante todo, tu trabajo se resentirá. A la edad que tienes, es necesario dar a los pensamientos la posibilidad de cristalizar y no obstaculizar ese proceso sometiéndolos a una reelaboración constante: hay que dedicar algo de tiempo cada día a la contemplación.

¿Qué es lo que espero y quiero de ti? Un dicho latino reza: *Non multa, sed multum*, que podría traducirse más o menos así: «No muchas cosas, pero grandes». Me gustaría que no gastases tus energías en muchas tareas menudas, sino que las emplearas en un trabajo integral. Eso no significa que las tareas menudas no sean necesarias. No, en las tareas menudas se encuentra el todo, pero deben organizarse, encauzarse, definirse y tender a un objetivo. «El todo es antes que las partes» («antes» no en un sentido cronológico, sino existencial); el todo genera de sí mismo y por sí

mismo sus partes, y no se compone de ellas mecánicamente, como de elementos y efectos casuales. Debes encontrarte a ti mismo y para eso se necesita silencio y, al menos de vez en cuando, una mente no obstruida. Eso es lo primero.

Lo segundo es que ya es hora de que pienses seriamente en organizar tu vida. Desde el momento en que has fundado una familia, debes ocuparte de su bienestar, que consiste sobre todo en la plenitud interior y en la cohesión. No debes abandonar a Natasha a sí misma, pues esa situación no conduciría a nada bueno; el resultado menos peligroso es que se aburra, se entristezca o se debilite interiormente. Pero es más probable que el instinto de conservación la lleve a tratar de llenar ese vacío y en ese caso la familia se disolverá, si no jurídicamente, al menos de hecho. Por eso es indispensable que trates de penetrar en su vida interior y que ella participe de tus intereses y, en cualquier caso, que no se quede sola.

Lo tercero es que debes pensar en mamá, en tus hermanos y en tus hermanas. Digo «debes» no en el sentido moral, que puedes adivinar por ti mismo, sino en el sentido de tus propios intereses, ya que, una vez perdido el vínculo vivo con tu madre, tus hermanos y tus hermanas, ya no podrás restablecerlo y permanecerás en el vacío. ¿Y en nombre de qué? En nombre de vanas fute-sas que en sustancia no te valen de nada y que más bien perjudican tu desarrollo, o bien en nombre de la pasividad y de la falta de reflexión en las posibles consecuencias de tus actos.

Organiza tu vida de modo consciente, orientándola hacia un objetivo, para que no esté determinada por factores casuales, sino, en la medida de lo posible, por un esquema.

Y, por último, debes pensar en tu salud. Es un cálculo muy simple: debes vivir y actuar y para ello hay que acumular y ahorrar fuerzas.

Te mando un fuerte beso. Saludos a Natasha.

Querida mamá,

por lo visto tampoco tú recibes mis cartas, aunque te escribo regularmente cada mes. Anna no va a Moscú y no te ve desde hace tiempo, de modo que las noticias de ti me llegan como rumores, a través de varios anillos intermedios. Infórmame al menos de tu estado de salud y de tu vida. Anna me ha escrito que Shura está enfermo, pero no sé de que se trata ni tampoco si es grave. No sé nada de Liusia ni de Lilia y su familia ni de Andréi. ¿Cómo está Sasha? Comunícame también cómo se llama su segundo hijo. ¿Ha publicado Liusia su trabajo? ¿Vasia y Kira pasan de vez en cuando a verte?

De mí ya te he escrito y no querría repetirme; espero que algún día recibas mis cartas, aunque sea con gran retraso. Por lo demás, no tengo nada que contar: me paso todo el día trabajando, de manera que las cartas tengo que escribirlas entre la una y las dos de la madrugada. Trabajo en un laboratorio, en un lugar nuevo. Me ocupo de las algas, de diversos productos extraídos de las algas y del musgo; enseño matemáticas a dos grupos de ingenieros (uno de ellos sigue mis clases desde hace más de un año), escribo artículos grandes y pequeños para periódicos murales y quizá también para el órgano de impresión central; hago propuestas relativas a distintas aplicaciones de los productos extraídos de las algas, participo en innumerables reuniones sobre la organización de la producción y de las investigaciones; de vez en cuando, y a pequeñas dosis, escribo poesía, redacto cartas y no leo casi nada: tal es el esquema de mi vida, que avanza como un reloj, según un orden preestablecido, día tras día.

No puedo ver la naturaleza y por tanto me consumo, falta de impresiones. Aquí podría escuchar música de vez en cuando, pero no tengo tiempo, las obras seleccionadas no me atraen y, sobre todo, me falta ese estado de ánimo que se necesita para escuchar música. Por la noche, cuando tomo el té, es decir, a las doce o la una, a veces escucho los relatos de mis compañeros de habita-

ción, que cuentan lo que han visto en diversas regiones de nuestro país o en el extranjero; me interesan principalmente las historias de países lejanos o exóticos.

De vez en cuando me entero de nuevos aspectos de la vida y de la organización social, pero lo que más me interesa son las noticias sobre ciencias naturales. Hace poco, por ejemplo, me he enterado de que Smith, el rey del azúcar de Estados Unidos, es el jefe de los mormones; por tanto, de acuerdo con su rango y su posición preeminente, debe tener 250 mujeres. También he sabido que los mormones descienden sobre todo de la emigración irlandesa en América.

En Estados Unidos viven muchos sectarios rusos que, con una tenacidad sorprendente, conservan el aspecto y las tradiciones rusas, no se asimilan a la población local y apenas hablan inglés, a pesar de que llevan muchísimo tiempo en América. En algunos lugares, los *dujobori* y los *molokanes*⁶⁶, por ejemplo, llevan la camisa por fuera del pantalón y un chaleco por encima, algo que en América no sólo parece extraño, sino inconveniente, hasta el punto de que la policía ha dictado prohibiciones especiales contra esa manera de vestir. A pesar de ello, los *dujobori* y los *molokanes* siguen vistiendo a su modo, pero, para evitar una multa, en cuanto ven a un policía, se meten la camisa por dentro del pantalón y vuelven a sacársela en cuanto el peligro ha pasado. Sólo tratan entre ellos, hablan exclusivamente en ruso y hasta en las fábricas no aprenden más que unas pocas palabras de inglés.

Si mi estado de ánimo fuera diferente, podría recopilar las informaciones más variadas e interesantes sobre cualquier país y en cualquier ámbito, escuchar historias patéticas y cómicas. Pero mi cabeza no está para esas cosas y las conversaciones me fatigan mentalmente, de manera que trato de no escuchar hasta lo que es imposible no escuchar y, una vez escuchado, lo olvido enseguida: todo es expulsado de la conciencia. Únicamente presto atención a los relatos sobre animales y plantas, ya que podrían ser interesantes para los niños.

Aquí toda la naturaleza y todo el ambiente predisponen a un estado de ánimo más bien melancólico y triste, a un alejamiento de los intereses de la vida y a sentimientos ilusorios, a los que en general no soy muy proclive. En cualquier caso, cuando dispongo de algún momento relativamente libre de ocupaciones externas y puedo aislarme del ajetreo general, me sumerjo en los recuerdos, principalmente en las imágenes del pasado lejano, que se me representan claras y próximas, como si fuesen impresiones de hace unos días.

Si Vasia pasa a verte, haz el favor de entregarle las cartas para Kira y Natasha. Un beso para Liusia y Shura. Da recuerdos de mi parte a Andréi y a su familia, a Lilia y a sus descendientes. ¿Ha tenido biznietos? Te mando un fuerte beso, querida mamá. Pienso continuamente en ti. Tengo que terminar la carta, pues ya es muy tarde y mañana me esperan muchas clases y tareas. Son ya casi las cuatro de la madrugada. No te olvides de dar recuerdos de mi parte a la tía Sonia y a su hijo.

24-25 de diciembre de 1935. Solovki

Querida Natasha,

a pesar de que expresó usted su intención de escribirme de vez en cuando, no veo que haya cumplido su promesa. En este punto se equivoca usted al seguir el ejemplo de Vasia. Por usted podría enterarme de muchas cosas no sólo suyas, sino también de Vasia y de su vida. Y eso es importante por muchas razones, en particular porque aquí carezco de impresiones e intereses personales, pero con el pensamiento estoy siempre con vosotros, con mis hijos, y sufro terriblemente por haber quedado separado de vuestras vidas.

Estoy tan atareado que no tengo ocasión de concentrarme, recogerme en mí mismo y vivir en los estratos más profundos de mi alma, pero aún así esa agitación constante no ha llegado a expulsar de la conciencia los deseos más profundos. Me lleno el estómago, pero no me nutro. He quedado apartado del arte, carezco de las condiciones necesarias para ocuparme de un pensamiento filo-

sófico o científico profundo y me veo obligado a girar en torno a pensamientos y ocupaciones materiales que secan el alma por su superficialidad y cuya necesidad no está nada clara; es decir, son útiles y necesarios, pero convencionalmente, en circunstancias y momentos concretos.

Ahora nuestra isla está cubierta de nieve. El viento brama, a veces arrecia la tempestad, pero apenas hay hielo. El cielo siempre está encapotado y gris, y sólo en el horizonte se abre de vez en cuando una rendija por la que asoma un sol tísico (más que un sol, un remedo de sol), de manera que no sabe uno si acaba de amanecer, es mediodía o se acerca el ocaso. En realidad el sol se queda en el horizonte poquísimos tiempo y apenas se eleva, limitándose a desplazarse por él. La verdad es que a veces se aprecian hermosos colores en las nubes, que aquí son extremadamente variadas y muy delicadas. En cualquier caso, ni en invierno ni en verano es posible ver un sol de verdad, tal débil es y espectral.

Mis familiares me escriben que enferma usted a menudo. ¿Cómo es eso? Esperaba que al menos estuviera usted sana y fuerte. ¿Tiene intención Vasía de enviarme unas fotografías? Parece que no. Le mando un saludo. Escribame y cuídese.

Nº 44. 7 de enero de 1936. Solovki

Querida Annulía,

quería iniciar esta carta precisamente hoy⁶⁷. Ha sido triste empezar esta mañana sin vosotros; además, estoy algo desanimado, probablemente debido al cambio del tiempo. El invierno ha llegado de improviso. Ayer por la tarde el cielo se despejó, después de la tormenta que ha arreciado durante varias jornadas, y han surgido los hielos. Hoy, cuando salió el sol, había unos colores brillantes y muy bellos. A mediodía el sol (que, en cualquier caso, apenas se levantaba sobre la línea del horizonte) brillaba por primera vez en mucho tiempo y más tarde, en un cielo completamente despejado, resplandecía la luna llena. Nos habían dicho

que hoy habría un eclipse total de luna. Lo hemos esperado, pero parece que será mañana.

11 de enero

Los días son visiblemente más largos. No obstante, debido probablemente a la noche polar, todos sienten una gran somnolencia, especialmente hacia las dos o las tres. Es posible que también influya el estado de ánimo. Pero sea cual sea la causa, en ese periodo concreto del día se apodera de nosotros un sueño invencible; además, en general, todos estamos cansados y sin fuerzas. Por esa razón me resulta difícil escribir esta carta.

Hoy, después del trabajo, me quedé dormido en la habitación y vi en sueños a Alek. Iv. Aunque estaba soñando, era plenamente consciente de que ese hombre había abandonado este mundo hacía mucho tiempo; por eso me sorprendió tanto verlo entrar en la habitación (yo vivía en una casa muy extraña, en la que reinaban la confusión y el barullo). A.I. estaba delgado y muy pálido, pero su actitud era dulce y afable. Cuando le dije que estaba perplejo de que pudiera haber venido, me respondió que en realidad había muerto, pero que después, inesperadamente, se había recuperado.

Mi trabajo sigue la misma dirección de antes, pero se ha vuelto más complejo con la ampliación de los experimentos. Hemos pasado a ocuparnos de experimentos de alcance casi industrial y contamos con una producción diaria de dos o tres kilogramos de algina y dos de agar-agar. Una producción tan importante requiere trabajar con cantidades significativas de materias primas y grandes toneles de agua. Hay que hervir, filtrar, enfriar, deshelar, evaporar y secar las materias primas y el agua, y todo eso exige atención, aparatos (aunque sencillos), una enorme cantidad de vasijas diferentes, etc. El carácter experimental de esos procesos requiere innumerables pesadas, mediciones, anotaciones, cálculos, análisis. Cada una de esas operaciones por separado no entraña dificultades especiales, pero cuando hay que realizar muchas en poco tiempo y cuando se emplean grandes cantidades de material, la cuestión se complica.

Además de los experimentos, doy clases: tres clases de dos horas a la semana y una reunión del BRIZ (departamento de invenciones). Como ves, son casi las horas del titular de una cátedra, tanto más cuanto que tengo que seleccionar los ejemplos y los ejercicios, y preparar las charlas ante un auditorio más o menos cualificado. Por esa razón he dejado de escribir versos, aparte de que este ambiente no predispone en absoluto a la poesía.

Pero cuanto más numerosas son las tareas de la vida exterior, más pienso en vosotros y más insensible me vuelvo a las actividades externas. Lo que antaño me habría alegrado, ahora me deja indiferente. Hoy, por ejemplo, he conseguido obtener agar-agar claro (antes lo obtenía oscuro, con una forma de goma laca), pero he acogido ese éxito con desinterés.

Hace mucho que no recibo cartas vuestras. La navegación se ha interrumpido y la comunicación aérea aún no se ha organizado. Estamos separados del mundo y sepultados por la nieve. Por desgracia, ese aislamiento no aporta ninguna tranquilidad. También aquí tenemos nuestro pequeño mundo, con sus agitaciones e inquietudes, de cuya insignificancia eres plenamente consciente, pero de las que no puedes desentenderte.

Te mando un fuerte beso, querida Annulia. Cuidate y cuida de los niños. No pierdas la alegría y disfruta de la vida todo lo que puedas. Otro beso.

Querida Olen,

En la *Recopilación de artículos en honor del académico A. I. Sobolevski* (Leningrado, 1928), hay una colaboración de M. Alekséiev, «Sobre la historia de la palabra 'nihilismo'». Además del interés que la palabra «nihilismo» tiene en sí misma, su historia puede ser ilustrativa como ejemplo de cambio de sentido («semema»). Suele pensarse que la palabra «nihilismo» la inventó Turguéniev, y él mismo, por lo visto, se consideraba autor de la misma. Sin embargo, esa autoría sólo puede reconocerse hasta cierto punto. La palabra nihilismo se encuentra ya en san Agustín (siglo V). La teología medieval empleaba el término «nihilianismo» para designar la herejía

que negaba la realidad histórica de Cristo. El *Dictionnaire encyclopedique* de 1801 dice: «Nihiliate ou Rienniate: qui ne croit à rien, qui ne s'intéresse à rien» (Mersier). En la primera mitad del siglo XIX se le dio el nombre de nihilismo a la filosofía escéptica en Francia y al idealismo extremista en Alemania (Jakobi, 1799, J. Paul). V. Krus (1770-1841) llama nihilismo al idealismo extremo y lo opone al materialismo. Entre nosotros, en 1829, Nadezhdin⁶⁸, oponiéndose a Pushkin y a su pléyade, habla de nihilismo en el sentido de nulidad, de vacuidad de la vida y del arte, de insustancialidad. También Belinski (1836) comprende así esa palabra. Shevyrev⁶⁹ (años treinta) contrapone el nihilismo, en el sentido de idealismo, al materialismo. Biliarski (1848) lo entiende en el sentido de escepticismo histórico. Katkov⁷⁰ (1840), en el sentido de materialismo. Bervi⁷¹ (1858), en el sentido de escepticismo, como también Dobroliubov⁷² (1858). Turguéniev, a principios de los años sesenta, asignó a esa palabra el significado de materialismo mecanicista...

Te mando un fuerte beso, querida Olen.

10 de enero de 1936

Querida Tika,

ayer vi un eclipse de luna. Probablemente tú también lo contemplaste. Alguien me ha contado lo que hacen en Persia cuando se produce un eclipse: todo el mundo se pone a dar golpes con cacharros de cobre, de manera que en las calles se produce un enorme estrépito. Lo hacen para espantar al dragón que, según ellos, se ha tragado la luna. Asustado por el ruido, el dragón escupe la luna y el eclipse termina. Todas las madres que esperan niños deben quedarse en sus habitaciones y no salir a la calle durante el eclipse: de otro modo los niños nacerían con diversos colores.

Saluda de mi parte a la abuela y dile que cuide de su salud. Di a Katia, la amiga de Mik, que le he escrito, aunque no sé si ha recibido mi carta. Me gustaría oír cómo tocas ahora; entre nuestros zorros plateados corre el rumor de que lo haces mucho mejor que antes. ¿Va Ania a visitaros? Si la ves, dile que le mando un beso. ¿Te ha gustado el libro de Mark Twain *Príncipe y mendigo*?

Háblale a mamá de las plantas de California. Allí hay muchos geranios de diversos colores. Crecen al aire libre y alcanzan una altura mayor que la de un hombre; su tallo es grueso, de unos dos dedos, y casi siempre tienen flores; según dicen, son muy bellos. Es una planta resistente y no necesita apoyos. En las paredes de las casas se enroscan los rosales; esos rosales trepadores dan flores durante casi todo el año. Probablemente las rosas que teníamos en Tbilisi eran de esa clase, aunque no habían crecido con tanto vigor. Quizá Kira las recuerde.

¿Estás haciendo algún dibujo? Escríbeme qué dibujáis en la escuela. Hoy, trece de enero, ha aterrizado el primer aeroplano, de modo que en unos días espero recibir carta vuestra. Escríbeme también cómo son ahora tus mejillas. Te mando dos fuertes besos para ellas.

Ninguno de vosotros me ha escrito si habéis recibido las hierbas secas que os he enviado en varias de mis cartas. ¿Te ha gustado el musgo rosa? (Cuando está fresco, es rojo).

[Nº 46]

Querida Natasha,

haciendo un balance de todas las noticias posibles que pueden alegrar o entristecer, hace tiempo que he llegado a la desagradable conclusión de que no se puede esperar un equilibrio ni un resultado positivo de ese balance. Las posibilidades de recibir golpes, amarguras y sinsabores son infinitas; en cambio, son muy raras las noticias que proporcionan una auténtica alegría. Sin embargo, en ese balance no había tenido en cuenta una circunstancia. Anna Mijáilovna me ha informado de la inminente eventualidad de que voy a ser abuelo. Esa noticia me emociona y me alegra; es la única que me aporta algo nuevo: todas las demás, o me privan de lo que ya tengo o, en el mejor de los casos, me permiten conservar los bienes que me quedan. Le mando mi felicitación por ese acontecimiento y espero que sea usted lo bastante sensata para preservar nuestro futuro y su propia persona de

cualquier peligro o contingencia. ¡Pero, ay, un nuevo bien significa también nuevas preocupaciones e inquietudes!

Mi vida sigue su curso habitual, me agobian muchas ocupaciones y tareas, pero tengo la sensación de que los esfuerzos que hago no dan los resultados apetecidos. Por eso me siento cansado. La ausencia de estímulos enriquecedores y la imposibilidad de concentrarme en mí mismo me dejan un sentimiento de desolación y la impresión de volverme más estúpido cada día. Por lo demás, los objetivos de la vida pasan ahora a vosotros, a los hijos; yo personalmente no me encuentro en condiciones de cumplirlos, de modo que quizá sea mejor entontecerse del todo.

Cuidese. Un fuerte beso a Vasia y mis mejores deseos para usted.

Nº 47. Enero de 1936. Solovki

Querida Annulia,

ante mí tengo un paquete con vuestras cartas, recibidas casi al mismo tiempo: las NN 1, 2, 3, 4 y 5, una con letra de imprenta y otra de mamá. Voy a escribir al tiempo que las hojeo por orden. Me alegro de que hayáis pasado bien las vacaciones. A menudo pienso en la utilidad de mi ausencia, ya que, si hubiera estado con vosotros, involuntariamente os habría agitado la fiesta. Quiero lo mejor para vosotros y, como es bien sabido, «lo mejor es enemigo de lo bueno».

En cuanto a los paquetes, te repito por enésima vez que tengo de todo: me han entregado mudas y ropa, y cuando necesito alguna otra prenda puedo comprarla. Recibo tabaco y además tengo las reservas de cigarrillos que me enviasteis vosotros y S.A. Te pido encarecidamente que no me entristezcas mandándome más paquetes. Me dices que no respondo a los saludos de nuestros conocidos. Agradezco a todos que se acuerden y se preocupen de mí, me gustaría dedicar una palabra de consuelo a A.I., pero no voy a escribir a nadie, pues no lo considero oportuno. (...)

En lo que respecta a mamá, te equivocas al no visitarla, pues estoy convencido de que esa circunstancia la apena, aunque, según su costumbre, no dice nada. Sobre la frialdad de mi carta a Natasha, ¿qué puedo decir? El caso es que siempre escribo así, pues estoy acostumbrado a no expresar todo lo que siento, lo reconozco; además, como bien sabes, a Natasha no la he visto ni la conozco. Le he enviado una segunda carta, pero probablemente tampoco te satisfará. A Katia, la amiga de Mik, también le he escrito, pero seguramente mi carta no le ha llegado. (...)

Trata de acostumbrar a nuestros hijos a examinar las obras musicales, el estilo, la manera de tocar, a captar la peculiaridad de la interpretación, sus aspectos positivos y negativos. Como ya te he escrito, no me preocupa que sus juicios a veces sean erróneos. Lo importante es desarrollar en ellos la vivacidad del pensamiento y la percepción. Además, esas discusiones acrecentarán el interés e incluso la diversión, y ese terreno común les permitirá aproximarse unos a otros.

En cuanto al hecho de que hayas entregado mis cosas a Vasia, no cabe duda de que has actuado correctamente. Las reuní para mis hijos, así que pueden utilizarlas; tal vez esos objetos refuercen sus vínculos con la casa y la familia. Lo único que te pido es que trates de dar sin excluir a ninguno, porque los quiero a todos por igual, en todos pienso con el mismo afecto y en todos tengo confianza; mis sentimientos no cambiarían aunque, durante algún tiempo, alguno defraudara mis esperanzas, pues sería algo temporal. La casa es un nido. Está bien que el nido sirva a muchas generaciones; esa circunstancia facilita la vida. Me parece que los ritmos de la vida no permiten contar con un largo funcionamiento de los nidos; es triste, pero no se debe hacer de esa fugacidad del objeto un tormento para uno mismo y para los demás, aunque hay que tratar de economizar prudentemente las fuerzas para construir ese nido, cuando es posible. (...)

Querida Olen,

en una de tus cartas has expresado, si no la intención, al menos una sombra de intención de abandonar la música, basando esa decisión en la falta de frutos de tus estudios. No sé las veces que te he dicho que te equivocas al plantear la cuestión de ese modo. ¿Qué es lo que quieres? ¿En qué frutos estás pensando? ¿Convertirte en una pianista famosa? Yo nunca he contado con eso y no lo querría para ti. El escenario es una fuente de tormentos, que exige grandes sacrificios, que da poco a la persona interior, que separa de la música y traslada el interés de ésta al amor propio y la adulación del público. No cambies la admiración pura y desinteresada de la belleza por la búsqueda afanosa de la fama, que no proporciona más que dolor. No apuntes demasiado alto. En los *Recuerdos* de Zhíjarev⁷³ se cita el notable precepto que le ofreció al autor el viejo Merzliakov⁷⁴: «La pasión por las grandes obras literarias es una característica indudable de un talento pequeño, de la misma manera que la pasión por las empresas irreflexivas y colosales es una característica evidente de un alma pequeña: una y otra demuestran un conocimiento confuso de los propios fines y el error del amor propio» (pág. 334).

Me preguntas por Shakespeare y por los futuristas. De los últimos ya te he escrito, aunque quizá lo hayas olvidado. De Shakespeare empiezo a hablarte ahora y continuaré la exposición en la próxima carta. Pero ¿qué se puede decir de Shakespeare en unas pocas líneas? Shakespeare es un océano que tan pronto se enfurece como queda en calma, que adquiere todos los colores posibles y que esconde en sí mismo todos los seres imaginables. Es la plenitud de los sentimientos humanos, de los caracteres, de las situaciones. Shakespeare está próximo a Beethoven y, gracias a su fuerza, abarca todo el mundo de las posibilidades humanas, todos los matices del sentimiento. Pero sobre ese océano furioso no aletea ese rayo de luz que se aprecia con tanta claridad en la tragedia antigua. Hay en Shakespeare mucha magnanimidad, pero falta la santidad, en cuanto fuerza de una cualidad nueva, capaz de transformar todo de una manera activa. Presta atención: hay volun-

tad sin medida, voluntad en abundancia, pero a pesar de ello esa voluntad acepta la vida de forma pasiva, como algo que viene de fuera, y no se plantea el objetivo de transformarla y aclararla. En ese sentido, Shakespeare expresa la esencia misma de la nueva cultura renacentista, el extravío del hombre en el mundo, la eliminación del hombre como principio de nuevas sucesiones de causalidad. El hombre no creador, el hombre que contempla el mundo a través del ojo de la cerradura, el hombre que no encuentra espacio en la concepción del mundo inventada por él. Ese hombre no tiene otras raíces que las primordiales y por tanto está a merced de los elementos, en todos los sentidos: en la moral, en la vida personal, en la familia, en el Estado, en la sociedad, en la economía e incluso en el conocimiento y en el arte (naturalismo). En gran medida, lo mismo vale también para Beethoven.

Te mando un fuerte beso, querida Olia. Saluda de mi parte a la abuela y a An. Fed. Dale un beso a mamá y come sin falta todo lo necesario.

Querido Vasia,

creo haberte escrito que debes ocuparte necesariamente de consolidar tus observaciones y escribirlas. Es algo indispensable tanto para tu desarrollo y la adquisición de un hábito literario como por razones prácticas, ya que nadie puede saber si has aprendido algo hasta que no manifiestas por escrito esos conocimientos. Estoy convencido de que tienes material suficiente para varios artículos; debes ponerte manos a la obra y centrarte en algunos argumentos de escasa relevancia; los de más envergadura y calado vendrán en su momento. El material necesita de un cierto marco: encontrarás algo entre mis materiales; coge todo lo que puedas para que no se pierda inútilmente.

Al fijar por escrito tus ideas tendrás ocasión de ponerlas a prueba, de expresar con detalle tu pensamiento, que de otro modo carecería de precisión; además, te liberarás de un peso que te impide avanzar. A mí me ha obstaculizado mucho tener innumerables obras concebidas y casi terminadas que nunca he dado

a la imprenta; esas obras, al permanecer en un cajón durante decenas de años, obligan a pensar en ellas, distraen la atención, crean un sentimiento de culpa cuando quieres ocuparte de alguna otra cuestión y frenan el desarrollo sucesivo del pensamiento. Hay que convencerse desde un principio de que lo que se publica hoy mañana parecerá incompleto, inacabado, insuficientemente profundo. Pero de todos modos es indispensable liberarse de ese material hoy, para que mañana sea mañana, sin restricciones ni estorbos.

Qué duro es pensar, sobre todo ahora, cuánto trabajo, cuántas ideas y cuántos datos útiles se han perdido sin que nadie, excepto yo, pueda estructurarlos y conferirles ese nexo que tenían en mi cabeza y que no estaba fijado en ninguna parte. No repitas esos errores, cuya nocividad nos da a conocer la experiencia y que, por diversas circunstancias, en su momento es prácticamente imposible evitar, al menos en gran medida. La expresión de conjunto, a la que siempre he tendido, es naturalmente más perfecta que la fragmentaria; pero nuestra época no permite la maduración de obras globales; en consecuencia, es mejor escribir obras fragmentarias que no escribir ninguna.

Te mando un fuerte beso. Saluda a Natasha de mi parte.

Nº 49. 21 de febrero de 1936. Solovki

Querida mamá,

te escribo desde mi nuevo alojamiento. Ayer me trasladaron a la fábrica. En la segunda planta hay un laboratorio y una habitación que ocupamos cinco personas. Conmigo han trasladado a uno de mis conocidos, con el que trabajaba en el Biosad.

Ahora paso la mayor parte del tiempo en el laboratorio, lo que es mucho más cómodo para trabajar. En el laboratorio la calefacción es de vapor, de modo que el ambiente es muy templado, por no decir caluroso. Las dependencias del laboratorio ocupan casi por entero la cuarta parte de un gran edificio. El laboratorio en el que mis ayudantes y yo trabajamos forma parte de una gran

sala y está separado por un tabique de madera. Al otro lado del tabique se encuentran los instrumentos con los que hacemos experimentos tecnológicos a gran escala.

Mis ayudantes son un joven químico de nacionalidad *udmurt (votiak)*, un joven profesor y tres trabajadores, uno de los cuales es ucraniano, el otro ruso y el tercero *komi (zirianin)*. Aquí, en general, están representadas todas las nacionalidades; por ello, a modo de broma, a veces digo que me da pena que no haya negros. Trabajamos juntos en buena armonía y juntos nos preocupamos cuando no logramos producir a tiempo la cantidad necesaria de muestras de material o cuando no recibimos los datos para el proyecto de la fábrica.

No obstante, en las condiciones actuales no podemos ni pensar en trabajar como en el Biosad. En realidad, el trabajo de la fábrica se desarrolla sin ninguna interrupción y su producción no se para ni los días festivos ni de noche. Además, la fábrica se encuentra «en el centro», es decir, cerca de la Fortaleza, y esa circunstancia impide que tengamos el silencio y la tranquilidad de los que disfrutábamos en el laboratorio del Biosad, distrae el pensamiento y hace que se pierda mucho tiempo. Por lo demás, cada vez me resulta más difícil soportar la compañía de la gente, cada vez me apetece más estar a solas para concentrarme. No tengo queja de nadie: todos son más o menos buenos, al menos ninguno es malo, y las debilidades y el nerviosismo son un hecho natural. Pero, en conjunto, ejercen sobre mí un efecto opresivo. Lo mismo pasa con la multitud: por separado ninguno te molesta, pero todos juntos no te dejan mover ni respirar. Así sucede también en la sociedad: las estrecheces y la presión psíquica no provienen de la mala voluntad, sino de la cantidad.

Por otro lado, mis condiciones son bastante mejores que las de muchos otros y por tanto debo mostrarme agradecido y contento, sobre todo por la aurora boreal, que en los últimos tiempos, quizá gracias a las jornadas serenas y los cielos despejados, he contemplado varias veces, con absoluta nitidez. Cuando era joven soñaba con ver la aurora boreal. Ahora ese sueño se ha cum-

plido, aunque, como suele suceder, con gran retraso. En cualquier caso, esta misteriosa luminiscencia del cielo, esas formas diferentes que casi nunca se repiten y sus rápidos movimientos por la bóveda celeste me llenan de alegría, aunque por desgracia no de la misma forma que lo habrían hecho hace cuarenta años.

Aquí estoy siguiendo una especie de curso de geografía. A las diversas personas con las que me encuentro las oigo hablar de la naturaleza y, sobre todo, de las costumbres de distintos pueblos, de todas las latitudes y todas las longitudes, con la única excepción de África Central. Es evidente que ninguna lectura podría proporcionarme detalles tan vivos y concretos sobre la geografía como los que aprendo o, más bien, como los que podría aprender aquí de personas que han vivido en distintos países, tanto exóticos como no exóticos. Por desgracia, no tengo ninguna posibilidad de recordar esos relatos e historias, y carezco de tiempo y de ganas para escucharlas como mero pasatiempo.

¡La antología que podría escribirse aquí superaría con mucho a cualquier libro del tipo de *Alrededor del mundo*! Es una pena que no sea novelista ni tenga intención de escribir memorias ni relatos, pues dispondría de un material mucho más rico del que podría encontrar en ninguna otra parte. ¡Qué documentos humanos, qué aventuras, qué variedad de tipos! Si un escritor de talento dispusiera de las posibilidades que se me ofrecen a mí, crearía enormes lienzos en los que representaría el mundo entero. Pero mi oficio es otro, de modo que ni siquiera aprovecho la posibilidad de escuchar relatos interesantes, pero inútiles para mí, ya que mis pensamientos se centran en la vida de la naturaleza y su fuerza; y en este lugar es imposible sentir ambas cosas.

Lo mismo que las personas reunidas aquí son casuales, también la naturaleza local es casual, con especies alpinas importadas, con una flora y una fauna que han cambiado de forma artificial en el transcurso de siglos, con un clima que contradice la latitud del enclave. Además, apenas tengo ocasión de ver esa naturaleza, pues me paso el día entero encerrado entre cuatro paredes (o más de cuatro) y sólo un trayecto de un kilómetro me sepa-

ra de la Fortaleza (adonde voy a desayunar y a comer), el mismo que cubría antes para ir de la Fortaleza al laboratorio.

Por otro lado, es probable que mi atención, dirigida a otras cuestiones, no aprecie los aspectos interesantes de la naturaleza local ni quiera distraerse con otros temas; es posible que incluso aquí, si estuviera libre de los pensamientos que me ocupan ahora, encontrara objetos dignos de estudio. Pero la costumbre de no limitarme a contemplar la naturaleza, sino de penetrar la esencia y el origen de los fenómenos, hace que una serie de objetos me parezcan basura. Así sucede cuando reparo en su carácter no originario, en la artificiosidad y casualidad de su forma. Tal es el caso de las Solovki, a las que considero una especie de basura geológica e histórica. Soy consciente de que, ciertamente, también la basura puede convertirse en objeto de estudio, pero ¿acaso no hay en el mundo fenómenos que sean más dignos de atención?

Estoy bien. En el comedor a veces nos dan abadejo o bacalao, algo que siempre me alegra. A veces preparan carne, en cantidad insuficiente para satisfacer a quienes les gusta, pero bastante para desagradarme a mí. La aparto del plato y se la doy a alguno de mis conocidos, mientras yo me como lo demás con repugnancia. En cuanto a las verduras, nos dan patatas, aunque en poca cantidad y no muy a menudo, y algunas veces col. La mayoría de los días tenemos pasta y gachas, sobre todo de alforfón. Por extraño que parezca, aquí hay muy poco pescado; además, este año la pesca ha sido especialmente escasa. Probablemente su práctica durante siglos ha terminado por agotar los caladeros. En aguas frías los peces se reproducen muy lentamente y en los innumerables lagos locales ese proceso es aún más difícil, lo que se explica por la composición del agua y el clima. En cualquier caso, suelo quedarme satisfecho y todavía dispongo de varias de las provisiones que me enviasteis desde casa, a pesar de que no las guardo para mí, sino que las comparto con los demás.

Saluda a Liusia, a la tía y a Shura. Te mando un fuerte beso, querida mamá. Espero que estés bien y goces de buena salud.

Querido Vasiushka,

acabo de llegar del exterior de la Fortaleza; había ido al laboratorio, pero sobre todo a contemplar la aurora boreal. Se ha iniciado aproximadamente a las nueve. Estaba en la biblioteca cuando me han comunicado que estaba empezando. La verdad es que valía la pena verla. Imagínate una serie de cortinas casi paralelas que descienden por el cielo, vueltas en el sentido de la latitud, y que ocupan casi todo el hemisferio septentrional. Esas cortinas parecen de un tejido finísimo, algo así como un gas. Desaparecen hacia lo alto y se espesan y se compactan hacia el extremo inferior, que está perfectamente delimitado y parece hinchado, como si el tejido se hubiese plegado (y cortado) para conformar una gran orla. La tela de las cortinas tiene amplios pliegues que forman líneas curvas hacia el borde y ondean, de manera que los pliegues se desplazan por la cortina, y éstas tan pronto se disponen en paralelo hacia el norte, replegándose, como avanzan hacia el sur. De vez en cuando se vuelven más pálidas y adquieren el aspecto de nubes luminosas e indistintas; a veces, en cambio, el resplandor se hace más intenso y despiden, como hoy, una brillante luz verde. La luz se intensifica cada cinco o seis minutos. Luego las cortinas se oscurecen, pero en el norte se ilumina el horizonte y del resplandor indistinto surgen rayos de luz netamente perfilados, como los de un proyector, pero no del todo rectos y sólo aproximadamente paralelos. Junto a un rayo surgido de ese resplandor indistinto aparece otro, que se vuelve cada vez más luminoso; luego la claridad de ambos disminuye, pero a una cierta distancia surge un tercero, etc. La longitud de los rayos es de unos 45°, su dirección es la del meridiano, el color verde azulado, pero no demasiado intenso. Después de esos rayos (o «columnas») la aurora boreal se vuelve más débil y sólo queda en el cielo una claridad general e indistinta.

Querida Annulia,

hoy he recibido tu carta Nº 9 del 23 de febrero de 1936, la postal de A.I. y el texto impreso (el folleto de Vernadski) de Mik. Me preguntas por mi carta Nº 46. Es una carta dirigida a mamá, como las NN. 37, 42 y 49.

Te equivocas al pensar que tus cartas me irritan, al contrario; lo que me atormenta es pensar en las dificultades que soportas y en tu falta de alegría; por eso trato de sugerirte que aproveches mejor el tiempo. La obra de mi vida se ha destruido; jamás podré ni querré reanudar el trabajo de cincuenta años. Me faltarán las fuerzas, ya que no he trabajado para mí mismo ni en mi propio interés, y si la humanidad, por la cual nunca he dispuesto de vida privada, ha considerado posible destruir completamente lo que había sido hecho en su propio beneficio y que sólo necesitaba los últimos retoques, peor para ella. Que prueben a rehacer lo que ellos mismos han destruido. Aunque de manera irregular, de vez en cuando me llega algún libro y me doy cuenta de que otros tratan de resolver algunas cuestiones de las que yo y sólo yo me he ocupado, pero lo hacen a ciegas, a tientas. Naturalmente, poco a poco y de manera parcial lo que yo he hecho lo harán otros, pero requerirá tiempo, energías, dinero y una ocasión propicia. En consecuencia, al destruir lo que ya estaba hecho en el campo de la ciencia y la filosofía, la gente se ha castigado a sí misma. Por tanto, ¿por qué iba a preocuparme por mí mismo?

Pienso en vosotros. Naturalmente, sigo trabajando, pero sobre otras cuestiones, de importancia secundaria e incluso terciaria: ni las condiciones laborales y vitales, ni la edad ni, por último, mi estado espiritual me permitirían ocuparme de cuestiones de importancia primaria. Conozco bastante bien la historia y el desarrollo histórico del pensamiento para poder prever que un día se pondrán a buscar los fragmentos de lo que han destruido. Sin embargo, esa circunstancia no me proporciona ninguna alegría; al contrario, me fastidia esa odiosa estupidez humana que se pro-

longa desde los inicios de la historia y que parece dispuesta a durar hasta su fin. Pero basta de hablar de mí, pues no es un tema nada interesante.

A mí tampoco me gusta el retrato que le he enviado a Kira. Pero no tenía nada mejor; además, supuse que ayudaría a Kira a recordar sus años escolares. No obstante, nada impide colocar ese retrato en algún lugar del comedor.

Me alegro de que te intereses por el sentido y la procedencia de los nombres geográficos: por ellos se puede averiguar el pasado del lugar; además, en no pocas ocasiones, el análisis del nombre permite extraer conclusiones históricas y geográficas muy importantes. En particular, el historiador francés Berard escribió una obra en dos tomos, *Los fenicios y las fuentes de la Odisea*. Analizando distintos nombres de localidades mediterráneas, Berard identifica esos lugares con los descritos en la *Odisea*, demuestra la sorprendente precisión de las descripciones de Homero, su realidad, compone un mapa preciso de los vagabundeos narrados en la *Odisea* e ilustra sus numerosos cuadros de lugares. Lo que parecía una invención se ha transformado en un hecho tangible.

Querida Olia,

ayer cayó en mis manos el libro de Bertolds Firdusi⁷⁵ y su obra, Leningrado-Moscú, 1935, Ediciones de la Academia de Ciencias. A pesar de algún disparate en materia de gustos, en general el libro está bien escrito. Retrata a Firdusi y su obra en el contexto de la historia persa; en ese sentido, el autor domina con soltura la materia. Te sería útil leer ese librito (no es muy extenso, 71 páginas), no sólo porque trata de un gran poeta épico, sino también porque se ocupa de la historia antigua y de la historia de la literatura, en cuanto ofrece una caracterización comparativa de Firdusi y Homero.

Hace poco he leído las *Memorias* del pintor acuarelista Sokolov y las he utilizado para reconstruir el árbol genealógico de la estirpe de los Sokolov, con sus innumerables representantes en el ámbito de las artes representativas, como los Briúllov, los Bruni, etc. Se trata de uno de los numerosos ejemplos de la GENÉTICA

(el estudio de la herencia) y del significado histórico de las características que pueden transmitirse biológicamente, pensamiento que me ocupa desde hace diez años, aunque nunca he tenido ocasión de estudiarlo de manera específica. Estoy firmemente persuadido de que, si las personas prestaran mayor atención a las características de la estirpe en su conjunto y tuviesen en cuenta la herencia (que a una edad determinada puede no manifestarse con claridad, pero que en el futuro dejará su huella), podrían evitarse muchas complicaciones de la vida y muchas circunstancias difíciles. Pero la gente, sobre todo en la juventud, piensa presuntuosamente que es posible escapar a las leyes de la naturaleza y que en cualquier momento se puede hacer lo que se quiere, a menudo por capricho o antojo, en lugar de aquello que se desprende de la naturaleza misma de las cosas, de los elementos de la herencia —en un momento dado— y de los GENES, que están materialmente presentes en nuestro cuerpo y no pueden separarse de él. Más adelante, esas personas tendrán que pagar un precio muy alto por su negativa a reflexionar, estudiar y penetrar esas cuestiones, como también por sus caprichos, y desgraciadamente pagarán no sólo con su vida y su destino, sino también con los de sus hijos.

La tragedia antigua está construida por entero según ese principio, ya que el fundamento de la trama trágica no reside en la transgresión de un hombre determinado, sino en su «culpa trágica», es decir, en la culpa que se contiene en su propio ser y no se debe a la mala voluntad, sino a un nacimiento equivocado, a una incorrecta combinación de los genes. De otro modo no surgiría la tragedia: si un hombre ha pecado y recibe justo castigo por ese pecado, se puede sentir compasión por él, pero no puede dejar de experimentarse cierta satisfacción moral ante el hecho de que el pecado no pase desapercibido ni quede impune. En cambio, lo trágico en cuanto tal surge cuando se percibe una falta de correspondencia entre el castigo y la transgresión o el acto; además, el hombre no puede responder de su acto, ya que lo ha cometido empujado por sus características hereditarias y, por tanto, está pagando la culpa fatal de sus antepasados.

La tragedia griega es la parte más instructiva, más profunda y más perfecta de la literatura universal. Siempre ha suscitado en mí un sentimiento de perfección absoluta. No hay ni puede haber nada más bello: se ha alcanzado el ideal. Por eso, después de los griegos, no ha habido tragedia en el sentido estricto del término: la tarea ha sido llevada a término, ha encontrado su realización plena; es evidente que no hay razón para seguir ensayándola.

Hace unos días, hurgando en la basura de *Treinta Días* (es un periódico) –creo que era el N° 2 de 1936–, encontré una perla, editada en caracteres pequeños: un poema inédito hasta la fecha (dos páginas) de Velemir Jlébnikov, y además sobre los orochi⁷⁶, es decir, que hace referencia al tema de los orochi. Se trata de un escritor en quien, desde hace muchos años, me ha parecido sentir un alma gemela, pero al que no he podido acceder: a pesar de los muchos esfuerzos que he hecho, nunca he conseguido sus *Obras Completas*, editadas póstumamente; sólo conozco algunos fragmentos que me han llegado al azar. Me parece percibir una proximidad entre él y otro escritor al que siento muy cercano, Novalis. Pero sólo se trata de un presentimiento, que tal se desvanecería si tuviera delante de los ojos los escritos encantados de Jlébnikov.

Por alguna razón, siempre ha pasado lo mismo en mi vida: todos los temas, libros e investigaciones que más me han interesado han huido de mí, desplazados por ocupaciones extrañas que estaba obligado a afrontar por imperativos del momento presente. En consecuencia, siempre he tenido que dejar para el futuro las cuestiones más profundas y por las que sentía un interés más sincero.

Te mando un fuerte beso, querida Olia. Te deseo salud y felicidad.

N° 53. 24 de marzo de 1936. Solovki

Querida mamá,

de nuevo hace ya mucho tiempo que no recibo noticias tuyas ni sobre ti. ¿Te encuentras bien? ¿Cómo va todo? ¿Recibes cartas

de Lilia y Andréi? Yo no sé nada de la vida de sus hijos. Si tienes ocasión de escribirme, cuéntame algo de la generación más joven.

Mi vida es tan monótona que apenas tengo novedades que comunicarte, al menos en lo que respecta a los acontecimientos y vicisitudes. Me parece que no tengo nada nuevo que decir. Lo mismo que antes, vivo junto al laboratorio de la fábrica o, más exactamente, en el laboratorio de la fábrica, ya que paso allí la mayor parte de la jornada y duermo en una habitación que se encuentra detrás de la pared del laboratorio. Tengo tanto trabajo que apenas puedo realizar una parte de las tareas que me propongo cada día. Además, la falta de literatura científica, de suministros y de hombres complica mucho la marcha del trabajo y hace que el coeficiente de rendimiento sea muy bajo.

¿Recuerdas *La isla misteriosa* de Julio Verne? Pues esas son las condiciones en las que tengo que trabajar, es decir, empezando todo desde el principio. Supongamos que necesito sulfato de hierro, en sustitución de algunos productos de los que aquí carezco. Pero tampoco hay sulfato de hierro, de manera que tengo que prepararlo yo mismo con virutas de hierro. Si se tratase de gramos, no pasaría nada. Pero cuando hay que producir de diez a veinte kilogramos, es decir, iniciar una producción, aunque pequeña, la cosa se complica: faltan los recipientes, no hay espacio para manejar los preparados malolientes. Y lo mismo pasa con todo: tan pronto falta una caja como un tarro, una palangana, una sartén, etc. Es necesario hacer el vacío, pero no hay bomba. Hay que pensar en construir una bomba. Pero para fabricar una bomba de mercurio (del que también carecemos) se necesita el llamado prevacío, es decir, una bomba de vaciamiento preliminar. Como no disponemos de ninguna, tenemos que inventarla. Sería necesario un eyector de vapor. Pero no hay vapor a presión suficiente y faltan los libros necesarios para construir un eyector. De nuevo hay que buscar una salida. Para avanzar un paso, en cada nueva operación hay que repetir todos los pasos dados por la técnica e inventar una solución. Y para eso se necesitan tiempo y fuerzas.

Ciertamente, es muy natural que el remoto archipiélago de las Solovki, que permanece incomunicado durante ocho meses al año y que además no está destinado al trabajo técnico y científico, no disponga de todo lo necesario para el trabajo; ni siquiera en Moscú se tiene la seguridad de conseguir preparados todos los productos que se necesitan. Más bien al contrario, se sorprende uno cuando encuentra alguna cosa y cuando consigue superar los obstáculos sin demasiados esfuerzos. En ese sentido es de gran importancia la escasa población de la isla, razón por la cual todos más o menos se conocen; gracias a ese conocimiento (aquí a eso se le llama, en el lenguaje de los ladrones, «enchufe») es posible llegar a saber qué se puede conseguir y dónde, y qué cosa podría usarse como sustituto de lo que se necesita. También es muy importante la actitud informal de la dirección del campo con respecto al trabajo, algo que posibilita y facilita la exigüidad de la población. Se percibe que hay un jefe que puede ordenar y ordena las cosas esenciales, cuando es verdaderamente imprescindible. En ese sentido, la vida segregada de la isla ofrece más ventajas que la del continente, donde es inevitable una menor concentración de toda la actividad y en consecuencia una menor concreción y profundización en sus detalles.

Cuando era niño soñaba con vivir en una isla. En verdad, me imaginaba esa isla como una de las Seychelles, es decir, con cocoteros y otras plantas tropicales. Me parecía que vivir en una isla sería muy cómodo e interesante, sobre todo por la pleamar y la bajamar, la revelación del fondo marino y la falta de vínculos con el mundo exterior. La isla mayor de las Solovki es demasiado grande para percibirla claramente como una isla. Parece que ni siquiera hay un punto desde el que se pueda vislumbrar toda la línea del litoral. Pero, en cualquier caso, es una isla, como se desprende, en parte, de la ausencia de grandes depredadores, como por ejemplo lobos. Se dice que algunos años los zorros llegan aquí en busca de presas desplazándose sobre bloques de hielo. Si eso fuese verdad, se trataría de una excepción.

¿Estás contenta con Natasha? Yo no logro imaginármela, pues la he visto de pasada y hace muchos años. Anna me escribe que

Vasiushka está contento y satisfecho. Pero me preocupa no poder ayudarlos a ninguno de vosotros, ni a ti, ni a Anna, ni a los niños, y que estéis abandonados a vuestra propia suerte. No puedo librarme de ese pensamiento, ni siquiera en los momentos de trabajo más intenso; en vano trato de convencerme de que no vale la pena pensar en lo que no se puede cambiar.

Te mando un fuerte beso, querida mamá. Son ya más de las cinco y mi cabeza y mi mano se niegan a seguir. Otro beso para ti y para Liusia. Saluda a Shura de mi parte.

Querida Natasha,

he recibido su carta. Espero que se cuide, tanto por sí misma como por la criatura. Como ya le he escrito, me alegro de todo corazón de la existencia del niño, por el que siento un enorme cariño. Lo único que lamento es no poder verlo con mis propios ojos. Pero usted le dirá más adelante que su abuelo le quería, aun antes de que hubiese visto la luz del sol.

Sería muy triste que tuviera que interrumpir usted su actividad musical por mucho tiempo. Es una pena que no tenga un instrumento en casa, tanto para ejercitarse como para deleitarse.

Entre mis papeles había una genealogía de su familia que había compuesto basándome en diversos relatos. Pida a alguno de los nuestros que le haga una copia. Considero que conocer el pasado de la propia estirpe es un deber para cualquiera; además, resulta de una gran utilidad para el conocimiento de uno mismo y para corregir y evitar posibles errores en la vida, ya que permite tener en cuenta las inclinaciones propias, así como las capacidades y debilidades congénitas. Deseo fervientemente que también sus hijos dispongan de ese material para el conocimiento de sí mismos; naturalmente en un futuro, por ahora bastante lejano. Hágame saber para cuándo se espera el nacimiento del pequeño.

Las Solovki, por una suerte de antipatía innata que se ha manifestado en mí desde la infancia, me resultan profundamente extrañas, a pesar de que no sería difícil encontrar aspectos atractivos. En particular, sé muy bien que en muchos sentidos se está

mejor aquí que en muchos otros lugares, pero de todos modos mi conciencia rechaza estas islas. Por ejemplo, hasta la fecha no he visitado la catedral; me da vergüenza reconocerlo, pero no tengo ganas, a pesar de mi pasión por el arte antiguo. El monasterio es muy pintoresco, pero no me proporciona ninguna alegría. La única cosa que aún contemplo es el ocaso, cuyas tonalidades son extraordinariamente variadas y delicadas, un verdadero tesoro para un buen colorista. También admiro la aurora boreal; es un espectáculo hermoso e instructivo. Hace años creía que contemplar la aurora boreal constituía la coronación de los deseos humanos; no obstante, cuando esa ambición se ha cumplido, ese ardiente interés ya se había apagado. Así sucede siempre en la vida: los deseos se cumplen, pero demasiado tarde y en forma apenas reconocible.

Le deseo todo lo mejor. Cuídese y conserve la salud.

Nº 54. 23 de marzo de 1936. Solovki

Querida Annulia (...)

24 de marzo

Acabo de abrir el pañuelo con hayucos que me habéis enviado. Cuando era niño, los hayucos me interesaban mucho por su carácter triangular. La forma triangular, como cualquier simetría basada en tres ejes –la sección del pepino, las plantas monocotiledóneas–, creaba en mí, a diferencia de lo cuadrado o redondo, un sentimiento de misterio. Un misterio tan fascinante como pavoroso. Sentía un acusado temor por los hayucos y, aunque bajo las hayas el suelo estaba lleno de ellos, nunca me atreví a abrir uno con los dientes. En aquella época no se decía que fueran comestibles y ciertamente en el Cáucaso nadie los recogía ni los comía. Sólo más tarde me enteré de que los hayucos son comestibles, pero al mismo tiempo comprendí que el temor que sentía por ellos había resultado útil: los hayucos viejos contienen un elemento venenoso que se descompone cuando se asan, de modo que efectivamente no hay que comerlos debajo del árbol.

En relación con lo anterior, me gustaría deciros a los niños y a ti que todas las ideas científicas que estimo me han sido reveladas por el sentimiento del misterio. Todo lo que no inspira ese sentimiento no penetra en el ámbito de mis reflexiones, mientras aquello que lo inspira vive en mi pensamiento y antes o después se convierte en objeto de investigación científica. Por eso te he escrito varias veces que no debes preocuparte por los niños y que tengo confianza en ellos, pues también en su interior debe habitar el instinto del pensamiento científico, que se basa en ese sentimiento de misterio y es alimentado por él; un sentimiento que no tiene una razón aparente, pero que nunca engaña.

En cualquier ámbito de la realidad se destacan algunos puntos concretos, que actúan como centros de cristalización del pensamiento. Pero no se puede expresar con palabras en qué sentido esos puntos se diferencian de los otros, y si una persona carece de intuición, aunque sea inteligente, cultivada y capaz, no advierte que esos puntos concretos permiten acceder al mundo subterráneo del ser. Goethe, Faraday y Pasteur los conocían. Por lo visto, la mayoría de la gente es demasiado inteligente para abandonarse a ese sentimiento inmediato y percibir esos puntos concretos del mundo, y por tanto sus ideas no dan fruto. Eso no significa que la gente no sea capaz de hacer nada; no, la gente hace y seguirá haciendo cosas, pero en su actividad no se percibe ese estremecimiento particular que señala la llegada de un principio nuevo y creativo...

Los hayucos me han hecho desviarme del tema y han ocupado todo el espacio de la carta. Te mando un fuerte beso, pienso continuamente en ti. Como ves, hasta he encontrado papel rosa.

Ayer recibí tu carta N° 10, y antes la N° 8; la N° 9 no la he recibido.

N° 56. 8-9 de abril de 1936. Solovki

Querida Olen,

me parece que te has olvidado completamente de tu padre. ¿O te duele tanto la cabeza que no puedes escribir? Quizá te escri-

bo sobre cuestiones que no te interesan. En cualquier caso, vuelvo de nuevo a la literatura; estos comentarios te serán útiles, si no ahora, en el futuro. Estoy releendo un tomito con las *Poesías* de Goethe y he terminado la segunda parte de *La fuerte Siberia* (la primera no la he encontrado) de Shishkin. En la página veintiuno del estudio introductorio de Gabrichevski a las *Poesías* he leído una afortunada definición del «arte clásico verdaderamente original»: «es ese arte en el que se consigue una síntesis armoniosa entre la dinámica creadora y la construcción objetiva de la obra». Esa exigencia de clasicismo la aplico a la literatura en general y a la rusa en particular. Esta última me causa una impresión penosa, excepto el siglo de oro de Pushkin y algunos otros autores (como por ejemplo, K. Leóntiev⁷⁷). Tal es el caso de Shishkin. ¡Qué nebulosidad, qué caos, qué falta de claridad en la percepción del mundo! Se trata de una materia espiritual bruta, impresiones mal digeridas, una confusión interior no objetiva y además un fango viscoso y repugnante, una especie de vómito. Y no porque Shishkin vitupere realidades desagradables. Al contrario, no condena nada, más bien alaba muchas cosas. Su visión del mundo es una calumnia contra la realidad, como si toda la gente, todo el país, no fuese otra cosa que un cenagal viscoso, un barrizal continuo sin ningún punto de apoyo, una podredumbre sin final. La literatura contemporánea lo representa todo de esa manera, ya se trate de una granja colectiva o de una ciudad, de la realidad posrevolucionaria o prerrevolucionaria. Es como si lo cogiesen a uno por las piernas y lo metiesen en un basurero, donde todo está mezclado. Ciertamente que a veces se tiene esa impresión; pero en conjunto el país no es así: crece, aprende, se equivoca y se corrige, tiende a la creación. Naturalmente, cualquier cuadro se puede contemplar con lupa y no ver más que manchas sucias. Pero si basándose en esa contemplación con lupa se formulase una definición de conjunto, todos tomarían por loco al que juzga de ese modo. No obstante, eso es precisamente lo que hace la literatura rusa: en ella no hay razón, una concepción racional de la vida. Tolstói, Dostoievski y otros han seguido ese camino: escarbar en la podredumbre

cuando tenían delante un ser vivo, y no prestar atención a ese ser vivo. Y tras ellos han ido todos los demás, cada vez más lejos, hasta llegar a una ausencia absoluta de dinámica creativa en la síntesis armoniosa con la construcción objetiva de la obra: no hay creación, ni construcción, ni armonía. Hoy se nos convoca a un nuevo realismo, y ese llamamiento es profundamente justo. Pero en realidad lo que se nos entrega no es realismo, sino el más desahogado subjetivismo, no iluminado, además, por una idea conductora, y sólo exteriormente vinculado al esquema de la razón, que lo contradice. Creo que ha llegado la hora de comprender que la acumulación de porquerías no hace que una obra sea realista, y únicamente sirve como documento acusatorio de la psicología o, más bien, de la psicopatología del autor. «¡Vieja y sucia tortuga!» es el impropio más ofensivo entre los chinos.

Te mando un fuerte beso, querida. No te sumerjas en la subjetividad; es mejor permanecer a la luz del sol.

Nº 57. 19-20 de abril de 1936. Solovki

Querida M.V.⁷⁸,

me alegra saber que visita usted a los nuestros y me gustaría que esos contactos fueran más asiduos. Es una pena que no consiga encontrarse a sí misma y viva con un ritmo tan agitado. Debido probablemente a la vejez, en mí se manifiestan cada vez más los estados y las actitudes de la infancia, es decir, estar con Mozart y en Mozart. No se trata de una teoría artificiosa ni simplemente de una elección estética, sino del íntimo convencimiento de que sólo en Mozart, tanto literal como alegóricamente, es decir, en la idílica infancia, se está al amparo de las tormentas. Sí, a veces resulta difícil, pero hay que luchar por ello. Es difícil hasta técnicamente.

Estoy escribiendo unos versos para Mik y siento cómo los elementos del mundo me desvían de lo que es sencillo, claro y primitivo, llevándome a lo que es áspero, tortuoso y turbio. Es mucho más fácil escribir una obra interesante y entretenida que

componer algo débil y poco interesante, pero esencialmente justo. Pero no quiero caer en un *capriccio*, no quiero a Schumann, no quiero el ARBITRIO: en la racionalidad está la libertad, en el arbitrio la necesidad. Hace poco oí en la radio (¡hasta en la radio, que odio!) un fragmento de un concierto de Mozart. Cada vez que oigo a Mozart vuelvo a reconocer con estupor esa claridad, ese paraíso dorado que la humanidad ha perdido.

El mundo enloquece y enfurece en la búsqueda de algo, cuando tiene en la mano la claridad, que es lo único que necesita. La cultura burguesa se está desintegrando porque en ella no hay una afirmación clara, un explícito «sí» al mundo. Toda ella es un «como si», «en caso de que»; el ilusionismo es su vicio principal. Cuando el sujeto se separa del objeto y se contrapone a él, todo se vuelve convencional, se vacía de contenido y se convierte en una ilusión. Sólo en el autoconocimiento infantil eso no existe, y así es Mozart.

Me alegro mucho de que sus manos se hayan curado y puedan cumplir con su cometido. ¿Ha leído usted la narrativa de Leóntiev? Si no es así, léala. Hay en ella una afirmación del mundo, mientras la literatura rusa se resiente a menudo de lo contrario. Le deseo salud, alegría y felicidad.

Nº 58. 23-25 de abril de 1936. Solovki

Querida mamá,

hace unos días recibí una carta de Vasia y de Natasha en la que se incluía alguna noticia sobre ti. Me alegro de que vayan a verte; en ese aspecto, me sustituyen. En realidad, no me sustituyen, pues espero que cumplan mejor que yo el cometido que me correspondería a mí. Yo nunca he sabido conversar y ahora me he desacostumbrado del todo, de modo que me resulta difícil mantener una relación incluso con las personas a las que más quiero. El único diálogo que se me da bien es la discusión de alguna cuestión científica. Hasta la lectura se me ha vuelto extraña, una actividad totalmente pasiva.

Sólo el pensamiento personal y la investigación me reaniman, probablemente por una costumbre cultivada desde la infancia. Hace ya tiempo (y cada vez con más fuerza) que sólo me interesan los libros que contienen hechos puros: las tablas, los diccionarios, los prontuarios. Y además, los clásicos de primer nivel. Un mínimo alejamiento de la perfección formal suscita en mí una protesta interior y un arrebató de irritación; considero casi una ofensa personal el estilo descuidado, la imprecisión y la composición fallida. Flaubert, mientras se preparaba para escribir *Bouvard y Pecuchet* (¡y empleó en ello casi toda la vida!), recogía estupideces dichas por los hombres, incluso por sus más dignos representantes. Y se regocijaba cada vez que descubría un rasgo de estupidez entre sus amigos e incluso en sí mismo.

Yo no haría una colección de ese tipo; la estupidez oprime y no es posible abarcarla, tan extendida está. Hay que tener un ánimo demasiado bondadoso para creer que la estupidez brilla con unas pocas centellas, cuando en realidad fluye como un chorro continuo. Por eso uno deja de hablar del todo. A mi alrededor no resuena el parloteo de los niños; los niños son sabios, aunque probablemente no todos. Rememoro mi propia infancia y me doy cuenta de lo estúpido que me he vuelto desde entonces y de que, en general, no he hecho otra cosa que entontecer. Cada paso en la vida es un paso hacia atrás. Quizá sólo en la vejez, aunque sólo en estadios muy avanzados, puede iniciarse un retorno a la infancia. Mis pensamientos se ocupan inconscientemente de los niños; inconscientemente porque es inútil pensar en ellos conscientemente.

No sé qué puedo escribirte de mi vida. Por ahora se desarrolla en el mismo ambiente que antes y prosigue en la misma dirección, aparte de algunas circunstancias concretas. Paso los días trabajando, como también buena parte de la noche. No veo la naturaleza, sólo de vez en cuando observo la aurora boreal. También el arte me resulta inaccesible, excepto los pocos libros que llegan aquí casualmente. También llega alguna vez *La Crónica de los Libros* (un boletín oficial con un catálogo de todos los libros editados en un periodo determinado), por el que veo que se están

publicando cosas muy interesantes. Pero de esas cosas interesantes aquí llegan muy pocas y, además, de forma bastante azarosa, de manera que es imposible leer lo que uno querría. Los libros antiguos son aún más casuales. Ahora, por ejemplo, he conseguido un tomo de Molière y otro de Balzac: los leo, aunque no pensaba hacerlo, porque no se corresponden con mi estado de ánimo y mis necesidades.

En cuanto al trabajo científico, carezco de lo necesario para desarrollarlo. Me veo obligado a procurarme todo yo solo, pero hasta en el campo de las matemáticas, en la mayoría de los casos, eso es imposible, y en otros ámbitos en los que se precisa material concreto, la situación es aún peor. Y lo que yo necesito son precisamente datos. Vivo pensando en los hijos; tal vez ellos puedan hacer lo que debería haber hecho yo. No obstante, el trabajo es individual; quizá hagan cosas mejores, pero serán diferentes, porque para determinados proyectos científicos se necesita una combinación apropiada de experiencia y de datos internos que no puede repetirse.

De vez en cuando me encuentro con personas que han estado en lugares que me resultan conocidos, por recuerdos de infancia o de una edad aún más tierna, o bien otros que me resultan familiares desde el nacimiento. Eso me da un nuevo motivo para abandonarme a los recuerdos. La verdad es que el mundo es un pañuelo; dentro de sus límites se agolpan siempre las mismas personas o sus conocidos, familiares, amigos. Ésa es mi impresión, a pesar de mi eterna soledad, la escasez de mis relaciones y el hecho de estar siempre en el mismo sitio. Me imagino cuán intensa debe de ser esa impresión en las personas sociables o que han viajado. Tengo que terminar esta carta y enviarla, de otro modo quedará bloqueada. Además, dentro de unos días se interrumpirá la comunicación aérea y antes de que se restablezca la navegación se producirá un intervalo que podría prolongarse durante dos semanas.

Te mando un fuerte beso, querida mamá. Saluda de mi parte a Liusia y a Shura. Si me escribes, infórmame de cómo están todos y de sus actividades. Otro beso.

Exteriormente por el momento todo va bien, es decir, estoy más o menos fuerte y sano, trabajo y vivo en condiciones soportables, rodeado de buenas personas. Te lamentas de que no participe en los estudios modernos de física. Pero la única razón no es mi lejanía de Moscú. El espíritu de la física moderna, con su extremo alejamiento del fenómeno concreto y la sustitución de la imagen física por fórmulas analíticas, me resulta extraño. Comparto plenamente la percepción y la concepción del mundo que tenían Goethe y Faraday.

La física moderna es la quintaesencia del pensamiento burgués; ni siquiera alcanzo a entender cómo se la promueve en el país de los soviets. La física del futuro debe seguir otros caminos: los de la imagen concreta. Debe revisar sus presupuestos fundamentales, en lugar de tratar de crecer remendando un pensamiento manifiestamente raído. No, ni siquiera en Moscú habría tomado parte en los trabajos modernos de física; me habría ocupado mejor de la cosmo-física, de los principios generales de la estructura de la materia, pero tal como se presenta en la experiencia real, no como la construyen de manera abstracta a partir de premisas formales. Cuanto más cerca se mantiene uno de la realidad, más cerca está de la vida del mundo: tal es mi posición. No sin razón me alejé en su momento de la física para dedicarme a los materiales electrotécnicos.

Otro beso, querida mamá.

Nº 59. 27 de abril de 1936. Solovki

Querida Annulia,

(...) La sabiduría india prescribe ver en las personas que te rodean un hijo, un padre, hermanos o hermanas y, en general, familiares; no en el sentido abstracto de una hermandad global, sino en un sentido concreto: imaginar que una persona determinada es realmente un ser querido. Siento profundamente el significado de esa sabiduría. A decir verdad, no puedo (y no quiero) hacerla extensiva a todo el mundo, pero muchas personas me llevan a

pensar que alguno de mis seres queridos podría encontrarse en las mismas condiciones que ese hombre al que me he encontrado en el camino de la vida, y entonces trato de ayudarlo. Naturalmente, mi acto pasa desapercibido y los demás no piensan en los motivos de mi comportamiento; tanto mejor, ya que no lo hago para que los demás lo entiendan. Detesto la filantropía y la protección que humillan al hombre, tanto al que da como al que recibe, en nombre de un concepto abstracto del deber. Pero aquí se trata de un movimiento espontáneo, en un momento concreto, hacia una persona concreta. (...)

3-4 de mayo

Hoy y ayer he oído en la radio las romanzas de Guriliov y de Aliábev y me he sumergido en el recuerdo del pasado. Esas romanzas fueron escritas en tiempos de mi abuela Anfisa Uarovna y de la segunda mujer de mi abuelo Iván Andréievich, Yelizaveta Vladímirovna, que era amiga y pariente de la primera. Anfisa Uarovna tenía el sentido de la música y Yelizaveta Vladímirovna era una buena intérprete. Ambas cantaban y tocaban, y esas romanzas surgieron en su entorno.

De Aliábev no puedo decirte nada, pero sí de los Guriliov, padre e hijo; el que escribía romanzas era amigo de la familia, visitaba a menudo la casa de mi abuelo y de mi bisabuelo y llevaba todo lo que acababa de escribir para someterlo a un primer examen. Allí se tocaban, se cantaban y se comentaban esas composiciones. Una de las romanzas de Guriliov estaba dedicada a Yelizaveta Vladímirovna, pero el manuscrito ardió en la Presnia en 1905. La hermana de Yelizaveta Vladímirovna, Aleksandra Vladímirovna, era una intérprete excepcional y había recorrido toda Rusia con su marido, el cantante Gotlib Fiódorovich Pekok, al que viste una vez, cuando ya era muy mayor. Aleksandra Vladímirovna protegía a mi padre y a mi tía Yulia cuando su madrastra los perseguía, e incluso llegó a enemistarse con su hermana por ese motivo; en su juventud había sido muy amiga de Anfisa Uarovna.

La hija de los Pekok, Aleksandra Gotlibovna, a la que todos llamaban Alina, era amiga de la tía Yulia. Recibió de su padre, profesor de canto, una excelente formación vocal y cosechó grandes éxitos en los escenarios; más tarde, por insistencia del padre, partió a la búsqueda de la gloria en Italia. Y se hizo famosa como cantante de la Scala de Milán bajo el seudónimo de Alina Marini, pero ya nunca regresó a Rusia; su madre se pasó toda la vida angustiada, esperándola en invierno y en verano, durante veinte o veinticinco años, pero murió sin volverla a ver. Cuánta pena daba contemplar los sufrimientos y la espera de la abuela Aleksandra Vladímirovna, pues era evidente que la hija no tenía la menor intención de regresar. No obstante, nunca interrumpió la correspondencia con su madre.

Te mando un fuerte beso, querida Annulia. Ya ves adónde me han llevado esas romanzas: al dolor y al sufrimiento. Los tiempos cambian: se construyen casas y calles, que luego son destruidas y reconstruidas de nuevo; pasan las modas y aparecen otras nuevas; surgen el teléfono, el tranvía, el metropolitano y el trolebús, pero los sufrimientos siguen siendo los mismos: existían antes, existen ahora y existirán en el futuro, y ni el progreso técnico ni las comodidades ayudarán a contrarrestarlos. Por tanto, hay que ser fuertes, estar siempre ocupados y encajar los golpes como componentes inevitables de la vida y no como eventualidades inesperadas.

Querida Olen,

leo y releo a Balzac. Ahora estoy bajo la impresión de César Birotteau y Nucingen. Ese pincel genial de maestro holandés sorprende y al mismo tiempo extraña. Es una cultura típicamente ciudadana: el escritor se ocupa de la burguesía, de la sociedad de los mercaderes y de los especuladores de todos los calibres, del espíritu mercantilista. En una familia, según me ha contado un conocido, nació una niña y la primera palabra que pronunció fue *dinero*. Ahora bien, en Balzac todo gira alrededor del dinero, activa o pasivamente, con éxito o sin él, pero sólo alrededor del dine-

ro. Al dinero están ligados el honor, el amor, el éxito y el sufrimiento: únicamente al dinero. Dinero y cosas, cosas y dinero. Las cosas lo llenan y lo ocupan todo. No hay rastro de naturaleza: ni un árbol, ni un pedazo de cielo azul, ni siquiera visto a través de una ventana, ni una nubecilla. Las plantas sólo aparecen en forma de ramos de flores y muy rara vez. Ni siquiera hay calles o plazas; todo se reduce a habitaciones y restaurantes.

En cambio, qué concreción en la descripción de las cosas y de las personas, qué penetración en su vida interior, si se puede llamar vida interior a la vida no del hombre en cuanto tal, sino del miembro de la sociedad burguesa, imbuido por entero de los principios de esa sociedad, igual que la madera de una planta invadida del micelio de los hongos parásitos y ya prácticamente destruida.

A diferencia de los representantes de la escuela naturalista, con sus descripciones frías, externas y analíticas, Balzac no describe cosas y personas, sino que los presenta. Advierte que no se trata de representaciones externas, que dependen de las condiciones de la luz, de la perspectiva y de otras circunstancias casuales de su existencia, sino de representaciones iluminadas desde el interior por una luz propia, como las naturalezas muertas de la pintura holandesa. No se trata de una fotografía con su objetividad convencional ni tampoco de las impresiones subjetivas del impresionismo, sino de las cosas mismas en su propio ser, las cosas reales, aunque no bajo un aspecto muy profundo. Lo repito: se trata de un procedimiento análogo al de los maestros de la pintura holandesa.

Paso a ocuparme de otro tema. ¿Has pensado alguna vez en el significado del lenguaje poético? En realidad, ese significado es múltiple, pero ahora sólo quiero señalar un rasgo: su condensación. El lenguaje poético es mucho más conciso que la exposición no poética del mismo asunto. El poeta está obligado a ser parco en palabras: como decía Goethe, se debe escribir de modo que «las palabras sean densas y el pensamiento libre». Pero ¿qué significa eso? El poeta no puede decir muchas palabras, mientras un

escritor en prosa utiliza una cantidad enorme para ocuparse del mismo tema; en consecuencia, el poeta está obligado a concentrar en pocas palabras lo más esencial de lo que querría expresar; es decir, debe renunciar a todo lo secundario y concentrarse en lo característico. Y como la concentración va por el camino de la imagen visual y no del concepto abstracto, la imagen en el lenguaje poético está obligada a convertirse en tipo, idea, símbolo, a diferencia de la fotografía, tan seductora para la prosa, y del concepto propio de la comprensión abstracta. El lenguaje de los versos es poético por su propia naturaleza.

Hay otras causas que explican su carácter poético, causas de orden fonético, pero no quiero ocuparme ahora de ellas. Sólo quiero subrayar que es la propia dificultad de la forma versificada la que dirige la exposición hacia el terreno de la poesía. Esa dificultad se refuerza, después, en algunos géneros específicos del lenguaje versificado. Una forma difícil (el soneto, el terceto, la octava, etc.) implica una elevación del esfuerzo creativo y actúa como dique que hace aumentar el nivel del agua, es decir, la presión; y la creación, en lugar de fluir sin impedimento por el camino más cómodo y dar un producto abundante, pero flácido y de escaso valor, se condensa, opera con una alta potencialidad y produce obras de gran solidez, si puede elevarse hasta la barrera, pero si el impulso no es lo bastante fuerte, no llega a liberarse. En esa elevación del potencial reside el enorme significado de las formas difíciles, de las que a menudo se piensa (equivocadamente) que no son más que convenciones que impiden la expresión libre de los esfuerzos creativos. Es cierto que pueden estorbar; pero, cuando el impulso no encuentra ninguna resistencia, no crea nada, y en lugar del Niágara se obtiene un mero charco estancado.

Lo que digo no sólo tiene que ver con la creación poética, sino con la cultura en general, ya que en todos sus dominios crea barreras que aíslan una determinada manifestación y no le permiten extenderse y fundirse con otras en una unidad indeterminada e informe, de donde se desprende que el ímpetu creador

alcanza una manifestación poderosa e individual si es bastante potente y en cambio se anula si no es capaz de alcanzar el potencial debido. Para que crezca lo que es grande hay que erradicar a su alrededor todo lo que es pequeño, de otro modo lo pequeño ahoga a lo grande, ya que el segundo principio de la termodinámica (en una interpretación profunda) se reduce a lo que es natural, es decir: fuera de la cultura, fuera de la actividad intelectual y de la vida, lo inferior elimina a lo superior, pues lo inferior es siempre más verosímil que lo superior. En la naturaleza, las especies menos nobles de plantas y animales sofocan y eliminan a las más nobles, de la misma manera que las formas más bajas de energía y materia ocupan el lugar de las más altas. Sólo estableciendo barreras culturales se puede luchar contra esa corrupción del proceso del mundo. Y esas barreras se obtienen mediante las formas complejas: en la técnica, en el arte, en la ciencia, en la vida cotidiana, etc.

Te mando un fuerte beso, querida Olen. Otro beso más.

Querida Tika,

¿para cuándo esperas tu nueva muñeca, la viva⁷⁹? También yo la espero y me preocupo. Pero ¿sabrás cuidar de ella? Pues, al no haber tenido hermanos menores, desconoces cómo ocuparte de los niños pequeños. No puedo cumplir tu petición de enviarte un retrato en miniatura, ya que no hay ninguna persona que pueda pintarlo, al menos yo no la encuentro. Lo mejor es que le pidas a alguien que haga una fotografía reducida, que más tarde se podría colorear; la fotografía puede sacarse del dibujo a lápiz o a color.

Mamá me escribe que has ido a casa de M.V. para posar. ¿De qué se ocupa ahora? Recuérdale a mamá que la abuela Sonia tiene mi libro de Raffi⁸⁰, *La historia de los siete reinos de los Melik*; dile que lo coja.

¿Te ha gustado la aurora boreal⁸¹? Seguramente preferirías verla con tus propios ojos y no en un dibujo. En los últimos días no hemos podido contemplarla, bien porque el cielo no estaba

completamente despejado, bien porque había demasiada claridad. A las diez aún hay luz y a las dos se inicia el crepúsculo. La nieve se ha derretido en algunos lugares; todos se preparan para los trabajos primaverales; los relativos a las algas ya han comenzado. Los hielos han desaparecido casi del todo; sólo a veces se producen heladas nocturnas y el suelo se congela. Por lo demás, en las Solovki no hay inviernos ni veranos verdaderos. Ahora, durante el día, a la intemperie hace algo más de frío que en verano; pero en verano, en junio, puede nevar y helar. Parece como si no estuviéramos en plena naturaleza, sino en una especie de invernadero con una temperatura moderada a lo largo de todo el año.

Junto a las paredes de la Fortaleza he visto brotes rojos despuntando de la tierra. Con la llegada de la primavera, también tú debes reponerte y recuperar el color, como los brotes y las yemas, para estar fuerte y sana en verano.

Probablemente, cuando recibas esta carta nuestro jardincillo estará ya en flor. Escíbeme si han brotado los ejemplares del bosque que planté yo: muguetes, flores de mayo, orquídeas y helechos. ¿No habrán muerto las primulas este invierno? Cuando pases por el bosque, trata de traer alguna planta con las raíces para trasplantarla. Me gustaría que junto a nuestra casa creciera un bosquecillo de helechos y equisetos. Aquí en verano hay unos equisetos y helechos maravillosos, en los bosques y sobre todo en los valles. Los equisetos son altos y fuertes, y cubren toda la tierra, extendiéndose como un gas verde, mientras los helechos son ligeros y luminosos; a veces, cuando camino entre ellos, pienso con pesar que los estoy aplastando y estropeando.

Saluda de mi parte a la abuela y a An. F., y, cuando lo veas, también a S.I. Trata de observar cómo brotan las plantas de la tierra, cómo crecen y cómo están constituidas. Para la observación, lo mejor es hacer esbozos: mira con un cristal de aumento y dibuja lo que veas en grandes dimensiones. Probablemente el año próximo tendrás que estudiar ciencias naturales en la escuela, de modo que te servirá de preparación. Busca el nombre y la especie

a la que tal o cual planta pertenece, estudia sus peculiaridades, entérate de para qué se utiliza y, en general, presta atención a todo lo que oigas sobre ella.

No estaría mal que aprendieras también las leyendas e historias que existen sobre las distintas plantas: puedes pedirle a mamá que te las cuente.

Un fuerte beso para mi querida hija. Otro beso. Te deseo salud y felicidad. No te olvides de tu padre.

Nº 63. 31 de mayo de 1936. Solovki

Querida Annulia, (...)

5 de junio

Hace unos días recibí el paquete postal. ¿Es necesario que repita una vez más el dolor que me causa recibir paquetes cuyo contenido deberíais utilizar vosotros en casa? Mis pensamientos y deseos están sólo con vosotros; si antes quería recibir alguna cosa era solamente por vosotros. Me escribes que nuestros hijos se ocupan de sus tareas y quehaceres y que por tanto no tienen la cabeza para cartas. Qué le vamos a hacer, es algo natural y no puedo pretender otra cosa. El amor no busca compensación. Es triste, pero no para mí, sino para ellos, pues un día, en el futuro, podrían lamentar lo que han perdido. Pero en la vida perdemos tantas cosas de las que luego tenemos que lamentarnos que es difícil poner objeciones a esa pérdida. En cualquier caso, ya me olviden o me recuerden, mi actitud hacia ellos no va a cambiar.

Me escribes del viaje de Kira y de la intención de llevarse con él a Mik. Naturalmente, vosotros sabéis mejor lo que se debe hacer, pues yo no puedo adivinar desde aquí las condiciones del viaje. No obstante, creo que a Mik le convendría ir, pues acumularía impresiones y se acostumbraría a trabajar, en lugar de estar perdiendo el tiempo sin hacer nada. Además, si va él, Kira será más prudente y cuidadoso. Pero ¿tenéis dinero suficiente para el viaje? Kira me escribe que hay pocos medios y muchas cosas para hacer. En cualquier caso, me sentiría satisfecho si Mik empleara el

verano en alguna actividad provechosa en lugar de marcharse de casa sin objetivo alguno y sin vigilancia.

En lo que respecta a Olya y Tika, creo que también les vendría bien tomar un poco el aire. Pero ¿podrá Tika estar lejos de ti? Hay que mandarlas a algún sitio, aunque sea por poco tiempo. Ya sé que al quedarte sola te sentirás triste, te aburrirás y no podrás ir a ninguna parte. Pero qué le vamos a hacer. No se puede tener siempre a los niños metidos entre cuatro paredes. Además, esa experiencia les ayudará a valorar mejor la casa y la familia.

No hay razón para que te preocupes por mi salud: me encuentro perfectamente y, en la medida en que mi edad lo permite, estoy fuerte, probablemente bastante más que los demás. En cuanto a los músculos, ya sabes que nunca han sido demasiado vigorosos, ni siquiera cuando era niño, de modo que no hay que sorprenderse de que no lo sean ahora. (...)

Me hablas de un paseo que has dado por Glinkovo. Me haría muy feliz saber que sales a menudo al campo y que aprovechas el verano. Acrecienta ese deseo el hecho de estar encerrado entre cuatro paredes, sin poder disfrutar de la naturaleza. Por otro lado, uno de mis conocidos no hace más que repetir: «Si la vida no es bella, al menos es excelente». Evidentemente, para que la vida sea soportable hay que emplear esa fórmula más a menudo.

He establecido un nuevo horario de trabajo, en vista, sobre todo, del ritmo ininterrumpido de la producción: me voy a la cama a las ocho u ocho y media, si es posible, es decir, si no hay ninguna reunión o conferencia; duermo hasta las diez, algunas veces incluso hasta las once; después me levanto y trabajo con fuerzas renovadas hasta eso de las cinco; luego, vuelvo a dormir hasta las ocho de la mañana. Así me canso menos, en medio del silencio (relativo) de la noche (también relativa) puedo concentrarme un poco en el trabajo, observar la producción de los extractos de algas y echar un vistazo al cielo de vez en cuando; convencionalmente podría decirse que asisto a la salida del sol, que aquí se prolonga durante toda la noche. En esos momentos pienso en vosotros y velo vuestro sueño.

En la fábrica, cuando bajo al laboratorio, intercambio algunas frases de circunstancias con el trabajador que está de guardia: también él necesita animarse un poco durante el turno de noche. La mayoría de los trabajadores son jóvenes y es comprensible que les aburra trabajar de noche, en completa soledad.

Te mando un fuerte beso, querida Annulia. Espero que estés bien de salud. Sé fuerte y no pierdas la alegría.

Nº 64

Querida Olen,

te has olvidado completamente de tu padre. Pero lo importante no es eso: lo que temo es que, según tu costumbre, te entregues en cuerpo y alma a una única cosa y, como si tuvieras anteojeas, no prestes atención a nada de lo que te rodea. Es algo muy triste y perjudicial, sobre todo para ti misma. La sabiduría de la vida consiste en saber utilizar ante todo lo que se tiene a mano y en dar el valor justo a cada fenómeno en relación con los demás.

En este caso me refiero a mamá, a tus hermanos, a Tika y a las otras personas que te rodean. La escuela y todo lo que tiene que ver con ella no es más que un episodio pasajero de tu vida. Tus compañeros hoy están aquí, pero mañana se dispersarán y se olvidarán unos de otros. Siempre sucede así. Y entonces puedes encontrarte sola. Los compañeros atraen toda tu atención porque las relaciones de compañerismo, en esencia, no comportan ninguna responsabilidad: cada uno responde sólo por sí mismo y se ocupa sólo de sus asuntos. Por ese motivo resultan tan agradables. Pero esa ligereza es vacuidad, mientras todo lo auténtico requiere esfuerzo, trabajo y comporta responsabilidades. A cambio, todo lo que se obtiene con esfuerzo y realmente es resultado de un trabajo interior dura toda la vida.

Lo que puede darte el nido paterno no te lo podrá dar nada ni nadie, pero hay que ganárselo, hay que estar atento a lo que sucede en casa, en lugar de vivir allí como si fuera un hotel. Quizá me equivoque y exagere tu comportamiento; me gustaría estar equi-

vocado. Pero si ahora dirijo estos reproches, quizá sólo parcialmente justificados, a tu comportamiento con las personas que te rodean, es para que más tarde no tengas que arrepentirte amargamente de tu error, que ya no lo podrás subsanar.

Me ocupo ahora de otra cuestión. Hace poco he leído *Travail* de E. Zola. Nunca había tenido oportunidad de leer esa obra. Y me he quedado sorprendido de lo floja que es. Desde un punto de vista artístico, no tiene ningún valor. No aparece ni un solo personaje vivo, todo son esquemas de conceptos abstractos, como en las *Moralités* medievales, es decir, aquellas representaciones edificantes que, en lugar de personajes, ponían en escena distintos vicios y virtudes. Zola se imagina que sigue las huellas de Balzac. Pero ¡cuánto se engaña! En Balzac todo es de carne y hueso, concreto, humano, bien construido. En Zola no hay más que sombras incorpóreas, vacío, razonamientos abstractos. Pretende estar cerca de la vida, pero en su obra no se percibe ninguna realidad. Se esfuerza en vano por compensar la vacuidad de las imágenes con descripciones minuciosas de las cosas y de las circunstancias: esa puesta en escena es postiza, las descripciones se pierden en detalles aislados sin conformar un conjunto; las descripciones de Zola no constituyen un cuadro, ni siquiera una fotografía, sino un catálogo. Por último, la ideología es ingenua, sin sabiduría de la vida: una especie de composición escolar sobre cuestiones sociales. En cualquier caso, me ha venido bien leer este libro, pues me he enterado de lo escaso que era el alimento de las personas de aquella época y de lo poco que comprendían la vida e intuían el porvenir. (...)

7 de junio

Ahora, observando el amanecer, que se desliza por el horizonte, me vienen a la memoria unos versos: «Un amanecer se apresta a sustituir a otro⁸²», y pienso: esto no es Poltava ni Ucrania, sino la provincia de Pskov, o tal vez Tsárskoie Seló. Pues en Poltava un amanecer no «se apresta a sustituir a otro», ya que entre ellos se interpone la oscura noche estival.

Es uno de los pocos ejemplos de imprecisión en la obra de Pushkin, que en general es preciso hasta un extremo casi científico y fiel a los hechos hasta en los detalles más insignificantes. Pushkin tenía un extraordinario sentido de la realidad y ni siquiera en pleno vuelo de la fantasía creadora se apartaba de las impresiones concretas de la realidad. En Pushkin son notables los detalles menudos y los matices de la narración y de la descripción. Un análisis atento permite establecer siempre su precisión. Uno de los ejemplos que no ha sido destacado en los estudios sobre Pushkin es la figura de Triquet⁶³. Parece como si lo hubiese inventado. Pero Triquet era un hombre de carne y hueso que vivía con su familia en Tambov, donde mantenía relaciones de amistad con los Levshin (Pushkin también cita a los Levshin al hablar de Tambov); la prueba documental de ese hecho la conservaba Iv. S., pero por desgracia ardió en un incendio.

A Pushkin no le gustaba inventar ni siquiera los apellidos y los nombres, y los tomaba de la vida. De ahí la solidez de sus creaciones, henchidas de realidad y plenas de vida, a pesar de (o mejor dicho, precisamente por) el carácter fotográfico de las circunstancias casuales, como en los naturalistas. Zola va en busca de la realidad con una Kodak y no consigue captar nada. Pushkin va «allá donde lo lleva el espíritu libre» y siempre es fiel a la realidad; sus imágenes están hechas de carne y llenas de vida. Pushkin y Goethe son los espíritus más libres con respecto a la proximidad exterior y, al mismo tiempo, los más reales de los poetas. De ahí la conclusión de que es un error fijar pasivamente los detalles casuales, como es tan propio de la literatura rusa.

Te mando un fuerte beso, querida Olia. Cuida de tu salud y descansa. Saluda de mi parte a la abuela, a An. F. y a S.I. Dale un beso a mamá.

Querida Tika,

espero que, cuando recibas esta carta, hayas terminado tus exámenes y te hayas liberado de las tareas escolares. ¿Vas al bos-

que? ¿Coges plantas para el jardín? Te envío un dibujo del ocaso que tal vez te interese. En realidad, aquí el sol no se pone, sino que se desliza por el horizonte, desde la parte nororiental del cielo a la noroccidental, y no desaparece nunca. Hoy he hecho otro dibujo del ocaso justo a medianoche, pero los colores son tan delicados y peculiares que no he podido reproducirlos bien con mis torpes pinturas. En cualquier caso, te enviaré también este dibujo en la siguiente carta.

Hace algún tiempo me contaron que en la región de Vostka los osos comen frambuesas (hay muchas en esa zona). Agarran el arbusto con las patas delanteras, aprietan unas cuantas ramas y chupan el borde. Antes me sorprendía que los osos pudieran comer frambuesas y que fueran recogiendo bayas una a una, sólo ahora he entendido cómo lo hacen.

Aquí, sumido en la soledad, a menudo me vienen a la memoria los tiempos de la infancia, y las imágenes de mis hermanos y hermanas menores se funden con las vuestras. Recuerdo especialmente a Gosia y a Andréi. Andréi nació en 1899, cuando yo estaba en la clase octava del instituto; Gosia, tres o cuatro años antes. Por ese motivo yo cuidaba de ellos, sobre todo cuando, en mis tiempos de estudiante, regresaba a casa para pasar las vacaciones de verano; los llevaba de paseo a los rincones más remotos de los bosques, a las montañas y a las florestas; aunque más que llevarlos, los cargaba en brazos. Gosia me obligaba a contarle fábulas y yo tenía que inventarlas durante horas. Recogíamos plantas y bayas. Por alguna razón, recuerdo sobre todo una ocasión en Surami en que llevé a Andréi a un escarpado barranco a recoger arándanos. En un brazo llevaba una cesta y en el otro a Andréi. Había que subir abriéndose paso a través de la maleza y agarrándose a los arbustos con las manos. Todas las pendientes de los montes de Surami están plagadas de arándanos, pero no como los del norte, pues los arbustos en los que crecen no son pequeños, sino enormes, con un porte de auténticos árboles. Dejé a Andréi en un lugar apropiado, colgué la cesta de una rama y empecé a recoger arándanos. Lo más difícil fue regresar a casa, con la cesta llena de

bayas y Andréi agotado por el calor y la subida, aunque apenas había puesto los pies en el suelo.

Antes, cuando era mucho más pequeño e íbamos a Kodzhori, corría hasta el parque varias veces al día para buscar setas. El parque era pequeño, pero a mí me parecía misterioso y siniestro. Por alguna razón, no conseguía orientarme; quizá no quería arruinar esa sensación de espacio ilimitado y misterioso. Cada vez que entraba en ese parque era como si me hubiera internado en una secreta selva virgen y, cuando encontraba alguna seta, salía de allí a toda prisa con el alma en vilo. Me interesaban especialmente los helechos ligeros y húmedos, con ese perfume peculiar y misterioso. Limpiaba las setas y las cocinaba enseguida, ya directamente sobre la chapa, con el sombrero hacia abajo y una pulgarada de sal en la parte interior del hongo, ya en la sartén, con aceite. Siempre tenía la impresión de que las setas no estaban lo bastante hechas y que medio crudas resultarían venenosas; además, en el Cáucaso las setas son muy peculiares y a menudo se dan casos de intoxicación. Por esa razón, las cocinaba hasta que estaban casi secas y las comía con fruición y a la vez con pánico.

En casa de la tía Liza, donde había mucha fruta, curaba mi enfermedad (tenía entonces siete años y casi siempre, como le sucede ahora a Vasiushka, me dolía el estómago) tomando grandes dosis de gotas de menta. En general, desde que tengo más o menos un año, que es a lo más que puede remontarse el recuerdo, estoy acostumbrado a manipular productos medicinales y aromáticos, plantas venenosas y distintos compuestos químicos, de modo que es sorprendente que no me haya sucedido nunca nada grave, a pesar de la peligrosidad de mis experimentos. Es probable que ello se deba al hábito, adquirido ya en la infancia, de manipular toda suerte de sustancias, siempre con grandes precauciones.

Te mando un fuerte beso, querida Tika. Saluda de mi parte a Buska⁸⁴.

Nº 66. 4-5 de julio de 1936. Solovki

Querida Annulia,

he recibido tus cartas NN. 17, 18 y 19, así como la de Kira, y hoy otras dos, del 16 y 26 de junio, ambas con el Nº 22, de manera que hay dos cartas que no han llegado. Desconozco la razón por la que has tardado tanto en recibir mis cartas; las de junio quedaron retenidas aquí por razones que no dependen de mí. La causa principal, probablemente, es el exceso de trabajo de los censores. Alguna vez he calculado cuántas cartas deben leer al día, sin contar los paquetes y los bultos, y me he dado cuenta de que se trata de un trabajo agotador. No es casual que uno de los censores del BAM haya sufrido desarreglos nerviosos.

Te había escrito una larga carta en la que te hablaba de los motivos de mi renuencia a escribir a cualquier persona, aparte de los parientes cercanos. Pero luego he pensado que ese tono menor no es propio de mi innato sostenido mayor y la carta se ha quedado en las Solovki. A fin de cuentas, la gente puede comprender por sí misma que no estoy en condiciones de cumplir con obligaciones mundanas, que siempre me han resultado ajenas; y si no quieren comprenderlo, peor para ellos.

En lo que respecta al viaje de Mik, te he escrito varias veces, pero vuelvo a repetírtelo: considero útil que se acostumbre a trabajar y que fomente su interés por el trabajo en esa edad en que la personalidad adquiere su forma definitiva. La naturaleza de nuestra estirpe es tal que nuestro trabajo sólo puede rendir frutos en tareas de índole creativa y pionera. Todos mis antepasados, tanto directos como indirectos, han sido pioneros. Además, nuestro modo de pensar no es abstracto, sino concreto y se basa en la observación directa y en la experiencia. Mik debe enriquecer su bagaje de impresiones de la naturaleza y de la vida, sin las cuales el estudio de los libros no dará ningún resultado. Te lo repito, nuestro modo de pensar es ajeno al formalismo y al academicismo. También a Kira le vendrá bien la participación en el trabajo de Mik, no sólo porque contribuirá al éxito de la empre-

sa, sino porque le ayudará a prestar mayor atención durante el viaje.

Una parte de las cartas las he mandado a la dirección de mamá y temo que hayan quedado bloqueadas en su casa. En más de una ocasión le he enviado versos a Mik. ¿Os han llegado, han penetrado en vuestras conciencias? En realidad, son autobiográficos y genobiográficos, es decir, muestran las características principales del pensamiento de nuestra estirpe (γένος = estirpe); por eso me gustaría que no vierais en ellos unos simples versos compuestos como pasatiempo, sino el resultado de una experiencia vital que podría ser útil como principio conductor en el trabajo y en la vida.

En el *Pravda* N° 154 del ocho de junio había un anuncio de la publicación, en la editorial Academia, del poema de Shota Rustaveli⁸⁵. Me gustaría que los niños y tú leyerais ese poema pensando en mí, ya que transmite bastante bien mi mundo interior, aunque no del todo, ya que no expresa mi relación con la naturaleza. Pero de todos modos, si queréis comprender el temple de mi alma, Rustaveli lo expone de manera bastante clara. A decir verdad, Balmont rehizo a su manera esa creación monumental del siglo XII, convirtiendo ese poema grandioso en una obra de salón, pero de todos modos su traducción es mejor que ninguna otra. (...)

A menudo me acuerdo de la muerte de papá. Tenía sueños (o acaso visiones) de viajes, o más bien de migraciones de nómadas por los ilimitados espacios de Asia. El pensamiento de la abundancia le aterrorizaba. «Suele pensarse que la humanidad perecerá por alguna carencia –decía–, pero yo tengo claro que la causa de su ruina será la abundancia».

Desde la infancia me ha asustado la desmesura, pues me parecía la irrupción del caos informe al que no se puede gobernar ni domeñar. Donde no hay composición, tampoco hay comprensión, y la composición presupone un límite. ¿Qué es lo más importante en una obra de arte? El marco, el escenario, los confines temporales, el comienzo y el fin. Si no hay límites, es imposible hasta la serenidad. La capacidad de limitarse a sí mismo es la

prueba de la maestría (Goethe). En mi caso, he luchado toda mi vida con lo ilimitado, creo que sin éxito: en eso reside mi debilidad.

Me gustaría fijar (se trata ya de otra cuestión) un recuerdo que tengo de mi padre. Cuando yo estaba en Tbilisi, los médicos aseguraron que el peligro había pasado, y me dijeron que podía regresar sin temor y retomar mis obligaciones estudiantiles. Partí. Un día estaba sentado en mi habitación, junto a la gran mesa que había cerca de la ventana. Aún no se había puesto el sol. Estaba escribiendo. De alguna manera, perdí la conciencia del lugar donde me encontraba, me olvidé de que estaba lejos de Tbilisi y de que había crecido. Junto a mí, a la izquierda, estaba mi padre, mirándome atentamente, sin decir palabra, como hacía a menudo cuando estudiaba en el instituto. Esa situación era tan habitual para mí que no le presté una atención especial; sólo me sentía bien. De pronto, caí en la cuenta de que no estaba en Tbilisi, sino en Posad, levanté la cabeza y miré a mi padre. Lo vi con absoluta claridad. Él me miró; evidentemente estaba esperando que yo comprendiera que era él y que se trataba de un hecho extraordinario y, cuando se convenció de que me había dado cuenta, su imagen palideció, perdió el color y desapareció: no se esfumó ni se desvaneció de golpe, sino que fue perdiendo consistencia, como una fotografía desenfocada. Al cabo de unas horas, recibí un telegrama en el que se me anunciaba la muerte de mi padre.

Sabes, percibo con mayor intensidad a los difuntos que a los conocidos de los que estoy separado, con la excepción de vosotros, los familiares cercanos. Los conocidos emergen como pálidas sombras, mientras a los muertos los siento dentro de mí. No obstante, no creas que estoy enfermo. Me encuentro perfectamente, ni siquiera padezco de mis habituales achaques; llevo una vida tranquila, a pesar de la intensidad del trabajo, que me ocupa día y noche. (...)

Este año han brotado multitud de hermosos tréboles rosas y blancos, pero no he tenido ocasión de pasear entre ellos. Otro beso.

Nº 67. 7 de julio de 1936. Cuatro de la madrugada. Solovki.

Querido Vasiushka,

ayer por la tarde recibí una carta tuya y de Natasha. Te felicito por el nacimiento del niño. Naturalmente, me alegro mucho de que el nacimiento se haya producido cuando tu madre y yo todavía estamos vivos. Tú, yo, mi padre y mi abuelo hemos nacido y crecido sin abuelos y, excepto en tu caso, también sin abuelas; cuando era pequeño me preguntaba con pesar por qué no tenía abuelas ni abuelos. En cambio, tu hijo tiene dos abuelos, dos abuelas y tres bisabuelas (quizá cuatro, no lo sé). De modo que tendrá quien lo mime y lo introduzca en el cauce del tiempo, para expresarlo con palabras de Shakespeare («el tiempo se ha salido de sus cauces», dice Hamlet). Estar dentro del cauce del tiempo es muy importante para comprender la vida y darle una orientación apropiada. (...)

7-8 de julio de 1936

Querida Natasha,

le felicito por el nacimiento del niño. Espero que haya recuperado la salud y se encuentre bien. Me pide que le escriba mis impresiones sobre este acontecimiento familiar. Pero ¿qué impresiones puedo tener yo, aparte de sentimientos? De hecho, me he enterado del evento por carta y sólo puedo verlo a través de los ojos de Vasiushka. Lo único que puedo decir es que, en general, me siento muy feliz; y, en particular, que me alegro mucho de que todo haya salido bien. El niño ha nacido casi en la misma fecha que Vasia (el veinticinco de mayo, mientras Vasia el veintiuno); es evidente que ha decidido esperar cuatro días más para nacer en una fecha especialmente hermosa⁸⁶. Naturalmente, le tengo mucho cariño, pero no puedo serle útil de ninguna manera.

Sólo quiero darle un consejo. Trate de que desde los primeros días reciba el mayor número de impresiones del mundo. Es un grave error pensar que las impresiones «inconscientes» no son importantes. En realidad son precisamente esas, y no las que ven-

drán después, las que formarán la base de la personalidad, pues constituyen las primeras piedras de sus cimientos. ¿Conoce la ley fundamental de la psicofísica de Weber-Fechner? La sensación (y la impresión, añadido yo) es proporcional al logaritmo del estímulo. O bien: la producción de una sensación según un estímulo ya existente, por medio de un cambio perceptible, es proporcional al crecimiento del estímulo. Por eso, cuando no hay prácticamente ningún estímulo, el incremento de la sensación es grande, con una mínima estimulación adicional. De ahí que hasta una «fruslería» sea percibida como una revelación. En definitiva, la cuestión consiste en saber qué clase de revelaciones del mundo debe recibir el niño. Es necesario que sean hermosas, puras y luminosas. En ese caso se convertirán en modelos fundamentales de cualquier imagen y sobre ellas empezará a crecer y cristalizar el material hereditario.

Hablando en general, también puede suceder lo contrario, pero es algo que hay que prevenir y evitar. ¿Qué hay que dar al niño como primer alimento? De acuerdo con el espíritu de nuestra estirpe, que conozco bien, el alimento más apropiado es la música, pero del más alto nivel, es decir, Bach, Mozart, Haydn y también Schubert que, si bien poco profundo, es claro y agradable. Luego están los colores. Hay que intentar que el niño preste atención a los colores, es decir, mostrárselos y estimular su interés. Luego las plantas, el agua y, en general, los elementos. Y también el cielo, las nubes, el crepúsculo. A ello hay que añadir las obras de las artes figurativas, aunque sea en reproducciones. Es importante que desde las primeras horas de vida se acostumbre a la naturaleza y a las mejores manifestaciones de la creatividad humana. No se preocupe si parece extrañado por lo que le enseña. Recibirá la percepción, aunque no sepa expresarla. Al cabo de algún tiempo se convencerá usted misma de que esas impresiones no le son ajenas y que se manifiestan claramente de un modo u otro. (...)

Vuelvo a hablarle del niño. Me escribe usted que sus cabellos son negros u oscuros y sus ojos de un gris oscuro. Pero a esa edad ni una cosa ni otra son indicativas de lo que sucederá en el futuro.

Esa primera pelusa desaparecerá y los cabellos que brotarán en su lugar seguramente serán de otro color. De la misma manera, también los ojos cambian de tonalidad durante la primera infancia. En cuanto pueda, saque la huella de su manita: tiene que tiznar un papel con humo, ponerlo en una mesa y apoyar la mano con una leve presión. De ese modo sobre el hollín quedarán impresas las líneas. Después, para fijar la huella, se pone el papel en un plato con una solución de alcohol muy ligera, una especie de resina, o, en último extremo, directamente en alcohol. Será útil tener la huella de las líneas de la mano para hacer una comparación más adelante. Entre mis papeles tenía unas huellas de las manos de Vasia; sería interesante confrontarlas.

Es probable que esté regresando a la infancia, pues el mundo de los adultos, que siempre me ha resultado sofocante, se me ha vuelto completamente insoportable y sólo puedo aceptar el mundo de los niños (ausentes por completo de esta isla) y de los adolescentes. Por eso me gustaría tanto tener al pequeño junto a mí y me apena no poder verlo.

Le deseo lo mejor. Salude de mi parte a sus padres y a todos los suyos. Dele las hojas para la prueba de las acuarelas a V. An⁸⁷.

Nº 68. 20-21 de julio de 1936. Solovki

Querida Olen,

he recibido tu carta. Me alegro mucho de que hayas podido terminar los exámenes, a pesar de tus dolores de cabeza. Tus notas no me preocupan lo más mínimo, son una cosa secundaria, y si hay que prestarles alguna atención es sólo por razones de la vida cotidiana, no por su valor intrínseco. Lo importante es saber y entender, no el modo en que ese saber se refleje en un examen. Me alegro mucho de vuestros progresos con la sinfonía de Haydn, ya que os envolverán en el mundo de la música y os inducirán no sólo a estudiarla, considerándola una obligación, sino a vivir en la música y a hacer música. Únicamente la participación viva en una u otra esfera, junto al estudio, permite asimilar verdadera-

mente esa esfera y familiarizarse con ella. El hecho de que os obliguen a repetir la sinfonía es muy útil: sólo una repetición continuada permite asimilar los detalles, los matices y la técnica, y a veces surge también la comprensión, no sólo de una obra concreta, sino de muchas otras. Por tanto, tocad, repetid, perfeccionad vuestra ejecución. Y al mismo tiempo tratad de aprender alguna otra cosa. Estaría bien que encontraseis alguna pieza para dos pianos, cada uno a cuatro manos. Tanto desde el punto de vista de la técnica como de la resonancia, ese ejercicio podría tener un gran efecto. En general, tocar en una orquesta es útil para adquirir la costumbre y la capacidad de captar la obra en su conjunto; además, permite superar con mayor facilidad los momentos de aburrimiento del estudio y del aprendizaje, sobre todo a vuestra edad, en la que se busca la compañía.

En la medida de lo posible, trata de que Tika también toque, así como Mik cuando vuelva. Hazme saber si ha leído los versos que transcribí para él. Me preguntas por el estudio de las lenguas extranjeras. Como te he escrito ya más de una vez, saber lenguas extranjeras es absolutamente indispensable, pero para eso, además del estudio, es de todo punto necesario y especialmente importante la práctica, es decir, la lectura (en voz alta, siempre que sea posible), así como la conversación. Esa práctica hay que adquirirla en cualquier circunstancia, aprovechando cualquier ocasión para leer o hablar en esa lengua. En lo que respecta al estudio, dependerá del estado de tu salud y de tu tiempo libre. No obstante, creo que has alcanzado conocimientos suficientes para poder asimilar la lengua mediante la práctica, que en ningún caso debes descuidar. Pero debes fijarte como norma no esperar tiempos mejores en un futuro remoto, sino hacer poco a poco y de manera continuada lo que puedas en el momento presente. Y no sólo porque, en general, esas circunstancias especialmente propicias que esperamos no lleguen nunca, sino porque, aun en caso de que lleguen, no podremos utilizarlas plenamente, ya que el dominio de una lengua sólo se adquiere mediante una absorción lenta y continuada, y no puede tomarse en un único asalto, por muy fogoso que sea. Esa absorción

lenta, a dosis homeopáticas, no requiere mucho tiempo ni grandes esfuerzos, sólo perseverancia y voluntad.

Te mando un fuerte beso, querida Olia. Descansa y disfruta del verano.

Nº 70. 28-29 de julio de 1936. Solovki

Querida mamá,

ayer recibí tu carta del quince de julio en la que me informabas de que habías recibido la mía del veinticuatro de mayo. Ya ves con qué lentitud viaja la correspondencia desde aquí. Por tanto, no debes pensar que no escribo con asiduidad; además, por la numeración de mis cartas puedes ver si te han llegado todas o si falta alguna.

Como ya he escrito, me consuela mucho pensar que vives con todos los nuestros; lo único que temo es que no dispongas de la suficiente tranquilidad. Uno de mis conocidos me ha hecho saber que te conservas fuerte y joven; es una gran noticia, siempre que no se trate de una impresión superficial.

Parece como si quisieras preguntarme por qué vuelvo a las impresiones de la infancia. Ante todo porque el mundo interior cristaliza alrededor de ellas y se define por ellas en sus aspectos fundamentales. Además, creo que el pasado no debe serle ajeno a nadie, ni siquiera a ti, aunque trates de olvidarlo. No logro comprender esa actitud. Si la vida en general tiene algún sentido y valor, olvidar el pasado es una ingratitud y una insensatez, ya que todo se vuelve pasado; en consecuencia toda vida, tomada en su conjunto, se revelaría como un cero absoluto. El recuerdo del pasado, además de un deber, constituye el contenido de la vida; es imposible valorar el presente y disfrutar de él si no se enraíza en el pasado. Y en fin, la vida, antes de cerrarse, regresa a la infancia en la vejez; tal es la ley y la forma de la vida completa.

Si aún no sientes esas cosas, es que sigues siendo joven: todavía no has vivido lo bastante para sentir la cercanía del pasado lejano. El ser humano puede representarse metafóricamente en for-

ma de una montaña compuesta de diversas formaciones: todas esas formaciones se conservan en el hombre, aunque en la conciencia sólo emergen claramente aquellas en la que se apoyan los pies a una edad determinada, mientras las demás quedan en el subconsciente. Al vivir, primero escalamos la montaña de la vida y, una vez llegados a la cumbre, descendemos. Durante la ascensión atravesamos los sedimentos de nuestra existencia en un orden determinado; al descender, los sedimentos siguen siendo los mismos, pero el orden se invierte. A cada etapa del crecimiento le corresponde una etapa del envejecimiento, en la que vuelven los mismos intereses, los mismos pensamientos, la misma disposición, aunque todo con una tonalidad distinta.

6-7 de agosto

Un conocido me pregunta por qué no escribo nada de los sonidos de las Solovki y sólo hablo de los colores y de las formas. Porque aquí todo carece de sonido, como en los sueños. Es el reino del silencio. Naturalmente no en un sentido literal, porque hay tal cantidad de rumores molestos que se sienten ganas de recluirse en alguna parte donde no haya ruido. El caso es que no se siente el sonido interior de la naturaleza, no se percibe la palabra interior de la gente. Todo se desliza, como en un teatro de sombras, y los rumores llegan desde el exterior como un componente molesto o como simple bullicio. Resulta difícil explicar por qué nada suena, por qué no se percibe la música de las cosas y de la vida; ni yo mismo entiendo la razón, pero no hay música. Sólo el oleaje marino (que rara vez se oye) y el ulular del viento no comparten del todo esa característica de las Solovki. Hay, además, otras causas exteriores que refuerzan esa sensación: no se percibe el rumor del tranvía ni el claxon de los automóviles, ni el rumor de los carruajes, ni la estridencia de los trenes; sólo muy rara vez se oye la sirena del vapor, pero por ninguna parte resuenan canciones o risas. Las transmisiones radiofónicas irrumpen como un elemento extraño que, en lugar de reanimar, altera los nervios. Por eso soy de la opinión de que la ausencia de descripciones de sonidos

transmite el ambiente de las Solovki con mayor precisión que cualquier comentario sobre ellos.

Te mando un fuerte beso, querida mamá. Cuidate y disfruta del verano. Espero que goces de buena salud.

Nº 70. 2-3 de agosto de 1936. Solovki

Querida Annulía,

ayer recibí tu paquete, pero ninguna carta. ¿Qué puedo escribirte del paquete? Te lo he dicho tantas veces que no tengo ganas de repetirlo; sólo te comento que me agobia y me preocupa recibir paquetes, pues tengo de todo y en cambio vosotros carecéis de lo indispensable.

Vivo del trabajo, pero no como antes, ya que la cantidad de ocupaciones aumenta, debido a la ampliación de las investigaciones y al crecimiento de nuestra industria. Ahora se ha añadido un nuevo campo de estudio y reflexión: la geología y la mineralogía. Debemos hacer una nueva expedición a las mismas islas para proseguir nuestras investigaciones, recoger nuevas muestras, etc. Mi incapacidad para afrontar el trabajo de un modo superficial complica aún más las cosas, pues no dejo de añadir nuevas consideraciones al círculo de nuestras investigaciones. Por ejemplo, al estudiar las islas, ¿cómo no tener en cuenta las cuestiones botánicas, sobre todo las relacionadas con las algas? ¿Cómo desentenderse del pasado geológico del lugar que se está estudiando?

En cualquier caso, nunca me ha importado que el trabajo se complique, y mucho menos en las condiciones actuales, pues el trabajo es el único medio de conservar el equilibrio espiritual y la claridad. A mi alrededor, la gente se agita, languidece, se lamenta, se aburre; en cambio, a mi no me afectan esas sensaciones, pues estoy siempre ocupado. Mi preocupación por vosotros, si no tuviera nada que hacer, sería aún más acuciante y no me daría tregua. En particular, pienso continuamente en la salud del pequeño, en Olia, en ti, en mi madre y en la tuya; me pregunto si Tika se ha restablecido. No sé nada de Mik ni de Kira; no dejes de informarme de su situación.

Hace poco he recibido una gratificación; en cuanto me concedan autorización, os la enviaré para que os compréis alguna golosina. La verdad es que mi único consuelo es que podáis permitirnos algún pequeño capricho. Estoy reuniendo para vosotros una modesta colección de animales, plantas y piedras de las Solovki; si me dan el permiso, os la enviaré.

Mamá me habla en su carta de los estudios futuros de Olia. Desde aquí me resulta muy difícil juzgar qué es lo más conveniente, pues no sé cómo ha cambiado Olia, qué fuerzas tiene y, en general, cuáles son las condiciones actuales de trabajo en uno u otro campo. Por tanto, sólo puedo repetir lo que ya he dicho antes, es decir: ante todo tendría que ocuparse de la botánica; en un primer momento de la botánica aplicada, para adquirir representaciones concretas y acumular conocimientos reales de las plantas. Sin ese componente, la botánica se convertiría en una actividad formal, vacía y muerta. Esas tareas son positivas en sí mismas. Más adelante, si se manifestasen intereses más profundos, habría que profundizar en la teoría. (...) Pero además debe ocuparse sin falta de la música. Si tiene fuerzas y ganas, puede estudiar lenguas extranjeras y dibujo técnico, aunque este último debe contemplarlo como un medio auxiliar de actividades más importantes. El caso de Mik no requiere muchas reflexiones: basta que acabe sus estudios, y, a juzgar por tu carta, parece que va por buen camino. Me alegro de que tus plantas hayan prendido y echado flores. Espero que Shura traiga alguna cosa de Kamchatka y Kira y Mik del Cáucaso. De ese modo, aunque no viajes, tendrás conocimiento de algunas zonas del mundo. Olia me ha escrito que intercambiais plantas con Y.I.; salúdalo de mi parte, como también a K.T. Me alegra que se ocupen de sus jardines.

4 de agosto

Querida Annulia,

hoy he recibido el permiso para enviarte el dinero y ya lo he entregado para que te lo expidan.

Desconozco la razón, pero se me ha vuelto muy difícil escribir cartas; es cierto que en parte se debe al cansancio, pero sobre todo al hecho de que no puedo expresar lo que querría, no lo consigo; y escribir de otro modo me desagrada. Me gustaría decirte algo que te alegrara y te diera fuerzas y sólo me salen palabras vacías e impotentes. En definitiva, tendría que escribir en verso, pero tampoco los versos me vienen a la cabeza, probablemente porque dedico todo mi tiempo y mis fuerzas a ocupaciones menudas y preocupaciones laborales. En realidad, mi trabajo carece de esas amplias líneas conductoras que son la base de cualquier satisfacción y en cambio se compone de tareas y cuestiones pequeñas que requieren gran minuciosidad y son poco vistosas, ya que no dejan ninguna huella de grandeza.

Te mando un fuerte beso, querida Annulia. Sé fuerte y no pierdas la alegría.

Nº 71. 13 de agosto de 1936. Solovki

Querida mamá,

me imagino cuánto calor debe de estar haciendo allí cuando aquí, en el círculo polar, el tiempo es tórrido y sofocante. Menos mal que no estás en Moscú y al menos puedes salir al aire libre. Me alegra que vayas a Zagorsk, aunque no estoy seguro de que allí goces de la tranquilidad necesaria. No obstante, es probable que el calor te venga bien, pues también después de Tbilisi tu salud se restableció. En cualquier caso, aunque haga mucho calor, no cabe duda de que el verano está terminando. Los polluelos de las gaviotas ya han crecido y las gaviotas gritan y vuelan inquietas sobre la Fortaleza y el lago Sagrado; es evidente que están preparándose para la partida. El otoño se deja sentir ya por todas partes. El tiempo se ha vuelto inestable. Durante la primera mitad del día hace calor, el ambiente es sofocante y agobiante, pero durante la segunda se levanta el viento y hace fresco, o bien al contrario. Hoy, durante toda la noche y la mañana, ha habido tormenta y hacía bastante frío, un tiempo completamente otoñal. Se-

guro que los niños no van al bosque, pues no tienen quien los lleve; es una pena. No me refiero a ti, que, como es natural, no sales de los límites de la cerca; no obstante, en comparación con Moscú, hasta la cuesta Pionérskaia es campo abierto.

Hace poco cayó en mis manos un volumen de Dostoievski, del que no menos de una tercera parte de las páginas había sido arrancada en distintos lugares. Este volumen me ha hecho pensar de nuevo en el modo en que la historia determina lo que es bueno y lo que es malo, disipa las nieblas y resalta a los clásicos. Aquellas obras que a juicio de los contemporáneos tienen casi el mismo peso específico, adquieren una profunda diferencia cualitativa en el proceso de decantación histórica. Al principio todo parece gris, pero luego una cosa se vuelve negra y otra blanca. Consuela pensar que existe un juicio supremo, el de la historia. En parte también es así en el caso de Dostoievski. Escribe bien. Se puede no estar de acuerdo con las tendencias y los pensamientos del autor o no compartir el objeto sobre el que dirige su atención, etc., pero en cualquier página se ve que escribe bien: la construcción y la composición son coherentes, no te presenta un cúmulo de impresiones crudas, tiene un objetivo. Al estilo de Dostoievski le conviene su defecto principal: la falta total de atención por la naturaleza. Sólo se ven paredes, ni siquiera se siente el Nevá⁸⁸. No logro comprender cómo el hombre puede vivir en semejante vacío, sin naturaleza; como en general me resulta incomprensible la vida urbana, sin paisaje, sin rocas, sin agua, sin verdura, sin tierra. Es lógico que en condiciones de vida tan artificiales la relación con el mundo se vuelva ilusoria y todos los sentimientos humanos se desquicien. Alguna vez, en el futuro, la gente pensará con horror en las ciudades y en la vida urbana como en una cárcel voluntaria, con todas las consecuencias que de ello se derivan: objetivos vitales imaginarios, intereses mezquinos, pasiones artificiales, entorpecimiento del alma ante dificultades que se desvanecen en contacto con la naturaleza, una atmósfera asfixiante mantenida artificialmente. Me alegro de que mi vida se haya desarrollado casi por entero fuera de la ciudad y me gustaría que mis hijos también se mantuvieran alejados de ella.

Te mando un fuerte beso, querida mamá. Espero que sigas bien de salud y te cuides. Saluda de mi parte a Liusia.

Nº 72. 18-19 de agosto de 1936. Solovki

Querida Annulia,

ayer recibí por fin vuestras cartas del 5 y el 3 (7) de agosto, pero no me han dado ninguna alegría. En los últimos tiempos estaba como aturrido y abrumado, oprimido por una sensación angustiosa. Y ahora vuestras cartas me han aclarado la causa de ese estado de ánimo⁸⁹. Le tengo un profundo cariño al pequeño y lo siento de lejos, como antes sentía a Vasiushka y a los otros hijos. Su enfermedad me ha herido. La verdad es que me explicaba vuestro prolongado silencio precisamente por una enfermedad del niño, pero de todos modos, ahora que me ha llegado la noticia, se me ha encogido el corazón. Sólo puedo confiar en un milagro porque superar esa enfermedad a su edad es imposible. Me atormenta pensar que no he visto al pequeño, que no estoy con vosotros en un momento semejante. Es como tu enfermedad cuando nació Mik. Y estoy obligado a permanecer en este angustioso desconocimiento, recibiendo vuestras cartas, en el mejor de los casos, al cabo de diez días.

Me escribes sobre la posibilidad de visitarme. No he solicitado ningún permiso y no creo que me lo concedan. Pero aunque me lo concedieran, preferiría que no vinieses. Este año no se permiten las llamadas visitas privadas: sólo se conceden visitas comunes, es decir, la posibilidad de verse varias veces durante dos horas, en presencia de personas ajenas, en unas condiciones que convertirían esa visita en un tormento tanto para ti como para mí. Vale más no verse que verse de esa manera. Además, en estos momentos no puedes abandonar la casa, a los niños, a las abuelas, a Vasiushka. No olvides que cuando estás con ellos es como si estuvieras conmigo. (...)

Es una pena que no pueda retomar los estudios sobre el hielo. Las actividades de las que me ocupo ahora son importantes desde

un punto de vista económico, pero, en esencia, sus resultados son mucho menos valiosos de los que esperaba obtener con mi trabajo sobre el hielo. Además, aunque aquí viva en condiciones favorables, el ambiente de la fábrica es demasiado ruidoso y superpoblado y resulta imposible concentrarse en un trabajo profundo: ni siquiera por la noche hay silencio, la vida de la fábrica prosigue sin interrupciones y no puedo quedarme a solas ni siquiera a las cuatro de la madrugada, como por ejemplo ahora. Al otro lado del tabique pasea el guardián, de vez en cuando viene también un bombero. En la planta de abajo borbotea el agua hirviendo, chirría una bomba, fluye el agua, la gente va de un lado para otro, habla. A veces viene a verme uno de los trabajadores del laboratorio para pedirme alguna cosa o yo mismo tengo que bajar.

Además de las cuestiones técnicas, están las económicas. Pues, por el bien de esos mismos trabajadores, debemos mantener la producción por encima del 200% de lo previsto en los planes, para que tanto ellos como la fábrica puedan obtener distintos privilegios. Esas menudas preocupaciones administrativas, junto con la imposibilidad de quedarme a solas, consumen todas mis fuerzas y mi atención. Naturalmente, adquiero conocimientos y experiencia en esos campos, y puedo profundizar en ellos. Sin embargo, esas cuestiones no están directamente relacionadas con mis objetivos científicos; por eso, a mi edad, sólo puedo considerarlas un estorbo y una pérdida de tiempo. Por ejemplo, ¿de qué me vale estudiar los detalles de la técnica del análisis químico cuando no tengo la menor intención de especializarme en química analítica? Por otro lado, es tan imposible prever lo que va a necesitar uno que no hay más remedio que callar y aceptar el curso de los acontecimientos.

25 de agosto

Querida Olen,

por la última carta de mamá me he enterado de que el médico te ha recetado un nuevo medicamento y ha prometido un rápido restablecimiento. Sospecho que será un preparado endocrino, ya

que es lo único capaz de acelerar el crecimiento de tal o cual órgano, en este caso el corazón. ¿Te ha ayudado ese medicamento? Escríbeme también cuál es el trabajo para hacer en casa que te han prometido. ¿O la posibilidad de hacerlo en casa era sólo una hipótesis? Me tranquilizaría mucho saber que trabajas en casa, tanto por el estado de tu salud como por el hecho de que estarías con mamá.

Sería muy triste que tuvieras que abandonar la música. La sustitución de los estudios por los conciertos no es nada satisfactoria. La percepción pasiva no puede sustituir de ninguna manera la actividad propia, ya que sólo asimilamos (¡cuando asimilamos!) lo que elaboramos activamente dentro de nosotros. Pero asimilar sin más no es suficiente. «Hay más placer en dar que en recibir». Esa máxima no sólo hace referencia a las relaciones sociales, sino también a cualquier relación con el mundo: la única fuente de conciencia y conocimiento en el mundo es la actividad; sin ella, empiezan las ensoñaciones, que gradualmente se desvanecen. El hombre se encierra en su propia esfera subjetiva y, al carecer de aporte de alimento, se amodorra poco a poco, de manera que hasta los sueños se interrumpen. La encarnación es el precepto fundamental de la vida, es decir, la realización de la potencialidad propia en el mundo, la aceptación del mundo en sí mismo y la formación de materia propia. Sólo con la encarnación se puede medir la verdad y el valor de cada uno; de otro modo, ni siquiera es posible una crítica objetiva de uno mismo.

La afición a los sueños crea en nosotros un pantano en el que no hay ningún punto de apoyo, ningún *répère* (término de los geodestas), ningún criterio para determinar qué es real o ilusorio, valioso o deleznable, bueno o malo. La realización de la potencialidad, aunque sea de manera débil o incompleta, permite juzgar, corregir, avanzar; al adoptar una actitud pasiva, te quedas en la niebla de los espectros, pero también los espectros se debilitan con el tiempo, palidecen, se borran. Comienza el letargo y a la vez una profunda insatisfacción. La pasividad es muy característica de la naturaleza rusa, pero precisamente de la pasividad brota

después ese eterno descontento inmotivado, esa insatisfacción, esa oscilación entre la autoexaltación inmoderada y la autohumillación melancólica. Cuántos hombres conozco que devoran diez veces más libros que yo y que por tanto deberían acumular diez veces más reservas. Pero no obtienen ningún provecho de ellas. Esos hombres no sólo no pueden engendrar una idea nueva, sino que ni siquiera son capaces de comprender las cuestiones más sencillas, cuando se les presentan no elaboradas en un libro, sino realmente, en la naturaleza y en la vida. Ese conocimiento es peor que la ignorancia, ya que debilita al hombre y le lleva a pensar erróneamente que domina un ámbito del saber. En realidad, ningún conocimiento debe ser una burbuja autosuficiente en el alma, sino una línea auxiliar de nuestra relación vital con el mundo, de nuestro vínculo con el mundo. Lo que digo del conocimiento tiene un significado global y se refiere tanto al arte, como a la filosofía o a la vida diaria.

Hace poco he leído por primera vez la novela de Danilevski⁹⁰ *El noveno baluarte*. Hasta ahora había evitado instintivamente a Danilevski. Y me he convencido de que mi instinto no me engañaba. No obstante, no esperaba encontrar una obra literaria tan deficiente. La fábula se compone de diversos episodios, que no sólo carecen de motivación, sino que son a todas luces arbitrarios. No hay ninguna idea conductora. Los personajes son pálidos, esquemáticos. Es absolutamente imposible saber cuál es la visión del mundo del autor, aunque lo más probable es que no tenga ninguna. El lenguaje es monótono, descuidado, sin ritmo, hinchado. Ni las acciones ni las palabras definen a los personajes descritos. En lugar de ofrecer un cuadro, el autor comenta en un estilo desganado lo que piensa tal o cual personaje; es decir, sin motivación ni pruebas atribuye al personaje cualquier movimiento interior, y no hay modo de convencerse de que las cosas sean efectivamente así. Por último, se tiene una impresión angustiosa de la podredumbre, la corrupción y la vacuidad de todos los elementos de la sociedad. Todo eso sería soportable si el objetivo del autor fuera mostrar esa podredumbre. Pero ese resultado se obtiene por

casualidad; por otro lado, cualquier sentimiento elevado (en opinión del autor) se revela impotente, interiormente impotente y podrido. La heroína, luminosa, orgullosa y fuerte, se ahoga después de una serie de estupideces, sin motivación alguna. Un revolucionario se apasiona por los negocios y el mercantilismo. Un profesor idealista acaba aficionándose a especular en bolsa. Nadie sabe relacionarse con la gente que le rodea, nadie sabe actuar (excepto los estafadores).

Te mando un fuerte beso, querida Olen. Adjunto un ejemplar de cebolla de sartén (*Allium schoeno oprasum* L, de la familia de las Liliáceas) de la isla Ludeini, cogida el 16 de julio.

Nº 73. 25 de agosto de 1936. Solovki

Querido Vasiushka, (...)

14-15 de septiembre

Estoy copiando esta carta, pero me angustia el pensamiento de no haber recibido noticias vuestras. Temo lo peor y trato de no pensar. Pero es muy difícil escribir sin saber lo que sucede allí, sobre todo cuando me rondan oscuros presentimientos. Además, no tengo ningún tema sobre el que ocuparme, a no ser la naturaleza y su estudio o la literatura. Escribir sobre las personas y sus costumbres me parece inapropiado; no tengo vida personal, más allá del trabajo, y las continuas disputas no son nada interesantes. Pero me anima el pensamiento de que acaso alguna de mis observaciones sobre la naturaleza pueda resultaros útil en vuestro trabajo; me sentiría muy feliz si empleaseis de ese modo al menos una pequeña parte de las informaciones que os comunico. Al no haber recibido carta vuestra, no puedo escribir a Natasha, aunque pienso hacerlo.

17-18 de septiembre

En cuanto a las cuestiones de geocronología y de las algas, estoy profundizando al mismo tiempo en la paleobotánica, natural-

mente sólo en la medida en que me lo permite la literatura científica que puedo procurarme aquí. Desde niño me han atraído siempre aquellas plantas de las que, con una intuición misteriosa, adivinaba su antigüedad: las algas, los licopodios, los musgos, los hongos, los helechos, los líquenes. Dentro de las plantas fanerógamas siempre he preferido las monocotiledóneas a las dicotiledóneas, y todavía hoy siento dentro de mí algo así como la unidad orgánica de las monocotiledóneas. Recuerdo cómo en la más tierna infancia me atraía el ginkgo, del que no sólo desconocía su antigüedad, sino hasta el nombre. Posteriormente, cuando entré en conocimiento de ambas cosas, comprendí por qué me atraía. En general, los fenómenos naturales se intuyen mucho antes de adquirir un conocimiento teórico de ellos; ese conocimiento sólo sirve para dar forma a la experiencia directa que se tiene del mundo.

Te mando un fuerte beso, querido hijo. Espero noticias vuestras. Mandadme al menos una postal, pero lo antes posible.

Nº 73. 15-16 de septiembre de 1936

Querida Annulia,

qué difícil es vivir sin saber lo que os sucede e imaginando lo peor. A pesar de que muchos días son claros y caluroso, aquí se percibe ya con fuerza la presencia del otoño. El sol se pone pronto, las noches son oscuras, a veces hace frío, han empezado ya las tormentas y la aurora boreal. Todos nos sentimos especialmente abatidos. El trabajo, aunque ocupa todo el tiempo, no avanza a buen ritmo; en realidad, hay muchísimo trabajo y cada vez se vuelve más importante, a medida que cristalizan los proyectos que hace un tiempo, es decir, hace casi dos años, parecían infinitamente lejanos. Estamos haciendo progresos, somos conscientes de ello, pero las exigencias aumentan con tanta rapidez que siempre tenemos la impresión de no alcanzar los objetivos previstos. (...)

En las cárceles y en los campos de concentración la gente presta mucha atención a los presagios, los sueños y los presentimientos. Incluso aquellos cuya concepción del mundo rechaza termi-

nantemente todo lo misterioso se aficianan a la mística. En todo momento se oye hablar de sueños, apariciones de arañas y otros presagios. La atención que las personas que te rodean prestan a las señales tiene un efecto contagioso, sobre todo cuando oyes hablar continuamente de sueños y presagios que se han cumplido. El caso es que también yo me encuentro bajo la impresión de un sueño penoso que tuve hace unos días (dos o tres): vi a mi padre, a Valia, a alguna otra persona más y al pequeño. Le tengo mucho cariño al niño, por eso este sueño, unido a mi angustia y a tu silencio, que dura ya bastante tiempo, me ha trastornado por completo, hasta el punto de que no doy una a derechas en el trabajo. (...)

Sigo sin saber nada de Kira y de Mik. ¿Han vuelto a casa? ¿En qué condiciones y de qué humor? ¿Está satisfecho Mik? ¿Ha cambiado? ¿Ha realizado Kira la tarea que le habían encomendado? Dentro de unos días les escribiré; en esta carta ya no tengo espacio y además no quiero escribirles hasta recibir noticias suyas. ¿Dónde está mamá? ¿Ha recibido mis cartas? Y, en general, ¿en los últimos tiempos las recibís? De mí no tengo nada nuevo que decir; todo va más o menos como antes, sigo viviendo donde vivía y me ocupo exactamente de las mismas cuestiones. Estoy bien; os echo de menos. Me preocupa vuestra situación y pienso constantemente en vosotros.

17-18 de septiembre

(...) Me gustaría escribirte alguna cosa sobre los hijos, pero no puedo, ya que no sé nada de ellos. ¿Es que ninguno puede escribirme aunque sea una postal? Probablemente no te das cuenta de lo angustioso que resulta no saber absolutamente nada de lo único que me importa. Todos mis pensamientos se ocupan de vosotros. Es probable que no recibáis mis cartas. Si es así, ¿qué puedo hacer? Al menos escribidme vosotros. Yo escribo cuanto puedo, pero la expedición no depende de mí. ¿O es que no lo comprendéis? En los próximos días escribiré a los niños. A partir de ahora sólo podré enviar tres cartas al mes en lugar de las cuatro de an-

tes. Saluda a mamá de mi parte e infórmame de su estado de salud. ¿Se ha restablecido Olia o la cabeza sigue doliéndole como antes? ¿Cómo van los ojos de Mik?

Ayer estuve un rato en el bosque; los árboles están rojos, como envueltos en llamas; aquí los colores otoñales son especialmente intensos y variados. Pero estoy tan preocupado por vosotros que hasta el otoño, que tanto me gusta, me deja indiferente. Está haciendo un tiempo raro para las Solovki: a menudo luce el sol, hace calor, llueve poco y rara vez, y ni siquiera la niebla extiende su velo por el horizonte.

Un fuerte beso para ti, querida Annulia, y para todos vosotros.

Nº 76. 19 de octubre de 1936. Solovki

Querida mamá,

hace mucho tiempo que no sé nada de ti. Por fin he recibido algunas cartas de Anna y de los niños, pero tampoco en ellas he tenido noticias tuyas. Es evidente que en casa la enfermedad del pequeño absorbe toda la atención. Pienso en ti constantemente, querida madre. Me han enviado de casa algunas fotografías: de Kira, del pequeño, de Olia y de dos grupos en el bosque. Con gran pesar no te he visto en esos grupos, aunque es de todo punto natural que no pudieras ir al bosque a recoger setas con los niños.

Por extraño que pueda parecer, en este lugar recibo bastantes impresiones del Cáucaso, relacionadas con los rostros, las lenguas y la naturaleza. Sí, este paisaje septentrional recuerda en algunos lugares las mesetas de alta montaña del Cáucaso. Todo eso me impulsa aún más a pensar en ti. Mi memoria visual, a pesar de que se ha debilitado con respecto a la infancia, sigue siendo muy poderosa, de modo que puedo representarme con bastante claridad tu rostro y, además, tal como era en diversas épocas, desde mis tiempos de niño a los últimos años. Vosotros, es decir, tú, Anna y los niños no os dais cuenta de que el único hilo que me liga a la vida pasa a través de vosotros; todo lo demás sólo me in-

teresa en cuanto tiene relación con vosotros. Os parecerá extraño, ya que el trabajo me absorbe en todo momento. Pero, cuando trabajo, me siento cerca de vosotros, aunque mi trabajo os resulte poco comprensible y probablemente no os interese en absoluto. A pesar de ello, cuando trabajo pienso siempre en vosotros. Naturalmente querría que vierais sus resultados, pero no se trata de eso: me gusta pensar que el trabajo desinteresado influye de algún modo en las personas queridas, aunque no sepan nada de él.

Kira ha salido muy bien en la fotografía; está algo más fuerte, pero no ha cambiado casi nada desde la última vez que lo vi. El pequeño me ha hecho muy feliz, se parece mucho a Vasiushka cuando tenía su edad, hasta el punto de que, si alguien hubiera tratado de convencerme de que era Vasiushka, no habría tenido ninguna razón para no creerle. Los grupos han salido pequeños y borrosos, de modo que es bastante difícil distinguir los rostros, aunque he reconocido algunos. (...)

Durante el verano y el otoño los cielos han estado bastante despejados y ha habido pocas tormentas, algo poco frecuente (para las Solovki). Naturalmente, ambas cosas son muy agradables, pero a nosotros nos han creado no pocos inconvenientes, ya que las tormentas arrojan algas, nuestra principal materia prima. Durante el verano el mar casi no ha traído algas. Ahora el invierno ha llegado de repente: hay nieve (aunque se funde), hace frío y se desencadenan furiosas tormentas. En la orilla han aparecido muchas algas, pero con un tiempo semejante, por desgracia, resulta muy complicado recogerlas, y al aire libre es imposible quemarlas para obtener yodo o secarlas para una transformación compleja; el transporte por mar o tierra firme también plantea dificultades. En este lugar los vientos, como me parece haber escrito ya, son bastante habituales y además fuertes. He dado a las Solovki el nombre de Isla de los Vientos, recordando que, según las creencias de los griegos, en el lejano Norte, más allá de los hiperbóreos, se encontraba la Gruta de los Vientos, en la que los vientos vivían y de la que salían para vagar por toda la tierra. Aquí los vientos soplan, aúllan, irrumpen en las viviendas a través de

las hendiduras más pequeñas. Ahora te escribo acompañado del soplo del Bóreas, que resuena por todas partes.

Al no tener posibilidad de ocuparme de cuestiones matemáticas y físicas, y llevado también de mi eterna inclinación por la filosofía de la naturaleza, me sumerjo cada vez más en las cuestiones generales del cuadro del mundo presentado por las ciencias naturales, pero no de forma sistemática, sino con hechos, recogiendo distintos datos que llevan a una síntesis empírica. Los principales objetos de mi atención son la bioquímica y la biomorfología en relación con cuestiones geológicas y morfológicas. No obstante, por todas partes faltan datos, de manera que me veo obligado a utilizar libros casuales y, en general, material casual, es decir, el que cae en mis manos, no el que elegiría en virtud de mis deseos y mis planes.

Quizá me equivoque, pero hago este trabajo pensando en nuestros hijos, con la esperanza de que este material pueda ser instructivo para ellos. No obstante, en el fondo de mi alma me doy cuenta de que cada uno debe recoger por sí mismo el material que necesita para extraer sus propias conclusiones; el que recogen los otros, con un punto de vista determinado, normalmente queda sin utilizar. Pero así es la vida: uno se da cuenta de la vanidad de los esfuerzos, pero a pesar de ello sigue concibiendo esperanzas, en contra de su conocimiento de la vida. Tal vez este trabajo no tenga otro objeto que dar a entender a nuestros hijos que pienso siempre en ellos y que trato de ayudarlos en la medida de mis fuerzas. (...)

Nº 77. 23 de octubre de 1936. Solovki

Querida Annulia,

me alegro de que me hayas mandado una fotografía del pequeño: así lo he visto, al menos en foto. Se parece mucho a Vasiushka cuando tenía su edad, aunque es probable que ese parecido desaparezca con el tiempo. En la primera infancia, sobre todo inmediatamente después del nacimiento, suele apreciarse una se-

mejanza sorprendente con algún representante de la generaciones precedentes, que después queda anulada por los rasgos individuales. Recuerdo que cuando nació Andréi (yo estaba entonces en octavo curso, corría el año de 1889), se parecía (a juzgar por la fotografía) a mi abuelo Iván Andréievich, pero al cabo de unos días esa semejanza se desvaneció. Le tengo mucho cariño al pequeño y lamento mucho no poder verlo en la primera infancia. A esa edad del niño emana una profunda sabiduría (que se aprecia mejor cuanto más pequeño es), que sólo un hombre excepcional puede alcanzar después, y a costa de grandes esfuerzos.

24 de octubre

Oscurece enseguida. Cuando voy a comer, después de las seis, ya se ha iniciado la puesta de sol. Los colores son sorprendentes: en el cielo verde y verde azulado hay nubes purpúreas, grisáceas, violetas, bordadas de amarillo y rozadas por el rubor del ocaso. Otras nubes refulgen con tonalidades rosas. Los colores son intensos, pero no chillones, y parecen combinados a propósito. El mar, por debajo de las nubes, tan pronto es negro azulado, como grisáceo o gris azulado, cada vez de una nueva tonalidad. (...)

Te informo de que he recibido el paquete (queso, azúcar, galletas, cuadernos, sobres, papel y una bufanda); os doy las gracias, pero os preocupáis en vano: ya no tengo edad para esos mímos. Dispongo de todo lo necesario; hasta me he preparado una especie de mermelada con bayas de serbal.

He aquí un ejemplo de lo poco que se puede creer en lo que no has visto con tus propios ojos. Cuando llegue aquí y pregunté por la flora local, algunos viejos habitantes del lugar me aseguraron que en la Solovki no crecía el serbal en estado salvaje y que sólo había dos o tres arbustos cultivados, cerca de los edificios. En realidad, he descubierto que en los bosques locales, sobre todo en la parte oriental de la isla, abunda el serbal, en mucha mayor medida que en la región de Moscú; además, se encuentran ejemplares muy altos, bastante más frondosos que los nuestros, por ejemplo los de Posad. Este año la cosecha ha sido buena

y en el bosque muchos árboles se han cubierto literalmente de una coraza de coral; hasta parecen tallados en coral.

Las bayas del serbal contienen un alcohol especialmente fuerte (hexavalente), la sorbita, semejante a la mannita. He pensado en extraer una cierta cantidad de sorbita para investigar, ya que es imposible conseguirla preparada. Como ves, no dejo de ocuparme de cuestiones de biología, junto con otras de geología, y trato de acumular la más vasta experiencia posible en el ámbito de los estudios concretos de la naturaleza (concretos no sólo en el sentido de particulares, sino también en el sentido de algo que he tocado con mis propias manos y visto con mis propios ojos). Me gustaría hablaros de diversos lugares del mundo, pero no es posible hacerlo por carta, ya que necesitaría mucho espacio para que la exposición resultara comprensible.

Con respecto al pequeño, ¿te acuerdas de que tenía una sábana en la que envolvimos a Vasiushka una vez que estuvo enfermo? Ponla debajo de la cabeza del pequeño o de la forma que os parezca más apropiada. ¿Por qué no utilizar las cosas? Me parece una buena idea que te instales en el estudio, pero temo que haga frío en invierno. Enseñadle al niño diversos objetos del estudio para que se impriman en su memoria.

Te mando un fuerte beso, querida Annulia. Cuídate y no estés triste.

Nº 78. 29-30 de octubre de 1936. Solovki

Querido Mik,

he recibido tu carta y por tu descripción me imagino con tanta claridad las fotografías que no has podido enviar que ya no es necesario expedirlas. En realidad, los lugares que has fotografiado y otros semejantes no sólo los he visto, sino que puedo decir que he sido educado por ellos, de modo que los tengo siempre delante de los ojos. (...)

Cuánto me gustaría, querido Mik, que te acostumbraras a registrar tus observaciones, a acumularlas y confrontarlas; cuánto

me gustaría que aprovecharas los preciosos e irrecuperables años en los que uno tiene fuerzas y una memoria clara para enriquecerse y aprender a encontrar en el trabajo la satisfacción y el apoyo fundamental en el que cimentar toda tu vida. Me produce una pena infinita no poder seguir tu desarrollo. Mi único consuelo es que, por consideración a tu padre, trates de hacer lo que te pido. Por lo general los rusos piensan que se pueden obtener buenos resultados en el trabajo con un ímpetu improvisado. Sí, es posible que a veces ese ímpetu sea completamente necesario, pero sólo da resultados cuando viene precedido de la acumulación, de un trabajo constante e imperceptible en el que es preciso ocupar muchos años. Sin esa preparación, el ímpetu, por muy brillante que sea, da resultados poco sólidos y fiables, y lo más probable es que no se alcancen los objetivos previstos. Entonces se produce la desilusión, el desánimo y las dudas sobre el propio objetivo: tal es el destino habitual de la mayoría de nuestros compatriotas. Por eso repito siempre que es necesario trabajar con tenacidad y constancia para evitar, más tarde, fracasos y ataques convulsivos cuando llega la hora de sacar conclusiones.

En esa fase preparatoria se necesita, ante todo, dominar los medios auxiliares fundamentales de cada trabajo, que son: 1) acostumbrarse a realizar un trabajo sistemático y a ahorrar tiempo. 2) Acostumbrarse a fijar lo que se ha hecho, para lo que se necesita un registro detallado y sistemático. 3) Dominar el idioma, desplegar un lenguaje preciso, compacto, correcto y elegante. 4) Conocer lenguas extranjeras, al menos para poder leer libros. 5) Dominar los métodos de elaboración matemática de los datos de la experiencia. 6) Dominar la técnica de la fotografía. 7) Saber diseñar y dibujar, no como un artista, pero al menos con soltura, corrección y cierta elegancia. A esas habilidades añadiría otras, también necesarias, pero hoy día más difíciles de obtener, como son el conocimiento de lenguas antiguas, el conocimiento de la historia en general y de la ciencia y de la técnica en particular, el dominio de los conceptos filosóficos fundamentales, el conocimiento del arte.

Y (lo pongo aparte a propósito, para subrayarlo) tener una idea clara de los objetivos que se persiguen en cada trabajo: al trabajar, hay que saber para qué se trabaja, qué es lo que se busca; y para saberlo, se necesita comprender claramente qué cuestiones hay que resolver en un momento determinado y, en la medida de lo posible, centrarse en ellas. Por cuestiones concretas no entiendo necesariamente las que alguien ha señalado, sino, sobre todo, las que esperan solución, aunque nadie haya hablado de ellas: cada uno debe saber buscar por sí mismo las cuestiones más actuales y urgentes. (...)

Nº 81. 22 de noviembre de 1936. Solovki

Querida Annulia,

ha llegado el verdadero otoño de las Solovki. El hielo tan pronto se compacta como se funde. Hay barro. Soplan rachas frías de viento del norte. Inesperadamente el cielo se aclara y se cubre de unas tonalidades delicadísimas y maravillosas. Ya se acercan los días en que «un amanecer se apresta a sustituir a otro», como en verano, pero al revés. Hoy, a eso de las nueve de la mañana iba de camino a la Fortaleza. El cielo, de ese color verdoso que tanto me gusta, se vislumbraba a través de una red de nubes rosas, lilas y de un gris rosado. En esos días me siento especialmente triste. Me acuerdo de vosotros. Parece que lo único que puedo hacer por vosotros es dibujar aquellas algas que me han gustado especialmente. En esta carta os envío una en diferentes tomas, es decir, con distintos aumentos: se trata de un alga calcárea de la familia de las coralinas. Por desgracia, no puedo determinar su especie botánica, pues carezco de un tratado apropiado. Hace unos días recibí una carta de mamá. En la respuesta incluí también unas letras para Kira y para Mik. Me acuerdo a menudo de nuestro encuentro en Skovorodinó, de cómo fuimos al apartamento y te ayudé a lavarte después del viaje. Han pasado tres inviernos desde entonces y sigo sin poder verte.

23-24 de noviembre

Si al menos estuvierais animados, gozarais de buena salud y tuvierais una situación próspera. Pero el caso es que no tengo ninguna certeza de lo primero ni de lo segundo ni de lo tercero. En particular me preocupa Kirill. Me dices que está triste y que desconoces la razón. También me comentas que no estudia con la suficiente aplicación. ¿Es eso cierto? Es posible que esté cansado del trabajo de la semana y aproveche el día libre para descansar.

En lo que respecta a Mik, estoy seguro, en lo más profundo de mi corazón, de que su alejamiento de las ocupaciones serias es temporal y que cambiará radicalmente. Quizá sea mejor que pase más tiempo al aire libre y no se canse demasiado, dado su carácter excesivamente nervioso y su debilidad. En cualquier caso, me gustaría que Mik acumulase más impresiones concretas de la naturaleza, del arte, de la lengua. Es muy importante, cuando se accede a las ocupaciones serias, tener ya un bagaje de percepciones, para no adquirir una formación vacía, basada en conceptos abstractos. Cuando se dispone de esa reserva de imágenes concretas, de colores, de olores, de sonidos, de gustos, de paisajes, de plantas, etc., esa reserva puede adquirir forma fácilmente y proporcionar un terreno firme para las construcciones abstractas. Si no se dispone de esa reserva, si los conceptos no se acompañan de imágenes, si la abstracción es sólo abstracta, entonces carece de cualquier valor y es más perjudicial que útil para el desarrollo de la mente, pues se convierte en un dogma mortífero que oprime el espíritu, lo priva de libertad y de capacidad creativa. Será un sistema en el peor sentido del término. *Systemglaube ist Aberglaube*, dijo Novalis: la fe en el sistema es superstición.

Los hombres de los tiempos nuevos, a partir de la época del Renacimiento, se han contagiado cada vez más de fe en el sistema, sustituyendo el sentimiento de la realidad por fórmulas abstractas que ya no tienen la función de símbolos de la realidad, sino que se convierten en un sucedáneo de ella. Así, la humanidad está inmersa en el ilusionismo, en la pérdida del contacto con el mundo y en el vacío, que inevitablemente ha llevado al tedio,

al desánimo, al escepticismo corrosivo, a la ausencia de sentido común. Un esquema, en cuanto tal, si no está controlado por una viva percepción del mundo, ni siquiera puede someterse a una verificación seria: cualquier esquema puede ser bueno, es decir, estar construido de una forma satisfactoria. Pero la concepción del mundo no es el juego del ajedrez, no consiste en construir esquemas en el vacío, sin el apoyo de la experiencia y sin tener la vida como objetivo primordial. Por muy ingeniosa que sea su estructura, sin esa base y sin ese fin cualquier esquema carece de valor. Por eso considero completamente necesario adquirir en la juventud una percepción concreta del mundo y darle forma sólo en una etapa más madura.

Naturalmente, me gustaría ayudar a Mik a profundizar en lo que ve con sus propios ojos, pero eso no es lo más importante: espero que lo haga por sí mismo a su debido tiempo.

Te mando un fuerte beso, querida. Aquí ya no se está nada bien: el viento sopla, silba, aúlla, y ráfagas frías atraviesan la habitación. Pienso en vosotros aún con mayor fuerza.

Querida Olen,

son las tres y media, estoy escuchando el viento (es casi el más fuerte, según dicen tiene fuerza diez) y me viene a la memoria una tarde en Batumi, cuando tenía unos cuatro años y medio. Vivíamos junto a la vía del tren, que en aquella época atravesaba la ciudad, muy cerca del generador, en casa de los Aivazov. En esa época, por alguna razón, me atraían mucho las pinturas al óleo, mientras las acuarelas me parecían algo ya conocido y experimentado. Mi padre consiguió algunos tubos y, a petición mía, se puso a pintar sobre una piedra marina blanca y lisa. ¿Qué pintaba? Naturalmente flores⁹¹. En aquella época yo sólo reconocía los dibujos de flores. Le había pedido que dibujara una guirnalda de nomeolvides y de ranúnculos.

Ya era tarde cuando empezamos. Él pintaba; yo estaba a su lado y contemplaba su labor. La representación era menuda y requería mucho tiempo. La tía Yulia (mi tía) trató varias veces de

llevarme a la cama, pero mi padre no decía nada, viendo que no quería irme. La tía decía: «Ten cuidado no vuele tu sueño». Miré por la ventana y vi una chispa, que probablemente procedía de una locomotora. Y la tía comentó: «Mira, es tu sueño que ha volado». Aunque me quedé un poco asustado, al mismo tiempo me alegré: si el sueño había volado, no había razón para irse a la cama, pues el sueño no regresaría en ningún caso. De modo que me quedé con mi padre hasta bien entrada la noche, probablemente hasta las dos, hasta que terminó la guirnalda.

Recuerdo con enorme nitidez ese episodio, como si hubiera sucedido ayer y no hace medio siglo. El pasado no se pierde, se conserva eternamente en alguna parte y de algún modo; sigue siendo real y actuando. Es algo que percibo a cada paso, los recuerdos se alzan ante mis ojos como cuadros claros y distintos. Y los límites se confunden: ¿dónde está mi padre, dónde estoy yo, dónde estáis todos vosotros, dónde está el pequeño? Sólo en los libros se definen con precisión los límites de la personalidad; en la realidad todo está entrelazado de manera tan estrecha que las distinciones sólo son aproximadas y se produce un trasvase continuo de una parte del todo a otra. También yo ahora, a pesar de mi lejanía, estoy siempre con vosotros.

Un beso para ti, querida. No te olvides de escribirme. Saluda de mi parte a la abuela.

Nº 81. 24 de noviembre de 1936. Solovki

Querido Kirill,

pienso continuamente en ti. Cómo me gustaría alegrarte de algún modo y aligerar tu trabajo. ¿Y sabes qué me impulsa a ello? La fuerza de los recuerdos. Tengo esta característica: encarar con buen ánimo y sin preocupación el futuro, confiando en la creatividad de la vida, sin hacer planes y sin ponerme a adivinar qué ocurrirá en un futuro lejano; pero el pasado me aterra. Sí, me dan estremecimientos los raros acontecimientos que conservo en la memoria, que han pasado hace mucho tiempo y que han terminado bien. Se alzan ante mis ojos y queman mi alma como heri-

das. Pasan los años, muchos años, pero el recuerdo de esos acontecimientos no sólo no se atenúa, sino que parece agudizarse aún más.

Por ejemplo, me acuerdo de cuando te bebiste todo el frasco de gotas de menta de Vasia, con aceite de canela y algún otro producto dulce; luego trepaste a un árbol y, presa de una gran agitación, te pusiste a gritar como un gallo; recuerdo que a duras penas conseguí que bajaras, te di magnesias y te llevé al hospital provincial.

También me acuerdo de una vez que fuimos de caza. Tú te cansaste y no querías seguir caminando; yo tuve miedo de que te congelaras y te llevé a hombros: estábamos en la carretera de Deulino. Y también de aquella vez en que estuviste a punto de caerte en una fosa llena de agua, en el jardín Lavrski, cuando caminábamos de noche por el barro resbaladizo. ¿Recuerdas cuando te hiciste un cigarrillo con hojas trituradas y te quemaste todo? Me vuelven a la memoria tus partidas de caza, y de nuevo me gana la preocupación, aunque hayas regresado hace mucho tiempo. También me acuerdo de cuando te pusiste enfermo siendo niño: te picaba todo el cuerpo por una razón desconocida, probablemente nerviosa, y no se podía hacer nada por ayudarte. Me preocupan tus viajes, el del año pasado y el de este año.

Todos esos acontecimientos pasan delante de mis ojos, incluso cuando trabajo y estoy muy atareado. En parte eso se debe a que todos mis pensamientos se ocupan de vosotros, al menos los que albergo en lo más profundo de la conciencia. Recuerdo con terror el día en que naciste. Hacía un frío espantoso, yo estaba enfermo, no podía acompañar a mamá al hospital y la llevó el tío Sania. Luego te trajeron a casa, en medio de una fuerte helada. ¡Cuántas posibilidades para que todo saliera mal y qué pocas para que saliera bien! La vida me recuerda una frágil vela que arde durante un violento temporal. Lo más sorprendente no es que permanezca siempre encendida, bajo cualquier circunstancia, sino que el viento no la apague inmediatamente. Teóricamente se puede ver en esa circunstancia una demostración evidente de que

la vida en su conjunto es más fuerte que todos los elementos del mundo. Sin embargo, no es una verdad muy consoladora, aun siendo muy importante para la concepción general del mundo, pues nosotros no amamos la vida en general y en su conjunto, sino sus manifestaciones particulares y específicas: un ser concreto, cuya muerte no se justifica por el hecho de que la vida en general se conserve. (...)

Nº 82. 26 de noviembre de 1936. Solovki

Querida Annulia,

hoy he recibido tu carta Nº 31 del 12 de noviembre. Tiene un tono gris y triste. Naturalmente, comprendo que vuestra vida no resulta fácil, en particular la tuya. No obstante, tienes muchas alegrías que no aprecias lo suficiente; es claro que las tienes porque, si no las tuvieses, te entristecerías. Lo que menos entiendo es que hayas podido escribir que experimentas un sentimiento de inutilidad. Eres tú quien mantiene la casa y a través de ti se entrelazan todas las relaciones familiares. No sólo lo digo yo, sino todos los que conocen nuestro hogar. En esas circunstancias, hablar de inutilidad significa tergiversar por completo la realidad. No se trata de dar a los hijos indicaciones sobre aspectos particulares de sus trabajos y sus estudios, ya que ellos mismos encontrarán soluciones a las cuestiones que se les planteen, sino de crear una atmósfera común en casa. Me disgusta que trabajes y te fatigues en exceso, pero no sé cómo ayudarte. Trata de distribuir algunas tareas entre los demás. A los niños no se les harán pesadas y hasta les ayudarán a acostumbrarse a esas labores y a otras, así como a fortalecer el sentimiento de las relaciones mutuas.

He recibido la fotografía del pequeño. Se parece mucho a Vasiushka; lo que más me gustaría es que gozara de buena salud. ¿Habéis encontrado ese pajarillo de madera de Vasiushka que estaba colgado en su cuna? Si lo habéis encontrado, limpiadlo, repasad la pintura y ponédselo al pequeño. Me gustaría que, en la medida de lo posible, las condiciones de su infancia fueran las mismas que las de Vasiushka. Me hago cargo de que es imposible

reproducir muchos detalles, pero a veces las cosas insignificantes proporcionan más satisfacción al niño que las importantes. En cualquier caso, tú te acordarás mejor que yo de las particularidades de la infancia de Vasiushka y podrás recrear algunas de ellas para el pequeño. (...)

2-3 de diciembre

Trato de trabajar lo más que puedo, sobre todo para resistir interiormente. La obligación de estar siempre con gente, de ver y estar en contacto con personas por las que sólo siento repugnancia, la imposibilidad de aislarme, concentrarme y meditar sobre cualquier cuestión en profundidad, los innumerables inconvenientes que surgen de la discordancia entre las tareas y los medios de que dispongo para realizarlas: todo eso ha afectado a mi sistema nervioso hasta desquiciarlo. No hay remedio posible; la única solución, si alguna hay, es sumergirme en el trabajo, aunque no sea tan profundo y útil como podría serlo en otras condiciones.

Sólo por vosotros trato de aguantar, sólo el deseo de veros algo satisfechos me da fuerzas. Pero el caso es que os veo angustiados y desanimados, sin que además pueda hacer nada por vosotros. La única noticia alegre que he recibido de casa ha sido el nacimiento del pequeño, aunque ha estado acompañada de tantas complicaciones que no he podido disfrutar plenamente de ella. Tanto tú como nuestros hijos me preocupáis, cada uno a su manera. Quizá, inmerso en el fondo oscuro de mi estado de ánimo, exagero sin darme cuenta; pero no puedo dejar de preocuparme. Cuando alguna rara vez consigo quedarme relativamente solo, en medio de la naturaleza, esa preocupación se desvanece un tanto, pero cuando vuelvo a verme rodeado de gente, se exagera de nuevo.

5-6 de diciembre

Me estaba preparando para ir a enviar la carta, pero no conseguía encontrarla; he estado buscándola en vano durante tres horas. No obstante, tenía que encontrarla a toda costa, ya que no

disponía de tiempo para escribir otra, pues hay que expedirla mañana; además, es posible que para la próxima carta ya no haya comunicación por barco. Comienza nuestro letargo invernal: se interrumpe la navegación, quedamos aislados del resto del mundo, invernando en medio de los hielos. Tanto me ha costado encontrar la carta que ya pensaba: se ha perdido porque la he escrito sin atención y sin cuidado. Probablemente porque tengo un poco de gripe, no mucho, y mi conciencia se halla algo debilitada. Por tanto, no prestes demasiada atención a las últimas líneas. (...)

Te mando un afectuoso beso y te pido que seas fuerte, estés alegre y cuides de mis hijos y del pequeño. Saluda a la abuela y a An. F. ¿Ha recibido mi carta S. Iv.? Otro afectuoso beso.

Nº 82. 25 de noviembre de 1936. Solovki

Querido Mik,

acabo de regresar de una pequeña excursión. Ayer por la tarde me encargaron que diera una conferencia en una de las estaciones, en la parte oriental de la isla, a diez kilómetros de la Fortaleza. Salí a las siete de la tarde, es decir, en plena noche, ya que aquí oscurece enseguida. Pero el cielo estaba despejado, helaba, la luna brillaba con fuerza, de manera que, a pesar de mis débiles ojos, caminaba con ligereza y facilidad, con mi gran bastón de serbal, como de costumbre. El camino atravesaba el bosque y después los pantanos. Hasta hace poco era difícil atravesar esos pantanos incluso de día. Ahora han hecho un corredor de arena, que además está completamente helado. Es una zona deshabitada y no me encontré con nadie a lo largo de todo el camino.

Por la tarde di dos conferencias y a la mañana siguiente otra más; naturalmente, todas sobre las algas y la industria de las algas. He hablado ya tantas veces de esas cuestiones que corro el peligro de convertirme en un gramófono. Por eso trato de variar el enfoque, el esquema y a veces hasta el contenido, para que esa actividad sea interesante también para mí. A los compositores de música clásica les gustaba escribir variaciones sobre los temas; yo también hablo con variaciones, en tiempos y tonalidades diversas.

El jefe de la estación, un armenio de Tbilisi, me ofreció diversas provisiones del Cáucaso: queso, miel, nueces, manzanas y hasta *kaimak*⁹², del que comí hasta hartarme; luego me calenté en el barracón, que estaba muy caldeado. Juntos recordamos el Cáucaso, diversos lugares y alimentos.

He recogido en la orilla del mar algunas algas interesantes que he metido en mi bolsa, sin la que no doy un paso. El mar empieza a helarse; se ha cubierto de una fina capa que la marea y las olas arrojan a la orilla, de modo que el agua está cubierta de la llamada «grasa», es decir, una especie de posos de cristales de hielo. A causa de esos cristales el agua se vuelve más espesa y recuerda la grasa de cerdo cuando cuaja. También el oleaje adquiere una forma característica. Las ondas ya no forman crestas, no rompen ni se desploman, sino que llegan a la orilla lentamente, como a desgana, dejando en ella una parte de su hielo. Por esa razón, a lo largo de la orilla se forma una franja blanca, que en un principio puede tomarse por nieve, pero pronto salta a la vista que se trata de otra cosa, pues sólo cubre una franja larga y estrecha, mientras el resto de la superficie sigue desnuda.

Con ese hielo están mezcladas las algas, arrojadas a la orilla por la marea, ya heladas por encima y convertidas en una masa informe. Recogerlas entraña dificultades: primero hay que romper la costra de hielo; además, el viento frío atraviesa la orilla y los pies se hunden en las algas, bajo las cuales se extiende el agua fría. En algunos puntos, rodeadas por esa grasa, se balancean perezosamente las «tortitas»: se llama así a unos discos de hielo, completamente redondos, del tamaño de una tortita, que se forman cuando el primer hielo se funde en una única masa. Nunca había visto esas tortitas en el mar. Creo que el nombre es muy apropiado, pues transmite bien el aspecto que tienen esas formaciones heladas.

He recogido algunas algas, pero sin seleccionarlasm, casi al azar: con guantes es imposible escoger las algas húmedas y resulta bastante incómodo, si son especies delicadas; y sin guantes, con el viento que hace, se congelan las manos.

En el camino de regreso, junto al sendero, a unos cuatro metros de mí, vi una perdiz nival. Estuvimos mirándonos largo rato, de manera que pude contemplarla a mi antojo. Es un ave maravillosa, blanca como la nieve o como porcelana de calidad, muy elegante, con bonitos ojos oscuros, muy lisa, como torneada o modelada, y no tenía ningún miedo.

Te mando un beso, querido Mik. No disgustes a tu madre y no te olvides de tu padre. Otro beso.

Querida Olen,

hoy, primero de diciembre, me ha llegado desde el «rincón rojo» el sonido de la radio. Transmitían un concierto que ha atraído mi atención. El comienzo no lo he escuchado. Era una obra compleja y muy pura, de gran maestría, pero, en esencia, primitiva y bastante pobre. Se me ocurrió compararla con el cincelado de la plata o la talla de la madera de un notable artesano del siglo XVII. Durante mucho tiempo no pude comprender qué pieza estaban tocando. Sólo al final de la representación la reconocí: el primer concierto de Hamburgo de Bach. Entonces me dije que había dado una definición correcta.

Bach siempre me ha parecido un artesano. No debes entender esa palabra en un sentido peyorativo. Siento una gran estima y admiración por los artesanos, sobre todo los antiguos; y diré más, me gustaría mucho ser un artesano. Pero para eso hay que tener una constitución espiritual muy particular: costumbre y experiencia forjadas durante generaciones a lo largo de los siglos; maestría sin arrebatos ni inspiración, o, mejor dicho, sin una inspiración momentánea; un trabajo que el maestro puede comenzar e interrumpir en cualquier momento sin menoscabo de la obra.

Probablemente se trata del tipo más saludable de labor creativa, pues fluye en todo momento por cauces definidos, sin sufrimientos, sin búsquedas, sin romanticismo, sin lágrimas y sin éxtasis, con una tranquila serenidad en la propia mano, que sabe por sí misma lo que debe hacer. Es genial, pero sin el menor estremecimiento, como las cajitas de Afoni⁹³, aunque en este caso las

cajas se han convertido en auténticas casas. Esa maestría despreocupada está infinitamente lejos del espíritu de nuestra época, donde todo se basa en la sinceridad dolorosa y el desconcierto o bien en el deseo de crear algo distinto de lo que han hecho otros; de ver, aturdir, golpear y, en medio de ese terror, poder seguir como por casualidad un camino ya trazado por otros.

Se ve enseguida que Bach, como Afoni, es un representante de los tiempos antiguos porque no teme la repetición, ni en sí mismo ni en los demás. Crea su sólida mercancía, convencido de su excelente calidad, seguro de que el cliente quedará satisfecho. Conoce la fuerza de su maestría, pero al mismo tiempo no percibe su obra como un hijo cuya personalidad es irrepetible e insustituible, sino como un buen producto que conservará siempre su valor y que, además, puede ser sustituido por otro, aunque tal vez de menor calidad. Es el extremo opuesto de Beethoven (para hablar de grandezas más o menos parejas).

Pero me he puesto a hablar de Bach y me he quedado sin espacio. Escíbeme de qué te ocupas ahora, cómo va tu salud, cómo te sientes.

Te mando un fuerte beso, querida Olia.

Querida Tika,

detrás del tabique de madera, nuestro vigilante nocturno, un profesor de gimnasia, se dirige a alguien, no sé a quién. Me asomo a la puerta (son ya las dos de la madrugada) y veo que habla con un gato que tiene en el interior de la chaqueta. Cuando le pregunto que con quién está hablando me responde que con un gato, porque le recuerda a su hijita de un año, a la que acariciaba del mismo modo y a la que llevaba siempre en brazos, aunque ella quería que la dejara en el suelo. Yo me acordé entonces de mi hijita, a la que también llevaba en brazos y que tenía miedo del bosque. ¿Todavía te da miedo? ¿Sigues jugando con tus muñecas o ya no te ocupas de ellas? Tal vez dentro de poco pasen a tu pequeño sobrino. Yo todavía me acuerdo de las mías y siento nostalgia de ellas, sobre todo de la muñeca Yulia, que me gustó tanto

cuando la vi en la tienda que tuvieron que comprármela, a pesar de que tenía rota una parte del cuello. Para esa muñeca no sólo cosía vestidos, sino que bordaba, tejía, hacía continuamente la colada; en definitiva, la cuidaba lo mejor que podía y hasta le preparaba la comida.

Te mando un fuerte beso, querida Tika. No te olvides de tu padre.

Nº 84. 18-19 de diciembre de 1936. Solovki (...)

19-20 de diciembre de 1936. Solovki

Querida Olen,

estoy preparando para vosotros y para mí un herbario de algas que pego en un grueso libro, añadiendo la clasificación cuando es posible. Al ocuparme de esa tarea, pienso en vosotros. No obstante, las algas son más bellas e interesantes cuando están húmedas; secas pierden su fascinación, aunque pueden recuperarla hasta cierto punto poniéndolas en agua.

Estos días he releído un volumen de Turguéniev, sus novelas cortas y relatos. Y mi impresión es exactamente la misma que tuve en la primera infancia. Resulta incluso sorprendente (aunque, teóricamente, hace tiempo que estoy convencido de que debe ser así) comprobar hasta qué punto son firmes y justas las valoraciones infantiles, al menos así las reconocemos en la vejez. Dado que de vez en cuando te escribo consideraciones relativas a la literatura, te diré unas palabras sobre Turguéniev.

Si se comparan sus obras con las de otros escritores rusos, salta a la vista su elegancia, que es una clara influencia de los franceses. No obstante, a pesar de que Turguéniev pasó mucho tiempo en París, su elegancia está desprovista (por completo) de la auténtica agudeza francesa, tiene un sabor provinciano e incluso (alguna vez) denota mal gusto. Son obras de salón, pero sin la perfección de los salones. La falsedad de los salones debe llevarse al límite y al extremo para que sea justa a su modo; de otra manera, si se mezcla la recitación elevada con la voz del corazón, se obtie-

ne el resultado de un actor mediocre. El lenguaje es refinado, por regla general puro; en general, son obras puras. No obstante, anoto aquí algunas torpezas (tomadas al azar): 1) *Basta*: «Cuando se está penetrado de esa conciencia, cuando se ha probado esa mela-za, ninguna miel parece dulce». 2) *El brigadier*, VII: «El lisiado es un hombre estrafalario, un idiota». 3) *El rey Lear de la estepa*, XIII: «El sacristán... salió, soplando el incienso en el viejo candelero de cobre» (se soplan los carbones, y en un incensario). 4) *El primer amor*: «Pasadas las once se sirvió la cena, que consistió en un trozo de queso seco y viejo... Hasta mí llegaba... el olor denso y húmedo de la noche». Especialmente floja es la obra *Basta*, que parece el ejercicio de un alumno de cuarto curso con pretensiones filosóficas. Naturalmente, esas y otras torpezas no pueden privar a Turguénev del lugar que ocupa en la literatura rusa: Turguénev es Turguénev, pero hasta el sol tiene manchas. En particular, querría hablarte de su intuición primaria, es decir, de ese impulso originario y semiinconsciente que trata de encarnarse en una imagen y estimula la creación. Es evidente que Turguénev es un creador, no un artesano. La intuición primaria se puede reconocer en la aparición continua, aunque bajo las formas más diversas, de una misma idea, de un mismo sentimiento, de un mismo esquema. La intuición primaria es inexpressable en sí misma, pero simbólicamente se fija en una u otra impresión, aunque sólo de manera simbólica, es decir, no hasta el final; precisamente por eso, tratando de expresarla de la manera más plena, la conciencia pasa de una impresión a otra, de una imagen a otra, sin agotar nunca la serie, sin contentarse nunca plenamente con cada uno de sus elementos. Esa serie se inicia con las imágenes primarias, elementales desde el punto de vista de su análisis y absolutamente directas y carnales desde el punto de vista de los sentidos. Esas imágenes primarias —el color, el olor, el gusto, las sensaciones táctiles, etc.— empiezan después a dividirse (cariocinesis), a crecer, a fundirse en imágenes más complejas; poco a poco emerge una construcción en contrapunto en la que se repiten siempre los mismos temas iniciales, que tratan de expresarse, si no en frases ais-

ladas, al menos en construcciones enteras, con la insistencia de su repetición. La intuición llama, llama continuamente, tratando de pasar de las tinieblas de la vida subconsciente a la conciencia, de las estrecheces de lo subjetivo al mundo objetivo, para convertirse allí en una fuerza moldeadora.

La intuición primaria de Turguéniev está ligada directamente a la imagen de la mujer-dominadora, a un tipo de mujer orgullosa y poderosa, que lo pisotea todo y se complace en la destrucción, cuando consigue causarla y cuando es lo bastante fuerte para imponer la idea de la sumisión; o, por el contrario, que muere en cuanto se aparta del camino de la sumisión absoluta, en cuanto se vuelve un poco más humana. No existe una tercera posibilidad: o la mujer lo destruye todo o muere ella misma, en cuanto deja de ser esa fuente de destrucción. Es vampiro (Ellis), asesina (Colibrí), diosa de un petimetre (Eulampia), etc.; en caso contrario la mujer muere obligatoriamente (Susana, Asia, Sofía, Emilia, etc.). Si recuerdas la relación de Turguéniev con Viardot García⁹⁴ en la que él, noble, hombre de cultura y propietario rico, se ve obligado a aceptar la posición humillante de mantenido, entenderás que las imágenes de Turguéniev contienen una proyección inconsciente de su autobiografía; precisamente una proyección, es decir, una profecía, una predicción sobre sí mismo. Las imágenes de un artista son ondas anticipadoras de los acontecimientos de su vida personal. Pero ¿dónde está la raíz de las imágenes de Turguéniev? Lo más que podemos remontarnos es a su madre, una propietaria autoritaria, despótica (y probablemente fascinante), que sometía y dominaba a todos, incluido a Iván Serguéievich. Esa impresión temprana fue probablemente una de las expresiones más concretas de la intuición primaria. Podrían buscarse otras intuiciones aún más primarias en sus obras, pero no las tengo a mano.

Te mando un fuerte beso, querida Olen. ¿Ves de vez en cuando a El. Mitr? Respecto al alemán y al francés: lee más, aunque no comprendas todo, pero no debes adquirir compromisos con respecto a las clases, pues sería una nueva muestra de falta de mo-

deración e incapacidad de refrenarse. La sabiduría consiste en saber ponerse límites, mientras lo ilimitado sólo conduce al caos. Un beso.

Nº 85. 23 de diciembre de 1936. Solovki (...)

Nº 85. 23-24 de diciembre de 1936. Solovki

Querida Natasha,

las fotografías del pequeño que me ha mandado constituyen un gran consuelo en mi soledad. Gracias a ellas puedo seguir su crecimiento y su desarrollo. En cada fotografía el pequeño aparece bajo un aspecto nuevo. Según muestran las del mes de noviembre, ya ha adquirido una expresión precisa y, por lo visto, la capacidad de controlar los movimientos a su antojo. Me gusta mucho el niño y estoy plenamente satisfecho; lo único que pido es que crezca sano. A las personas que ven conmigo las fotografías también les gusta mucho. No las tengo expuestas, pues me desagradaría que las mirara cualquiera que entrara en mi habitación. En estos momentos podría decirse que vivo como un ermitaño, pues no salgo nunca, aparte del paseo cotidiano hasta la Fortaleza para la comida y el paseo hasta la Fortaleza, cada dos días, para desayunar. Cada dos días porque, con intención de distribuir mejor la comida a lo largo de la jornada y ahorrar tiempo, me he puesto de acuerdo con un amigo para traer el desayuno «a casa» y lo hacemos por turnos.

Me pregunta usted por la alimentación del pequeño. Creo que no es conveniente dejar de darle el pecho, pero hay que añadir alguna otra cosa. En primer lugar porque así dispondrá de una alimentación más variada y abundante y en segundo porque se acostumbrará al alimento que tendrá que comer en un futuro, de modo que ese paso no será muy brusco. No es oportuno dar ese salto en verano; además, teniendo en cuenta sus problemas de digestión, sería arriesgado. Me parece que también sería conveniente darle zumo de zanahoria (raspar las zanahorias y exprimir, filtrando con un paño limpio). En cualquier caso, pídale con-

sejo al médico. Creo que eso le ayudaría a regular la digestión y, además, le aportaría vitaminas. Cuánto lamento no poder ver su desarrollo y que el niño no se acostumbre a mí. Pero ¿qué puede hacerse?

¿Sigue estudiando inglés? Salude de mi parte a su profesora. Se equivoca usted al abandonar la música: debe tocar todos los días, aunque sea un poco; de ese modo, también el pequeño se acostumbrará a los sonidos. Tóquele obras de Bach y de Mozart, para que se empape de sus ritmos. Es una pena que en nuestra casa, a pesar de mis esfuerzos y mis convicciones, no toque nadie: sería algo muy importante para el equilibrio psicológico.

Le deseo lo mejor. Espero que goce de buena salud y que esté bien. Cuide de mi nieto.

23-24 de diciembre de 1936 (más exactamente 24, pues son ya casi las cuatro). Solovki

Querido Kirill,

espero con impaciencia que me informes de tus conversaciones con V. Iv. referentes a tu trabajo. Escríbeme con detalle lo que debes hacer y si puedo ayudarte de algún modo. Aunque debes tener en cuenta que aquí carezco de los libros necesarios. No obstante, tal vez pueda encontrar algo útil. En la carta que le escribí a mamá hallarás detalles sobre mi vida; no tengo nada nuevo que comunicarte, pues mi existencia es monótona, los días se suceden idénticos o, mejor dicho, soy yo quien ha perdido el ritmo de los días y de las noches, y el tiempo se arrastra como una única línea continua e ininterrumpida.

Schelling, en su *Philosophie der Mythologie*, establece la diferencia entre el concepto de *Geschichte* y el de *Historie*. *Geschichte* es el simple devenir (*Werden*), la sucesión de acontecimientos no encauzados en una dirección determinada y que, por tanto, no dan una percepción del tiempo en el sentido estricto de la palabra. La *Historie*, en cambio, se define como una sucesión de acontecimientos que, al desplegarse, conforman un dibujo inmanente, una idea. Yo vivo en la *Geschichte*, en un tiempo prehistórico, y hasta

me desagrada pensar en la Historia. Es una situación semejante al «idiotismo de la vida en el campo». Idiotismo viene de ἰδιωτης, idiota, cuyo significado originario no era débil de mente, sino persona privada que no participa en la vida histórica, que vive en sí mismo, sin vínculos con la sociedad. Se diría que no cabe mejor suerte que la del idiota, sobre todo si es posible idiotizarse hasta el fondo, es decir, convertirse en un auténtico idiota.

Paso mucho tiempo ante el microscopio. Y a cada paso redescubro una verdad conocida desde la infancia, a saber, que cuanto más se profundiza en el microcosmos más se encuentra la misma complejidad que en el macrocosmos. A veces nos parece que nos acercamos a algo más sencillo, pero es una impresión debida a la insuficiencia de los medios técnicos o a la superficialidad. En realidad, si tomamos la experiencia real y no los esquemas y la fantasía, las dificultades no disminuyen al reducirse las dimensiones, sino que son sustituidas por otras. Sucede como en un bosque: cuanto más te adentras en él, más lejano parece el final y aparecen nuevos troncos que antes estaban ocultos a la vista. Las filas [paralelas] no se encuentran nunca: tal es la generalización del mundo que nos es accesible; lo complejo no es el *posterius* lógico de lo sencillo, sino que es inseparable de él, pues a él se une en el concepto de todo. El todo, por tanto, es tan sencillo como complejo y tan complejo como sencillo. «El todo es antes que sus partes» (ontológicamente antes), pero no existe sin complejidad, es decir, sin partes. Y las partes no existen sin el todo, es decir, simplemente como tales. Los átomos, los electrones y las restantes partículas son muy útiles; pero en cualquier caso no son el resultado de la experiencia directa, sino una invención, una idea reguladora, y esa idea va cada vez más lejos, en la medida en que se desarrolla la experiencia. Por eso todo el mundo se ocupa ahora de ciencias físico-químicas.

La verdad es que no siento la menor simpatía por todos esos esquemas, aunque reconozco que son imprescindibles para nosotros, tal vez a causa de la debilidad de nuestro pensamiento. No obstante, las mentes verdaderamente grandes, como por ejemplo

Faraday, Pasteur y otros, no han tenido necesidad de esas construcciones y han edificado su ciencia sin ellas. Hasta me atrevería a decir que esos esquemas desmaterializan el mundo; son muy útiles porque ayudan a esquematizar los fenómenos, pero al mismo tiempo, y precisamente por ello, llevan por un camino errado, crean la dañina y perniciosa costumbre de sustituir lo que uno observa realmente por un esquema abstracto y una ficción de orden abstracto.

Te mando un fuerte beso, querido hijo. Espero que estés bien y goces de buena salud. Escíbeme. Espero noticias de tu trabajo.

Nº 86. 3-4 de enero de 1937. Solovki

Querida Annulia,

me habría gustado escribiros de noche, en el momento en que empezaba el primer día del año nuevo, pero no ha sido posible. No obstante, me he acordado de vosotros con especial intensidad y me he regocijado pensando que en ese momento estabais todos juntos. He recibido tu carta Nº 36 del 21 de diciembre y poco después la del 30 del mismo mes. Te respondo según el orden de tu carta. (...)

Me escribes del pequeño y de mi padre. Tengo la impresión, por algunos datos, de que mi padre siempre estaba preocupado, incluso cuando yo era pequeño, y que al final de su vida sentía un invencible desasosiego por mi madre y por nosotros; nuestros intentos de calmarle le causaban una profunda irritación. Era una condición morbosa, en parte motivada por su enfermedad física, que a su vez, quizá, estaba agravada por ese estado de preocupación.

Pero no indagemos en el futuro, inescrutable para todos nosotros. Dejemos que el pequeño crezca rodeado de amor y de afecto, que reciba alimento cultural y viva sin conocer preocupaciones. A nosotros nos corresponde pechar con las preocupaciones y las inquietudes. Por lo demás, el objetivo de la existencia no es vivir sin preocupaciones, sino vivir dignamente y no ser una nulidad y

un lastre para tu país. Cuando se nace en un periodo borrascoso de la historia de tu país e incluso del mundo entero, en el que están en juego cuestiones globales, esa aspiración resulta ciertamente difícil y requiere esfuerzos y sufrimientos; no obstante, precisamente en esos momentos debes demostrar que eres un hombre y manifestar tu dignidad. Ha habido periodos tranquilos y pacíficos, pero ¿acaso la mayoría de los seres humanos se ha beneficiado de esos años de serenidad? Es evidente que no; se han dedicado a los juegos de naipes, a las intrigas, a los chismorreos, han hecho muy pocas cosas merecedoras de atención. ¿Estaban satisfechos? No, languidecían de aburrimiento, se entregaban de lleno a cualquier actividad, incluso acababan voluntariamente con su vida.

Volviendo la vista atrás y repasando mi vida (algo especialmente necesario a mi edad) no veo aspectos sustanciales que debiera cambiar si tuviera que empezarla de nuevo y en las mismas condiciones. Naturalmente, soy consciente de haber cometido muchos errores aislados, disparates, exageraciones, pero ninguna de esas circunstancias ha hecho que me desviara de mi camino; y, en cuanto a éste, no tengo nada que reprocharme. Podría haber dado mucho más de lo que he dado; ni siquiera hoy mis fuerzas están agotadas, pero la humanidad y la sociedad no han sabido extraer de mí los aspectos más valiosos. No nací en la época adecuada y, si hablamos de culpa, la culpa es mía. Quizá dentro de ciento cincuenta años mis capacidades habrían sido mejor empleadas. Pero, teniendo en cuenta el ambiente histórico de mi existencia, no siento remordimientos de conciencia por la trayectoria general de mi vida. Más bien al contrario. Me arrepiento (aunque no es un arrepentimiento muy profundo) de haberme entregado ciegamente al deber y no haber actuado algo más en mi propio beneficio. Cuando escribo «propio» me refiero a vosotros, a quienes siento como una parte de mí: no he sabido contentaros y alegraros, no he dado a mis hijos todo lo que habría querido darles.

En cuanto a Tika, estoy convencido de que sus escasos éxitos no se deben a la falta de capacidad, sino a la distracción, a la inseguridad en sí misma y a la timidez, así como también a un des-

arrollo exterior incompleto. Hay que darle ánimos, ayudarla a sostenerse sobre los pies con mayor seguridad, hablar con ella, leerle algo y hacer que lea: que lea lo que le guste, aunque no sean obras de primer nivel; al menos adquirirá el hábito de la lectura. Hay que desbrozar sus conocimientos y para ello es necesario que los combine en las posibilidades más diversas y encontradas, aunque sea por medio de la fantasía. Por ejemplo, que cuente un viaje imaginario o resuelva casos complejos en los campos más diversos.

En lo que respecta a Mik, está atravesando una edad de transición, algo que siempre resulta difícil, especialmente en el caso de una persona nerviosa y dotada. No tengo ninguna duda de que Mik te dará muchas alegrías, de que se pondrá al mismo nivel que los demás. Por el momento es necesario esperar, sin permitirle nada y mostrándole firmeza; esperar con paciencia y esperanza. Querría irse de casa porque busca impresiones. Tratad de procurárselas; que Vasia y Kira le familiaricen con las colecciones, le enseñen a hacer observaciones y experimentos, a tomar notas, a dibujar, a recoger materiales para resolver las cuestiones que de algún modo despiertan su interés, por ejemplo, las relativas a la fotografía. Ese aprendizaje le será útil en el futuro y en el presente le ayudará a centrarse.

Trata de que en casa se habitúen a las lenguas extranjeras (aunque sea mediante algunas frases), pues sólo de esa manera se puede dominar un idioma. En última instancia, no importa que sean palabras sueltas, y no del todo correctas. Lo importante es vencer la resistencia interior, lograr una familiaridad con la lengua, para que no se perciba como una simple materia escolar, sino como algo que tiene una aplicación concreta. En eso consiste todo el problema. Así pues, que empleen la lengua, aunque sea con errores.

Dile a Nikita que vuelva a pintar el pajarito para el pequeño. No le llevará más de un cuarto de hora y puede hacerlo allí mismo.

Ahora paso a ocuparme de ti. En absoluto he escrito que seas necesaria para la cocina y las tareas domésticas (que, por lo de-

más, también son importantes), sino que eres imprescindible para nuestros hijos como fuente de calor y de amor, como vínculo entre ellos. Todos te quieren muchísimo, pero el hombre no suele prestar la atención debida a lo que ya tiene.

¿De dónde vendrá El. VI.? No debes enfadarte con Natasha: no estaría bien que rechazase todo lo que ha recibido de su madre, cualquiera que sea su carácter (yo no la conozco y no consigo imaginármela). En cuanto Natasha vea cosas mejores, las asimilará.

Te mando un fuerte beso, querida Annulía. Otro beso.

4 de diciembre

Querido Mik,

me alegro de que en Zagorsk se haya construido la «Casa de los pioneros» y que además sea un edificio elegante y bien decorado. Pero me apena que hayan aumentado los automóviles, los camiones y los otros medios de transporte, que ensucian el aire y destruyen el silencio. Desde que en 1904 llegué por primera vez al lugar donde debíamos vivir, la tranquila aldea de Posad, con sus maravillosos alrededores, se ha transformado poco a poco en el ruidoso suburbio moscovita de Zagorsk, y todas las cosas que me resultaban queridas y que me habían llevado a establecerme allí, sólo se conservan en el recuerdo. Han desaparecido los bosques, las setas, los lagos (a lo que parece), las aves y las ardillas, que no se asustaban de los hombres; ya no hay esa abundancia de peces. Ese cambio se hizo especialmente brusco a partir de 1914, cuando en Posad se establecieron las tropas, que exterminaron los peces y espantaron las aves.

El hombre es enemigo de sí mismo y, dondequiera que se instala, empieza a degradar las condiciones de su propia existencia, a llenarlo todo de basura, a ensuciar, a destruir. Por desgracia, así ha sido desde la noche de los tiempos; se necesita un nivel cultural muy elevado para controlar esa capacidad de dañar inherente a la actividad humana. Mira, por ejemplo, lo que pasa aquí: nadie cierra la puerta cuando entra, aunque él mismo tenga frío des-

pués. Nadie se para a pensar que se están destruyendo (sin ninguna necesidad) las flores, los árboles, las aves; y es el propio hombre quien se priva de esa belleza. Nadie se preocupa de la limpieza; la gente arroja papeles, latas, cristales y trapos por todas partes, y luego a esas mismas personas les molesta verlo todo sucio. La misma actitud se observa en relación con los bienes comunes y el orden público. Lo único que importa es conseguir sin esfuerzo lo que se necesita, e incluso lo que no se necesita, sin tener en cuenta las consecuencias.

Debes actuar de manera que tu comportamiento pueda convertirse en una norma para todos. Si te parasas a pensar en lo que sucedería si todos hicieran lo mismo que tú, te convencerías de que la sociedad se desintegraría y la vida en general se volvería insoportable para todos y por tanto también para ti mismo. Por eso hay que tratar de actuar de manera que tu conducta, imitada por los demás, contribuya a que la vida sea, si no perfecta, al menos soportable.

6 de enero

Como ves, querido hijo, he tenido que interrumpir esta carta durante mucho tiempo; en parte, porque no he dispuesto de un rato libre; en parte, porque quería enviaros unos dibujos y no conseguía terminarlos. Esta noche⁹⁵ me acuerdo muchísimo de vosotros, tanto más cuanto que ahora, en las Solovki, todo tiene un aire insoportablemente triste y muerto. El mar, en la orilla, ha empezado a cubrirse de hielo, así que seguramente en los próximos días saldrá el último vapor; aún no ha llegado el verdadero invierno, la temperatura oscila en torno a los cero grados, a veces un poco por debajo y a veces un poco por encima; un desagradable viento frío silba y aúlla junto a las ventanas (que no están muy bien aisladas) y atraviesa la habitación; en las habitaciones hace frío; no se ve el sol; el cielo tiene un aspecto gris y sombrío. Cuesta creer que estemos en diciembre, y menos aún en enero, y en el círculo polar. Este invierno me ha hecho pensar en la costa del Mar Negro, pues la temperatura sólo es unos grados más baja

de la que solía hacer cuando era niño. Pero en aquellas regiones el invierno dura uno o dos meses, mientras aquí se prolonga hasta junio...

Nº 87. 7 de enero de 1937. Solovki

Querido Vasiushka,

os había escrito una carta, pero no he conseguido expedirla, pues mañana es fiesta. Ahora me dispongo a escribir otra.

La jornada de hoy ha sido muy distinta de las otras: el cielo estaba despejado, helaba. Por la tarde ha aparecido la aurora boreal. A eso de las siete en la parte septentrional del cielo ha surgido un segmento de luz azulada, semejante a la de la luna llena ascendente, pero más intensa y neta. Ese segmento se elevaba por encima del horizonte, mientras la luminosidad aumentaba en la parte nordeste del firmamento. Luego empezaron a separarse unos arcos concéntricos, del mismo color azulado, que se extendían por el firmamento en el sentido de la latitud. Para decirlo con mayor precisión: parecía como si el propio segmento estuviera compuesto de arcos concéntricos y poco a poco se disolviese en ellos. Uno de los arcos atravesaba el cenit, otro se encontraba aún más al sur. Entretanto, el segmento de luz se perfilaba claramente y se volvía oscuro, más oscuro que el resto del cielo, aunque estaba rodeado de un arco luminoso y brillante. Por la parte del segmento, ese arco se recortaba con nitidez, pero en la parte exterior se fundía gradualmente con el cielo.

A propósito, durante las auroras boreales, y en particular hoy, el cielo no está negro, sino que emite cierta luz, como una Vía Láctea difusa. Se ven estrellas, pero sólo las más luminosas, y su número no se corresponde en absoluto con la claridad de la atmósfera. De los arcos de luz, después del que delinea el segmento, el más vívido era el del cenit.

Al cabo de un rato, esos arcos que se movían por el cielo han empezado a deshacerse a la altura cenit y han formado una especie de toldo coronado por el cenit. Era evidente que los postes de

ese toldo no eran otra cosa que flujos de energía paralelos, que se liberaban en la atmósfera hacia el nadir; eran flujos de corpúsculos, que motivaban la fosforescencia del gas rarefacto. Los postes del nordeste eran más claros que los del noroeste; su luminosidad hacía que cambiara su orden y su posición en el cielo. Por el lado nordeste y norte, junto a los postes azulados, ha surgido una fosforescencia de tono anaranjado y rojo intenso que se ha extendido por el espacio como una ligera nube transparente. (...)

Todas las fosforescencias han empezado a moverse de modo particularmente rápido y veloz, así como a cambiar de luminosidad, recordando en cierta medida a los relámpagos. Después los postes se han desplomado y han formado nubes planas de luz, dispuestas de costado. A continuación esas nubes se han acercado aún más al suelo, adoptando la apariencia de cortinas de luz, que se extendían en formas caprichosas y conformaban elegantes disposiciones, con pliegues gruesos y libres. La estructura de esas cortinas era semejante a la de los postes, como si todo el tejido formara ondas. El color de las cortinas era verde; hacia lo alto la luminosidad disminuía de forma muy gradual, mientras hacia abajo aumentaba, para después interrumpirse bruscamente. Las cortinas estaban recorridas por una oscilación veloz y poderosa, como sacudidas por el viento; los pliegues cambiaban de lugar, desplazándose a lo largo de las cortinas, y todo el cuadro cambiaba con gran rapidez.

En el límite inferior de la fosforescencia verde apareció una orla anaranjada, rojo-anaranjada, del color de la aurora. El movimiento se hizo más intenso. Algunos pliegues se volvieron múltiples, dividiéndose en tres e incluso cinco partes, muy gruesas, que ocuparon casi todo el ancho de la cortina. Cuando la fosforescencia de las partes superiores de la cortina disminuía, quedaba una especie de serpiente luminosa que se retorció con fuerza. Aunque todos esos fenómenos surgieron en el lado septentrional del cielo, hasta el cenit y más allá, de oeste a este, adquirieron una particular relevancia hacia el este, donde eran más intensos, variados y mudables.

Entre las nueve y media y las diez de la noche (hora local) la luz de la aurora boreal era particularmente bella. Después empezó a palidecer. Las cortinas se desgarraron en jirones y la fosforescencia perdió luminosidad. A la una y media he salido para echar un vistazo al cielo. En la parte septentrional se veían típicas masas de forma nubosa que parecían nubes iluminadas por la luna, pero la luz salía de su interior. Al mismo tiempo, también el cielo se había vuelto bastante más oscuro, de manera que esas nubes se distinguían con mayor precisión y nitidez.

Te he hecho una descripción tan detallada de la aurora boreal intencionadamente, pues las observaciones de ese género deben fijarse y acumularse. En la literatura, a pesar de que miles de personas han observado la aurora boreal, se encuentran pocos relatos precisos del fenómeno. Lamento mucho no haber podido hacer observaciones magnéticas, pues carezco de brújula.

13 de enero de 1937

Como de costumbre, escribo de noche.

También según el calendario antiguo ha llegado el año nuevo. Las señales de este día no me alegran: he visto a vuestra abuela (mi madre) con un aspecto triste; la aurora boreal que he contemplado era majestuosa, pero sobre un segmento de cielo negrísimo, probablemente por las nubes; escucho el aullido del viento. Todo me parece impregnado de inquietud y de tristeza. Si por alegría se entiende no un sentimiento de exultación, sino una especie de suplemento de vida, mi única alegría ha sido el pequeño, en cuanto ha constituido una novedad. Todo lo demás, en el mejor de los casos, no es demasiado nocivo. Naturalmente, también por eso debemos mostrarnos agradecidos. No obstante, cuando pienso en lo que me falta, cuido lo que tengo con un sentimiento de temor más que de alegría. Sólo te diré que mi punto de apoyo interior frente al mundo hace tiempo que se ha trasladado de mí a vosotros. Por eso, lo único que deseo de verdad es que mamá y vosotros estéis satisfechos, que disfrutéis de la vida y tengáis conciencia de su plenitud y de su valor.

Un beso fuerte para todos vosotros.

Escribiré más tarde a mamá y a los otros. Saluda de mi parte a Natasha. La navegación se ha interrumpido y no sé cuándo llegará a su destino esta carta.

Te mando un fuerte beso, querido hijo. Espero que estés bien y que te cuides.

Nº 87. 8-9 de enero de 1937. Solovki.

Querido Kirill,

hoy para nosotros es un día festivo (nuestras fiestas no coinciden con las vuestras, ya que nuestro ciclo laboral es de siete días) y he decidido recuperar el sueño perdido en muchas noches de insomnio. Pero he tenido sueños extraños, quizá porque el cielo estaba despejado y no hacía viento, o quizá porque era de día. Me he quedado dormido varias veces y en cada una de esas ocasiones he visto a un ser querido, pero a pesar de ello el sueño era angustioso. Veía a mi madre con los niños, pero las imágenes de mis hermanas y hermanos de pequeños se fundían con las vuestras a la misma edad. A mi madre no la veía con su aspecto actual, sino tal como era antes, en los tiempos de Batumi, en su juventud. Se la consideraba una mujer muy hermosa. Recuerdo que en Batumi vivía el ingeniero Orlov, cuya esposa era reputada por su belleza. En el bulevar al que nos llevaban a pasear, las niñeras discutían una y otra vez sobre «cuál de las dos era más hermosa», la Florénskaia o la Orlova. Por lo visto, era mamá la que se llevaba la palma, aunque tenía un defecto: no le gustaba el lujo y vestía con gran sencillez, según el espíritu de los años setenta, mientras Mme. Orlova gastaba muchísimo en vestuario y llevaba las prendas más insólitas.

Uno de sus atractivos (para mí) era su sombrero, totalmente cubierto de colibríes disecados. La misma palabra «colibrí», cuando era niño, me transmitía un frío entusiasmo y evocaba un sagrado temor, ya que estaba vinculada a mi representación de países tropicales (con los que soñaba continuamente), a viajes por mar, al perfume de plantas insólitas. Y he aquí que la cabeza de Mme. Or-

lova estaba llena de colibríes. Por lo demás, por alguna razón que no alcanzo a entender, aquella mujer me gustaba tan poco que ni siquiera los colibríes me ayudaban a superar esa aversión.

Me apetecía tanto tener en casa un colibrí que no dejaba de importunar a mis padres pidiéndoles que se comprasen un sombrero que tuviera al menos un colibrí. Mi madre, con su sobriedad y modestia, no accedió a mi petición, pero la tía Yulia, que me mimaba, acabó cediendo. Fuimos juntos a comprar el pájaro disecado. Era una tarde de otoño. Estuvimos un buen rato eligiendo, hasta que por fin nos decidimos. El dependiente nos envolvió el pájaro con suma precaución y nos dijo que tuviéramos cuidado de no aplastarlo. Naturalmente, quise llevarlo yo, pues era el único interesado en el asunto. Sostenía con dos dedos el extremo del paquete. Al llegar a casa, nos dimos cuenta de que el fondo del paquete se había abierto y el pájaro había caído. No conseguimos encontrarlo. Lloré mucho, pero no se podía hacer nada, pues no teníamos dinero para comprar otro.

También hoy he visto en sueños a mi padre. Estaba triste y solo. Decía que vivía en completa soledad, que todos se habían apartado de él y lo habían olvidado, y que en esas condiciones le resultaba difícil continuar. No recuerdo la razón, pero esos reproches iban dirigidos no tanto a nosotros, los hijos, como a vosotros, los nietos. Es posible que en el sueño se haya manifestado un pensamiento secreto que me entristece, a saber, que crezcáis sin acordaros del abuelo, que tanto os habría querido y se habría alegrado de vuestra existencia. Eso no está bien, y no sólo por el abuelo sino por vosotros mismos. A las dos abuelas no les gusta hablar de sus maridos porque para ellas es triste recordar el pasado. Tu madre no habla de ellos porque no los conoció y por tanto no puede decir nada. A vosotros corresponde reconstruir sus rasgos concretos a partir de lo poco que los demás puedan contaros, para que sintáis más cerca a los abuelos, os los representéis con mayor viveza y los recordéis más a menudo. Es vuestro deber y va en vuestro propio interés, porque vivir con un vacío en el pasado es triste y propio de personas incultas.

Yo no conocí al padre de mamá, Mijaíl Fiódorovich, pero me lo imagino como un hombre muy agradable, adornado de muy buenas cualidades. Cuando enterraron al tío Misha, excavaron la tumba tan cerca de la del padre que un lateral del ataúd quedó al descubierto. Bajé a la tumba, besé el ataúd y cogí un trocito como recuerdo. Debéis tratar de reunir el mayor número posible de relatos sobre él y sobre el pasado de la abuela y pedirle a mi madre que os hable de mi padre. Preguntad también a la tía Liusia, a Lilia, si viene, y a todos. La abuela Sonia podría contaros muchas cosas, pero me parece que no está en Moscú.

Nº 88. 17-18 de enero de 1937. Solovki

Querida mamá,

nunca te he invocado tan a menudo y con tanta insistencia como en los últimos tiempos. Y no parece que haya razones externas que lo expliquen. Te veo a menudo en sueños, tal como te recuerdo de mis tiempos de niño. Suelo verte junto a mis hijos, cuyas imágenes se funden con las de mis hermanos y hermanas de pequeños. No sé si has recibido mis cartas. En cualquier caso, ten presente que todos los meses, en su segunda mitad, te escribo sin falta. Hace tiempo que en las cartas de casa no me informan de ti. Es evidente que Anna está muy cansada y tiene mucho que hacer, de manera que no puede pasar a verte e informarme de cómo te encuentras. Espero que los muchachos te visiten, pero me escriben muy rara vez. Aquí ya se ha establecido el correo aéreo (este año, debido a lo tarde que se ha interrumpido la navegación, la pausa en las comunicaciones ha durado poco) y por tanto confío en mantener una correspondencia más fluida que hasta la fecha.

Vivo más o menos igual que antes, es decir, inmerso en el trabajo y en los recuerdos, pero sobre todo de los años lejanos, mientras los más recientes han sido expulsados de la memoria, excepto algunas escenas y momentos aislados que, si no siempre felices, están cerca de mi corazón. No tengo ocasión de leer mucho, pues resulta difícil procurarse libros interesantes y además dispongo

de poco tiempo, tanto para buscarlos como para leerlos, aunque lo segundo me lleva menos tiempo que lo primero.

Naturalmente, a menudo tengo que leer libros que ya he leído, algunos hace mucho tiempo. Y, a pesar de que es un fenómeno que me resulta conocido, no deja de sorprenderme una circunstancia: en los libros leídos en la infancia lejana y en los primeros años de la juventud no encuentro nada que me haga cambiar la opinión y la valoración que tenía de ellos. Las impresiones y los juicios de la infancia se confirman siempre. Evidentemente, hay que interpretar esa circunstancia bien como una prueba de cerrazón, de incapacidad para decantar un juicio en el transcurso de cincuenta años, o como una prueba de la infalibilidad de esas primeras impresiones, que permanecen invariables simplemente porque eran justas desde el principio. Al no tener un criterio para elegir una de esas dos explicaciones, naturalmente prefiero la última.

Veo y leo periódicos rara vez y de manera causal. Me consuela la abundancia de artículos sobre Pushkin* (el hecho mismo de esa abundancia); la consecuencia de esa propaganda de Pushkin será suscitar la atención general y la divulgación de sus obras, lo que ennoblece y eleva. Trato con bastantes jóvenes y a menudo constato con pesar que desconocen por completo la literatura, tanto rusa como extranjera; lo que digo es válido incluso en el caso de personas que se consideran cultas. En cambio, me procuró una gran alegría (sucedió hace un año y no tenía nada que ver con el aniversario de Pushkin) ver en la pared de un taller, de una carpintería, una hoja de papel con el *Otoño* (de Yevgueni Oneguín) transcrito con fidelidad: la hoja había sido colgada por un carpintero para decorar el taller.

He pensado más de una vez que las celebraciones contemporáneas de los aniversarios de los grandes hombres, organizadas a bombo y platillo, deben ejercer una influencia cultural bastante beneficiosa, pues obligan a la gente a conocer y familiarizarse, al menos un poco, con algunos nombres cuya existencia la mayoría de ellos probablemente ni siquiera sospechaba (Firdousi, Shota

Rustaveli y otros). Naturalmente, sería deseable que todos conocieran esos nombres sin necesidad de aniversarios. Pero un aniversario proporciona un pretexto o motivo feliz de asestar un golpe cultural en un lugar determinado de la historia mundial, y es probable que tal golpe no pase sin dejar huella.

Como ves, querida mamá, sigo manteniendo la firme convicción de que no hay cultura allí donde no existe el recuerdo del pasado, la gratitud hacia el pasado y la conservación de los valores, es decir, la idea de que la humanidad es un todo único, no sólo en el espacio, sino también en el tiempo. La cultura viva combina tendencias que se oponen y al mismo tiempo se sostienen: conservar lo antiguo y crear lo nuevo, el vínculo con la humanidad y una gran flexibilidad en la propia aproximación a la vida. Solamente en presencia de esas dos tendencias es posible la percepción de lo nuevo y la benevolencia hacia todo lo que la merece, sobre el fondo de la cultura mundial, y no desde el punto de vista de una comprensión casual, provinciana o limitada.

Sigo ocupándome de las algas. En mi caso, los próximos objetivos productivos y tecnológicos resaltan sobre el fondo general de los objetivos de las ciencias naturales y se relacionan con el cuadro global del mundo. Me rondan algunas ideas universales, pero no las he fijado; espero que con el tiempo encuentren su propia formulación. Por lo demás, tengo presente la brevedad de mi tiempo y en consecuencia la posibilidad de que ese proceso de formulación y generalización no se complete y no consiga expresarse.

Pero no se puede hacer nada. No valoro una idea por el hecho de que sea nueva; debe ser VERDADERA, y la verdad no se logra mediante construcciones esquemáticas, por convincentes que puedan parecer a quienes nos rodean, ni tampoco siguiendo la moda y haciendo ruido, sino con una profunda compenetración con el mundo, con la verificación tenaz y el crecimiento orgánico. Cada idea requiere su tiempo de desarrollo y de maduración y no se puede acelerar artificialmente ese proceso basándose en motivos externos, es decir, «no se puede» en el sentido de que no se

debe, no de que no sea posible. Por eso me sumerjo en un trabajo concreto sobre cuestiones concretas, siempre con el convencimiento profundo de que si una idea crece de verdad, ese crecimiento se produce por sí mismo.

Además de trabajar, me dedico a recordaros y a alimentar mi cariño por vosotros.

Te mando un fuerte beso, querida mamá. Hazme saber de ti. Un beso para Liusia y Shura. Si escribes a Lilia y Andréi, mándales un beso de mi parte.

Nº 91. 13 de febrero de 1937. Solovki

Querida Annulia,

de nuevo, por algún motivo, no recibo cartas tuyas, aunque me ha llegado una de mamá. Naturalmente, estoy preocupado, aunque inútilmente, pues poco provecho puede procuraros mi preocupación. En cualquier caso, me resulta difícil permanecer impasible ante la falta prolongada de noticias vuestras.

Aquí se suceden jornadas sin viento y hasta soleadas. Pero no os podéis imaginar qué ráfagas han soplado hasta el diez o el once. Cuando ibas a favor de viento, tenías que correr; si soplaba de costado, te sacaba de la calle, te tiraba y te arrastraba. En ese sentido, es interesante recordar que en la isla de Vránguel, en invierno, no se puede ir de un edificio a otro sin sujetarse a unas cuerdas que los comunican; de otro modo el viento arrebatía y arrastra a las personas, que ya no pueden regresar y mueren de frío y de hambre. Aquí no llegamos a ese extremo, aunque es imposible mantenerse de pie en una superficie helada.

Adjunto a esta carta seis dibujos: tres de *porphyra lacinata*, uno de *monostrom blitti* y dos de *polijides rotundus*. No he tenido tiempo de hacer la representación macroscópica de esta última alga; trataré de mandarla la próxima vez.

He recibido un periódico lleno de artículos sobre Pushkin. El solo hecho de ver que la gente se interesa por Pushkin me llena de satisfacción. Para nuestro país lo importante no es lo que se

dice de él, sino que se hable de él; además, Pushkin hablará por sí mismo y dirá todo lo necesario. Pero con ese placer se mezcla la amargura, una amargura insensata, por el destino de Pushkin. No consigo liberarme de esa sensación. Pero la considero insensata porque en Pushkin sólo se manifiesta esa ley universal que quiere que se lapide a los profetas y luego se construyan sus sepulcros, una vez que se ha acabado con ellos. Pushkin no ha sido el primero ni será el último: el sino de la grandeza es el sufrimiento, sufrimiento que viene del mundo exterior y sufrimiento interior, que viene de uno mismo.

Así ha sido, así es y así será. Y la razón es de todo punto evidente: se trata de un desfase; desfase de la sociedad respecto a la grandeza y desfase de la persona respecto a su propia grandeza; es decir, un crecimiento irregular e inadecuado, y la grandeza consiste en distinguirse de las características medias de la sociedad y de su propia estructura, en cuanto pertenece también a la sociedad. Pero nosotros no nos contentamos con que se responda a la pregunta «por qué», queremos que se responda a la pregunta «para qué», «con qué objeto». Es evidente que la vida está construida de tal modo que sólo se puede dar algo al mundo pagándolo con sufrimientos y persecuciones. Y, cuanto más desinteresado es el don, más crueles son las persecuciones y duros los sufrimientos. Tal es la ley de la vida, su axioma fundamental. Y, aunque interiormente seas consciente de su irrevocabilidad y de su universalidad, cuando te enfrentas con la realidad, con cada caso concreto, te quedas estupefacto, como si fuese algo inesperado y nuevo.

Al ver todo eso, te das cuenta de que no es justo tu deseo de escapar a esa ley y sustituirla por la despreocupada expectativa del hombre que ofrece su don a la humanidad, un don que no se paga con monumentos ni con discursos laudatorios después de la muerte, ni con honores o dinero en vida. Al contrario, por el don de la grandeza el hombre debe pagar con su propia sangre. Y la sociedad hace todo lo posible para que esos dones no le sean ofrecidos. Ningún hombre ilustre ha podido dar nunca todo aquello

de lo que era capaz: se lo han impedido con éxito todos y todo lo que le rodeaba. Y si no consiguen impedirsele mediante la violencia y las persecuciones, se insinúan con lisonjas y dádivas para corromperlo y seducirlo.

¿Qué poeta ruso importante ha tenido una vida despreocupada? Quizá sólo Zhukovski, pero también ahora se descubren intrigas contra él, incluida la acusación de haber encabezado la revolución rusa. Los filósofos se encuentran en la misma tesitura (por filósofos no me refiero a aquellos que hablan de filosofía, sino a quienes piensan de una manera filosófica), es decir, son perseguidos, están rodeados de obstáculos, tienen la boca tapada. El destino de los científicos es algo más luminoso, aunque sólo cuando son mediocres. Lomonósov, Mendeléiev, Lobachevski —por no hablar de numerosos innovadores del pensamiento a quienes la sociedad no permitió desarrollarse plenamente (Yáblochkov, Kulibin, Petrov y otros): ninguno de ellos tuvo un camino fácil, libre de obstáculos; ninguno contó con apoyos; al contrario, todos sufrieron molestias y vieron frenado su avance. En cambio siempre han medrado los mediocres, los que roban ideas ajenas y tratan de hacerse grandes; han medrado porque han falsificado la grandeza, adaptándola a los gustos e intereses egoístas de la sociedad.

Antes sentía envidia de Edison y del modo en que pudo emplear su tiempo y sus energías, gracias a que no tenía problemas de orden material y, sobre todo, a su autonomía. Nosotros, en cambio, perdemos el tiempo en vano, lo derrochamos en asuntos insignificantes, a pesar del enorme gasto de fuerzas, y todo porque no podemos organizar las cosas como nos gustaría.

Te mando un fuerte beso, querida Annulia. Otro beso.

Nº 92. 21 de febrero de 1937. Solovki

Querido Kirill,

(...) ¿Qué he hecho durante toda mi vida? Indagar el mundo como un todo, como un solo cuadro y una sola realidad, pero en

cada momento dado o, mejor dicho, en cada etapa de mi vida, desde un punto de vista determinado. Examinaba las relaciones del mundo seccionándolo en una dirección particular, en un plano particular, y trataba de comprender la estructura del mundo a partir de la característica que me ocupaba en esa etapa de mi vida. Los planos cambiaban, pero, en lugar de anularse, se enriquecían mutuamente, pues el cambio favorecía una continua dialéctica del pensamiento (el cambio de los planos en examen, mientras al mismo tiempo veía el mundo como un todo).

He buscado todo eso de un modo demasiado abstracto y general. En concreto, se trata de estudiar el significado, en todas las esferas de la naturaleza, de uno u otro elemento químico, compuesto, tipo de compuesto, tipo de sistema, forma geométrica, textura, tipo biológico, formación, etc., para captar el aspecto individual de ese elemento de la naturaleza, como cualitativamente singular e insustituible. Contra el mecanicismo burdo y el mecanicismo sutil, que niega la *cualidad*, se revela la naturaleza original y cualitativamente singular de los elementos aislados, universales por su significado e individuales por su esencia. «¿Qué es universal? Un caso particular» (Goethe). Siempre he trabajado con casos particulares, pero viendo en ellos una manifestación, un fenómeno concreto de lo universal, es decir, examinando el εἶδος platónico-aristotélico (*Urphänomen*, Goethe).

Mi padre me decía, refiriéndose a mi escasa inclinación por el pensamiento abstracto y por la investigación particular en cuanto tal: «Tu fuerza está allí donde lo concreto se combina con lo general». Así es. Y creo que Kirill, por su mentalidad, ha heredado la misma orientación del pensamiento y por tanto puede continuarlo. Sé que me reprochan el carácter disperso de mis estudios. Es justo, pero quizá sólo en apariencia, pues he sido así desde la primera infancia hasta el día de hoy. Es posible que no esté en mi mano obrar de otro modo; pero no es un problema de la dispersión, sino de la propia dificultad de la tarea.

Ahora estoy reflexionando sobre una cuestión [...]⁹⁷, y una vez más no parto de afirmaciones y suposiciones generales y abs-

tractas, sino que sigo el camino de la síntesis y la profundización de casos concretos y específicos, que trato de captar en toda su concreción. Hasta que yo mismo, con mis propias manos, no he pesado, desmenuzado, analizado y calculado, no comprendo un fenómeno. Puedo hablar y razonar sobre él, pero aún no se ha vuelto mío. Ese trabajo «burdo» y concreto consume tiempo y energías. No es que no pueda, sino que no quiero aproximarme a los fenómenos de un modo «general» y abstracto. Probablemente nadie se daría cuenta si prescindiera de esa inclinación mía, pero el decurso abstracto del pensamiento me inspira una sensación de deshonestidad y charlatanería; tal es la valoración que me merecen la mayoría de las generalizaciones de otros investigadores. En cambio, en lo particular y concreto debe resplandecer lo general y universal.

Te mando un fuerte beso, querido Kira. Te he escrito todo esto con la esperanza de que pueda serte útil.

Nº 93. 23 de febrero de 1937. Solovki

Querida Annulia,

mamá me escribe que el centro de vuestra atención ya no soy yo, sino el pequeño. No tengo nada que objetar, tanto más cuanto que mis propios intereses se concentran en nuestros hijos y en el niño, y no en mi propia persona. Siempre que hago o pienso algo, os tengo mentalmente presentes. Querría contaros y mostraros cada cosa que hago. Pero hace tiempo que albergo el firme convencimiento de que en el mundo no se pierde nada, ni lo bueno ni lo malo, y que más tarde o más temprano se manifiesta lo que durante algún tiempo, a veces mucho, ha permanecido invisible. Tal vez ese convencimiento no constituya un gran consuelo desde el punto de vista de la vida personal, pero si uno se contempla a sí mismo desde fuera, como un elemento de la vida del mundo, esa convicción de que nada se pierde le permite trabajar con tranquilidad, aunque en un momento dado no obtenga ningún resultado externo directo y evidente. Por eso, a pesar de nuestra sepa-

ración, sigo manteniendo esa convicción y el sentimiento de que mi trabajo acabará rindiendo frutos para vosotros. En particular, aunque se ha decidido el desmantelamiento de nuestra fábrica, en los meses previos a su desaparición la producción del agar-agar debe experimentar una mejora, tanto desde el punto de vista de la calidad como de la cantidad. Y como aquí todo se hace con instrumental improvisado y de fabricación casera, que debemos inventar sobre la marcha, siempre estamos atareados. En lo que a mí respecta, debo mantenerme alerta las veinticuatro horas del día y ocuparme de todos los detalles del proceso. Pero pienso en vosotros, pienso en el pequeño, y confío en que algún día, en un momento inesperado y de una manera inesperada, recibáis algún beneficio de este trabajo.

A un observador imparcial, las condiciones de mi trabajo podrían llevarle a pensar en una operación. Imagínate unas salas abovedadas, con columnas de piedra y gruesos muros del siglo XVI. Todo el espacio está ocupado y obstruido por cubas de todos los calibres, desde cuatro metros cúbicos hasta 200 litros de capacidad, andamios, escaleras, conductos para el agua y para el vapor. En unas cubas se hace el lavado, y en ellas corren torrentes de agua día y noche; en otras se procede a la cocción y de ellas se eleva un vapor que llena toda la sala de una niebla espesa. Giran las centrifugadoras para el secado, zumba el motor, se retuercen las correas. Por todas partes hay vasijas, cubos, redes y paneles para el secado del agar-agar. De vez en cuando traen en unas andas montones de algas, de *ahnfeltias*, y las descargan en las cubas. Todos los trabajadores corren afanosos de una instalación a otra: unos trasvasan un mejunje caliente de agar-agar, otros lo vierten en tinas, otros sacan la película de agar-agar de la centrifugadora, otros cortan la gelatina de agar-agar en pedazos. Hay gente de todos los rincones de la Unión, de todas las nacionalidades, no sólo rusos, ucranianos y bielorrusos, sino también armenios turcos y muchos otros; hasta hay un checheno que a duras penas consigue pronunciar dos palabras en ruso. Se oyen todas las lenguas. Como la instalación carece de verdadero instrumental, hay que

servirse de material de fabricación propia, naturalmente bastante tosco y artesanal. Por eso el cuadro en su conjunto produce la impresión de un taller medieval u oriental, que en gran medida es una misma cosa. Un pintor encontraría muy interesante este espectáculo; en cambio, un jefe de producción se quedaría anonadado. En realidad, la industria química moderna está tan mecanizada que los trabajadores no tienen que hacer casi nada, salvo controlar termómetros, manómetros y otros instrumentos de medida, así como girar manivelas y abrir o cerrar grifos. Entre nosotros, en cambio, casi todo se hace manualmente.

Últimamente cada noche, o mejor dicho cada mañana, ya que me voy a la cama de madrugada, a eso de las cinco o incluso más tarde, tengo unos sueños extraordinariamente precisos y nítidos. Desconozco la razón, pero a menudo sueño con robos. Una vez, en el sueño, me sustrajeron con gran habilidad la maleta y, cuando me desperté, estaba tan convencido de la realidad del hurto que durante un buen rato ni siquiera se me ocurrió comprobar si mis cosas estaban en su sitio. A menudo sueño con viajes: tan pronto atravieso en tren Azerbaiyán, siguiendo la orilla del Mar Caspio, como me traslado al Instituto de Estudios sobre el Hielo o me encuentro en una extraña isla llamada Gaviota. Según descubrí más tarde, esa isla es en realidad una gaviota gigantesca y la gente vive en su interior; de vez en cuando la gaviota coge a alguno con el pico y se lo traga; entonces la persona regresa a su lugar o bien desaparece del todo. La tierra y la nieve de esa isla son rosas; y, cuando las contemplas con mayor atención, te das cuenta de que se trata de las entrañas del ave.

En las cárceles y en los campos casi todo el mundo concede una gran importancia a los sueños, los discuten, los explican; hasta hay especialistas que se ocupan de su interpretación. Hasta el momento no me he contagiado de esa epidemia, pero la viveza de mis sueños me hace pensar en ellos de manera involuntaria. A menudo sueño con vosotros, y también con mis hermanos y hermanas de pequeños, y sus imágenes se confunden con las de nuestros hijos, también de pequeños.

En nuestro comedor ha aparecido una garrafa con una infusión de agujas de pino, una bebida contra el escorbuto, de la que se recomienda añadir una cucharada a la comida. Aunque no tengo escorbuto, a veces le echo un poco a la sopa: tiene un olor a romero (ese que tú no puedes soportar); en general, es mejor que la comida huela a algo.

Entre los versos que os he mandado, según mis cálculos faltan los capítulos XIII y XIV. Confírmame si es así y si debo enviaros alguna otra cosa que se haya perdido. Me gustaría acabar el canto primero para pasar al siguiente. No obstante, en medio del tumulto que me rodea y de los problemas relacionados con la producción, resulta bastante difícil componer versos, aunque no pierdo la esperanza de que las condiciones cambien y pueda disponer de mayor silencio y tiempo libre.

He recibido tu carta N° 5 del 5 de febrero, pero espero noticias más detalladas. Hace tiempo que no me escribís nada del pequeño. Probablemente pronto empezará a balbucir.

En lo que respecta al dinero, he recibido tus indicaciones, pero ya lo he enviado; es extraño que todavía no lo hayáis recibido. Al menos os servirá para que los pequeños y tú podáis comprar algo de comer. Sé que vuestra vida es difícil y yo no necesito más dinero que el que gasto en la cantina.

Un fuerte beso para ti y para todos vosotros. Todo está blanco de nieve, pero ya huele a primavera, y yo pienso en los campos rosados de la región de Riazán y de Posad.

N° 96. 23 de marzo de 1937. Solovki

Querida mamá,

he recibido tu carta el 20 de marzo (está fechada el 16 de febrero). Esa demora en la entrega refuerza el sentimiento de lejanía, aunque mis pensamientos están siempre con vosotros. En los últimos tiempos vivo envuelto en un frenético ritmo de producción; no conseguimos hacer nada a tiempo, aunque empleamos tantas fuerzas que a veces tenemos la impresión de que vamos a

desmayarnos. Como ves, ni siquiera en una isla remota puede uno escapar del remolino de la vida histórica. Hace mucho que hemos dejado de dividir el tiempo en días y noches, y toda la vida, aunque pasa a una velocidad vertiginosa, discurre con monotonía. Es como viajar en un tren que vuela por las llanuras infinitas de Siberia. El tiempo se arrastra monótono hasta la náusea, mientras tú recorres miles de kilómetros. Naturalmente, en esas condiciones no dispones ni de un minuto para reflexionar, ni siquiera para tomar conciencia de la realidad. Más deprisa y más cantidad, más cantidad y más deprisa: eso es lo único que tenemos en la cabeza.

Me pides que anote mis pensamientos. Pero no tengo tiempo, mamá, y además no vale la pena. Lo que anoto no son pensamientos, sino datos concretos, aquellas informaciones que lleva tiempo reunir y que puedes encontrar una vez, pero no dos. Además, para mí, los hechos dicen más que las teorías, y todos los datos vitales referentes a la biología, la física, la química, la geología, etc., me parecen más significativos que las abstracciones, quizá porque he vivido siempre rodeado de un montón de abstracciones. Me gustaría enseñar a mis hijos lo que sé; en cambio, la idea de desarrollar una actividad propia no me atrae; preferiría quedarme a solas con mis pensamientos. Ni siquiera estoy seguro de que el futuro acepte mi pensamiento porque, cuando el futuro llegue al mismo punto, tendrá su propio lenguaje y su propio método de aproximación. A fin de cuentas, de poco consuelo sirve pensar que en el futuro alguien dirá, cuando llegue a las mismas conclusiones partiendo desde otro punto de vista: «Por lo visto, en 1937, un tal NN había formulado ya las mismas ideas, aunque en un lenguaje anticuado para nosotros. Es sorprendente que en esa época pudieran llegar a nuestras conclusiones». Y tal vez organicen un aniversario o una conmemoración, lo que sería no poco motivo de risa. Todas esas celebraciones a los cien años de la muerte denotan una soberbia increíble. Los hombres de todas las épocas se imaginan que sólo ellos son hombres y consideran todo lo pasado como un estado casi animalesco; cuando descubren en

el pasado algo semejante a sus propios pensamientos y sentimientos, que son los únicos que consideran verdaderos, los alaban con arrogancia: «Eran unos animales, pero algunos de sus pensamientos se parecían a los nuestros». Mi punto de vista es muy diferente: el hombre siempre y en todas partes ha sido hombre y sólo nuestra presunción le atribuye una semejanza simiesca en un pasado más o menos lejano. No veo cambios sustanciales en el hombre, sólo cambian las formas externas de la vida. Más bien es al contrario: el hombre del pasado, del pasado lejano, era más humano y más sutil que el más reciente, pero sobre todo era incomparablemente más noble.

Estoy leyendo la *Historia de Inglaterra* de Hume en traducción francesa. ¿La conoces? Aunque está escrita por un archiescéptico y un archianalítico en el campo de la filosofía, es una obra literaria y se lee como una crónica de Shakespeare. Por desgracia, no tengo tiempo de leerla a un ritmo medianamente sostenido. Las costumbres eran crueles, pero probablemente los hombres se adaptan y se acostumbran también a las costumbres crueles, pues la gente se acomoda a cualquier forma.

Te mando un fuerte beso, querida mamá. Un beso para Liusia y Shura, si está en Moscú. Saluda de mi parte a la tía, aunque es probable que no la veas.

Nº 97. 4 de abril de 1937. Solovki

Querida Olen,

creo que ya te he hablado de la *Historia de Inglaterra* de David Hume, que estoy leyendo en traducción francesa. El cuadro es pintoresco y vivaz, pero terriblemente pesado. Guerras incesantes, tanto exteriores como intestinas, cuyo sentido y motivos no quedan claros; de hecho, no creo que ni los propios protagonistas los conocieran. Pero la absurdidad de esas guerras no impidió que fueran extremadamente sangrientas: trataban de exterminarse los unos a los otros y los que no morían en combate acababan en el patíbulo. Además, como tan pronto triunfaba un partido

como otro, en el transcurso de la guerra entre la Rosa Blanca y la Rosa Roja (treinta años), por ejemplo, las clases superiores de Inglaterra desaparecieron de la faz de la tierra, por no hablar de los innumerables campesinos. El paso del cuerpo de oficiales y de sus tropas de un bando a otro demuestra la falta de motivos de las guerras; en consecuencia, no tenían ningún plan, ni siquiera ningún interés concreto en el resultado del conflicto.

Me sorprende la absurdidad de las acciones humanas, que no encuentran justificación ni siquiera en el egoísmo, porque los hombres actúan hasta en contra de sus propios intereses. No es necesario hablar del aspecto moral. Por todas partes perjurio, engaño, asesinatos, servilismo, ausencia de cualquier clase de principios. Los vínculos de parentesco se dejan a un lado, la ley se crea y se deroga para satisfacer las necesidades del momento y además nadie la respeta. Las crónicas de Shakespeare sólo reflejan en parte la verdad histórica y reducen los horrores, en lugar de aumentarlos, como podría pensarse en una primera valoración.

Mi conclusión (a la que, por lo demás, he llegado hace mucho tiempo) es que el hombre está cargado de furor, de ira, de instintos destructivos, de maldad y de rabia, y esa carga tiende a volcarse sobre las personas que le rodean, en contra no sólo de los criterios morales, sino incluso de su propio beneficio personal. El hombre se deja llevar del furor por pura brutalidad. Las cadenas de un poder severo lo reprimen hasta cierto punto, pero después el hombre se las ingenia para seguir haciendo lo mismo de una manera más sutil, orillando la ley. Naturalmente, no sería justo afirmar que todo el mundo es así. Pero así son muchas, muchísimas personas; además, gracias a la actividad que despliegan, esos elementos rapaces de la humanidad llegan a ocupar los puestos dirigentes de la historia y obligan al resto de los hombres a hacerse rapaces.

Esas son, querida Olen, las conclusiones a las que me ha llevado un caso particular: la historia de Inglaterra en el siglo XIV. ¿Se ha hecho mejor la humanidad? Lo dudo. Exteriormente se ha vuelto más decente, ha revestido la violencia de formas menos

vistas, es decir, aquellas que no proporcionan buenos argumentos para tragedias efectistas, pero la esencia de las cosas no ha cambiado. (...)

Nº 98. 20 de abril de 1937. Solovki

Querida Tika,

han llegado volando las gaviotas, pero están tan agitadas y gritan tanto que por el momento es imposible entenderlas. Están expulsando a otras aves (creo que son cornejas) de los nidos del año pasado. Zurean las palomas, que aquí son muy numerosas. Pero por ahora las gaviotas no me han comunicado ninguna noticia de mi hijita, por eso espero que me informe ella misma.

Di a mamá de mi parte que se cuide y que atienda a su salud. Me voy tarde a la cama porque tengo mucho trabajo, pero sobre todo para no bajar la guardia y hacer algo que al menos tenga cierto valor. Cuando llegues a mi edad y tengas nietos, también podrás irte a la cama a las cinco, pero de momento debes acostarte a las nueve, en espera de tener nietos y bisnietos. Si trabajo mucho, me mantengo en forma; en cambio, cuando trabajo poco, me desanimo enseguida. Pienso continuamente en vosotros, me preocupa vuestra situación y las dificultades de vuestra vida, y me aflige la certidumbre de no poder ayudaros. ¿Te figuras que es fácil? Además, desde la distancia muchas cosas parecen más graves que cuando se ven con los propios ojos.

¿Os escriben de vez en cuando Katia y Nina o se han imbuido tanto en sus propios asuntos que se han olvidado de todos? ¿Cómo está su padre? Saluda de mi parte a Ks. Ter., vuestra vecina, y a su marido. Saluda también a la abuela y a An. F.

Claro que el pequeño debe de quererte mucho; estoy seguro de que no te equivocas. Dale cosas bonitas, flores, cuadritos, para que acumule impresiones agradables que luego, durante toda la vida, relacionará contigo. Pero no me has escrito, bandida, si estás estudiando alemán con Olia o, por el contrario, te has desentendido de las clases.

Te mando un fuerte beso, querida Tika. Probablemente recibirás esta carta cuando haya terminado el colegio y puedas descansar y estar al aire libre. Otro beso.

Querida Natasha,

me alegro de los progresos del pequeño, pero por desgracia recibo noticias tuyas con gran retraso, mientras él, probablemente, crece y se desarrolla a ojos vistas de semana en semana. Pronto empezará a hablar. ¿Realmente ha pasado tanto tiempo desde que Vasia tenía su edad? Tengo la impresión de que no han pasado más que dos o tres años desde entonces, y he aquí que también Pavlik empieza a hablar. La vida vuela como un sueño y dura apenas un instante, de manera que no hay tiempo de hacer nada. Por eso hay que aprender el arte de la vida, el más difícil e importante: aprender a llenar cada hora de un contenido sustancial, recordando que esa hora no volverá a repetirse. (...)

Nº 99. 11 de mayo de 1937. Solovki

Querida Annulia,

(...) Nuestra epopeya con las algas terminará dentro de unos días y no sé de qué me ocuparé a partir de entonces, tal vez del bosque; me gustaría aplicar en ese campo el análisis matemático. Es natural que mi trabajo con las algas haya terminado: a lo largo de mi vida siempre ha sucedido así. En el momento en que domino una materia, tengo que abandonarla por causas ajenas a mi voluntad y debo afrontar otra cuestión, de nuevo desde sus cimientos, para allanar un camino que no me corresponderá a mí recorrer. Es probable que esa situación esconda un significado profundo, dado que se repite a lo largo de mi vida: el arte de la gratuidad. Pero de todos modos es desalentador. Si tuviera por delante otros cien años, el destino de todos esos trabajos sería útil, pero, dada la brevedad de la vida, ese destino sólo tiene un carácter purificador, pero no precisamente útil.

No obstante, en el Corán se dice: «Nada le sucede al hombre que no esté escrito en los cielos». Evidentemente mí sino es ser un pionero, nada más. También eso hay que aceptarlo. Escribo estos comentarios no tanto para mí como para nuestros hijos: las lecciones de la estirpe deben asimilarse, deben entrar a formar parte de la conciencia, para aprovechar mejor la vida y aprender a conformarse con lo que se puede esperar y es más probable. Sois el centro de mis pensamientos y de mis preocupaciones. A vosotros querría transmitir mi experiencia de la vida y mis reflexiones.

Nº 101. 4 de junio de 1937. Solovki

Querida Annulia,

probablemente estarás sorprendida de recibir tan pocas cartas mías, pero, como sólo puedo escribir dos al mes⁹⁸, espero las tuyas para responderte; por eso me demoro tanto. De ti apenas recibo cartas, es decir, las recibo rara vez y con gran retraso.

Vivo en la Fortaleza, es decir, más que vivir arrastro mi existencia, pues en tales condiciones es imposible trabajar. Además, aquí hace mucho frío y no se puede salir fuera, al aire libre. He superado una ligera gripe y ahora me estoy curando la espalda con remedios terapéuticos, o sea, con rayos ultravioletas y baños de sol.

En general, todo es ya pasado (todo y todos). En los últimos días me han encargado vigilar de noche nuestra producción de yodo en el edificio del ex Iodprom⁹⁹. Aquí podría ocupar el tiempo en tareas útiles (ahora, por ejemplo, estoy escribiendo esta carta), pero el frío insoportable en la fábrica muerta, las paredes vacías y el aullido del viento, que se cuela entre los cristales rotos de las ventanas, no predisponen a ocuparse de ninguna actividad; además, como puedes ver por la letra, con los dedos congelados hasta escribir una carta resulta difícil.

En cambio, cada vez pienso más en vosotros, aunque con preocupación. La vida se ha cerrado y ahora más que nunca nos sentimos separados del continente. Estamos ya en junio, pero no hay

ninguna señal del verano, más bien parece que estuviéramos en noviembre. Tan pronto hay niebla, como cae una lluvia fina o sopla el viento. Ni siquiera las pocas veces en que asoma el sol hace calor. Por otro lado, este año la primavera se adelantó mucho y llegó con unas dos semanas de anticipación.

Vivo en un ambiente relativamente soportable, con nuestros antiguos trabajadores, que para mí son como Vasia, Misha, Fedia¹⁰⁰, etc., aunque naturalmente no todos. En cualquier caso, esa compañía es incomparablemente mejor que otras en las que podría haber acabado fácilmente. Pero las cosas buenas, si son abundantes, se hacen difícilmente tolerables, y en nuestra habitación vivimos cerca de cuarenta personas. No obstante, hasta en eso hay una ventaja, pues entre cuarenta personas puedes sentirte más solo que entre cuatro o seis.

De vez en cuando voy al museo, doy algunos consejos y llevo piezas para exponer, en gran parte colecciones reunidas por mí y toda suerte de cosas, como diagramas, cuadros, utensilios del antiguo Iodprom. El museo se encuentra en fase de remodelación, aunque nadie sabe por cuánto tiempo. Han empezado las noches blancas de las Solovki e incluso a medianoche la claridad es completa, como allí por la tarde, inmediatamente después del ocaso. En realidad, estamos tan cerca del círculo polar que en las noches más cortas el sol, cuando no está cubierto de nubes, ilumina las copas de los árboles sin interrupción. Además, en nuestra latitud, se mueve a lo largo de una línea que discurre casi paralela al horizonte, por eso se esconde no muy por debajo de él. (...)

Son ya las seis de la mañana. La nieve desciende por el arroyo y un viento enfurecido hace girar los remolinos de nieve. En las naves vacías golpean las ventanas con sus cristales rotos, el viento sopla e irrumpe en la habitación. Hasta mí llegan los gritos angustiados de las gaviotas. Y siento con todo mi ser la insignificancia del hombre, de sus obras, de sus afanes.

El día 5 o el 4 recibí tu carta N° 13 del 28 de abril. Como ya te he escrito, me alegro de que Olia se ocupe del jardín. Pero hay que tomar medidas contra su adelgazamiento, es decir, impedir

que trabaje demasiado y obligarla a que coma mayores cantidades y alimentos más nutritivos.

Te mando un fuerte beso, querida. Hoy ha lucido el sol y ha hecho un poco más de calor.

Querida Tika,

una gaviota ha construido su nido debajo de un banco del jardín de la Fortaleza e incubo allí a sus polluelos, aunque durante el día muchas personas se sientan en ese banco y un montón de gente atraviesa el jardín (que tiene un tamaño no mayor que nuestro patio). No obstante, ese vaivén favorece a la gaviota, pues la presencia humana aleja del nido a los zorros plateados, que de vez en cuando penetran en la Fortaleza y tratan de atacar a la gaviota.

Creo haberte escrito ya que estas gaviotas parecen hechas de porcelana danesa y son muy elegantes. Una de las gaviotas me ha pedido que te dijera que debes ocuparte de mamá, obedecerla y tratarla con respeto. Pero no se si es necesario que te transmita esas palabras de la gaviota, pues seguramente ya sabes por ti misma todas esas cosas. No puedo escribir más a menudo de lo que lo hago; explícaselo a mamá y dile que no se disguste.

Te mando un fuerte beso, querida Tika.

Nº 103¹⁰¹. 18 de junio de 1937

Querida Annulia,

hace poco he recibido un paquete entero de cartas vuestras, de abril y de mayo, la última del 31 de mayo (las NN. 15, 16 y 17), y también de mamá. Espero que los niños hayan acabado ya los exámenes y puedan descansar. Pero ¿qué puede hacerse para que tú descanses al menos un poco? Tu agotamiento me preocupa mucho. Además, es indispensable que vayas al médico y te cures la espalda y las piernas. De hecho, ese agotamiento se debe en gran medida no tanto al trabajo como a una condición enfermiza, que hace que cualquier esfuerzo, por pequeño que sea, resulte penoso y extenuante.

También yo, como vosotros, estoy muy contento con el niño; no es necesario que os diga cuánto me entristece no verlo. Nuestra vida ha cambiado mucho; estamos siempre en la Fortaleza y, como apenas hay trabajo, en el patio se reúne a todas horas una pequeña multitud. En esas condiciones es imposible ocuparse de ninguna actividad útil (a pesar de los esfuerzos que hago en ese sentido), pues ese estado de incertidumbre impide concentrarse en cualquier cosa que requiera esfuerzo, atención y, sobre todo, entusiasmo. La única nota positiva es que en los últimos tiempos no hace mucho frío y luce el sol. Para que apreciéis lo soleado que es el tiempo te diré que muchos toman baños de sol. Naturalmente hay luz todo el día; incluso a medianoche la claridad es completa.

En los últimos días he encontrado un rincón más apartado y con una hermosa vista sobre el mar y las islas lejanas, de modo que, aunque sea desde una ventana, puedo ver la naturaleza. Ese rincón es un balcón acristalado de la tercera planta, por encima de la muralla, y pertenece al museo. Ahora visito el museo casi a diario, en parte para ocuparme de cuestiones matemáticas, en parte para dar consejos relativos a la exposición y datación de los objetos antiguos y, en general, para diversas consultas. No hay piezas muy antiguas, sólo unas cuantas de finales del siglo XV; todas las demás se remontan a los siglos XVI, XVII y XVIII, pero hay objetos hermosos y bien pintados.

Si tengo que marcharme de aquí, lo lamentaré por el mar, aunque ahora sólo lo veo de lejos. Desde la infancia, las impresiones del mar se han vuelto para mí las más íntimas; si no veo el mar me siento privado de algo, incluso cuando no pienso en la causa de ese sentimiento.

Me escribes a menudo de nuestro jardín y me alegro de que viváis en estrecho contacto con las plantas y las flores. Es especialmente importante para ti y para el niño, ya que no vais al bosque. A través de tus cartas sigo con el pensamiento el desarrollo de todas nuestras plantas.

Hace unos días soñé que volvía a Skovorodinó, pero lo encontraba todo destruido y desmantelado, y me apenaba. Tengo mie-

do de los cambios y la señal, para mí segura, de que está a punto de producirse uno, es que me he acostumbrado un tanto a este lugar, lo he aceptado. Ahora que he asimilado la naturaleza de las Solovki, empiezo a sentir que la situación va a cambiar, pero no en la dirección que sería deseable, es decir, volviendo al Extremo Oriente.

En estos momentos me encuentro en el balcón, ante la ventana, y de vez en cuando contemplo el dilatado horizonte, con sus golfos, sus penínsulas y sus islas. El mar es de un azul acerado. En el golfo cercano centellean innumerables destellos de luz y he comprendido por qué en las fotografías y en los cuadros parecen muertos: cada destello no es un punto, sino una flecha de luz que sale del mar. Esas líneas luminosas que surgen y desaparecen en un momento se entrecruzan en todas las direcciones posibles y forman una red viva.

19 de junio de 1937

Querido Kirill,

involuntariamente, recuerdo el pasado lejano y a menudo sueño con vosotros, pero siempre de pequeños; también sueño con mis hermanos y hermanas, a los que también veo siempre de pequeños. De ti suelo recordar que, cuando tenías cinco años, querías marcharte al Cáucaso y establecerte con alguna tribu de las montañas. Yo te decía entonces que era imposible satisfacer ese deseo. Pues fíjate, por extraño que parezca y sin que sepa la razón, me he ganado la confianza de muchos mahometanos y tengo un amigo persa, dos chechenos, un dagestano, un turco de Azerbaiyán y un turco que no es exactamente turco, sino originario de Kazajstán, y que ha cursado estudios en Turquía y en El Cairo. Provoco un poco al persa, mostrándole la superioridad de la antigua religión del Irán, el parsismo (por otra parte, él mismo está casi de acuerdo conmigo). Con el kazako instruido a veces entablo conversaciones filosóficas. El *mulah* checheno, por su parte, que carece de instrucción, piensa que podría convertirme en un buen musulmán y me propone hacerme checheno. Natural-

mente, le respondo con una broma. Es un checheno auténtico y probablemente a lo largo de su vida ha cortado no pocos cuellos. Una vez, en presencia de alguien, me invitó a Chechenia, y la persona que estaba presente observó que los chechenos son cortadores de cabezas y que cada día degüellan a unas treinta víctimas. El checheno objetó con serenidad: «Nada de treinta; en mi aldea sólo degollamos a cinco o seis al día». Sus ojos, en cualquier ocasión, lucen un brillo siniestro; no cabe duda de que sería capaz de degollar a cualquiera. Una vez se puso a describir la excelente calidad de sus armas. «¿Para qué empleáis los puñales?», le preguntó su interlocutor. «¿Cómo vas a robar caballos sin puñal?», respondió él. Ese checheno duerme en la tarima que hay encima de la mía. Por otro lado, con él y otros como él me entiendo perfectamente. Junto a mí, codo con codo, duerme un campesino armenio y al otro lado un polaco. A veces lamento que no haya ningún negro, dado que los otros pueblos, de raza blanca o amarilla, están ampliamente representados.

Te mando un fuerte beso, querido hijo. Hazme saber dónde vas a ir y durante el viaje, cuando escales montañas o enfrentes otras situaciones peligrosas, sé especialmente cuidadoso.

19 de junio de 1937

Querida Olia,

me alegra saber que trabajas en el invernadero¹⁰² y espero que puedas aprender muchas cosas. Naturalmente, en el Jardín Botánico hay mucha más variedad de plantas. Pero para conocer las bases de la vida de las plantas sólo se necesitan unos pocos ejemplares y para un estudio más sistemático basta visitar de vez en cuando el Jardín Botánico y analizar las plantas según un plan establecido de antemano. Lo importante es no separarse de casa, de mamá y de todos los tuyos, pues es lo mejor que recibirás de la vida. Las impresiones de la infancia y de la juventud constituyen el embrión más sólido y consistente de todo lo que vendrá después y hay que cuidarlo con especial atención. Al ocuparte de las plantas con serenidad, conservas y construyes tu mundo interior

del modo más conveniente; sólo por eso merece la pena renunciar a las condiciones más variadas y confortables de una ciudad tan estresante como Moscú. Además, es probable que en el Jardín Botánico, habiendo tanta gente, se produzcan altercados y disputas, que indisponen y enturbian el ambiente.

Te mando un fuerte beso, querida Olen, y te deseo muchos éxitos. Estoy escribiendo el 20 y, en consecuencia, me acuerdo de modo particular de Posad.

19 de junio de 1937

Querida Tika,

continuamente tengo que separarme de algo. Me despedí del Biosad, después de la naturaleza de las Solovki, luego de las algas y más tarde del Iodprom. Acaso también tenga que decir adiós a esta isla.

Me pides que te dibuje algo. Pero en estos momentos no tengo pinturas; además, aunque hiciera un dibujo, no podría mandártelo. Hay que esperar una ocasión más propicia. Puedes coger de mi álbum del Cáucaso una ilustración de geología o un alga y colgarla en tu habitación. Coge lo que más te guste y ponle un cristal. Lamento no poder dibujar porque es una actividad que relaja, como la música para el que toca. Espero que mi hijita dibuje por mí; seguramente lo hará mejor que su padre.

Saluda de mi parte a la abuela y a A.F. Da un beso a mamá y al pequeño y enséñale alguna cosa bonita. Las gaviotas me han dicho que tienes un vestido nuevo. ¿Es cierto? Un fuerte beso para mi hijita.

19 de junio de 1937

Querida mamá,

he recibido tu carta, pero en ella no me hablas de tu salud. Espero que el sol y el calor contribuyan a tu restablecimiento. En la habitación, a mi lado, vive un armenio de Tbilisi, ya maduro, de modo que tenemos varios conocidos comunes, y por las tardes, a veces, recordamos Tbilisi. Mis impresiones de las Solovki se limi-

tan ahora a la gente, es decir, son las menos interesantes para mí. Hace tiempo que no dibujo algas, pues carezco de microscopio, de un lugar apropiado y de pinturas. Pero me alegra haber dibujado para vosotros esas pocas que has visto. Por desgracia, me parece que no os ha llegado todo.

Estoy bien, pero no puedo ocuparme de ninguna actividad seria y la ausencia de un trabajo útil e intenso debilita y fatiga al mismo tiempo.

Te mando un beso, querida mamá. Espero que te cuides y sigas bien. Da un beso de mi parte a Liusia y a Shura.

- ¹ Anna Mijáilovna Florénskaia (1889-1973), nacida Giatsintova, mujer de Pável Florenski. Procedía de una familia campesina de la provincia de Riazán. El matrimonio Florenski tuvo cinco hijos: Vasili, Kirill, Olga, Mijaíl y María-Tinatin.
- ² Sede del OGPU, más tarde KGB, lugar de prisión preventiva.
- ³ Olga Pávlovna Florénskaia (1859-1951), nacida Saparova, madre de Pável Florenski, de origen armenio. Desde 1915 vivió en Moscú.
- ⁴ Florenski había sido nombrado corredactor de la Enciclopedia Técnica en 1927.
- ⁵ Pável Nikoláievich Kápterev (1889-1955), uno de los organizadores de la Comisión para la salvaguardia de los monumentos del arte y la historia del monasterio de la Trinidad-San Sergio, de la que también formaba parte Florenski. Fue detenido en 1933 con Florenski, con quien trabajó en la Estación Experimental de Estudios sobre el Hielo.
- ⁶ Diminutivo de Kirill Pávlovich Florenski (1915-1982), segundo hijo de Pável Florenski, discípulo del famoso científico ruso V. Vernadski. Uno de los cráteres del lado oculto de la luna lleva su nombre.
- ⁷ Diminutivo de Olga Pávlovna Trubachova (1918-1998), nacida Florénskaia. Hija mayor de Pável Florenski, era botánica de formación.
- ⁸ Diminutivo de María-Tinatin Pávlovna Florénskaia (nacida en 1924). Hija menor de Pável Florenski, era química de formación.
- ⁹ Nadezhda Petrovna Giatsintova (1862-1940), suegra de Florenski. Vivía con su hija en Serguiev Posad.
- ¹⁰ Anna Vasílievna Giatsintova (1922-1987), sobrina de la mujer de Florenski.
- ¹¹ Aleksandr Solzhenitsin da la siguiente información de la ciudad de Svobodni: «En el Extremo Oriente había una ciudad que ostentaba el benemérito nombre de Tsesarévich [príncipe heredero, en ruso]. La revolución lo cambió por el de Svobodni. Los cosacos del Amur que allí habitaban fueron desalojados y la ciudad quedó desierta. Pero había que repoblarla de algún modo, así que la llenaron de reclusos y de guardianes, y la ciudad de Svobodni se convirtió en un campo».
- ¹² «Invierno», en ruso.

- ¹³ Río de Siberia.
- ¹⁴ Vasili Pávlovich Florenski (1911-1956), hijo primogénito de Pável Florenski. Fue profesor en el Instituto del Petróleo de Moscú. Tras la detención de su padre, se convirtió en la principal fuente de ingresos de la familia.
- ¹⁵ El resto de la frase es ilegible. Florenski se refiere a un viaje de estudios a la región de Zabaikal que hizo Vasili en el verano de 1930.
- ¹⁶ Vasili y Kirill participaron en la expedición de Tayikistán-Pamir.
- ¹⁷ Diminutivo de Mijaíl Pávlovich Florenski (1921-1961), hijo menor de Pável Florenski, especialista en perforación de pozos mineros. Murió durante una expedición a Kamchatka.
- ¹⁸ Instituto Nacional de Electrotécnica, en el que Florenski trabajó desde 1925 como ingeniero jefe de laboratorio de experimentación de materiales, que él mismo había fundado. En 1930 fue nombrado vicedirector de ese organismo.
- ¹⁹ Campo organizado para construir un ramal del ferrocarril de Baikal a Amur.
- ²⁰ Nikolái Ivánovich Bikov (1855-1939), director del Instituto Experimental de Estudios sobre el hielo de Skovorodinó, en el que Florenski trabajó del 10 de febrero al 17 de agosto de 1934.
- ²¹ Abreviatura de Instituto Experimental de Estudios sobre el Hielo.
- ²² Florenski pudo encontrarse con su mujer y con sus hijos a principios de julio de 1934. Jamás volvería a verlos.
- ²³ Se llamaba «ración seca» a los alimentos sin cocinar, que a veces recibían algunos presos en lugar del rancho ya preparado.
- ²⁴ Trabajador modelo. Los que se hacían merecedores de esa distinción disfrutaban de ciertos privilegios en los campos.
- ²⁵ El 10 de agosto de 1934 Florenski fue trasladado, a través de toda Siberia, desde Skovorodinó al Campo de Tránsito y Distribución de Kem, a orillas del mar Blanco, desde donde los presos eran reexpedidos a los temidos Campos de Régimen Especial de las Solovki (SLON). Durante dos meses la familia no recibió ninguna noticia de Florenski.
- ²⁶ Abreviatura del Canal mar Blanco-mar Báltico.
- ²⁷ Se trata de una especie de zarza cuyo nombre científico es *Rubus arcticus*.
- ²⁸ El aniversario de la Revolución de octubre caía, según el nuevo calendario, a principios de noviembre.
- ²⁹ Recibía ese nombre una tabla con las fotografías de los ciudadanos ejemplares, que se exponía en lugares públicos.
- ³⁰ Yulia Aleksándrovna Florénskaia (1884-1947), hermana de Pável Florenski. Trabajaba como médico y psiquiatra.
- ³¹ Yelizaveta Aleksándrovna Konieva (1886-1959), Florénskaia de soltera. Hermana de Pável Florenski, pintora y pedagoga.

- ³² Aleksandr Aleksándrovich Florenski (1888-1938), hermano de Pável Florenski. Geólogo, arqueólogo y etnógrafo. Detenido en 1937, fue fusilado en la región de Magadán.
- ³³ Nombre con el que las autoridades soviéticas rebautizaron Serguiev Posad.
- ³⁴ Según Vitali Chentalinski [*De los archivos literarios del KGB*], «durante la guerra, el yodo de las Solovki fue particularmente útil y salvó la vida de miles de soldados».
- ³⁵ Verso de un poema de Tiútchev.
- ³⁶ Sobre las obras de Dostoievski, cuyo espíritu resultaba sumamente ajeno a Florenski, éste escribió en *A mis hijos. Memorias de los días pasados*: «Aunque sus novelas estaban en la biblioteca, nadie las leía, al menos abiertamente, ya que se consideraban discutibles, a diferencia de los omnipresentes e idolatrados Dickens, Shakespeare, Goethe y Pushkin, convenientes en todo y por todo. En efecto, Dostoievski es pura histeria, la histeria pura hace insoportable la vida y Dostoievski puro resulta insoportable».
- ³⁷ Verso de una poesía de Aleksandr Pushkin.
- ³⁸ En *A mis hijos. Memorias de los días pasados* escribe Florenski: «El instituto era para mí una pérdida de tiempo. Por eso es natural que estudiase *en passant*, que preparase las lecciones en los intervalos y que fuese totalmente indiferente a sus molestias, tanto más cuanto que mi padre fruncía las cejas descontento cuando veía mis buenas notas, temiendo, evidentemente (aunque se equivocaba no poco), que se convirtiesen en motivo de vanidad.
- ³⁹ Se trata de la escultora A.S. Golubkina (1864-1927), conocida de Florenski.
- ⁴⁰ Florenski se refiere a Vladímir Ivánovich Vernadski (1863-1945), famoso científico ruso.
- ⁴¹ Se trata del libro de G. Shteger *Tecnología de los materiales aislantes*, 1934.
- ⁴² Florenski se refiere a las fiestas conmemorativas del primero de mayo.
- ⁴³ Raisa Aleksándrovna Florénskaia (1894-1932), hermana de Florenski, pintora.
- ⁴⁴ Olga Aleksándrovna Florénskaia, tercera hermana de Florenski, murió en 1914.
- ⁴⁵ Se trata de Mijaíl Mijaílovich Giatsintov, el hermano sacerdote de la mujer de Florenski, que murió en 1915.
- ⁴⁶ La hija de Florenski entendía la palabra rusa *yantar* (ámbar) como *ya-ntar* (yo-ntar) y respondía *ti-ntar* (tú-ntar).
- ⁴⁷ Se trata de un poema de Angelus Silesius, *Cherubinischer Wandersmann*.
- ⁴⁸ Otro diminutivo del nombre de Olga, con el Florenski hace un juego de palabras, pues *olen* en ruso significa «ciervo».

- ⁹⁴ Se refiere a la cantante de ópera de origen español Pauline Viardot (García de soltera), a la que Turguéniev se mantuvo unido, en una relación compleja y extraña, hasta el final de su vida.
- ⁹⁵ Nochebuena, según el calendario antiguo.
- ⁹⁶ En 1937 se celebró el centenario de la muerte de Pushkin.
- ⁹⁷ Ilegible en el manuscrito.
- ⁹⁸ Al quedarse sin trabajo, Florenski vio reducido el número de cartas que podía enviar cada mes.
- ⁹⁹ La fábrica de derivados de las algas en la que trabajaba Florenski.
- ¹⁰⁰ Es decir, Florenski mantiene relaciones amistosas con algunos de sus compañeros y les llama con el diminutivo correspondiente.
- ¹⁰¹ Esta es la última carta que se conserva de Pável Florenski.
- ¹⁰² La hija Olga había empezado a trabajar en el Jardín Botánico de Zagorsk.